

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE INCORPORACIÓN Y REVALIDACIÓN DE ESTUDIOS
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES



**GUIA DE ESTUDIO PARA EL EXAMEN EXTRAORDINARIO
DE TEORÍA DE LA HISTORIA II**

Elaborado por:

Moisés Gómez Rojas

Francisco Marcelino Castañeda

Martha Ortiz Álvarez

Mariel Alejandra Robles Valadez

Coordinada por:

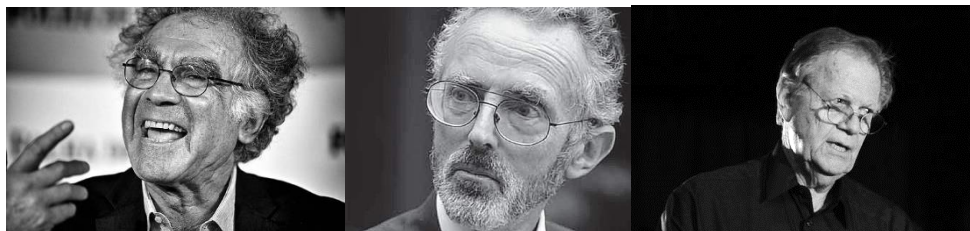
Tania Ortíz Galicia



AGOSTO DEL 2019



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE
CIENCIAS Y HUMANIDADES
PLANTEL VALLEJO



ÁREA HISTÓRICO-SOCIAL

Guía
para preparar el examen extraordinario de

Teoría de la Historia II

2019

Elaborada por los profesores:

Moisés Gómez Rojas

Francisco Marcelino Castañeda

Martha Ortiz Álvarez

Mariel Alejandra Robles Valadez

Coordinada por: Tania Ortiz Galicia



INTRODUCCIÓN

La materia de Teoría de la Historia es optativa y se imparte en los dos últimos semestres del Plan de Estudios Actualizado y del esquema preferencial de asignaturas del área Histórico-social de la Escuela Nacional Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH).

Esta materia busca dar a los estudiantes las bases que les permitan adentrarse en los aspectos teóricos-metodológicos del conocimiento y producción de la historia, esto con un carácter preparatorio para poder enfrentarse a los requisitos académicos de las carreras humanísticas y de las ciencias sociales que se imparten en las diversas facultades de estudios superiores de la UNAM.

En Teoría de la Historia II, el estudiante se acercará a las diferentes tendencias de la historiografía de los siglos XIX al XXI, con el objeto de reconocer en ellas las principales preocupaciones que llevan a los historiadores a plantear formas diversas de producción del conocimiento histórico, esto desde la perspectiva teórica, metodológica, interpretativa e incluso estilística.

INSTRUCCIONES:

La presente guía está diseñada para orientarte en la preparación del examen extraordinario de Teoría de la Historia II. Cada Unidad contiene una Introducción cuya finalidad es brindarte un esbozo del sentido de este apartado dentro del Programa de la asignatura. Estas presentaciones cuentan con los conceptos clave para iniciarte en los temas que componen la unidad temática; así como materiales y actividades para lograr los aprendizajes.

En cada Unidad encontrarás:

- a) **Textos de apoyo:** Se trata de estudios realizados por autores contemporáneos que buscan explicar la corriente historiográfica que se analiza en esa Unidad. Te servirán para encontrar los elementos generales que caracterizan cada una de las tendencias historiográficas estudiadas.
- b) **Textos fuente:** Se trata de fragmentos de obras historiográficas escritas por los autores representativos de la corriente historiográfica estudiada. Estos textos te permitirán familiarizarte con las formas y métodos de escritura de los autores y percibir en ellos las características que fueron explicadas en el texto de apoyo.
- c) **Actividades de aprendizaje:** Para cada tipo de texto (apoyo y fuentes) se plantean **Cuadros** de síntesis informativa y analítica, así como algunas otras actividades, para que puedas ubicar los elementos centrales señalados en los aprendizajes.
- d) **Ejercicios de autoevaluación:** Al final de la Unidad encontrarás esta sección que te permitirá evaluar los aprendizajes adquiridos a partir del trabajo realizado.

SOBRE LOS AUTORES

Tania Ortiz Galicia

Licenciada y Maestra en Historia por la FFyL de la UNAM. Doctoranda en Historia por la misma institución. Profesora de Teoría de la Historia, Historia de México e Historia Universal del CCH Vallejo.

Moisés Gómez Rojas

Licenciado en Historia por la FFyL de la UNAM y Maestro en Estudios Mesoamericanos por la misma institución. Es profesor de Teoría de la Historia, Historia de México e Historia Universal del CCH Vallejo.

Francisco Marcelino Castañeda

Licenciado en Historia por la FFyL de la UNAM y Maestro en Docencia para la Educación Media Superior, Área de Historia, por la misma institución. Profesor de Teoría de la Historia, Historia de México e Historia Universal del CCH Vallejo.

Martha Ortiz Álvarez

Licenciada en Historia por la FFyL de la UNAM y Maestra en Historia por la misma institución. Profesora de Teoría de la Historia, Historia de México e Historia Universal del CCH Vallejo.

Mariel Alejandra Robles Valadez

Licenciada en Historia y Maestra en Docencia para la Educación Media Superior, Área de Historia, ambas por la FFyL de la UNAM. Profesora de Teoría de la Historia, Historia de México e Historia Universal del CCH Vallejo.



Unidad I

Interpretaciones de la historia en el siglo XIX

PRESENTACIÓN

En esta Unidad se presentarán las principales corrientes historiográficas decimonónicas, cuya influencia será decisiva para la conformación de la historiografía de los siglos XX y XXI. Su estudio es, por lo tanto, fundamental para comprender las formas que adquiere la historiografía en las siguientes centurias.

En este siglo se marca la transformación de los referentes epistemológicos de la historia, ya que empieza a ser considerada como un conocimiento científico, el cual será asumido de diversa manera por las distintas corrientes historiográficas del momento.

Por cada aprendizaje de esta Unidad vas a encontrar:

- a. Un texto de apoyo que te brindará las características generales de la corriente historiográfica estudiada.
- b. Uno o más textos-fuente escritos por los autores estudiados.
- c. Actividades de Aprendizaje para ambos tipos de textos.
- d. Actividades de Autoevaluación que reforzarán los conocimientos adquiridos.
- e. Bibliografía.

CONCEPTOS CLAVE

Burguesía, Cientificidad de la historia, Escuela científica alemana, Fuentes primarias, Heurística, Liberalismo, Linealidad, Lucha de clases, Materialismo histórico, Modos de producción, Nacionalismo, Positivismo, Progreso, Proletariado, Romanticismo, Sociología, Teoría de los 3 estados.





Aprendizajes

El alumno:

Analiza fuentes historiográficas para identificar los componentes constitutivos de las obras decimonónicas.

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan al romanticismo, al liberalismo, a la escuela científica alemana, al materialismo histórico y al positivismo.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos

La búsqueda de la unidad nacional:

- Romanticismo y liberalismo. (Jules Michelet y Alexis de Tocqueville)

La impronta de la Heurística:

- Escuela científica alemana. (Leopold von Ranke)

Teoría y praxis:

- Materialismo histórico. (Karl Marx)

El paradigma científico:

- Positivismo. (Auguste Comte, Hippolyte Taine)





Aprendizaje:

El alumno

Analiza fuentes historiográficas para identificar los componentes constitutivos de las obras vinculadas al romanticismo y al liberalismo historiográfico en el siglo XIX.

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan Al romanticismo y al liberalismo historiográfico.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos:

La búsqueda de la unidad nacional:

- Romanticismo y liberalismo. (Jules Michelet y Alexis de Tocqueville)

La búsqueda de la unidad nacional Romanticismo y liberalismo

Estudio Introdutorio*

Marialba Pastor y Clara Ramírez

Las novelas de Walter Scott (1771-1832), sobre todo *Ivanhoe* y *Quentin Durward*; las canciones de Franz Schubert (1797-1828); las pinturas de Eugène Delacroix (1798-1863); el elogio de los héroes, los miserables y el sacrificio; el retorno del arte gótico, los ideales de la caballería y el amor cortés son algunos hechos culturales que caracterizaron al romanticismo que se extendió por toda Europa a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Sus huellas se advierten todavía, no sólo entre quienes viven el amor con pasión y buscan la completa satisfacción de sus sentidos, la emoción espiritual o los nexos sólidos de amistad,¹ sino también entre quienes se embelesan con la naturaleza expresada en algunas piezas musicales o

con los sentimientos extremos y delicados de los protagonistas del cine y las novelas.

En su libro *Las raíces del romanticismo*, el filósofo e historiador Isaiah Berlin se refirió al romanticismo como la "más vívida expresión y síntoma" de una de las revoluciones más importantes de la historia contemporánea de Occidente; una revolución tan trascendental como las revoluciones industrial, francesa y rusa,² debido a su capacidad de influir y transformar radicalmente la vida y el pensamiento. Más que un movimiento —lo cual, según Berlin, implica cierto grado de organización— el romanticismo fue un conjunto contradictorio de actitudes, modos de escribir, pensar y actuar:³ sueños utópicos y

* Marialba Pastor y Clara Ramírez, "Estudio introductorio", en Marialba Pastor (Coord.), *Romanticismo francés (Antología de textos)*, México, Colegio De Historia-Facultad De Filosofía y Letras / Dirección General De Asuntos Del Personal Académico / Universidad Nacional Autónoma De México, 2010 (Historiografías).

¹ Hans Georg Schenk, *El espíritu de los románticos europeos*. México, FCE, 1983, p. 200.

² Isaiah Berlín, *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus, 2000, p. 14.

³ *Ibid.*, p. 9.



nostalgia por el pasado, anhelo de fe y pérdida del sentido de la vida, afirmación y negación del cristianismo, optimismo místico y pesimismo aterrador.⁴ Este estudio entenderá el romanticismo como una corriente de la literatura, el arte y el pensamiento, con la finalidad de destacar los elementos que influyeron en la historiografía en general y en particular en la historiografía francesa, así como de introducir al lector en los textos elegidos para esta antología, pertenecientes a tres connotados historiadores franceses del siglo XIX: Augustin Thierry (1795-1856), Jules Michelet (1798-1874) y Alexis de Tocqueville (1805-1859).

Aunque la persistencia del romanticismo puede percibirse en el presente, la época propiamente romántica comprende el siglo transcurrido entre 1770 y 1870, durante el cual pueden distinguirse la diversidad de formas que adoptó, la calidad desigual de las obras que produjo y los múltiples tipos y tendencias que animó.⁵

FORMACIÓN DEL ROMANTICISMO

El periodo de formación del romanticismo, también llamado prerromántico, transcurrió entre 1770 y 1815, en Alemania e Inglaterra. En este último lugar, desde el siglo xvii, el término *romantic* se había empleado para referirse a asuntos relacionados con la ficción y la imaginación, inexistentes o irreales, y también para referirse a cuentos y novelas.⁶

En Alemania, el romanticismo se impuso y se fortaleció con las reflexiones de los integrantes del movimiento literario *Sturm und Drang* (Tormenta e impulso), al cual pertenecieron Johann Hamman (1730- 1788), Johann Gottfried von Herder (1744-1803), Friedrich von Schiller (1759-1805) e inicialmente Wolfgang von Goethe (1749-1832).

Este movimiento cuestionó el exceso de racionalismo y su frialdad, revaloró la naturaleza y concedió importancia vital a la comunión de los seres humanos con lo sagrado; además, tendió una mirada retrospectiva y positiva al pasado medieval. En Inglaterra, la obra de la primera generación de románticos, surgida veinte años antes del inicio de la Gran Revolución, rompió los moldes rígidos del clasicismo al difundir con éxito baladas populares y dar a conocer la poesía naturalista y la poesía fantástica de evocación medieval de William Wordsworth (1770-1850), Samuel Taylor Coleridge (1772-1824) y Lord Byron (1788-1824).⁷

En sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, Herder, el teólogo y filósofo líder del *Sturm und Drang*, planteó cómo en la historia podía descubrirse el plan trazado por Dios para alcanzar la felicidad y la armonía.⁸ En la misma época, Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y otros ilustrados franceses mostraron sus inclinaciones románticas al fascinarse con la idea del "buen salvaje", el primitivismo y la vida simple. Ellos criticaron la corrupción de las costumbres del *ancien régime*⁹ y pronosticaron cómo la propiedad privada, el progreso tecnológico y la industrialización traerían consigo la deshumanización.¹⁰

Durante el periodo formativo, las propuestas filosóficas y las críticas al estado de cosas se intercambiaron entre Alemania, Inglaterra y Francia; sin embargo, a partir de 1815, después de la derrota de Napoleón y la disolución del primer imperio francés, el romanticismo se difundió con fuerza por toda Europa y América y adoptó tres posturas distintas: una fue la de los románticos socialistas, revolucionarios y progresistas, que

⁴ *Ibid.*, p. 147; H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 18.

⁵ A las revoluciones ocurridas entre 1815 y 1850 frecuentemente se les denomina románticas. (Véase "Las rebeliones románticas", en Georges Duby y Robert Mandrou, *Historia de la civilización francesa*. México, FCE, 1981, pp. 415-445.)

⁶ Véase "Digresión sobre una palabra", en Jacques Barzun, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural en Occidente. De 1500 a nuestros días*, Madrid, Taurus Historia, 2001, pp. 692-695.

⁷ I. Berlin, *op. cit.*, p. 180; H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 17. Esta periodización coincide con la de Charles-Olivier Carbonell, quien ubica la época del romanticismo europeo entre 1815 y 1848 y designa las manifestaciones anteriores como prerrománticas. (Charles-Olivier Carbonel, *La historiografía*. México, FCE, 1986, p. 105.)

⁸ Joharun . Gottfried Herder, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. Buenos Aires, Losada, 1959, pp. 9-14.

⁹ El concepto *ancien régime* lo emplearon los revolucionarios durante la Revolución francesa para referirse al viejo mundo monárquico y clerical. Su difusión se debe, en parte, al análisis de la estructura política francesa del siglo xviii realizado por Tocqueville en *El antiguo régimen y la Revolución*. Los románticos franceses se refirieron con nostalgia al *ancien régime* como al paraíso perdido. En el siglo xx, historiadores de la Escuela de Annales lo aplicaron a los Estados-nación europeos organizados en forma monárquica y estamental en el tránsito al capitalismo, entre los siglos xv y xviii. Recientemente la historiografía iberoamericana lo ha empleado para referirse a los regímenes coloniales.

¹⁰ I. Berlin, *op. cit.*, p. 179.



propusieron superar las limitaciones y simplificaciones en las que habían incurrido los ilustrados, denunciar el autoritarismo de la dictadura jacobina, reprobar la época del terror y apuntar las contradicciones del capitalismo para combatir las de raíz y avanzar hacia un estadio positivo o superior de la perfección humana donde predominaran la cooperación y la ayuda mutua (Saint-Simon, Auguste Comte, Robert Owen, Charles Fourier). Una segunda postura la representaron los románticos conservadores y tradicionalistas que sintieron nostalgia por el pasado, intentaron resucitar el viejo cristianismo y pelearon por restaurar el poder monárquico y católico del *ancien régime* (el vizconde de Chateaubriand y Felicité de Lamennais), así como retornar a las viejas creencias y costumbres y rescatar las formas medievales de economía para preservar la agricultura y la artesanía de los embates de la vida industrial y urbana. La tercera postura combinó el romanticismo y el liberalismo (Victor Hugo), algo que compartieron los tres historiadores seleccionados en esta antología.¹¹ Los rasgos principales de esta tercera postura (el retorno de la espiritualidad, la exaltación de la libertad individual, el culto a la patria y la nación y la vivificación de la historia) caracterizaron a la historiografía romántica francesa. Éstos se abordan brevemente a continuación.

EL RETORNO DE LA ESPIRITUALIDAD

Ya fuera con la intención de regresar a épocas anteriores o de progresar y alcanzar la liberación de los hombres y su espíritu, el romanticismo trató de llenar espacios que la Ilustración había dejado vacíos y combatió muchos de sus principios, sobre todo los relacionados con los cuestionamientos a los sentimientos religiosos y la espiritualidad como fuerza creadora.

Entre 1815 y 1830, en la época de la Restauración, la fe religiosa fue recomendada por los románticos como una manera de acabar con los males que aquejaban a la sociedad, principalmente con el mal mayor: la incredulidad. Consideraron que al derribar las jerarquías sociales y atacar a la Iglesia y al Estado, los revolucionarios habían alterado el equilibrio y atentado contra los dictados de Dios.

¹¹ Ibid., pp. 169-170; H. G. Schenk, op. cit., p. 50; Paul Bénichou, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*. México, FCE, 2001; Jacob Peter Mayer, *Trayectoria del pensamiento político*. México, FCE, 1966, pp. 180-181.

¹² Louis Bergeron, Francois Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*.

Para ellos, sólo las autoridades y los funcionarios civiles y religiosos probados por largo tiempo eran capaces de garantizar el orden necesario para alcanzar la paz y el progreso. De hecho, la Santa Alianza, la fuerza política contrarrevolucionaria formada para defender los intereses económicos y políticos de los viejos estamentos, fue un intento de retornar a la unión cristiana bajo la dirección de las tres poderosas potencias europeas: la Rusia greco-ortodoxa, la Austria católica y la Prusia protestante.¹²

Los revolucionarios franceses habían ocupado templos, perseguido al clero y prohibido la injerencia de la Iglesia católica en la vida civil. En lugar de la religión cristiana habían procurado instituir una "nueva religión"¹³ cuyo Dios era la naturaleza. En el centro del culto se pretendía colocar a la razón y convertir a las bibliotecas, los repositorios de la sabiduría, en las nuevas iglesias. Políticos e intelectuales vinculados al viejo sistema buscaron un remedio para lo que consideraron la "enfermedad espiritual" ocasionada por el exceso de materialismo de esta nueva manera de ver el mundo. En este ambiente emergieron la atracción por cultos orientales como el budismo, nuevas sectas cristianas y un nuevo catolicismo. Asimismo renacieron la contemplación de la naturaleza y el misticismo que en muchos casos no se opusieron al desarrollo que en forma paralela y contundente desplegaban la ciencia, la tecnología y el sistema capitalista.

En su libro *Genio del cristianismo*, el escritor francés Chateaubriand (1768-1848), uno de los neocatólicos más influyentes de la historiografía romántica europea, defendió al cristianismo contra los ataques de la filosofía ilustrada, glorificó el arte gótico y se obsesionó con las epopeyas y las ruinas medievales. En otras obras, *Memorias de ultratumba* y *Los mártires*, justificó la autoridad del clero sobre las conciencias y elogió la majestuosidad y el esplendor de las ceremonias y las iglesias católicas. Para él, si el hombre llegaba a perder la fe en la religión, la libertad humana no sobreviviría.¹⁴

México/Madrid/Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1976, pp. 205-207.

¹³ Carl Becker, *The Heavenly City of the Eighteenth-Century Philosophers*. New Haven/Londres, Yale University Press, 2003, pp. 33-70.

¹⁴ Véase "Chateaubriand", en P. Bénichou, op. cit., pp. 99-113; H. G. Schenk, op. cit., pp. 133, 173.



LA EXALTACIÓN DE LA LIBERTAD INDIVIDUAL

Los románticos vincularon la necesidad de la religión como medio de salvación de la humanidad con la noción de libertad individual argumentado que de la religión dependía que los hombres se elevaran por encima de lo material y dominaran sus deseos y conductas desordenadas. A pesar de las críticas realizadas por Kant al romanticismo, algunos románticos coincidieron con él en atribuir al hombre la capacidad de elegir y ser responsable de sus propios actos. De acuerdo con los principios kantianos, cuando el hombre ejerce su máxima libertad, domina a la naturaleza, la moldea, le impone su personalidad, le imprime su sello, pero si su pasión es más fuerte que la razón, se somete, se esclaviza, es impotente, y si depende de otro, pierde la esencia de su humanidad.¹⁵

El poeta, dramaturgo e historiador, Friedrich von Schiller, discípulo de Kant, insistió en que lo único que hace al ser humano un hombre es su capacidad de elevarse por encima de la naturaleza física, explotarla y subyugarla a su libre y moralmente encauzada voluntad. Schiller "se refiere constantemente a la libertad espiritual: a la libertad de la razón, al reino de la libertad, al ser libre, a la libertad interior, a la libertad del pensamiento, a la libertad moral, a la libertad de la inteligencia —una frase favorita—, a la sagrada libertad, a la inexpugnable ciudadela de la libertad".¹⁶

Al igual que Schiller, otros románticos concibieron la libertad individual como condición del despliegue de la voluntad y como fuente de la fantasía, la imaginación y la creación, sobre todo en el arte en general, especialmente en la música. Por otra parte, los románticos reclamaron el derecho del individuo a elevar su propia naturaleza por encima de los imperativos éticos y propusieron alcanzar la libertad, la igualdad y la democracia, no con la intención de promover el racionalismo, el cosmopolitismo y el universalismo difundidos por la Ilustración, sino para vincularlas a los sentimientos religiosos, nacionalistas y patrióticos. En este sentido, también concibieron la voluntad individual y colectiva como un requisito indispensable para liberar a las naciones oprimidas de la presencia extranjera.

¹⁵ Immanuel Kant, "¿Qué es la Ilustración?", en *Filosofía de la historia*. México, FCE, 1987, pp. 25-37.

¹⁶ I. Berlin, *op. cit.*, pp. 111-112.

EL CULTO A LA PATRIA Y LA NACIÓN

La idea de Herder de ver en los hechos históricos manifestaciones del espíritu de los pueblos contribuyó a volver la vista al pasado en busca de las tradiciones, creyendo que éstas permanecían invariables. Las canciones populares, las danzas folclóricas, los cuentos, las poesías, las leyendas, las fiestas, las comidas, así como los héroes, los triunfos, las batallas ganadas, los paisajes, las ruinas y los lugares sagrados constituyeron elementos esenciales del nacionalismo romántico que se extendió por la Europa occidental y oriental y atravesó el Atlántico para echar raíces en América.

Entre 1830 y 1870, las colonias hispanoamericanas consolidaron su independencia y en Europa se multiplicaron los movimientos en favor del liberalismo y la democracia. El clero y la nobleza, los dos estamentos privilegiados del *ancien régime*, fueron derrotados definitivamente en las revoluciones de 1848. La gran burguesía, es decir, los grandes industriales, terratenientes, comerciantes y banqueros, con la ayuda de los obreros, los campesinos y los desocupados, tomaron el poder político para favorecer sus negocios.¹⁷ De acuerdo con historiadores como Thierry y Michelet, el llamado "pueblo" empezó a tomar conciencia de su situación social y política y a demandar mejores condiciones de vida en ese periodo. Al mismo tiempo, los trabajadores se unieron y organizaron asociaciones políticas y sindicatos, los gobiernos de las grandes potencias, aliados con los capitalistas, compitieron por el dominio de los mercados y alimentaron sentimientos de defensa de la propia nación.

En Francia, el nacionalismo había surgido en el curso de la misma Revolución de 1789, cuando las monarquías europeas habían amenazado con invadir su territorio y destruirla. La unión de los franceses en torno a un mismo suelo, una misma lengua y un mismo pasado fue exaltada y orientada a cultivar el amor a la patria, una entidad sagrada por la cual era necesario sacrificarse. Como se verá más adelante, después de la Gran Revolución, los historiadores románticos franceses defendieron al pueblo como protagonista de la gesta más importante de liberación de la humanidad del yugo del despotismo.¹⁸

En Alemania, al igual que en las naciones ocupadas por los ejércitos franceses, el nacionalismo también

¹⁷ G. Duby, *op. cit.*, pp. 415-445.

¹⁸ H. G. Schenk, *op. cit.*, pp. 248-252.



se avivó. Movido por la invasión y la destrucción napoleónica de los reinos alemanes, el filósofo romántico, Johann Gottlieb Fichte, dictó sus famosos *Discursos a la nación alemana*. Según éstos, cuando el individuo se identifica con un poder superior como la nación, se convierte en una fuerza avasalladora. Por ello, en referencia al "pueblo germano", es decir, a los godos, vándalos, burgundios, suevos, francos, etcétera, quienes desde los primeros siglos se habían establecido en el centro y el norte de Europa y habían fundado varios reinos, escribió:

Todos aquellos que creen en la realidad espiritual, quienes creen en la libertad de la vida del espíritu, quienes creen en el progreso eterno del espíritu haciendo uso de la libertad —sea el que sea su país de origen, sea el que sea su lenguaje—, todos ellos pertenecen a nuestra raza, forman parte de nuestro pueblo, o se unirán a él tarde o temprano.¹⁹

Si bien no todos los nacionalismos románticos estuvieron motivados por las mismas causas, su inclinación a pensar en su pueblo y nación como únicos y elegidos fue semejante. Otro ejemplo es el del poeta Adam Mickiewicz, quien idolatraba a su patria, Polonia, y llegó a considerarla "el pueblo elegido de Dios". Mickiewicz redactó los *Libros de la nación polaca y de la peregrinación polaca*, una especie de Biblia de la misión de los polacos en la cual evidenció cómo el nacionalismo aspiraba a convertirse en una religión sustituta del cristianismo.²⁰

LA VIVIFICACIÓN DE LA HISTORIA

En el siglo XIX, la historia fue revalorada como prueba de la grandeza de la nación, instrumento de cohesión de un pueblo y arma de exaltación de sus tradiciones. En el pasado se encontraron los hechos memorables, los héroes y los mártires que debían constituir un ejemplo para las jóvenes generaciones por haber dado su vida por la patria. Por ello, los dramas, las leyendas y las novelas históricas se pusieron de moda y la historiografía romántica floreció adoptando una nueva forma de narración que intentó transmitir las impresiones, las vivencias y las emociones, no sólo de las grandes personalidades de la historia, sino también de los pueblos y las épocas. La Revolución francesa fue

uno de los temas favoritos y de las mayores preocupaciones.

El poeta alemán Heinrich Heine (1797-1856) — una de las voces más autorizadas para hablar del romanticismo, por vivir entre Alemania y Francia en esa época y asumirse él mismo como romántico— subrayó cómo la imagen lamentable de los príncipes alemanes vencidos, a quienes el pueblo vio arrastrarse a los pies de Napoleón, afligió a muchos "del modo más insoportable".²¹ Después:

Se nos ordenó el patriotismo y nos hicimos patriotas, porque hacemos todo lo que nuestros príncipes nos ordenan. Pero no debe concebirse este patriotismo como el mismo sentimiento que en Francia lleva este nombre. El patriotismo del francés consiste en que su corazón arde, a través de este ardor se expande, se ensancha, de modo tal que abarca con su amor ya no sólo a los familiares más cercanos, sino a toda Francia, todo el país de la civilización; el patriotismo del alemán, por el contrario, consiste en que su corazón se estrecha, se contrae como el cuero en el frío, odia lo extranjero, ya no quiere ser un ciudadano del mundo, un europeo, sino solamente un teutón provinciano.²²

La nostalgia por el pasado se puso de manifiesto en la buena acogida dada a las obras historiográficas y las novelas históricas que deploraban el fin del cristianismo medieval, la caballería, las dinastías reales y el feudalismo —por ejemplo, el *Ivanhoe*, de Walter Scott²³— y en la ola de fascinación que generó la construcción de ruinas artificiales e imitaciones de castillos medievales: Balmoral, Neuschwanstein, Hohenzollern.²⁴ Los historiadores románticos reinterpretaron las fuentes contemporáneas a los hechos y las versiones de los testigos oculares intentando demostrar que el pasado estaba vivo y que ellos eran capaces de "resucitar a los muertos, con todos sus problemas y conflictos humanos".²⁵ De ahí la glorificación de la caballería religiosa del ciclo del Santo Grial, y la mística simbólica de los poemas *Titivel*, *Parsifal*, *Lohengrin* y *Tristán e Isolda*²⁶ que inspirarían las óperas del compositor Richard Wagner (1813-1883), piezas musicales modelo del romanticismo alemán, sobre todo al ser representadas con toda la carga religiosa y los fines nacionalistas en el *Bühnenweihfestspiel* (drama de

¹⁹ Citado por I. Berlín, *op. cit.*, pp. 131-133.

²⁰ H. G. Schenk, *op. cit.*, pp. 241-244.

²¹ Heinrich Heine, *La escuela romántica*. Buenos Aires, Biblos, 2007, p. 61.

²² *Ibid.*, p. 62.

²³ H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 64.

²⁴ *Ibid.*, pp. 68-69.

²⁵ *Ibid.*, p. 71.

²⁶ H. Heine, *op. cit.*, p. 46.



consagración escénica) en la pequeña ciudad de Bayreuth.²⁷

El amor y la pasión, recurrentes en la poesía romántica, lo fueron también en las descripciones sobre el amor y la pasión vertidas por los héroes y el pueblo al sacrificarse y salvar a la nación y la patria. La creencia en la existencia de algo más poderoso que los hombres, una fuerza impersonal o sobrenatural, Dios o la Providencia, que movían misteriosamente a la historia hacia un fin (teleología), se mantuvieron como constantes en la mayoría de los románticos. De este modo, Schiller se convirtió en una especie de "profeta retrospectivo" al afirmar: "Dios está en el movimiento, en la acción, en el tiempo; su divino hálito sopla a través de las páginas de la historia, y ésta es el verdadero libro de Dios".²⁸ Percepción que se complementó con la valoración de la singularidad de la historia de cada pueblo y nación como espíritus unidos a la gran totalidad o la historia general de la humanidad que se encontraba en un permanente *continuum*.

LA HISTORIOGRAFÍA ROMÁNTICA FRANCESA

Los cuatro rasgos del romanticismo antes señalados: el retorno de la espiritualidad y el amor a la naturaleza como reacción ante el exceso de racionalidad y materialismo, la exaltación de la libertad individual limitada por la imposición del orden y la disciplina burguesas, el culto a la patria y la nación como defensa de lo propio y respuesta al cosmopolitismo y el universalismo ilustrados y la vivificación de la historia como oposición a los fríos relatos sobre el pasado pueden observarse en los textos de esta antología. Los tres autores seleccionados, Thierry, Michelet y Tocqueville, vivieron durante la primera mitad del siglo XIX y el conjunto de sus obras respondió a los problemas de su época: Francia acababa de salir de su gran Revolución y libraba una lucha interna entre la república y la monarquía, entre los principios ilustrados y los antillustrados, entre el reclamo de más libertades y las tendencias por restablecer el antiguo autoritarismo. La literatura y la filosofía inglesas y alemanas circulaban en el ambiente intelectual; Scott y Herder fueron especialmente influyentes en estos tres historiadores. Por otra parte, los tres recibieron con beneplácito las ideas

del vizconde de Chateaubriand, particularmente la tendencia a recuperar de algún modo el cristianismo y narrar la historia en forma más novelada y emocional.

Si bien los historiadores románticos europeos proporcionaron materiales para alabar las virtudes de sus naciones, animarlas a tomar el camino del progreso, y considerar incluso el haber sido elegidas por Dios o por fuerzas sobrenaturales para alcanzar un futuro prometedor, los franceses se distinguieron por ver en el pueblo francés al protagonista del drama cristiano de la liberación de la humanidad, además de sentir nostalgia por la realización verdadera de los ideales revolucionarios.

Ninguno de los textos de esta antología constituye una narración de acontecimientos; en cambio, sus tres autores comparten la intención de reflexionar en torno a la utilidad de la historia para la sociedad y el quehacer del historiador y de presentar algunas ideas sobre el conocimiento histórico. Thierry señala por qué es importante su estudio y cómo lo elaboró; Michelet describe su labor historiográfica y propone el lugar que deben ocupar el pueblo y la historia patria en la educación francesa. Tocqueville, por su parte, plantea su desacuerdo con la visión imperante de la Revolución de 1789 y propone una nueva interpretación de este fenómeno. En los tres casos, la recuperación del pasado está hecha con pasión. Thierry, aunque moderado, recupera vidas sometidas a la dicotomía de dos culturas en choque y muestra cómo sus personajes eligieron soluciones diferentes para adaptarse a la sociedad en conflicto. Michelet hace de su libro una apología del pueblo francés, delirante a veces, y Tocqueville, con su aparente mesura, entiende la sociedad contemporánea que combina democracia con poder centralizado. Además, los tres comparten el nacionalismo propio de la mayoría de los escritores de esa época y sopesan en forma ambivalente los efectos de la Gran Revolución; por un lado, reconocen su herencia negativa: el egoísmo, la violencia y el racionalismo; por otro lado, la admiten como fuente de avances indudables para el desarrollo de la libertad, la igualdad y la fraternidad cristiana.

Existe una abundante bibliografía secundaria de análisis e interpretación de la obra de los tres autores. En ella, Thierry y Michelet generalmente son catalogados como representantes de la

²⁷ George L. Mosse, "Los festejos públicos: el teatro y los movimientos de masas", en *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer*

Reich. Madrid, Marcial Pons Historia, 2005, pp. 100-166.

²⁸ H. Heine, *op. cit.*, p. 80.



historiografía romántica francesa y Tocqueville de la historiografía liberal.²⁹ La inclusión de este último autor en esta antología responde al hecho de que, en los últimos tiempos, han surgido argumentos convincentes que lo ubican como parte del romanticismo.³⁰ A reserva de volver a ellos más adelante, los más destacados son los siguientes: sus dos libros más importantes, *La democracia en América* y *El antiguo régimen y la Revolución*, denotan la influencia de Chateaubriand y otros

románticos, sobre todo en relación con la nostalgia por el mundo perdido de la época medieval y el uso de la historia como un recurso para probar la persistencia de las tradiciones; en sus obras se manifiestan sentimientos románticos nacionalistas, fascinación por el exotismo de los pueblos indígenas, así como la fe en la libertad individual; además, Tocqueville hace referencia constante a la fuerza de las emociones y las pasiones en los movimientos políticos y sociales.³¹

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	

²⁹ Los politólogos especialistas en Tocqueville suelen verlo como un teórico de la ciencia política, especialmente de la libertad y la democracia, y no como un historiador. Por esta razón, no enfatizan las características románticas de su pensamiento y lo consideran un racionalista liberal. Son los casos de Jacob Peter Mayer, Alexis de Tocqueville. Estudio biográfico de ciencia política (Madrid, Tecnos, 1965); "Introducción", en *El antiguo régimen y la revolución* (México, FCE, 2006), y André Jardin, *Alexis de Tocqueville, 1805-1859* (México, FCE, 1988).

³⁰ Véase "Literature, Western", en *The New Encyclopaedia Britannica*, 30 vols. Chicago,

Macropedia, William y Helen Benton, 1973-1974, vol. 10, p. 1193, b) infra.

³¹ Véanse Roger Boesche, *The Strange Liberalism of Alexis de Tocqueville*. Londres, Ithaca/Cornell University, 1987; Irena Grudzinska-Gross, *The Scar of Revolution: Custine, Tocqueville and the Romantic Imagination*. Berkeley, Oxford, University of California, 1991; Theda Skocpol, ed., *Democracy, Revolution and History*. Londres, Ithaca, Cornell University, 1998; Pavel Zaleski, "Tocqueville on Civilian Society. A Romantic Vision of the Dichotomic Structure of Social Reality", *Archiv für Begriffsgeschichte*, núm. 50, Felix Meirter, 2008.



INTRODUCCIÓN*

JULES MICHELET

Sprenger ha dicho (antes de 1500): «Hay que hablar de la herejía de las brujas y no de los brujos, porque estos cuentan poco». Y otro escritor de la época de Luis XIII añadiría: «Por un brujo hay diez mil brujas».

«La Naturaleza las ha hecho hechiceras». Es su propio genio, su temperamento femenino. La mujer nace ya hada. En los períodos de exaltación, que se suceden regularmente, se convierte en Sibila. Por amor, en Maga. Por su agudeza, su astucia (a menudo fantástica y bienhechora) es una Bruja hechicera que atrae la buena suerte, o, por lo menos, alivia las desgracias.

Todos los pueblos primitivos empiezan de la misma manera, como lo vemos por los viajes. El hombre caza y combate. La mujer piensa e imagina, engendra a los sueños y a los dioses; ciertos días se vuelve vidente, roza el infinito del deseo y del sueño. Para contar mejor el tiempo, observa el cielo, sin perder su interés por la tierra. Cuando joven y hermosa contempla las flores amorosas y las conoce muy bien. Más tarde, ya mujer, las utiliza para curar a aquellos que ama.

¡Así de sencillo es el inicio de las religiones y de las ciencias! Más tarde todo se complicará; veremos aparecer a los especialistas: juglar, astrólogo o profeta, nigromante, sacerdote, médico. Pero, en el principio, la mujer lo era todo.

Una religión fuerte y viva, como lo fue el paganismo griego, empieza con la Sibila y termina con la Bruja. La primera, virgen y bella lo arrulló a la luz del día, le dio el encanto y la aureola. Más tarde, enfermo, decaído, en las tinieblas de la Edad Media, en las landas y en los bosques, la bruja lo mantiene oculto; su intrépida piedad le aumentó y le ayudó a sobrevivir. Así, para las religiones, la mujer es madre, tierna guardiana y nodriza fiel. Los dioses son como los hombres; nacen y mueren en su seno.

¡Su fidelidad le ha costado cara!... ¡Reinas y magas de Persia, encantadora Circe, sublime Sibila!, ¿en qué os habéis convertido?, ¿qué bárbara transformación habéis sufrido?... Aquella que, desde el trono de Oriente, enseñó las virtudes de las plantas y los caminos de las estrellas, aquella que,

desde el trípode de Delfos, iluminada por el Dios de la luz, concedía sus oráculos a la gente arrodillada a sus pies, aquella mil años después será perseguida y cazada como una bestia salvaje, deshonrada, lapidada, arrojada a la hoguera.

Contra la infortunada, el clero no tiene bastantes hogueras, ni el pueblo bastantes ofensas, ni el niño bastantes piedras. El poeta, (también un niño) le lanza otra piedra, más cruel aún para una mujer: supone, gratuitamente, que siempre fue vieja y fea. La palabra bruja se asocia automáticamente con las espantosas viejas de Macbeth. Pero sus crueles procesos enseñan lo contrario. Muchas perecieron precisamente porque eran jóvenes y hermosas.

La Sibyla predecía el maleficio y la Bruja lo hacía. Esta es la grande, la verdadera diferencia. La Bruja invoca, conjura y actúa sobre el destino. No es la Casandra antigua, que veía claramente el porvenir, lo lamentaba y lo esperaba. La Bruja crea el porvenir. Más que Circe, más que Medea, tiene en la mano la varita mágica del milagro natural, y por ayuda y hermana, a la naturaleza. Ofrece ya los rasgos del Prometeo moderno. De ella parte la industria, el conocimiento que cura y rehace al hombre. Al revés de la Sibyla, que parecía contemplar la aurora, ella contempla el poniente; pero justamente este poniente sombrío da, mucho antes que la aurora (como sucede en los Alpes), un nacimiento anticipado del día.

El sacerdote se da cuenta del peligro; la sacerdotisa de la Naturaleza a la que aparenta despreciar es el verdadero enemigo, el rival terrible. Ella ha concebido nuevos dioses de los dioses antiguos, ella está a punto de dar a luz, del Satán del pasado al Satán del porvenir.

Durante mil años, la Bruja fue el único médico del pueblo. Los emperadores, los reyes, los papas, la gran nobleza tenían algunos médicos de Salerno, musulmanes, judíos, pero la masa del pueblo no consultaba más que a la Saga o a la mujer-sabia. Si no curaba, se la atacaba, se la llamaba bruja. Pero generalmente, por un respeto mezclado de temor, se le llamaba igual que a las Hadas, Buena mujer o Bella dama.

* Jules Michelet, *La Bruja. Una biografía de mil años fundamentada en las actas judiciales de la Inquisición*, 5ª ed., Trad. Rosina Lajo y M.a Victoria Frígola, Madrid, Ediciones Akal, 2012 (Akal Básica de Bolsillo, 102).



A la bruja le ocurrió lo mismo que a su planta favorita, la Belladona y a otras pociones medicinales, que empleaba y que fueron el antídoto de las grandes epidemias medievales. El niño o el viandante ignorante maldice estas flores sombrías antes de conocerlas. Sus ambiguos olores le asustan y huye de ellas. Sin embargo son las Consoladoras (Solanáceas) que, discretamente administradas, han curado o aliviado frecuentemente tantos males.

A las brujas se las encuentra, necesariamente, en lugares siniestros, aislados, malditos, entre ruinas y escombros. ¿Dónde habían de vivir, si no en las landas salvajes las infortunadas, de tal forma perseguidas, malditas, proscritas? La novia del Diablo, la envenenadora que curaba, hizo mucho bien según Paracelso, el gran médico del Renacimiento. Cuando este quemó toda la medicina en Basilea, en 1527, afirmó no saber más que lo que le habían enseñado las brujas.

Esto merecía una recompensa y la tuvieron. Se les pagó con torturas y hogueras. Inventaron, para ellas, suplicios y dolores especiales; fueron juzgadas en masa y condenadas por una palabra. Jamás se habían prodigado tantas vidas humanas. Sin hablar de España, tierra clásica de hogueras, donde se persigue al Moro y al Judío y a la Bruja—fueron quemadas siete mil en Trévedis, y no sé cuantas en Toulouse; en Ginebra, quinientas, en tres meses (1513); ochocientas, en Wurtzbourg, casi de una hornada mil quinientos en Bamberg (dos pequeñísimos obispados). Fernando II, el Beato, el cruel emperador de la guerra de los Treinta Años, se vio obligado a vigilar de cerca a sus santos obispos, capaces de llegar a quemar a todos sus súbditos. En la lista de Wurtzbourg he encontrado un brujo de once años, que iba a la escuela, y una bruja de quince y, en Bayona, a dos de diecisiete, condenadamente bonitas.

En ciertas épocas, el odio mataba a cualquiera, por el mero hecho de ser llamada bruja. Los celos de las mujeres, la codicia de los hombres, recurrían fácilmente a esta arma tan cómoda, ¿Aquella es rica?..., pues bien, es Bruja. La otra es guapa... también Bruja. Veremos a la Murgui, una pequeña mendiga, que, con esta piedra terrible, señala en la frente para la muerte a la castellana de Lancinena, una gran señora que era demasiado hermosa.

Si pueden, las acusadas se matan para evitar la tortura. Remy, el excelente juez de Lorena, que llegó a quemar ochocientas brujas, explica triunfalmente el terror desencadenado: «Mi justicia es tan buena, que dieciséis, que fueron detenidas el otro día, no esperaron al juicio y se colgaron antes».

Durante los treinta años que he dedicado a la redacción de mi Historia, ha pasado y repasado, una y otra vez, entre mis manos esta horrible literatura de la brujería. He agotado primero los manuales de la Inquisición, las brutalidades de los dominicos (Látigos, Martillos, Torcecuellos, Fustigaciones, Horcas, etc., tales son los títulos de sus libros). Después leí a los parlamentarios, a los jueces laicos que sucedieron a estos frailes y que los despreciaron sin dejar de ser, por ello, menos estúpidos. He dicho algo sobre esto en otra parte. Aquí una sola observación: desde el año 1300 hasta el 1600 e incluso hasta más tarde, la justicia es la misma. Excepto durante un pequeño lapso de tiempo, en el Parlamento de París, siempre, se repite la misma ferocidad propia de ignorantes. Los inteligentes no hacen nada en este aspecto. El espiritual De Lancre, magistrado de Burdeos durante el reinado de Enrique IV, muy avanzado en política, cuando se trata de brujería cae al nivel de un Nider, de un Sprenger, de cualquier estúpido monje del siglo XV.

Resulta verdaderamente asombroso comprobar que en tiempos tan diversos, hombres de cultura diferente, no sean capaces de avanzar ni un paso. Más tarde se comprende que unos y otros quedaran parados, irremediamente cegados, embriagados y seducidos por el veneno de sus principios. Tales principios constituyen un dogma de injusticia fundamental: «Todos perdidos, sólo por uno y no sólo castigados, sino dignos de serlo, viciados y pervertidos de antemano, muertos para Dios, incluso antes de nacer, El niño que mama ya está condenado».

¿Quién dice esto? Todos, incluso Bossuet. Una importante jerarquía eclesiástica de Roma, Spina, Maestro de Palacio Sagrado, lo formula claramente: ¿«Por qué permite Dios la muerte de los inocentes? Dios obra siempre justicieramente, porque no mueren a causa de los pecados que han cometido, sino porque son siempre culpables a causa del pecado original» (*De Strigibus*, p. 9).

De esta enormidad se derivan dos cosas, tanto desde el punto de vista de la justicia, como de la lógica. El juez actúa con absoluta seguridad; aquél que tiene delante es culpable, y, si se defiende, todavía peor. La justicia no tiene que cavilar mucho, ni romperse la cabeza para distinguir lo verdadero de lo falso, porque ya de entrada ha tomado partido. El lógico, el escolástico, sólo tiene que analizar el alma y darse cuenta de su complejidad, de sus luchas interiores. No necesita explicarse, como nosotros, cómo es esta alma, como puede llegar a ser poco a poco, viciosa. De



tales delicadezas y titubeos —si pudiera comprenderlos— se reirían, menearían despectivamente la cabeza. ¡Cómo se balancearían entonces sus soberbias orejas, que adornan su vacío cráneo!

Cuando se trata del *Pacto diabólico*, del contubernio espantoso, en virtud del cual, el alma se vende a los tormentos eternos por la ganancia de un día, nosotros sentiríamos la necesidad de indagar las desgracias y crímenes que la habían inducido a seguir por la senda maldita. ¿Ha hecho algo semejante nuestro hombre? Obviamente para él, el alma y el diablo habían nacido el uno para el otro, por ello, a la primera tentación, por un simple capricho, *un deseo*, una idea pasajera, el alma se arroja a tan horribles extremos.

Tampoco veo que nuestros modernos se hayan formulado demasiadas preguntas acerca de la cronología moral de la brujería. Se aferran demasiado a las relaciones existentes entre la edad media y la antigüedad. Relaciones reales, pero débiles, de escasa importancia. Ni la antigua Maga, ni la Vidente céltica y germánica son todavía la verdadera Bruja. Las inocentes fiestas báquicas, pequeños aquellares rurales, que perduraron durante la Edad Media, no son de ninguna manera las Misas negras del siglo xiv, que representan un desafío solemne a Jesucristo. Estos terribles conceptos no llegaron por la larga cadena de la tradición; serán, simplemente, hijos del horror del tiempo.

¿De dónde procede la Bruja? Sin ninguna duda: «De los tiempos de la desesperación».

¿Qué hizo la Iglesia ante esta desesperación profunda? Sin ninguna duda: «La Bruja es su crimen».

No me voy a entretener en sus melifluas explicaciones, con que pretenden atenuarlo: «La criatura era débil, inclinada a las tentaciones. Fue inducida al mal por la concupiscencia». Por tanto no son la miseria, ni el hambre de aquellos tiempos la causa que arrastraba al furor diabólico. Si la mujer enamorada, celosa y abandonada, o el niño maltratado por su madrastra, o la madre apaleada por su hijo (viejos temas de leyendas) han podido sentir la tentación de invocar al Espíritu del Mal, todo esto no es brujería. El hecho de que estas pobres criaturas invoquen a Satán, no presupone que él las acepte. Estas pobres criaturas están lejos y bien lejos de estar maduras para él. No odian a Dios.

Para comprender mejor todo esto, leed los execrables registros que nos quedan de la Inquisición, no en los resúmenes e Llorente, de Lamothe-Langon, etc., sino en los registros originales de Toulouse. Leedlos en toda su crudeza, su triste sequedad, tan espantosamente salvaje. Al cabo de unas páginas, uno se siente asqueado, invadido por un frío glacial. La muerte, la muerte, la muerte es lo único que hay en cada línea. Uno se siente como en un ataúd, o en una celda de piedra con los muros enmohecidos. Los más felices debían ser los que acababan muriendo. El horror está en el in pace. Esta palabra, que se repite sin cesar, como una campana abominable, que suena y resuena para desesperar a los muertos vivientes, es siempre la misma: *emparedados*.

Espantosa máquina de destrucción, de aniquilamiento físico y espiritual. De vuelta de tornillo en vuelta de tornillo, crujiendo ya, sin poder respirar, La Bruja saltó de la máquina y cayó en un mundo desconocido.

Así nació la Bruja, sin padre ni madre, ni hijo, ni esposo, ni familia. Es un monstruo, un aerolito, venido de no se sabe dónde. ¡Dios mío, quien se atreverá a acercarse a ella!

¿Dónde vive? En lugares de difícil acceso, en los bosques de zarzas, en las landas, donde los espinos y los cardos enmarañados impiden el paso. Por la noche, se resguarda bajo cualquier dolmen. Si se la encuentra, sigue aislada por el común horror. Tiene alrededor de sí misma como un círculo de fuego.

¿Quién la creará? A pesar de todo, es todavía una mujer. Su destino terrible tensa sus resortes de mujer, su electricidad femenina. Se agudizan especialmente en ella dos dones:

El *iluminismo de la locura lúcida* que, según sus grados puede ser poesía, percepción, penetración, la palabra ingenua y astuta, y, sobre todo, la facultad de crearse todas sus propias mentiras. Don desconocido en el brujo. Con él, nada hubiera empezado.

De este don deriva el otro, el sublime poder de la *concepción solitaria*, la partenogénesis, que nuestros fisiólogos reconocen hoy en las hembras de numerosas especies, por la fecundidad de su cuerpo, y que se da también en s concepciones del espíritu.

Sola, concibe y da a luz, ¿A quién? A una réplica de sí misma. Paradójicamente tiene un hijo del odio, concebido por amor, ya que sin amor no se crea nada. Aunque asustada por el nacimiento de este niño, se reconoce en él, se complace de tal



manera en este ídolo, que lo coloca al instante sobre el altar, le honra, se inmola ante él, ofreciéndose como víctima y hostia viviente. A menudo ella misma le dirá a su juez: «No temo más que una cosa: sufrir demasiado poco por él» (Lancre).

¿Sabéis cómo son los primeros pasos del niño? Una tremenda explosión de risas. Tiene motivos para estar alegre; vive libre en las praderas, lejos de los calabozos de España y de los emparedamientos de Toulouse. Su in pace es nada menos que el mundo. Va, viene, se pasea. ¡Suyos son el bosque sin límites, las landas de lejanos horizontes, la tierra entera! La bruja le llama tiernamente «Mi Robin», por aquel valiente proscrito, el alegre Robin Hood, que vivió también en el bosque. Le gusta llamarle otra vez *Verdelet* (tierno, inmaduro), *Joli-bois*, *Vert-bois*, que son los lugares preferidos del travieso. En cuanto ve un matorral, hace novillos.

Lo que asombra más es que la Bruja haya creado un auténtico ser humano, dotado de las características de los seres humanos reales. Se le ha visto y oído. Se le puede describir.

Por el contrario, la Iglesia ha resultado impotente a la hora de engendrar. ¡Qué pálidos, diáfanos, transparentes, incoloros resultan sus ángeles!

Incluso sus demonios, que la Iglesia copió de los rabinos, la sucia legión rugiente, etc., no logran el pretendido realismo terrorífico. Son figuras más grotescas que terribles, fluctuantes, bufonescas.

Muy diferente es el Satán que surge del seno ardiente de la Bruja, vino, armado, blandiendo las armas amenazador.

Por grande que haya sido el miedo que ha inspirado, hay que confesar que sin él, nos habríamos muerto de pura monotonía. De todas las plagas que azotan a esta época, el aburrimiento es quizá la más pesada. Cuando se intenta hacer hablar a las Tres Personas entre ellas, como tuvo la mala idea de hacerlo Milton, el aburrimiento se eleva a lo sublime. Entre una y otra hay un sí eterno. Entre los ángeles y los santos, el mismo sí. Todos aparecen en sus leyendas, bastante paganas al principio, con el mismo invariable aire de parentesco soso, que les une entre sí y con Jesús. Todos primos. Dios nos libre de vivir en un país donde todo rostro humano, de desolador parecido, tenga esta semejanza dulzona de convento o de sacristía.

Por el contrario, Satán, hijo de la bruja, atrevido, es capaz de ser la réplica de Jesús. Estoy casi seguro de que a Jesucristo debía divertirle, cansado como estaba de la insipidez de sus Santos.³²

Los Santos, los bien-amados, los hijos de la casa, se mueven poco, contemplan, sueñan; esperan inmóviles, seguros de que obtendrán su lugar entre los Elegidos. La poca actividad que tienen se concentra en el círculo cerrado de la Imitación (esta palabra está constantemente presente en toda la Edad Media). El, el bastardo maldito, cuya herencia no es otra cosa que el látigo, no tiene sentido que espere. Va buscando y nunca descansa. Se mueve desde la tierra al cielo. Es muy curioso, excava, penetra, sondea y mete la nariz en todas partes. Se burla y se ríe del *Consummatum est*. Dice siempre: «Más allá!» y « ¡Adelante! ».

Lo demás es fácil de deducir. Aprovecha todos los desperdicios. Loe el cielo desecha, él lo recoge. Por ejemplo, la Iglesia ha rechazado la Naturaleza por impura y sospechosa. Satán se apodera de ella; se adorna con ella. Más aún, la explota, se sirve de ella, y hace brotar de su seno las artes. Hace suyo el gran nombre con el que se le quiere condenar, el de Príncipe del mundo.

Se había dicho imprudentemente: «¡Desgraciados aquellos que ríen!». Así se entregaba de antemano a Satán el monopolio de la risa y se le proclamaba divertido. Más aún: necesario. Porque la risa es una función esencial de nuestra naturaleza. ¿Cómo soportar la vida si no podemos reír, al menos en los intervalos entre nuestros dolores?

La Iglesia, que no ve en la vida más que una prueba, evita el prolongarla. Su medicina es la resignación, la espera y la esperanza de la muerte. Vasto campo para Satán, que se convierte en médico, en bienhechor de los vivientes, en consolador, que se complace en mostrarnos a nuestros muertos, en evocar las sombras amadas.

Otro punto rechazado por la Iglesia: la Lógica, el Libre Pensamiento. Esta será la gran golosina de la que el otro se apoderará ávidamente.

La Iglesia había construido a cal y canto un pequeño in pace, estrecho, de bóveda baja, apenas esclarecido a través de una pequeña hendidura: la Escuela. A los tonsurados que allí vivían se les decía: «Sed libres», pero todos acababan convirtiéndose en lisiados de las piernas.

³² El fragmento que acabamos de leer desde «Ved por el contrario...» no figura más que en la edición original. (Ver el Prefacio.)



Trescientos, cuatrocientos años confirman esta parálisis. ¡Tal es la afirmación de Occam!

Resulta divertido descubrir, en esta afirmación, el origen del Renacimiento. ¿Cómo nació el Renacimiento? Por el satánico empeño de las gentes en perforar la bóveda, por el esfuerzo de los condenados que querían ver el cielo. Y tuvo lugar también más allá, lejos de la Escuela y de los letrados, en la Escuela del monte, haciendo novillos, donde Satán persiguió a la Bruja y al pastor.

Enseñanza arriesgada entre todas, pero en la que los mismos peligros exaltaban la curiosidad, el deseo desenfrenado de ver y de saber. Allí empezaron las ciencias malditas, la farmacia prohibida de los venenos y la execrable anatomía. El pastor, espía de las estrellas, observando el cielo, suministraba culpables recetas, ensayos sobre los animales, mientras la bruja suministraba un cadáver robado del cementerio vecino. Por primera vez (con riesgo de morir en la hoguera) se podía contemplar este milagro de Dios «que se escondía estúpidamente, en lugar de intentar comprenderlo» (como muy bien ha dicho M. Serres).

Paracelso, el único médico admitido allí por Satán, vio a un tercero, que a veces se introducía en la siniestra asamblea, aportando la cirugía. El cirujano de aquellos tiempos terribles era el verdugo, el hombre de mano audaz, que sabía usar diestramente el hierro, que rompía los huesos y sabía recomponerlos, que mataba y a veces salvaba a los condenados a la horca.

La universidad criminal de la bruja, del pastor y del verdugo, con sus ensayos sacrílegos, empujó a la otra, la obligó a competir con ella y a estudiar, porque todo el mundo quería vivir. Todos los conocimientos médicos dependían de la Bruja, ya que se había dado la espalda al médico. La Iglesia tuvo que aceptarlo y permitir estos crímenes. Se vio obligada a autorizar la disección y a admitir que había buenos venenos (Grillandus). En 1306, el italiano Mondino abre y disecciona a una mujer; a otra, en 1315. ¡Revelación sagrada! ¡Descubrimiento de un mundo más grande que el de Cristóbal Colón! Los tontos gimieron y aullaron. Los sabios cayeron de rodillas.

Con tales victorias, Satán estaba seguro de vivir. La Iglesia sola nunca le habría podido destruir. Las hogueras no le afectaron. Para destruirlo había que recurrir a determinada política.

Se dividió hábilmente el reino de Satán. Contra su hija, su esposa, la Bruja, se armó a su hijo, el Médico.

La Iglesia, que le odiaba profundamente, contribuyó a fundar su monopolio para conseguir la extinción de la Bruja. En el siglo XV declaró que si la mujer se atrevía a curar, sin haber estudiado, sería considerada bruja y debería morir.

Pero la Bruja no podía estudiar públicamente. Imaginad la escena risible, horrible, que habría tenido lugar, si la pobre salvaje se hubiera arriesgado a entrar en las escuelas. ¡Qué fiesta y qué alegría! En las hogueras de San Juan se quemaban gatos encadenados. La bruja, arrojada a aquel infierno maullante, quemada viva al mismo tiempo que los gatos encadenados, hubiera sido motivo de alegre fiesta para los jóvenes frailucos y para los Capetos.

Veremos a lo largo de esta época la decadencia de Satán. Lamentable relato. Lo veremos pacificado, convertido en un buen viejo. Se le roba y saquea, hasta el punto de que de las dos máscaras que usaba en el Aquelarre, la más sucia, la toma Tartufo.

Su espíritu está en todas partes. Pero el Diablo, en persona, desaparece completamente al desaparecer la Bruja. Los brujos fueron impertinentes.

A partir del momento en que se le ha precipitado hacia su decadencia, ¿qué se ha hecho de él? ¿No era un actor necesario, una pieza indispensable de la gran máquina religiosa, bastante estropeada hoy día por cierto? Todo organismo que funcione bien es doble, tiene dos caras. La vida también. Su equilibrio depende de dos fuerzas simétricas, opuestas, desiguales: la inferior hace de contrapeso, respondiendo a la otra, cuando la superior se impacienta y quiere suprimirla, se equivoca.

Cuando Colbert (1762) destronó a Satán al prohibir a los jueces que aceptaran procesos de brujería, el tenaz parlamento normando, con su típica lógica normanda, señaló el peligroso alcance de tal decisión. El Diablo es nada menos que un dogma que sostiene a todos los demás. ¿Tocar al eterno vencido, no es tocar al vencedor? Dudar de los actos del primero conduce inexorablemente a dudar



de los actos del segundo, de los milagros que hizo precisamente para combatir al Diablo. Las columnas del Cielo tienen su base en el abismo. El atolondrado que remueva esta base infernal, puede cuartear el Paraíso.

Colbert no hizo caso. Tenía demasiados asuntos entre sus manos. Pero el Diablo seguramente sí que lo oyó y le debió consolar mucho. A partir de entonces se gana la vida con juegos sin importancia (espiritismo y mesas giratorias), resignadamente, convencido de que al menos no muere solo.

PRÓLOGO*

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

ESTE LIBRO NO ES UNA HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN, LA QUE ya fue escrita con suma brillantez para que yo piense en rehacerla; es sólo un estudio sobre esta Revolución. En 1789, los franceses efectuaron el mayor esfuerzo jamás realizado por pueblo alguno a fin de cortar, por así decirlo, su destino en dos y separar mediante un abismo lo que habían sido hasta entonces de lo que querían ser en lo sucesivo. Con este propósito, tomaron toda clase de precauciones para no arrastrar a su nueva condición nada del pasado, y se impusieron todo género de obligaciones para ser distintos de sus padres; en fin, no omitieron nada para tornarse irreconocibles.

Yo siempre había pensado que en esta singular empresa habían tenido menos éxito del que se imaginó en el extranjero y del que ellos mismos creyeron en un principio. Estaba convencido de que, sin saberlo, habían conservado del Antiguo Régimen la mayor parte de los sentimientos, de los hábitos e incluso de las mismas ideas con cuya ayuda habían hecho la Revolución que lo destruyó y que, sin proponérselo, se habían valido de los escombros para construir el edificio de la nueva sociedad; de modo que, para comprender bien a bien la Revolución y su obra, es preciso olvidar por un momento a la Francia en que vivimos e ir a interrogar en su tumba a la Francia que dejó de existir. Esto es lo que he tratado de hacer aquí; pero lograrlo me ha sido más difícil de lo que hubiera creído.

Los primeros siglos de la monarquía, la Edad Media y el Renacimiento dieron origen a trabajos inmensos y han sido objeto de muy serias investigaciones que nos han permitido conocer no

sólo los hechos ocurridos en ese entonces, sino también las leyes, los usos, el espíritu del gobierno y de la nación en estas diferentes épocas. Pero hasta ahora, nadie se ha tomado la molestia de considerar el siglo xviii de este modo y tan de cerca. Creemos conocer muy bien a la sociedad francesa de aquella época, porque vemos claramente lo que brillaba en su superficie y conocemos hasta en sus menores detalles la historia de los personajes más célebres que vivieron en ella, además de que críticas ingeniosas o elocuentes nos han familiarizado con las obras de los grandes escritores que la reseñaron. Sin embargo, en cuanto a la manera de dirigir los asuntos públicos, a la verdadera práctica de las instituciones, a la posición exacta de unas clases respecto a otras, a la condición y a los sentimientos de las que todavía no se hacían ni oír ni ver, al fondo mismo de las opiniones y de las costumbres, no tenemos sino ideas confusas y a menudo equivocadas.

Me he propuesto penetrar hasta las entrañas mismas de ese Antiguo Régimen, tan cerca de nosotros por el tiempo, pero que la Revolución nos oculta.

Para lograrlo, no sólo he releído los libros célebres que produjo el siglo xviii, sino que también me propuse estudiar muchas obras menos conocidas y menos dignas de serlo que, no obstante estar escritas con poco arte, revelan tal vez aún mejor los verdaderos instintos de la época. He puesto empeño en conocer a fondo todos los actos públicos en que los franceses pudieron, ante la cercanía de la Revolución, mostrar sus opiniones y sus gustos. Las actas de las asambleas de estados, y con posterioridad de las asambleas provinciales, me

* Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006 (Colección Conmemorativa 70 Aniversario, 50).



brindaron a este respecto mucha luz. Sobre todo he hecho frecuente uso de los cuadernos redactados por los tres órdenes en 1789. Estos cuadernos, cuyos originales forman una larga serie de volúmenes manuscritos, permanecen como el testamento de la antigua sociedad francesa, como expresión suprema de sus deseos y manifestación auténtica de su última voluntad. Es un documento único en la historia. Pero ni esto me ha resultado suficiente.

En los países en que la administración pública ya es de consideración, nacen pocas ideas, deseos y dolores, se encuentran pocos intereses y pasiones que tarde o temprano no vengan a mostrarse al desnudo ante ella. Visitando sus archivos, no sólo se adquiere una noción muy exacta de sus procedimientos, sino que en ellos se revela el país entero. Un extranjero al que se le permitiera hoy toda la correspondencia confidencial que llena los legajos del ministerio del interior y de las prefecturas, pronto sabría sobre nosotros más que nosotros mismos. En el siglo XVIII, la administración pública ya era, como hemos de ver leyendo este libro, muy centralizada, poderosa y prodigiosamente activa. Siempre se la veía ayudar, impedir, permitir. Tenía muchas cosas que prometer y muchas otras que dar. Influyó, ya de mil maneras, no sólo en la conducción general de los asuntos públicos, sino también en la suerte de las familias y en la vida privada de cada persona. Además, se manejaba sin publicidad, lo cual hacía que nadie temiera acudir a exponer ante sus ojos hasta las dolencias más secretas. Dediqué mucho tiempo a estudiar todo aquello que nos queda de ella, ya sea en París o en diversas provincias.³³

Tal como esperaba, encontré entre los documentos al Antiguo Régimen vivo, con sus ideas, sus pasiones, sus prejuicios y sus prácticas. En ellos, cada hombre hablaba libremente su propia lengua y dejaba traslucir sus pensamientos más íntimos. Así acabé por adquirir sobre la antigua sociedad muchas nociones que no poseían los contemporáneos, pues tenía ante mí lo que nunca estuvo expuesto a sus miradas.

A medida que avanzaba en este estudio, me asombraba volver a ver de continuo en la Francia de aquel entonces muchos rasgos que saltan a la vista en la de nuestros días. Encontraba un tropel

de sentimientos que creía nacidos de la Revolución, una multitud de ideas que hasta entonces había considerado provenientes de ella, mil hábitos cuyo legado se le atribuye de manera exclusiva; por todas partes encontraba las raíces de la sociedad actual implantadas profundamente en este viejo suelo. Cuanto más me aproximaba a 1789, con mayor claridad distinguía el espíritu que formó la Revolución, que la vio nacer y desarrollarse. Poco a poco veía aparecer su fisonomía ante mí. Anunciaba ya su temperamento y su genio; era ella misma. Encontré en esos documentos no sólo la razón de lo que habría de hacer en su primer esfuerzo, sino tal vez también el anuncio de lo que a la larga debería fundar, pues la Revolución tuvo dos fases bien distintas: la primera, en que los franceses parecen querer abolir todo lo perteneciente al pasado; la segunda, en la que habrán de recuperar parte de lo que habían abandonado. Así, son muchísimas las leyes y costumbres políticas del Antiguo Régimen que desaparecen de golpe en 1789 y que resurgen años después, como ciertos ríos que se hunden en tierra para reaparecer poco más lejos, dejando ver las mismas aguas en nuevas riberas.

El objeto propio de la obra que expongo al público consiste en hacer comprender por qué esta gran revolución, que se preparaba al mismo tiempo en casi todo el continente europeo, estalló en nuestro país y no en otra parte, por qué surgió como por sí misma de la sociedad que habría de destruir y cómo, en fin, pudo la antigua monarquía derrumbarse de manera tan completa y repentina.

En mi concepto, la obra que he emprendido no debe concluir aquí. Si el tiempo y las fuerzas me lo permiten, tengo la intención de seguir, a través de las vicisitudes de esa larga Revolución, a estos mismos franceses con quienes acabo de convivir tan familiarmente bajo el Antiguo Régimen y a los que éste había formado; de verlos modificarse y transformarse según los acontecimientos, sin cambiar por ello de naturaleza, para reaparecer continuamente ante nosotros con una fisonomía un tanto diferente, pero siempre reconocible.

Antes que nada recorreré con ellos esa primera época del 89, en que el amor a la igualdad y a la libertad comparten su corazón; en que no sólo quieren fundar instituciones democráticas, sino

³³ Me he servido particularmente de los archivos de varias grandes intendencias, sobre todo de las de Tours, que son muy completas, y que corresponden a una jurisdicción muy amplia, situada en el centro de Francia y poblada con un millón de habitantes. Agradezco su

ayuda al joven y hábil archivista señor Grandmaison, que se halla al frente del depósito. Otras jurisdicciones, entre ellas la de la Ile de France, me han hecho ver que las cosas suceden de la misma manera en la mayor parte del reino.



también instituciones libres; no únicamente destruir privilegios, sino reconocer y consagrar derechos; tiempos de juventud, de entusiasmo, de valor, de pasiones generosas y sinceras, cuyo recuerdo conservarán los hombres eternamente, a pesar de sus errores, y que, durante mucho tiempo todavía, perturbará el sueño de todos aquellos que deseen corromperlos o esclavizarlos.

Siguiendo rápidamente el curso de esta misma Revolución, trataré de mostrar qué acontecimientos, qué errores, qué desengaños condujeron a que estos mismos franceses abandonaran su primera intención y, dando al olvido la libertad, tan sólo quisieran convertirse en simples servidores del amo del mundo; cómo un gobierno más fuerte y mucho más absoluto que el derribado por la Revolución recobra y concentra entonces todos los poderes, suprime todas aquellas libertades conquistadas a muy elevado costo, sustituyéndolas por sus falsas imágenes; llamando soberanía del pueblo a los sufragios de electores que no pueden ilustrarse, concertarse ni elegir; voto libre de los impuestos por el asentimiento de asambleas mudas o sometidas; y, al mismo tiempo que usurpar a la nación la facultad de gobernarse, hace lo propio con las principales garantías del derecho, la libertad de pensar, de hablar y de escribir, es decir, todo lo máspreciado y noble que había en las conquistas del 89 y todavía se jacta de ese gran nombre.

Me detendré en el momento en que me parezca que la Revolución haya consumado más o menos su obra y concebido la nueva sociedad. Entonces consideraré a esta sociedad, trataré de distinguir en qué se parece a aquella que la precedió y en qué difiere, qué hemos perdido y qué ganado en este inmenso trastocamiento de las cosas y, en fin, intentaré entrever nuestro porvenir.

Parte de esta segunda obra ya está esbozada, pero aún es indigna de ofrecerla al público. ¿Me será dado concluirla? Nadie puede saberlo. El destino de los individuos es aún mucho más oscuro que el de los pueblos.

Espero haber escrito el presente libro sin prejuicio, pero no pretendo haberlo escrito sin pasión. Sería inadmisibles para un francés no sentirla cuando habla de su país y piensa en su época. Por tanto, confieso que al estudiar a nuestra antigua sociedad en cada una de sus partes nunca he perdido por completo de vista a la nueva. No sólo he querido ver ante qué mal sucumbió el enfermo, sino también cómo habría podido evitar la muerte. Me he comportado como esos médicos que tratan de

descubrir las leyes de la vida en cada órgano extinto. Mi objetivo ha consistido en obtener un cuadro que fuese estrictamente exacto y que al mismo tiempo fuera instructivo. Así, cada vez que he encontrado en nuestros padres algunas de esas virtudes varoniles que nos serían de lo más necesarias y que ya casi no tenemos, verdadero espíritu de independencia, gusto por las grandes empresas, fe en nosotros mismos y en una causa, las he puesto de relieve; y asimismo, cuando he hallado en las leyes, las ideas y las costumbres de ese entonces, el rastro de algunos de los vicios que tras haber minado a la antigua sociedad, nos afectan aún, he procurado enfocar la luz hacia ellos, a fin de que viendo el mal que nos han hecho se comprendiera mejor el que todavía pueden causarnos.

Confieso que para alcanzar tal meta no he temido herir a quien fuese, individuos, clases, opiniones, recuerdos, por respetables que pudieran ser. A menudo lo hice con pesar, pero siempre sin remordimientos. Que aquellos a quienes haya podido disgustar con ello me perdonen, en consideración al fin desinteresado y honesto que persigo.

Algunos tal vez me acusen de mostrar en este libro cierto gusto algo intempestivo por la libertad, en la que, según me aseguran, ya nadie se interesa en Francia.

Sólo les ruego, a quienes me dirigen tal reproche, tengan a bien considerar que esta inclinación es en mí muy antigua. Hace más de 20 años que, refiriéndome a otra sociedad, escribía yo casi textualmente lo que van a leer.

En medio de las tinieblas del porvenir se pueden ya descubrir tres verdades clarísimas. La primera es que todos los hombres de nuestros días son arrastrados por una fuerza desconocida que se puede esperar regular y moderar, pero no vencer; que tan pronto los impele suavemente como los precipita hacia la destrucción de la aristocracia; la segunda, que, entre todas las sociedades del mundo, las que mayor dificultad tendrán de librarse por mucho tiempo del gobierno absoluto serán precisamente aquellas sociedades en que la aristocracia haya dejado de existir ahora y para siempre; en fin, la tercera, que el despotismo en ninguna parte puede producir efectos más perniciosos que en dichas sociedades, pues favorece más que ninguna otra clase de gobierno el desarrollo de todos los vicios a los que están sujetas especialmente estas sociedades y, de ese modo, las



impulsa hacia el mismo lado en que, siguiendo una tendencia natural, se inclinaban ya.

No estando ya los hombres vinculados unos a otros por ningún lazo de castas, de clases, de corporaciones ni de familias, se sienten demasiado inclinados a preocuparse sólo de sus intereses particulares, exageradamente arrastrados a pensar sólo en sí mismos y a recogerse en un individualismo estrecho en que se ahoga toda virtud pública. Lejos de luchar contra esta tendencia, el despotismo la hace irresistible, pues priva a los ciudadanos de toda pasión común, de toda obligación mutua, de toda necesidad de entenderse ir de toda ocasión de actuar juntos; por así decirlo, los enclaustra en la vida privada. Ya de por sí se inclinaban por vivir aparte: él los aísla; se mostraban frialdad unos a otros: él los congela.

En esta clase de sociedades, donde nada es fijo, todos se sienten constantemente aguijoneados por el temor a descender y el ardor de ascender; y como el dinero, al mismo tiempo que se ha convertido en el signo principal que clasifica y distingue a los hombres entre sí, ha adquirido una movilidad singular, pasando sin cesar de mano en mano, transformando la condición de los individuos, encumbrando o abatiendo a las familias, casi no hay persona que no se sienta obligada a realizar un esfuerzo desesperado y continuo por conservarlo o por adquirirlo. Por consiguiente, el ansia de enriquecerse al precio que sea, el gusto por los negocios, el amor por la ganancia, la búsqueda del bienestar y de los placeres materiales son las pasiones más comunes. Éstas se extienden fácilmente a todas las clases, penetran incluso en aquellas que hasta entonces habían sido las más extrañas y pronto lograrían enervar y degradar a la nación entera, de no acudir algo que las contuviera. Ahora bien, en la misma esencia del despotismo está favorecerlas y propagarlas. Estas pasiones debilitantes vienen en su ayuda, pues desvían y alejan la imaginación de los hombres de los asuntos públicos y los hacen temblar ante la sola idea de las revoluciones. Sólo el despotismo puede brindar el secreto y la oscuridad que ponen a cubierto la codicia y permiten obtener utilidades deshonestas desafiando el deshonor. Sin él, ellas hubiesen sido fuertes; con él, reinan.

Sólo la libertad, por el contrario, puede combatir de manera eficaz en tales sociedades los vicios que les son inherentes y detenerlas en la pendiente por la que se deslizan. Tan sólo ella puede, en efecto, rescatar a los ciudadanos del aislamiento en que los tiene sumidos la misma independencia de su condición, obligándolos a acercarse unos a otros,

reanimándolos y reuniéndolos a diario por la necesidad de entenderse, de persuadirse y de complacerse mutuamente en la práctica de los asuntos comunes. Sólo ella es capaz de alejarlos del culto al dinero y del insignificante trajín cotidiano de sus asuntos particulares, para hacerlos percibir y sentir en todo momento que junto y por encima de ellos está la patria; sólo ella, la libertad, sustituye de vez en cuando el amor al bienestar con pasiones más enérgicas y elevadas, da a la ambición objetos más estimables que la adquisición de riquezas y crea la luz que permite ver y juzgar los vicios y virtudes de los hombres.

Aquellas sociedades democráticas que no son libres podrán ser ricas, refinadas, brillantes, incluso magníficas, poderosas por el peso de su masa homogénea; podremos encontrar en ellas cualidades privadas, buenos padres de familia, comerciantes honestos y propietarios muy estimables; incluso veremos buenos cristianos, pues su patria no es de este mundo y la gloria de su religión radica en producirlos en medio de la mayor corrupción de las costumbres y bajo los peores gobiernos: el Imperio romano, en su extrema decadencia, estaba lleno de ellos; pero me atrevo a afirmar que lo que no podremos ver en estas sociedades son grandes ciudadanos, y mucho menos un gran pueblo, y no temo aseverar que el nivel común de los corazones y de los espíritus nunca cesará jamás de abatirse en tanto coexistan la igualdad y el despotismo.

Así pensaba y decía hace 20 años. Confieso que, desde entonces, no ha ocurrido nada en el mundo que me haya inducido a pensar y a decir otra cosa. Habiendo mostrado la buena opinión que tenía de la libertad en una época en que estaba de moda, no se me tomará a mal que persista cuando se la abandona.

Por lo demás, téngase a bien considerar que en ello difiero de la mayor parte de mis contradictores mucho menos de lo que tal vez supongan ellos mismos. ¿Qué hombre por naturaleza tendría un alma tan mezquina para preferir depender de los caprichos de uno de sus semejantes antes que obedecer las leyes que él mismo ha contribuido a establecer, si le pareciera que su nación posee las virtudes necesarias para hacer buen uso de la libertad? Creo que no existe. Ni siquiera los déspotas niegan las bondades de la libertad; sólo que no la quieren más que para ellos mismos y señalan que todos los demás son indignos de ella. Así, no diferimos en cuanto a la opinión que se deba tener de la libertad, sino respecto a la mayor o menor estima que se tenga de los hombres, de ahí



que se pueda decir de manera rigurosa que el apego que se muestre al gobierno absoluto guarda proporción directa con el desprecio que se profese por su país. Pido que se me permita esperar un poco más antes de convertirme a este sentimiento.

Creo poder decir, sin demasiada jactancia, que este libro es producto de una intensa labor. Hay en él algún capítulo sumamente breve que me ha llevado

más de un año de investigaciones. Habría yo podido sobrecargarlo de notas al pie de las páginas, pero he preferido introducirlas en escaso número y ponerlas al final del volumen, remitiendo a las páginas del texto a que hacen referencia. En ellas se hallarán ejemplos y pruebas. Podría agregar muchos más, si a alguien le pareciera que esta obra los requiriera.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Michelet	Tocqueville
Época abordada por el autor		
Espacio en el que ubica su obra		
Tema abordado		
Fuentes utilizadas		
Visión del proceso histórico		
Sujetos históricos		
Motor de la historia		
Aspecto abordado (político, etc.)		
Significado que le da al proceso histórico		
Tipo de proceso histórico		
Tipo de lenguaje utilizado		



Aprendizaje:

El alumno

Analiza fuentes historiográficas para identificar los componentes constitutivos de las obras vinculadas a la Escuela científica alemana.

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan a las obras historiográficas de la Escuela científica alemana.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos:

La impronta de la heurística:

- Escuela científica alemana (Leopold von Ranke)

La impronta de la heurística (Leopold von Ranke)

LA HISTORIA CIENTÍFICA Y LA ESCUELA ALEMANA*

(FRAGMENTO)

JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

Leopold van Ranke (1795-1886) nació en Tubinga y estudió en Leipzig, teología y filología clásica. [...] Viajó constantemente por toda Europa y encontró muchos materiales no utilizados en los archivos a los que tuvo acceso. Su obra es increíblemente grande, porque en él se combinaron longevidad, capacidad de trabajo y pasión por la historia. Entre sus obras, mencionaremos las siguientes: *Historia de los pueblos romanos y germánicos*, *Historia de los papas*, *Historia alemana del tiempo de la Reforma*, *Historia de Francia*, *Historia de Inglaterra*, y la *Historia universal*, que quedó inconclusa...

[...] El proceso de su idea de la historia, debe tener no sólo variaciones, sino cambios significativos. Vivió mucho y en un siglo de grandes e impresionantes cambios, vio muchas cosas y recibió la influencia de todas las ideologías...

[...] Ranke fue capaz de ver la historia en conjunto. No creía que debía estudiarse un hecho aislado, y si por necesidad metodológica se le separaba del todo, había que referirlo a éste, si no perdía sentido.

[...] Pensaba que había dos caminos para entender los hechos humanos, el filosófico y el histórico. El primero era de abstracción, el histórico, la percepción de lo particular.

* Josefina Zoraida Vázquez. *Historia de la historiografía*. México, Ediciones Ateneo, 1980, pp. 131-133.



LA IMPRONTA DE LA HEURÍSTICA* : ESCUELA CIENTÍFICA ALEMANA

(LEOPOLD VON RANKE)**

REBECA VILLALOBOS

[...] al hablar de clásicos de la historiografía del siglo XIX, uno de los primeros nombres que vienen a nuestra mente sea el del célebre historiador Leopold von Ranke. La maestría contenida en sus trabajos y la influencia que tuvo en la formación y consolidación de la escuela histórica alemana de mediados de siglo, lo han convertido en uno de los historiadores más citados alrededor del mundo occidental.

[...] la historiografía rankeana conserva una peculiaridad: el poder que le dio haber sido vinculada, desde muy pronto, con el modelo de la naciente historiografía moderna. Este último adjetivo, tan controvertido en nuestros días, indica en este caso particular la elaboración de una metodología específica para el estudio de la historia, y también el afianzamiento de su objeto de estudio. En relación con esto, es importante recordar que cuando Ranke empezaba a figurar de manera importante en el ámbito historiográfico europeo, el estudio de la historia libraba la batalla para convertirse en una disciplina autónoma - independiente tanto de la literatura como de las ciencias naturales- que busca incansablemente una

nueva legitimación. Hacia mediados de siglo, la idea de que la historia servía ante todo para instruir a los hombres en sus acciones futuras comenzaba a agotarse; la filosofía, y sobre todo, las ciencias naturales, se habían consolidado como formas de pensamiento más certeras y confiables en su comprensión de la realidad, ante ellas la vieja historiografía iba perdiendo terreno.

[...] la historiografía de Ranke prometía la renovación de los estudios históricos bajo premisas muy claras. En primer lugar, respaldada por un método de análisis, se comprometía a llevar a cabo una reconstrucción desinteresada del pasado, ajena a inclinaciones personales o partidistas. Y en segundo, defendía una visión de la historiografía como la única disciplina capaz de entender lo humano en su diversidad y concreción. Bajo estos dos argumentos el modelo rankeano pretendía ganar, para la historia, tanto la autonomía de sus procedimientos -que no tenía que compartir ni contrastar con los de la filosofía, la literatura y las ciencias- como la posibilidad de convertirse en la disciplina idónea para la comprensión de las cosas humanas.

* En la ciencia histórica, la heurística se refiere al proceso de descubrimiento y recolección de fuentes que sirven de materia prima para la investigación, y también al procedimiento que implica ciertas reglas y habilidades.

** Rebeca Villalobos, “Comentarios y bibliografía sobre la historiografía de Leopold von Ranke”, *Historias*, No. 66/67, (enero-agosto 2007), pp. 129-130.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



HISTORIA DE LOS PAPAS*

LEOPOLD VON RANKE

Todo el mundo conoce el poderío de Roma en la Edad Antigua y en la Media; también en los tiempos modernos se ha visto el renacimiento de su imperio mundial. Después de la decadencia que experimentó en la primera mitad del siglo XVI, ha podido constituirse otra vez en el centro culminante de la fe y del pensamiento de las naciones románicas y ha llevado a cabo osados intentos, no pocas veces afortunados, para dominar de nuevo al resto.

Esta época, la de un poder espiritual-temporal renovado, su rejuvenecimiento y desarrollo internos, su progreso y decadencia, es la que pretendo describir, por lo menos a grandes rasgos.

Empresa ésta que; si bien puede resultar fallida, ni siquiera podría haberse intentado de no haber tenido ocasión de utilizar unas fuentes desconocidas hasta el momento. Mi obligación primera será referirme a ellas.

En otra ocasión trabajé los documentos berlineses. Pero Viena, por ejemplo, es mucho más rica en esta clase de tesoros.

[...] Las colecciones de documentos ofrecen también un carácter amplio. Nos hablan de la política y de la posición mundial del Estado, de sus

viejas relaciones con España, Bélgica, Lombardía, de las frecuentaciones vecinales y eclesiásticas con Roma [...] También se enriqueció aquella biblioteca con una densa colección de manuscritos histórico-políticos procedentes de los papeles del príncipe Eugenio [...] Se hojea el catálogo con ávida esperanza: ¡qué alegría, ante la inseguridad que ofrece la mayoría de las obras impresas de historia moderna, tropezar con tanto testimonio inédito! ¡Todo un porvenir de trabajo para el estudioso!

[...] Un italiano, un romano o un católico seguramente abordarían el asunto de otra manera. Su veneración o, acaso, tal como están las cosas en la actualidad, su odio teñiría la exposición, sin duda alguna, de colores brillantes y, en muchos pasajes, podría ser más circunstanciado, más eclesiástico, más local. Un protestante, un alemán del Norte, mal podría competir con ellos. Mantiene una actitud de indiferencia frente al poder papal y tiene que renunciar de antemano al calor que la simpatía o el odio pudieran prestar al relato y que servirían acaso para impresionar al público europeo.

L
e
o
p
o
l
d
v
o
n

R
a
n
k
e

* Ranke, Leopold von. *Historia de los papas en la época moderna*. México, 2004, FCE, pp. 7 y 10.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis del Texto fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Leopold von Ranke
Época abordada por el autor	
Espacio en el que ubica su obra	
Tema abordado	
Fuentes utilizadas	
Visión del proceso histórico	
Sujetos históricos	
Motor de la historia	
Aspecto abordado (político, etc.)	
Significado que le da al proceso histórico	
Tipo de proceso histórico	
Tipo de lenguaje utilizado	



Aprendizaje:

El alumno

Analiza fuentes historiográficas para identificar los componentes constitutivos de las obras historiográficas vinculadas al materialismo histórico.

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan Al materialismo histórico en la historiografía.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos:

Teoría y praxis

- Materialismo Histórico (Karl Marx)

Teoría y praxis Materialismo histórico

LA IDEOLOGÍA ALEMANA. CONTEXTUALIZACIÓN, ANÁLISIS Y COMENTARIO*

1 Contextualización de *La ideología alemana*

Esta obra fue redactada por Marx, en colaboración con Engels, durante su estancia en Bruselas, entre los años 1845 y 1846, aunque no fue editada hasta 1932. Supone un momento de ruptura con la herencia Hegeliana y feuerbachiana porque, según los autores, con este pensamiento especulativo no se podía construir un conocimiento científico de la realidad ni plantear su transformación revolucionaria. En esta obra comienza la elaboración de una nueva teoría científica de la sociedad capitalista y una crítica de todas las producciones teóricas que sustentaban el capitalismo, y de la filosofía en especial; es una exposición del nuevo materialismo –el materialismo histórico– que hace a partir de la crítica de la concepción idealista de la historia en la

filosofía alemana. También es una crítica al concepto de ideología que circulaba en el momento; para Marx y Engels, la ideología no es solo el conjunto de ideas y valores de una sociedad en un momento dado, sino la falsa conciencia de una sociedad basada en los intereses de la clase que domina en esa época histórica.

Marx y Engels tienen como objetivo prioritario comprender la realidad social de su tiempo –el capitalismo– para transformarla en una sociedad más justa y sin dominación de unos hombres por otros. Pero la realidad del presente solo se entiende si se descubren los mecanismos por los que el hombre ha llegado a esa situación, si se llega a la comprensión de su historia. Esta es la base del materialismo histórico, que es uno de los aspectos principales de la teoría de Marx y Engels. El

* http://www.filosofia.net/materiales/sofiafilia/hf/soff_u10_2.html



materialismo histórico consiste en entender la historia desde las realizaciones concretas de los seres humanos, de su acción con la naturaleza y con los otros hombres, y de las condiciones materiales de la existencia de los individuos, pues no se pueden entender las sociedades en función del pensamiento o las imágenes que tienen de sí mismas, sino por lo que los seres humanos hacen por dominar la naturaleza para la reproducción de su propia vida, por su actividad.

Para Marx y Engels, las organizaciones sociales concretas se organizan en tres niveles: una base económica, formada por las relaciones de producción y las fuerzas productivas; una superestructura jurídico-política, integrada por los mecanismos de poder y las normas por las que se rige una comunidad (representadas en el estado y el derecho), y, por último, una determinada visión, o ideas que la sociedad tiene en un momento dado sobre sí misma, que se corresponde con el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y el tipo de intercambio de los productos que se da en él. El nivel económico es el fundamental para entender los otros dos, pero no hay determinismo en su propuesta, pues los tres niveles tienen una relativa autonomía. La importancia de este nivel deriva de que en la base económica se llevan a cabo las actividades para la reproducción de la vida y de las formas de sociedad; tal actividad es el trabajo cuyos componentes son las fuerzas productivas – tecnología, ciencia y capacidades humanas– y las relaciones de producción, que son las que se establecen entre los dueños de los medios de producción y las personas que realizan el trabajo. A lo largo de la historia, estos dos elementos pueden entrar en contradicción porque el tipo de relaciones de producción no se corresponde con el desarrollo de las fuerzas productivas. Esto es lo que genera un cambio en el modo de producción. La concepción materialista de la historia supone entenderla como el cambio de los distintos modos de producción, pero el paso de un modo de producción a otro no se ha dado simultáneamente en todos los sitios, y su configuración concreta difiere de unos países a otros.

En la explicación de las fuerzas motrices de la historia, Marx y Engels introducen un nuevo factor, el de la lucha de clases. Cada modo de producción tiene una estructura de clases distinta, que se define fundamentalmente por la posesión o no de los medios de producción y el poder de disfrutar, por ello, de los valores creados por el trabajo extra de los demás. Esto las sitúa en un conflicto permanente, al margen de su voluntad o de los

sentimientos particulares de sus miembros. La lucha de clases, junto con la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, coopera de manera dialéctica al cambio histórico, según la teoría de Marx y Engels.

El materialismo histórico es la base para entender el modo de producción capitalista y las posibilidades de su transformación revolucionaria hacia el comunismo, entendido como una sociedad sin clases y en donde no exista la explotación del hombre por el hombre, que es la finalidad última de todo el pensamiento y la actividad de estos autores.

2 | Análisis y comentario del texto

La concepción materialista de la historia en La ideología alemana

En esta obra fundamental de la producción de Marx y Engels se especifica el materialismo histórico como intento de comprender el proceso real de producción de la vida y de las formas de intercambio de bienes, producto del trabajo, que se desarrolla en cada modo de producción concreto. A partir de ello explica las formas de conciencia, esto es, las ideas religiosas, filosóficas o morales, que se dan en esos modos de producción y que tienen como base las prácticas materiales de los hombres. Estas ideas las desarrolla en confrontación con los idealistas alemanes, de ahí la referencia continua que hay en el fragmento a analizar –perteneciente a la introducción– a los «historiadores alemanes».

Elementos que constituyen una concepción materialista de la historia

La vida humana exige unos bienes para cubrir sus necesidades, y tales bienes han de ser producidos por la acción del hombre sobre la naturaleza mediante el trabajo.

La producción de esos bienes siempre conduce a nuevas necesidades que exigen nuevos bienes, con lo que la vida social se va haciendo progresivamente más compleja.

La reproducción de la vida genera la familia como forma de relación social.

La producción de la vida supone tanto una relación natural (procreación) como social. En tanto que relación social, implica que los hombres se relacionan entre sí de una determinada manera, que, a su vez, está conectada con las fuerzas productivas y las formas de intercambio de bienes. Tales relaciones adoptan distintas formas a lo largo del tiempo, tienen una historia.



Los hombres, además de producir su vida, tienen conciencia

La conciencia se engendra en unas determinadas condiciones materiales de vida.

La conciencia se expresa bajo la forma de lenguaje.

La relación del hombre con la naturaleza está determinada socialmente y se expresa en el lenguaje.

División del trabajo social y conciencia

Desde la división social entre trabajo físico y trabajo intelectual, la conciencia se cree algo independiente de su producción en la práctica.

Se genera así la idea de la teoría pura al margen de las relaciones sociales. Esta es una concepción idealista de la conciencia, la idea de la existencia de un individuo al margen de sus condiciones materiales de vida.

La división social del trabajo y sus productos. La propiedad

Con la división social del trabajo se da también la distribución desigual de los bienes (la propiedad), cuya primera forma aparece en la familia, en la que el hombre domina a la mujer y los hijos.

La distribución desigual implica la contradicción entre los intereses del individuo concreto y los intereses generales.

La distribución desigual genera la imposición al hombre de una actividad que le domina, y no que

es dominada por él. Le enajena. El comunismo superaría esta situación, y no se le asignaría una tarea específica a nadie contra su voluntad.

El interés general se ve plasmado en el estado que ilusoriamente representa la comunidad, cuando lo que ocurre realmente es que está asentado en las relaciones desiguales de la sociedad, basadas en la distribución desigual. Por eso, las luchas políticas son una de las formas de la lucha de clases.

Condiciones para acabar con la enajenación derivada de la distribución desigual

Que se dé la contradicción entre una «masa de desposeídos» y un mundo de riquezas y abundancia. Para ello, es necesario incrementar las fuerzas productivas.

La constitución de sujetos históricos, «individuos histórico-universales», que lleven a cabo la revolución de este sistema enajenante. Este sujeto histórico es el proletariado.

La implantación del comunismo, que abolirá la propiedad privada y establecerá nuevas formas de producción e intercambio no enajenantes; el comunismo es el movimiento real que supera el estado actual.

Para que sea un fenómeno mundial (y no una simple idea), el comunismo debe darse en pueblos en los que haya un gran desarrollo de las fuerzas productivas y control del intercambio para evitar que se convierta en un fenómeno local y abatible por el capitalismo imperante.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



LA IDEOLOGÍA ALEMANA *
(FRAGMENTO)

CARLOS MARX

C
a
r
l
o
s

M
a
r
x

Las premisas de que partimos no tienen nada arbitrario, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado como las engendradas por su propia acción. Estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente, por la vía puramente empírica. La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza. No podemos entrar a examinar aquí, naturalmente, ni la contextura física de los hombres mismos ni las condiciones naturales con que los hombres se encuentran: las geológicas, las oro-hidrográficas, las climáticas y las de otro tipo. Toda historiografía tiene necesariamente que partir de estos fundamentos naturales y de la modificación que experimentan en el curso de la historia por la acción de los hombres. Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida, paso éste que se haya condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material. El modo como los hombres producen sus medios de vida depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que se trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solamente en cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado modo de vida de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo cómo producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción. Esta

producción sólo aparece al multiplicarse la población. Y presupone, a su vez, un intercambio entre los individuos. La forma de este intercambio se halla condicionada, a su vez, por la producción. Las relaciones entre unas naciones y otras dependen de la extensión en que cada una de ellas haya desarrollado sus fuerzas productivas, la división del trabajo y el intercambio interior. Es éste un hecho generalmente reconocido, pero, no sólo las relaciones entre una nación y otra, sino también toda la estructura interna de cada nación depende del grado de desarrollo de su producción y de su intercambio interior y exterior. Hasta dónde se han desarrollado las fuerzas productivas de una nación lo indica del modo más palpable el grado hasta el cual se ha desarrollado en ella la división del trabajo. Toda nueva fuerza productiva, cuando no se trata de una simple extensión cuantitativa de fuerzas productivas ya conocidas con anterioridad (como ocurre, por ejemplo, con la roturación de tierras) trae como consecuencia un nuevo desarrollo de la división del trabajo. La división del trabajo dentro de una nación se traduce, ante todo, en la separación del trabajo industrial y comercial con respecto al trabajo agrícola y, con ello, en la separación de la ciudad y el campo y en la contradicción de los intereses entre una y otra. Su desarrollo ulterior conduce a la separación del trabajo comercial del industrial. Al mismo tiempo, la división del trabajo dentro de estas diferentes ramas acarrea, a su vez, la formación de diversos sectores entre los individuos que cooperan en determinados trabajos. La posición que ocupan entre sí estos diferentes sectores se halla condicionada por el modo de explotar el trabajo agrícola, industrial y comercial (patriarcalismo, esclavitud, estamentos, clases) y las mismas relaciones se muestran, al desarrollarse el comercio, en las relaciones entre diferentes naciones. Las diferentes fases de desarrollo de la división del trabajo son otras tantas formas distintas de la propiedad; o, dicho en otros términos, cada etapa de la división del trabajo determina también las relaciones de los individuos entre sí, en lo tocante al material, el instrumento y el producto del trabajo. La primera forma de la propiedad es la

* Carlos Marx - Federico Engels, *la ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*, 5ª ed., Traducido del alemán por Wenceslao Roces, Barcelona, Grijalbo, 1974, p. 19-38



propiedad de la tribu. Esta forma de propiedad corresponde a la fase incipiente de la producción en que un pueblo se nutre de la caza y la pesca, de la ganadería o, a lo sumo, de la agricultura. En este último caso, la propiedad tribal presupone la existencia de una gran masa de tierras sin cultivar. En esta fase, la división del trabajo se halla todavía muy poco desarrollada y no es más que la extensión de la división natural del trabajo existente en el seno de la familia. La organización social, en esta etapa, se reduce también, por tanto, a una ampliación de la organización familiar: a la cabeza de la tribu se hallan sus patriarcas, por debajo de ellos los miembros de la tribu y en el lugar más bajo de todos, los esclavos. La esclavitud latente en la familia va desarrollándose poco a poco al crecer la población y las necesidades, al extenderse el comercio exterior y al aumentar las guerras y el comercio de trueque. La segunda forma está representada por la antigua propiedad comunal y estatal, que brota como resultado de la fusión de diversas tribus para formar una ciudad, mediante acuerdo voluntario o por conquista, y en la que sigue existiendo la esclavitud. Junto a la propiedad comunal, va desarrollándose ya, ahora, la propiedad privada mobiliaria, y más tarde la inmobiliaria, pero como forma anormal, supeditada a aquella. Los ciudadanos del Estado sólo en cuanto comunidad pueden ejercer su poder sobre los esclavos que trabajan para ellos, lo que ya de por sí los vincula a la forma de la propiedad comunal. Es la propiedad privada en común de los ciudadanos activos del Estado, obligados con respecto a los esclavos a permanecer unidos en este tipo natural de asociación. Esto explica por qué toda la organización de la sociedad asentada sobre estas bases, y con ella el poder del pueblo, decaen a medida que va desarrollándose la propiedad privada inmobiliaria. La división del trabajo aparece ya aquí, más desarrollada. Nos encontramos ya con la contradicción entre la ciudad y el campo y, más tarde, con la contradicción entre estados que representan, de una y otra parte, los intereses de la vida urbana y los de la vida rural, y, dentro de las mismas ciudades, con la contradicción entre la industria y el comercio marítimo. La relación de clases entre ciudadanos y esclavos ha adquirido ya su pleno desarrollo. A toda esta concepción de la historia parece contradecir el hecho de la conquista. Hasta ahora, venía considerándose la violencia, la guerra, el saqueo, el asesinato para robar, etc., como la fuerza propulsora de la historia. Aquí, tenemos que limitarnos necesariamente a los puntos capitales, razón por la cual tomaremos el ejemplo palmario

de la destrucción de una vieja civilización por obra de un pueblo bárbaro y, como consecuencia de ello, la creación de una nueva estructura de la sociedad, volviendo a comenzar por el principio. (Roma y los bárbaros, el feudalismo y las Galias, el Imperio Romano de Oriente y los turcos). Por parte del pueblo bárbaro conquistador, la guerra sigue siendo, como ya apuntábamos más arriba, una forma normal de comercio, explotada tanto más celosamente cuanto que, dentro del tosco modo de producción tradicional y único posible para estos pueblos. En Italia, por el contrario, por virtud de la concentración de la propiedad territorial (determinada, además de la compra de tierras y el recargo de deudas de sus cultivadores, por la herencia, ya que, a consecuencia de la gran ociosidad y de la escasez de matrimonios, los viejos linajes iban extinguiéndose poco a poco y sus bienes quedaban reunidos en pocas manos) y de la transformación de las tierras de labor en terrenos de paso (provocada, aparte de las causas económicas normales todavía en la actualidad vigentes, por la importación de cereales robados y arrancados en concepto de tributos y de la consiguiente escasez de consumidores para el grano de Italia), casi desapareció la población libre y los mismos esclavos morían en masa por inanición, y tenían que ser reemplazados constantemente por otros nuevos. La esclavitud seguía siendo la base de toda la producción. Los plebeyos, que ocupaban una posición intermedia entre los libres y los esclavos, no llegaron a ser nunca más que una especie de lumpenproletariado.

[...] Así como la Antigüedad partía de la ciudad y de su pequeña demarcación, la Edad Media tenía como punto de partida el campo. Este punto de arranque distinto hallábase condicionado por la población con que se encontró la Edad Media: una población escasa, diseminada en grandes áreas y a la que los conquistadores no aportaron gran incremento. De aquí que, al contrario de lo que había ocurrido en Grecia y en Roma, el desarrollo feudal se iniciara en un terreno mucho más extenso, preparado por las conquistas romanas y por la difusión de la agricultura, al comienzo relacionado con ellas. Los últimos siglos del Imperio Romano decadente y la conquista por los propios bárbaros destruyeron una gran cantidad de fuerzas productivas; la agricultura veíase postrada, la industria languideció por la falta de mercados, el comercio cayó en el sopor o se vio violentamente interrumpido y la población rural y urbana decreció. Estos factores preexistentes y el modo de organización de la conquista por ellos condicionado hicieron que se desarrollara, bajo la



influencia de la estructura del ejército germánico, la propiedad feudal. También ésta se basa, como la propiedad de la tribu y la comunal, en una comunidad, pero a ésta no se enfrentan ahora, en cuanto clase directamente productora, los esclavos, como ocurría en la sociedad antigua, sino los pequeños campesinos siervos de la gleba. Y, a la par con el desarrollo completo del feudalismo, aparece la contraposición del campo con respecto a la ciudad. La organización jerárquica de la propiedad territorial y, en relación con ello, las mesnadas armadas, daban a la nobleza el poder sobre los siervos. Esta organización feudal era, lo mismo que lo había sido la propiedad comunal antigua, una asociación frente a la clase productora dominada; lo que variaba era la forma de la asociación y la relación con los productores directos, ya que las condiciones de producción habían cambiado. A esta organización feudal de la propiedad territorial correspondía en las ciudades la propiedad corporativa, la organización feudal del artesanado. Aquí, la propiedad estribaba, fundamentalmente, en el trabajo de cada uno. La necesidad de asociarse para hacer frente a la nobleza rapaz asociada; la exigencia de disponer de lugares de venta comunes en una época cuando el industrial era al propio tiempo comerciante: la creciente competencia de los siervos que huían de la gleba y afluían en tropel a las ciudades prósperas y florecientes, y la organización feudal de todo el país hicieron surgir los gremios; los pequeños capitales de los artesanos sueltos, reunidos poco a poco por el ahorro, y la estabilidad del número de éstos en medio de una creciente población, hicieron que se desarrollara la relación entre oficiales y aprendices, engendrando en las ciudades una jerarquía semejante a la que imperaba en el campo. Por tanto, durante la época feudal, la forma fundamental de la propiedad era la de la propiedad territorial con el trabajo de los siervos a ella vinculados, de una parte, y de otra el trabajo propio con un pequeño capital que dominaba el trabajo de los oficiales de los gremios. La estructuración de ambos factores hallábase determinada por las condiciones limitadas de la producción, por el escaso y rudimentario cultivo de la tierra y por la industria artesanal. La división del trabajo se desarrolló muy poco, en el período floreciente del feudalismo. Todo país llevaba en su entraña la contradicción entre la ciudad y el campo; es cierto que la estructuración de los estamentos se hallaba muy ramificada y patente, pero fuera de la separación entre príncipes, nobleza, clero y campesinos, en el campo, y maestros, oficiales y aprendices, y muy pronto la plebe de los jornaleros,

en la ciudad, no encontramos ninguna otra división importante. En la agricultura, la división del trabajo veíase entorpecida por el cultivo parcelado, junto al que surgió después la industria a domicilio de los propios campesinos; en la industria, no existía división del trabajo dentro de cada oficio, y muy poca entre unos oficios y otros. La división entre la industria y el comercio se encontró ya establecida de antes en las viejas ciudades, mientras que en las nuevas sólo se desarrolló más tarde, al entablarse entre las ciudades contactos y relaciones. La agrupación de territorios importantes en reinos feudales era una necesidad, tanto para la nobleza territorial como para las ciudades. De aquí que a la cabeza de la organización de la clase dominante, de la nobleza, figurara en todas partes un monarca. Nos encontramos, pues, con el hecho de que determinados individuos, que, como productores, actúan de un determinado modo, contraen entre sí estas relaciones sociales y políticas determinadas. La observación empírica tiene necesariamente que poner de relieve en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de falsificación, la trabazón existente entre la organización social y política y la producción. La organización social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos; pero de estos individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como realmente son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad. La producción de las ideas y representaciones, de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el Lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres reales y actuantes, tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias. La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos



como en una cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico. Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, se parte de la conciencia como del individuo viviente; desde el segundo punto de vista, que es el que corresponde a la vida real, se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como su conciencia. Y este modo de considerar las cosas no es algo incondicional. Parte de las condiciones reales y no las pierde de vista ni por un momento. Sus condiciones son los hombres, pero no vistos y plasmados a través de la fantasía, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones. Tan pronto como se expone este proceso activo de vida, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empiristas, todavía abstractos, o una acción imaginaria de sujetos imaginarios, como para los idealistas. Allí donde termina la especulación, en la vida real, comienza también la ciencia real y propositiva, la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres. Terminan allí las frases sobre la conciencia y pasa a ocupar su sitio el saber real. La filosofía

independiente pierde, con la exposición de la realidad, el medio en que puede existir. En lugar de ella, puede aparecer, a lo sumo, un compendio de los resultados más generales, abstraído de la consideración del desarrollo histórico de los hombres. Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor. Sólo pueden servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar la sucesión en serie de sus diferentes estratos. Pero no ofrecen en modo alguno, como la filosofía, una receta o un patrón con arreglo al cual puedan aderezarse las épocas históricas. Por el contrario, la dificultad comienza allí donde se aborda la consideración y ordenación del material, sea el de una época pasada o el del presente, la exposición real de las cosas. La eliminación de estas dificultades háyase condicionada por premisas que en modo alguno pueden exponerse aquí, pues se derivan siempre del estudio del proceso de vida real y de la acción de los individuos en cada época. Destacaremos aquí algunas de estas abstracciones, para oponerlas a la ideología, ilustrándolas con algunos ejemplos históricos.

HISTORIA

Tratándose de los alemanes, situados al margen de toda premisa, debemos comenzar señalando que la primera premisa de toda existencia humana y también, por tanto, de toda historia, es que los hombres se hallen, para "hacer historia", en condiciones de poder vivir³⁴. Ahora bien, para vivir hace falta comer, beber, alojarse bajo un techo, vestirse y algunas cosas más. El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma, y no cabe duda de que es éste un hecho histórico, una condición fundamental de toda historia, que lo mismo hoy que hace miles de años, necesita cumplirse todos los días y a todas horas, simplemente para asegurar la vida de los hombres. Y aun cuando la vida de los sentidos se reduzca al mínimo, a lo más elemental, como en San Bruno, este mínimo presupondrá siempre, necesariamente, la actividad de la producción. Por consiguiente, lo primero, en toda concepción histórica, es observar este hecho fundamental en toda su significación y en todo su alcance y colocarlo en el lugar que le corresponde. Cosa que los alemanes, como es sabido, no han hecho nunca, razón por la cual la historia jamás ha tenido en Alemania una base

³⁴ Hegel. Condiciones geológicas, hidrográficas, etc. Los cuerpos humanos. Necesidad, trabajo. (Glosa marginal de Marx).



terrenal ni, consiguientemente, ha existido nunca aquí un historiador. Los franceses y los ingleses, aun cuando concibieron de un modo extraordinariamente unilateral el entronque de este hecho con la llamada historia, ante todo mientras estaban prisioneros de la ideología política, hicieron, sin embargo, los primeros intentos en, aminorados a dar a la historiografía una base materialista, al escribir las primeras historias de la sociedad civil, del comercio y de la industria.

Lo segundo es que la satisfacción de esta primera necesidad, la acción de satisfacerla y la adquisición del instrumento necesario para ello, conduce a nuevas necesidades, y esta creación de necesidades nuevas constituye el primer hecho histórico. Y ello demuestra inmediatamente de quién es hija espiritual la gran sabiduría histórica de los alemanes, que, cuando les falta el material positivo y no vale chalanear con necedades políticas ni literarias, no nos ofrecen ninguna clase de historia, sino que hacen desfilar ante nosotros los "tiempos prehistóricos", pero sin detenerse a explicarnos cómo se pasa de este absurdo de la "prehistoria" a la historia en sentido propio, aunque es evidente, por otra parte, que sus especulaciones históricas se lanzan con especial fruición a esta "prehistoria" porque en ese terreno creen hallarse a salvo de la injerencia de los "toscos hechos" y, al mismo tiempo, porque aquí pueden dar rienda suelta a sus impulsos especulativos y proponer y echar por tierra miles de hipótesis. El tercer factor que aquí interviene de antemano en el desarrollo histórico es el de que los hombres que renuevan diariamente su propia vida comienzan al mismo tiempo a crear a otros hombres, a procrear: es la relación entre hombre y mujer, entre padres e hijos, la familia. Esta familia, que al principio constituye la única relación social, más tarde, cuando las necesidades, al multiplicarse, crean nuevas relaciones sociales y, a su vez, al aumentar el censo

humano, brotan nuevas necesidades, pasa a ser (salvo en Alemania) una relación secundaria y tiene, por tanto, que tratarse y desarrollarse con arreglo a los datos empíricos existentes, y no ajustándose al "concepto de la familia" misma, como se suele hacer en Alemania.³⁵ Por lo demás, estos tres aspectos de la actividad social deben considerarse como tres fases distintas, sino sencillamente como eso, como tres aspectos o, para decirlo a la manera alemana, como tres "momentos" que han existido desde el principio de la historia y desde el primer hombre y que todavía hoy siguen rigiendo en la historia. La producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación -de una parte, como una relación natural, y de otra como una relación social-; social, en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos, cualesquiera que sean sus condiciones, de cualquier modo y para cualquier fin. De donde se desprende que un determinado modo de producción o una determinada fase industrial lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación o una determinada fase social, modo de cooperación que es, a su vez, una "fuerza productiva"; que la suma de las fuerzas productivas accesibles al hombre condiciona el estado social y que, por tanto, la "historia de la humanidad" debe estudiarse y elaborarse siempre en conexión con la historia de la industria y del intercambio.

Pero, asimismo es evidente que en Alemania no se puede escribir este tipo de historia, ya que los alemanes carecen, no sólo de la capacidad de concepción y del material necesarios, sino también de la "certeza" adquirida a través de los sentidos, y que de aquel lado del Rin no es posible reunir experiencias, por la sencilla razón de que allí no ocurre ya historia alguna. Se manifiesta, por tanto, ya de antemano, una conexión

³⁵ Construcción de viviendas. De suyo se comprende que, entre los salvajes, cada familia tiene su propia caverna o choza, corno entre los nómades ocupa cada una su tienda aparte. Y el desarrollo ulterior de la propiedad privada viene a hacer aún más necesaria esta economía doméstica separada. Entre los pueblos agrícolas, la economía doméstica común es tan imposible como el cultivo en común de la tierra. La construcción de -ciudades representó UD gran progreso. Sin embargo, en todos los períodos anteriores, la supresión de la economía aparte, inseparable de la abolición de la propiedad privada, resultaba imposible, entre otras cosas, porque no se daban las condiciones materiales para ello. La implantación de una economía doméstica colectiva presupone el desarrollo de la maquinaria, de la explotación de las fuerzas naturales y de muchas otras

fuerzas productivas, por ejemplo de las conducciones de aguas, de la iluminación por gas, de la calefacción a vapor, etc., así como la supresión [de la contradicción] de la ciudad y el campo. Sin estas condiciones, la economía colectiva no representaría de por sí a su vez una nueva fuerza de producción, carecería de toda base material, descansaría sobre un fundamento puramente teórico; es, decir, sería una pura quimera y se reduciría, en la práctica, a una economía de tipo conventual. Lo que podía llegar a conseguirse se revela en la agrupación en ciudades y en la construcción de casas comunes para determinados fines concretos (prisiones, cuarteles, etc.). Que la supresión de la economía aparte no puede separarse de la supresión de la familia, es algo evidente por sí mismo. (Nota de Marx y Engels).



materialista de los hombres entre sí, condicionada por las necesidades y el modo de producción y que es tan vieja como los hombres mismos; conexión que adopta constantemente nuevas formas y que ofrece, por consiguiente, una "historia", aun sin que exista cualquier absurdo político o religioso que también mantenga unidos a los hombres.

Solamente ahora, después de haber considerado ya cuatro momentos, cuatro aspectos de las relaciones históricas originarias, caemos en la cuenta de que el hombre tiene también "conciencia".³⁶ Pero, tampoco ésta es de antemano una conciencia "pura". El "espíritu" nace ya tarado con la maldición de estar "preñado" de materia, que aquí se manifiesta bajo la forma de capas de aire en movimiento, de sonidos, en una palabra, bajo la forma del lenguaje. El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios del intercambio con los demás hombres. Donde existe una relación, existe para mí, pues el animal no se "comporta" ante nada ni, en general, podemos decir que tenga "comportamiento" alguno. Para el animal, sus relaciones con otros no existen como tales relaciones. La conciencia, por tanto, es ya de antemano un producto social, y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos. La conciencia es, ante todo, naturalmente, conciencia del mundo inmediato y sensible que nos rodea y conciencia de los nexos limitados con otras personas y cosas, fuera del individuo consciente de sí mismo; y es, al mismo tiempo, conciencia de la naturaleza, que al principio se enfrenta al hombre como un poder absolutamente extraño, omnipotente e inexpugnable, ante el que los hombres se comportan de un modo puramente animal y que los amedrenta como al ganado; es, por tanto, una conciencia puramente animal de la naturaleza (religión natural).

Inmediatamente, vemos aquí que esta religión natural o este determinado comportamiento hacia la naturaleza se hallan determinados por la forma social, y a la inversa. En este caso como en todos, la identidad entre la naturaleza y el hombre se manifiesta también de tal modo que el comportamiento limitado de los hombres hacia la naturaleza condiciona el limitado comportamiento de unos hombres para con otros, y

éste, a su vez, su comportamiento limitado hacia la naturaleza, precisamente porque la naturaleza apenas ha sufrido aún ninguna modificación histórica. Y, de otra parte, la conciencia de la necesidad de entablar relaciones con los individuos circundantes es el comienzo de la conciencia de que el hombre vive, en general, dentro de una sociedad. Este comienzo es algo tan animal como la propia vida social en esta fase: es, simplemente, una conciencia gregaria y, en este punto, el hombre sólo se distingue del carnero por cuanto su conciencia sustituye al instinto o es el suyo un instinto consciente. Esta conciencia gregaria o tribal se desarrolla y perfecciona después, al aumentar la producción, al acrecentarse las necesidades y al multiplicarse la población, que es el factor sobre que descansan los dos anteriores. De este modo se desarrolla la división del trabajo, que originariamente no pasaba de la división del trabajo en el acto sexual y, más tarde, de una división del trabajo introducida de un modo "natural" en atención a las dotes físicas (por ejemplo, la fuerza corporal), a las necesidades, las coincidencias fortuitas, etc., etc. La división del trabajo sólo se convierte en verdadera división a partir del momento en que se separan el trabajo físico y el intelectual.³⁷ Desde este instante, puede ya la conciencia imaginarse realmente que es algo más y algo distinto que la conciencia de la práctica existente, que representa realmente algo, sin representar algo real; desde este instante, se halla la conciencia en condiciones de emanciparse del mundo y entregarse a la creación de la teoría "pura", de la teología "pura", la filosofía y la moral "puras", etc. Pero, aun cuando esta teoría, esta teología, esta filosofía, esta moral, etc., se hallen en contradicción con las relaciones existentes, esto sólo podrá explicarse porque las relaciones sociales existentes se hallan, a su vez, en contradicción con la fuerza productiva existente; cosa que, por lo demás, dentro de un determinado círculo nacional de relaciones, podrá suceder también a pesar de que la contradicción no se dé en el seno de esta órbita nacional, sino entre esta conciencia nacional y la práctica de otras naciones; es decir, entre la conciencia nacional y general de una nación. Por lo demás, es de todo punto indiferente lo que la conciencia por sí sola haga o emprenda, pues de toda esta escoria sólo obtendremos un resultado, a saber: que estos tres momentos, la fuerza productora, el estado social y

organización física, y otro tanto ocurre con su conciencia. (Glosa marginal de Marx),

³⁷ La primera forma de los ideólogos, los sacerdotes, decae. (Glosa marginal de Marx).

³⁶ Los hombres tienen historia porque se ven obligados a producir su vida y deben, además, producirla de un determinado modo: esta necesidad está impuesta por su



la conciencia, pueden y deben necesariamente entrar en contradicción entre sí, ya que, con la división del trabajo, se da la posibilidad, más aun, la realidad de que las actividades espirituales y materiales, el disfrute y el trabajo, la producción y -el consumo, se asignen a diferentes individuos, y la posibilidad de que no caigan en contradicción reside solamente en que vuelva a abandonarse la división del trabajo. Por lo demás, de suyo se comprende que los "espectros", los "nexos", los "entes superiores", los "conceptos", los "reparos", no son más que la expresión espiritual puramente idealista, la idea aparte del individuo aislado, la representación de trabas y limitaciones muy empíricas dentro de las cuales se mueve el modo de producción de la vida y la forma de intercambio congruente con él.

Con la división del trabajo, que lleva implícitas todas estas contradicciones y que descansa, a su vez, sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias contrapuestas, se da, al mismo tiempo, la distribución y, concretamente, la distribución desigual, tanto cuantitativa como cualitativamente, del trabajo y de sus productos; es decir, la propiedad, cuyo primer germen, cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud, todavía muy rudimentaria, ciertamente latente en la familia, es la primera forma de propiedad, que, por lo demás, ya aquí corresponde perfectamente a la definición de los modernos economistas, según la cual es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros. Por lo demás, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la esclavitud, lo mismo que el otro, referido al producto de ésta.

[...] Para nosotros, el comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente. Por lo demás, la masa de los simples obreros -de la fuerza de trabajo excluida en

masa del capital o de cualquier satisfacción, por limitada que ella sea- y, por tanto, la pérdida no puramente temporal de este mismo trabajo como fuente segura de vida, presupone, a través de la competencia, el mercado mundial. Por tanto, el proletariado sólo puede existir en un plano histórico-mundial, lo mismo que el comunismo, su acción, sólo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórico-universal. Existencia histórico-universal de los individuos, es decir, existencia de los individuos directamente vinculada a la historia universal. La forma de intercambio condicionada por las fuerzas de producción existentes en todas las fases históricas anteriores y que, a su vez, las condiciona es la sociedad civil, que, como se desprende de lo anteriormente expuesto, tiene como premisa y como fundamento la familia simple y la familia compuesta, lo que suele llamarse la tribu, y cuya naturaleza queda precisada en páginas anteriores. Ya ello revela que esta sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia y cuán absurda resulta la concepción histórica anterior que, haciendo caso omiso de las relaciones reales, sólo mira, con su limitación, a las acciones resonantes de los jefes y del Estado. La sociedad civil abarca todo el intercambio material de los individuos, en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. Abarca toda la vida comercial e industrial de una fase y, en este sentido, trasciende de los límites del Estado y de la nación, si bien, por otra parte, tiene necesariamente que hacerse valer al exterior como nacionalidad y, vista hacia el interior, como Estado. El término de sociedad civil apareció en el siglo XVIII, cuando ya las relaciones de propiedad se habían desprendido de los marcos de la comunidad antigua y medieval. La sociedad civil en cuanto tal sólo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente basándose en la producción y el intercambio, y que forma en todas las épocas la base del Estado y de toda otra supra estructura idealista, se ha designado siempre, invariablemente, con el mismo nombre.³⁸

38

<https://teoriaevolutiva.files.wordpress.com/2013/10/marx-k-la-ideologc3ada-alemana.pdf>.

(consultada del 12, 13 y 14 de marzo de 2019)



MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA (FRAGMENTO)*

CARLOS MARX Y FEDERICO ENGELS

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada contra ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot³⁹, los radicales franceses y los polizontes alemanes. ¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes de la oposición más avanzados, como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista? De este hecho resulta una doble enseñanza: Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa. Que ya es hora de que los comunistas expongan al mundo entero sus ideas, sus fines y sus tendencias; que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido. Con este fin, comunistas de las más diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente Manifiesto, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I. BURGUESES Y PROLETARIOS⁴⁰

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días⁴¹ es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros⁴² y oficiales, en una

palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna. En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa diferenciación de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado. De los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los

* <https://webs.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/47mpc/i1.htm>

³⁹ El Papa Pío IX, elegido al trono en 1846, se consideraba entonces un “liberal”, pero era tan enemigo del socialismo como el zar ruso Nicolás I, que ya antes de la revolución de 1848 desempeñaba el papel de gendarme de Europa. Metternich, canciller del Imperio austríaco y jefe reconocido de toda la reacción europea, entabló por aquel entonces contactos con Guizot, destacado historiador y ministro francés, ideólogo de la gran burguesía financiera e industrial y enemigo irreconciliable del proletariado. Por demanda del Gobierno prusiano, Guizot desterró a Marx de París. Los policías alemanes no dejaban en paz a los comunistas no sólo en Alemania, sino también en Francia, Bélgica e incluso en Suiza, procurando impedir su propaganda con todas las fuerzas y todos los medios.

⁴⁰ Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, que son los propietarios de los medios de producción social y emplean trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

⁴¹ Es decir, la historia escrita. En 1847, la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen⁵ ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maure⁶ ha demostrado que ésta fue la base social de la que partieron históricamente todas las tribus germanas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan⁷ de la verdadera naturaleza de la gens y de su lugar en la tribu. Con la desintegración de estas comunidades primitivas comenzó la diferenciación de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas. He intentado analizar este proceso en la obra El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, 2a ed., Stuttgart, 1886. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

⁴² *Zunftbürger*, esto es, miembro de un gremio con todos los derechos, maestro del mismo, y no su dirigente. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).



primeros elementos de la burguesía. El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad.

Los mercados de la India y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron con ello el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. El estamento medio industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial.

La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar del estamento medio industrial vino a ocuparlo los industriales millonarios —jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media. La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político. Estamento bajo

la dominación de los señores feudales, la burguesía forma en la comuna⁴³ una asociación armada y autónoma; en unos sitios como república urbana independiente; en otros como tercer estado tributario de la monarquía⁹; después, durante el período de la manufactura, es el contrapeso de la nobleza en las monarquías estamentales, absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, hasta que, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, la burguesía conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas; ha desgarrado sin piedad las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus “superiores naturales”, para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel “pago al contado”; ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeñoburgués en las aguas heladas del cálculo egoísta; ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio; ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal. La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto.

Al médico, al jurista, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento

⁴³ Comunas se llamaban en Francia las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a sus amos y señores feudales la autonomía local y los derechos políticos como “tercer estado”. En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país típico de su desarrollo político. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888). Así denominaban los habitantes de las

ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos de autonomía. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890). 9. En la edición inglesa de 1888, redactada por Engels a las palabras “República urbana independiente” se ha añadido “como en Italia y en Alemania”, y a las palabras “tercer estado tributario de la monarquía”, las palabras “como en Francia”.



natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de los pueblos y a las Cruzadas.⁴⁴

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen viejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente.

Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas nacionales, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos.

En lugar del antiguo aislamiento y la autarquía de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas.

La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan día a día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las construye a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, sustrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglutinado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas

⁴⁴ Cruzadas: expediciones militares de colonización al Oriente emprendidas del siglo XI al XIII por los señores feudales y caballeros de Europa Occidental bajo el lema

religioso de quitar a los musulmanes la posesión de los "Lugares Santos" (Jerusalén y otros).



juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social? Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio sobre cuya base se ha formado la burguesía fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, no se correspondían ya con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y las rompieron.

En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir como por encanto tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de repentina

barbarie: diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio.

Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el régimen de la propiedad burguesa; por el contrario, resultan demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa.

Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse a trozos, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio, y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio de todo



trabajo⁴⁵, como el de toda mercancía, es igual a los gastos de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desarrollan la maquinaria y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo, bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del ritmo de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial.

Masas de obreros, hacinados en la fábrica, son organizadas militarmente.

Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de toda la jerarquía de oficiales y suboficiales.

No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del burgués individual, patrón de la fábrica.

Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanta menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Por lo que respecta a la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve despreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después, por los obreros de una misma fábrica; más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del artesano de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar

⁴⁵ Más tarde Marx y Engels empleaban en sus obras, en lugar de conceptos de “valor del trabajo” y “precio del trabajo”, conceptos más exactos introducidos por Marx:

“valor de la fuerza de trabajo”, “precio de la fuerza de trabajo”.



coaliciones⁴⁶ contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios.

Llegan hasta a formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios en previsión de estos eventuales choques.

Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases.

Pero toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellos sectores de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda, arrastrándolo así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación,⁴⁷ es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, el progreso de la industria precipita a las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante, o, al menos, amenaza sus condiciones de existencia.

También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de educación.

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan agudo que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores.

Más todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarios únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpemproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida, está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada en común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él

⁴⁶ En la edición inglesa de 1888, después de la palabra “coaliciones” ha sido añadido “sindicatos”.

⁴⁷ En la edición inglesa de 1888, en lugar de “elementos de su propia educación” se dice “elementos de su propia educación política y general”.



meros prejuicios burgueses detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación.

Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales sino aboliendo el modo de apropiación en vigor y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente. Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede incorporarse sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional.

Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas.

Pero para poder oprimir a una clase es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de

servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeñoburgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarlo decaer hasta el punto de tener que mantenerlo, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede seguir viviendo bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Carlos Marx	
	<i>La ideología alemana</i>	<i>Manifiesto del Partido Comunista</i>
Época abordada por el autor		
Espacio en el que ubica su obra		
Tema abordado		
Fuentes utilizadas		
Visión del proceso histórico		
Sujetos históricos		
Motor de la historia		
Aspecto abordado (político, etc.)		
Significado que le da al proceso histórico		
Tipo de proceso histórico		
Tipo de lenguaje utilizado		

Con base en los textos, responde las siguientes preguntas:

1.- ¿Qué es el modo de producción o modo de apropiación?

2.- ¿Qué son las fuerzas productivas?



3.- ¿Qué son las relaciones sociales de producción?

4.- ¿Qué es el Estado?

5.- ¿Qué es el mercado mundial?

6.- ¿Qué son las clases sociales?

7.- ¿Qué es la lucha de clases?

8.- ¿Qué acontecimientos contribuyeron a la descomposición de la sociedad feudal?

9.- ¿Por qué se dice que la burguesía es altamente revolucionaria?

10.- ¿Por qué se dice que burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones?



11.- ¿Por qué se dice que burguesía necesita anidar en todas partes?

12.- ¿Por qué se dice que burguesía ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas?

13.- ¿Qué significa la idea: “Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción”?

14.- ¿Qué significa la idea: la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios?

15.- ¿Qué es el salario?

16.- ¿Por qué se afirma que sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria?

17.- ¿Qué relación se da entre trabajo asalariado y el capital?



Describe las características de las siguientes clases sociales

burguesía	proletariado



Aprendizaje:

El alumno

Analiza fuentes historiográficas para identificar los componentes constitutivos de las obras historiográficas positivistas.

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan a la historiografía positivista.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos:

El paradigma científico

- Positivismo (Auguste Comte, Hippolyte Taine)

El paradigma científico Positivismo

EL POSITIVISMO Y SU INFLUENCIA EN LA HISTORIOGRAFÍA*

JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

Una de las grandes reacciones contra las construcciones metafísicas del idealismo alemán fue el positivismo. El idealismo se había elevado tanto que olvidaba casi completamente la experiencia empírica. El positivismo nacido de las ideas de Hegel, tiene sin duda relaciones con la filosofía idealista e incluso conserva huellas dialécticas y el empleo de considerar a la realidad como una totalidad. La influencia de las ciencias naturales, evidente desde el siglo XVII, llega a su culminación en el positivismo. Éste se va empeñar en *comprobar y fijar leyes*, aun en los conocimientos sobre el hombre, y funda una nueva ciencia, la sociología, que va más allá de la meta de la historia, en busca de las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad.

El positivismo había resultado de la combinación de la teoría del progreso humano con intereses prácticos, políticos y sociales, lo que lo convirtió en una de las ideologías que causaron un efecto más hondo en el siglo XIX. En muchos países, particularmente en América, se vio en el positivismo la teoría que explicaba y aseguraba la reorganización de la sociedad. Sus postulados comprendían algunos que significaban la demolición de las grandes atribuciones de la metafísica y la teología; en segundo lugar, una religión y una filosofía positivas. En realidad, la doctrina alcanzó éxito en lo que significaba demolición, pero muy pocos siguieron la doctrina en cuanto a la religión y la política. Algunos de los discípulos de Comte, como John Stuart Mill y

* Vázquez, Josefina Zoraida. *Historia de la Historiografía*. México, D.F.: Ediciones Ateneo, S.A., 1978, págs. 137-144



Herber Spencer, le dieron diferentes matices que aumentos su práctica.

De hecho, el positivismo convertía a la historia en un mero auxiliar de la nueva ciencia, la sociología; pero como no había una negación abierta, los historiadores decidieron aprovechar el esquema positivo para explicar la historia. De esta manera, el positivismo, mezclado con los fines de la historia científica, preparó la tarea de conseguir por lo menos, cumplir la exigencia de demostración de los hechos, dejando para más tarde la búsqueda y formulación de leyes. Esto sirvió para refinar la metodología que había empezado a perfeccionar la escuela científica alemana. Aparecieron entonces todas las “ciencias auxiliares” de la historia: arqueología, numismática, lingüística. Los historiadores se empeñaron en la exactitud, para que lo más pronto posible, sus estudios condujeran al descubrimientos de las leyes. Ese momento, claro, nunca llegó.

Augusto Comte (1798-1857), nacido en Montpellier, estudió matemáticas en la Escuela Politécnica de París y más tarde medicina. Hacia 1822 publicó su *Opúsculo fundamental*, que ya le hizo notorio. Colaborador de Saint-Simón, absorbió muchas de sus ideas, sobre todo el proyecto de reorganizar la sociedad bajo la dirección de una *élite* de artistas, científicos y empresarios. También es evidente en él la influencia de Montesquieu y la de Condorcet, con su visión del Progreso intelectual, social y político del hombre. En 1826 decidió abrir un curso público para exponer su sistema positivo. Tuvo que retirarse por enfermedad, pero volvió a abrir su curso en 1829. Comte dejó muchas obras, entre las que sobresalen: *curso De filosofía positiva*, *Sistema de política positiva*, y *Discurso sobre el espíritu positivo*.

La teoría de Comte se basa en la idea fundamental de que el hombre no debe hacer preguntas que no pueda contestar, de reducirse a preguntar lo que está a su alcance contestar. En lugar de preguntar por qué, debes preguntar cómo. Insiste en que no debe aceptarse ningún conocimiento sino está experimentado y demostrado. Los conocimientos *positivos* no tratan, pues, de encontrar causas, tratan de establecer leyes. Observan la regularidad constante entre fenómenos distintos. Sin embargo, Comte acepta que la ciencia no se puede quedar solo en esta labor, para conocer verdaderamente ha de levantarse sobre los hechos. Así mismo concede valor a la imaginación como motivadora de hipótesis.

Comte concibe el conocimiento como una estructura jerarquizada, cuyas ramas han sido apareciendo a lo largo de la historia: primero aparecieron las matemáticas, luego la astronomía, la física, la química, la biología y, por último, la sociología o física social. Esta ciencia, por de pronto, está en perspectiva, tanto por la complejidad de los fenómenos que maneja, como por su misma novedad. Además, no hay que olvidar que descansa en un conocimiento desordenado que no le entrega el material que necesita para su desarrollo: (...)

La sociología ha parecido al final de un proceso de desarrollo de la ciencia, pero este desarrollo del conocimiento científico es parte de un proceso evolutivo del espíritu que, para cumplir el proceso, tiene que pasar por tres diferentes etapas. Esta idea fundamenta la *ley de los tres estados*, “ley fundamental de la evolución humana, a la vez mental y social”, consistente en el paso necesario y universal de la humanidad por tres estados sucesivos: el teológico o preparatorio, el metafísico o transitorio y el positivo o final. Con esta ley Comte cree que están explicadas las grandes fases históricas, “desde el primer destello de la inteligencia y de la sociabilidad hasta el actual estado refinado de la humanidad”. (...)

Hipólito Taine (1828-1883), filósofo y profesor de historia del arte, miembro de la Academia Francesa, nos dejó una serie de obras históricas de decidida influencia positivista. *Los orígenes de la Francia contemporánea*, *Ensayo sobre Tito Livio*, *Ensayo de crítica histórica*, *Filosofía del arte e Historia de la literatura inglesa*.

Taine fue también un discípulo de Comte, sólo que un discípulo tardío, que llegaba al positivismo ya formado. Por lo tanto, en él iban a actuar diversas influencias anteriores. La más importantes era, sin duda, la idea romántica de la nacionalidad, pero también operaron en su pensamiento el sistema hegeliano y la idea del factor clima como influencia decisiva en el carácter de las naciones, formulada por Montesquieu. Con estos elementos, Taine formó su propia visión y creyó encontrar la clave del desarrollo histórico en tres factores: raza, medio y momento. (...)

Historiador cultural, se vio de repente comprometido en la historia política, después del fracaso terrible de Francia ante las tropas alemanas en 1870-1871. Su patriotismo intelectual le hizo sentir como una obligación moral ayudar con el análisis de la historia de los errores franceses a la reconstrucción de su patria. Quería dar una lección



práctica y fueron apareciendo los tres volúmenes de *Los orígenes de la Francia contemporánea: El Antiguo Régimen, La Revolución y el Régimen Moderno*. Sus puntos de vista contra la revolución fueron celebrados por la derecha francesa, pero sus fuentes eran pobres y los puntos de vista eran fácilmente rebatibles. No obstante, sus reflexiones son sumamente interesantes. No obstante, sus reflexiones son sumamente interesantes. Esta obra

hizo que el escritor mesurado y objetivo se viera de repente atacado y satirizado sin límites. Sentía vivamente que mientras Inglaterra había encontrado el camino correcto, Francia anda perdida; este sentimiento, era suficiente para sacarle de su búsqueda fría de acontecimientos paralelos y sentir el pasado personalmente.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



FILOSOFÍA DEL ARTE* (FRAGMENTO)

HIPOLITO ADOLFO TAINE

Llegamos, pues, a establecer la siguiente regla: para comprender una obra de arte, un artista, un grupo de artistas, es preciso representarse, con la mayor exactitud posible, el estado de las costumbres y el estado de espíritu del país y del momento, en que el artista produce sus obras. Esta es la última explicación; en ella radica la causa inicial que determina todas las demás condiciones.

Verdad es esta, señores, que confirma la experiencia, porque recorriendo las principales épocas de la historia del arte podemos observar que las artes nacían o morían al mismo tiempo que aparecían o desaparecían ciertos estados de espíritu y de costumbres, con los cuales el arte estaba íntimamente ligado.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Taine
Época abordada por el autor	
Espacio en el que ubica su obra	
Tema abordado	
Fuentes utilizadas	
Visión del proceso histórico	
Sujetos históricos	
Motor de la historia	
Aspecto abordado (político, etc.)	
Significado que le da al proceso histórico	
Tipo de proceso histórico	
Tipo de lenguaje utilizado	

* Taine, Hipólito Adolfo. «Filosofía del Arte. Tomo I.» s.f. <https://es.scribd.com/document/271953038/Taine-Hipolito-Adolfo-Filosofia-Del-Arte-Tomo-I> (último acceso: 03 de 04 de 2019).

H
i
p
ó
l
i
t
o

T
a
i
n
e



ACTIVIDADES DE AUTOEVALUACIÓN UNIDAD I

RESPONDE BREVEMENTE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS:

Romanticismo-Liberalismo

1. ¿Qué relación tienen la historiografía romántica y liberal?

2. ¿Cómo es la estilística de las obras de estos autores?

3. ¿Qué características tiene la historiografía romántica en términos de su interpretación del pasado?

4. ¿Qué aspectos la obra de Jules Michelet permiten considerarlo un autor romántico?

5. ¿Qué aspectos la obra de Tocqueville permiten considerarlo un autor liberal de influencia romántica?



Escuela Científica Alemana

6. Durante los inicios de Ranke en el quehacer historiográfico, describe cuál era la problemática que presentaba el estudio de la historia.

7. Explica la contribución de Ranke en la historiografía moderna.

8. ¿Cuál era la función que tenía la historia a mediados del siglo XIX y cuáles fueron las nuevas formas de conocimiento para comprender la realidad, según Ranke?

9. Menciona las características de la historiografía rankeana.



Marxismo

10. Coloca en los cuadros de la derecha el número del concepto a la idea que corresponde.

<p>1.-Fuerzas productivas y relaciones sociales de producción,</p>	<p>Consiste en entender la historia desde las realizaciones concretas de los seres humanos, de su acción con la naturaleza y con los otros hombres, y de las condiciones materiales de la existencia de los individuos, pues no se pueden entender las sociedades en función del pensamiento o las imágenes que tienen de sí mismas, sino por lo que los seres humanos hacen por dominar la naturaleza para la reproducción de su propia vida, por su actividad.</p>	
<p>2.-Modos de producción,</p>	<p>No es solo el conjunto de ideas y valores de una sociedad en un momento dado, sino la falsa conciencia de una sociedad basada en los intereses de la clase que domina en esa época histórica.</p>	
<p>3.-Base económica,</p>	<p>Se conforman por una base económica, formada por las relaciones de producción y las fuerzas productivas; una superestructura jurídico-política, integrada por los mecanismos de poder y las normas por las que se rige una comunidad (representadas en el estado y el derecho), y, por último, una determinada visión, o ideas que la sociedad tiene en un momento dado sobre sí misma, que se corresponde con el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y el tipo de intercambio de los productos que se da en él</p>	
<p>4.-Ideología,</p>	<p>En ella se llevan a cabo las actividades para la reproducción de la vida y de las formas de sociedad</p>	
<p>5.-Trabajo,</p>	<p>Son las que se establecen entre los dueños de los medios de producción y las personas que realizan el trabajo</p>	
<p>6.-División social del trabajo,</p>	<p>A lo largo de la historia, estos dos elementos pueden entrar en contradicción</p>	
<p>7.-Materialismo histórico,</p>	<p>Junto con la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, coopera de manera dialéctica al cambio histórico, según la teoría de Marx y Engels.</p>	
<p>8.-Lucha de clases,</p>	<p>Entendido como una sociedad sin clases y en donde no exista la explotación del hombre por el hombre, que es la finalidad última de todo el pensamiento y la actividad de Marx.</p>	
<p>9.-Comunismo,</p>	<p>La vida humana exige unos bienes para cubrir sus necesidades, y tales bienes han de ser producidos por la acción del hombre sobre la naturaleza mediante el...</p>	
<p>10.-Conciencia,</p>	<p>Se engendra en unas determinadas condiciones materiales de vida</p>	
<p>11.-Relaciones sociales de producción.</p>	<p>Consiste en la distribución desigual de los bienes (la propiedad), cuya primera forma aparece en la familia, en la que el hombre domina a la mujer y los hijos.</p>	



Positivismismo

11. ¿Cuál fue la principal influencia ideológica del positivismo como escuela historiográfica?

12. ¿Por qué fue esencial la influencia de las ciencias naturales en la construcción de la teoría del positivismo?

13. Para el positivismo, la sociología tiene como objetivo...

14. Según el positivismo, la Historia tiene como principal función...

15. ¿Cuáles eran (son) los **tres estados** por los que la humanidad atraviesa?



Unidad II

Crítica al positivismo y la construcción de nuevas propuestas en la investigación histórica hasta la década de los setenta

PRESENTACIÓN

En esta Unidad se trabajarán aquellas corrientes historiográficas surgidas en la primera mitad del siglo XX como respuesta al paradigma positivista, a partir de una negación de sus principios epistemológicos y metodológicos, constituyendo así nuevas propuestas en torno a las formas de pensar y hacer historia.

La aparición de nuevos sujetos históricos, nuevas temáticas, el diálogo con otras disciplinas, enfoques innovadores, la ampliación de las fuentes y nuevas interpretaciones, serán el signo que marcará la historiografía de la primera mitad del siglo XX:

Por cada aprendizaje de esta Unidad vas a encontrar:

- Un texto de apoyo que te brindará las características generales de la corriente historiográfica estudiada.
- Uno o más textos-fuente escritos por los autores estudiados.
- Actividades de Aprendizaje para ambos tipos de textos.
- Actividades de Autoevaluación que reforzarán los conocimientos adquiridos.
- Bibliografía.

CONCEPTOS CLAVE

Annales, Clase social, Conciencia histórica, Contextualismo, Culturalismo, Escuela Británica Marxista, Escuela de Frankfurt, Historia del acontecimiento, Historia desde abajo, Historia social, Historia total, Historicismo, Individualismo, Interdisciplina, Larga duración, Lucha de clases, Marxismo, Presentismo, Teoría crítica, Teoría tradicional





Aprendizajes

El alumno:

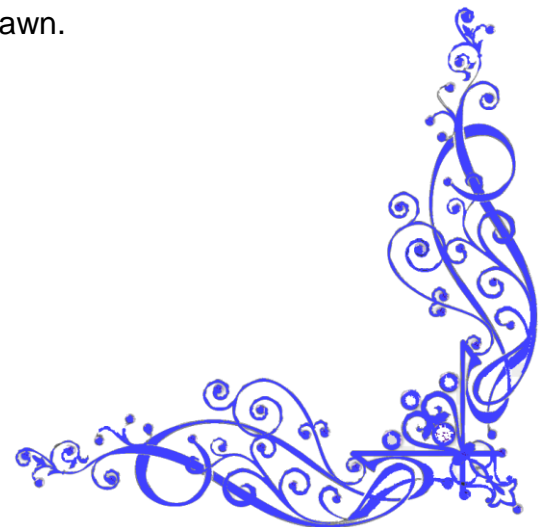
Analiza fuentes historiográficas para identificar la diversidad de respuestas al positivismo y el empirismo en el siglo XX.

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan al historicismo, a la Escuela de Frankfurt, a la corriente de los *Annales* y a la Escuela británica marxista..

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos

- El carácter vital de la Historia: el historicismo (Wilhelm Dilthey, Ortega y Gasset y Benedetto Croce)
- Teoría crítica: La Escuela de Frankfurt (Walter Benjamin, Max Horkheimer, Herbert Marcuse).
- Historia e interdisciplina: *Annales*. (Marc Bloch, Fernand Braudel y Jacques Le Goff).
- Una nueva visión sobre el concepto de clase: los historiadores marxistas británicos. E. P. Thompson, Maurice Dobb y Eric Hobsbawn.





Aprendizaje:

El alumno

Analiza fuentes historiográficas para identificar la diversidad de respuestas al positivismo y el empirismo en el siglo XX.

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan a cada corriente historiográfica del periodo.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos:

El carácter vital de la Historia: el historicismo (Wilhelm Dilthey, Ortega y Gasset y Benedetto Croce)

El carácter vital de la historia: El Historicismo

EL HISTORICISMO*

BELINDA ARTEAGA CASTILLO

El historicismo, al igual que el marxismo, nace como reacción frente al positivismo. Pero al contrario de éste, su réplica se ubica en el campo propiamente historiográfico y desde él pretende resolverse.

Para el historicismo es el historiador y no los hechos la clave de la construcción histórica. El historiador apela a los hechos, los construye, decide sobre ellos en la medida que los selecciona, los ordena y, sobre todo, los *interpreta*.¹

La lógica que otorga al historiador el papel de constructor de la historia, transforma en crítica el fundamento empírico de los documentos y las fuentes en que el positivismo creyó encontrar la resolución absoluta de la objetividad.²

En este sentido, el peso que se atribuye al sujeto como resignificador de los hechos revierte la postura epistemológica del positivismo, pero no se detiene en un subjetivismo que podría colocar al investigador y su materia de trabajo en un laberinto en el que todos los relatos tienen la misma validez.

* Belinda Arteaga Castillo, "Los caminos de Clío. Perspectivas y debates de la historiografía contemporánea" (Fragmento), en Mario Aguirre Beltrán y Valentina Cantón Arjona (coord.), *Inventio Varia. Textos de, desde y para la historia de la educación en México*, Tomo I, México, Universidad Pedagógica Nacional, 1999 (Textos, 9), pp. 56-59.

¹ "Si no me equivoco era un personaje de Pirandello quien decía que un hecho es como un saco: no se mantiene de pie más que si metemos algo dentro... Es el historiador quien decide a qué hechos da paso y en qué orden y en qué contexto hacerlo." Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Planeta, 1985, p.15.

² Irónicamente Carr comenta: "El fetichismo decimonónico de los hechos venía completado y justificado por un fetichismo de los documentos... Mas ¿qué nos dice a fin de cuentas tales documentos?... No hay documento que pueda decirnos acerca de un particular más de lo que opinaba de él su autor... Todo esto no significa nada, hasta que el historiador se ha puesto a trabajar en ello y lo ha descifrado... Los datos... tienen que ser elaborados por el historiador antes de que él pueda hacer algún uso de ellos... y éste es precisamente un proceso de elaboración." *Ibid.*, p. 22.



No se niega tampoco el carácter científico de la historia sino que se propone una resolución dialéctica e interactuante a partir de la cual entre sujeto y objeto se establece un cierto equilibrio y una cierta obligación de verificación mediante fuentes confiables y directas. Autores como Collingwood reconocen que: “La filosofía de la historia no se ocupa del pasado en sí ni de la opinión que de él se forma el historiador sino de ambas cosas relacionadas entre sí.” Carr sintetiza su definición de historia diciendo que ésta es: “Un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado.”³

Desde esta misma posición, la historia como comprensión del ayer mediante la mirada del presente mueve a los historicistas a argumentar que sólo desde una lectura inteligente del pasado éste deja de ser algo muerto y se transforma en proceso vivo y, por lo tanto, histórico.⁴

En oposición a una historia-documento, a una historia-hechos carente de vida y de interpretación, los historicistas proclaman una historia viva, presente, en la que los valores, las ideas, las pasiones toman su lugar en los procesos.⁵

Por ello no todo tiene explicación causal, mecánicamente predeterminada. En la historia confluyen, a la vez, la lógica y la racionalidad y los motivos profundos, internos e inconscientes que cobran significado sólo a partir de la interacción simbólica, de la moral o de los sentimientos humanos.

El historiador no puede resolver entonces, todas las incógnitas ni explicar con certeza las tramas en su totalidad. Menos puede suponer que a lo largo de los siglos han regido leyes, continuidades, regularidades.

Para el historicismo existen paradojas, dudas, contradicciones. Vale el *ethos* lo mismo que la

psique. Los hombres en su pluralidad, las individuaciones, las particularidades.⁶

Benedetto Croce renuncia a la Historia Universal y se concentra en la filosofía de la historia. Reclama para el espíritu humano el derecho a la memoria de la vida y también de la muerte.⁷

Reconoce ese paradigma el papel del hombre como colectivo, el hombre en relación con otros. Esta postura remite al siempre presente debate sobre la relación individuo-sujeto-estructura, para el que existen múltiples respuestas pero ninguna, al parecer, definitiva.⁸

Así, relativiza la pretensión de objetividad para ganar en cambio la presencia del historiador como constructor de la historia. También recapitula sobre el optimismo respecto del progreso, e incluye en esta reflexión la duda sobre la existencia de nexos causales entre acontecimientos y avanza en la construcción de una mirada que capta la particularidad, la paradoja e incluso la contradicción como elementos presentes en la vida, en los tiempos históricos y en las experiencias humanas.

Se inconforma ante la historia oficial y reasigna el estatuto de historicidad concediéndolo no sólo a los eventos memorables por su trascendencia sino a aquellos que, como la vida cotidiana o la actividad anónima, parecen carecer de dramatismo pero forjan silenciosamente la historia.

Se reconoce asimismo al individuo, sus prácticas, sus identidades, sus formas de pensar e imaginar como elemento consustancial a lo histórico; no atribuye solamente a los grandes hombres el peso definitivo sino a las colectividades que serán, como fuerzas, como actores, responsables de la marcha de los tiempos.

En este sentido, una de las aportaciones más importantes de esta escuela es el haber abierto la

de la vida pasada, los remanentes, los documentos y procura conservarlos... ¿Cuál es el fin que persiguen esos actos de voluntad?... Los sepulcros incluso son un acto moral con el que se afirma, en forma simbólica, la inmortalidad de... los individuos... También es un acto de vida, que sirve a la vida, transcribir historias vacías y recoger documentos muertos... La historia muerta revive y la historia pasada se reconstruye como presente, a medida que el desenvolvimiento de la vida lo requiere.” Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Escuela, 1955. 1ª ed. 1916, p. 20-21.

⁸ “Quien elimina a los individuos de la historia... ha eliminado junto con ellos, a la historia misma.”

³ Carr, *op.cit.*, p. 40.

⁴ “La historia consiste esencialmente en ver el pasado por los ojos del presente y a la luz de los problemas de ahora, y la tarea del historiador no es recoger los datos, sino valorar.” Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, México, FCE, 1960, p. 65.

⁵ “El documento, la crítica, la vida y el pensamiento son las verdaderas fuentes de la historia.” Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Escuela, 1955. 1ª ed. 1916, p. 20.

⁶ *Ibid.*, p. 53-55.

⁷ “El espíritu humano conserva los despojos de la historia, las narraciones vacías, las crónicas... los rastros



posibilidad de realizar lecturas del pasado en donde los valores, la cultura, el lenguaje, las mentalidades, los hombres y las fuerzas sociales, la

vida y la muerte tienen un lugar, son reconocidos, forman parte de la historia y del quehacer del historiador.

DE ENTRES SIGLOS A LA DÉCADA DE LOS SETENTA: LA REACCIÓN FRENTE AL POSITIVISMO*

JAUME AURELL Y PETER BURKE

[...]

Benedetto Croce

Benedetto Croce (1866-1952), más conocido como filósofo pero también muy activo como historiador, especialmente de Italia y de su nativo Nápoles, parte de la idea de que «toda historia es historia contemporánea». Es decir, que toda reconstrucción histórica se realiza desde el presente del historiador y, por tanto, está condicionada por el contexto desde el que escribe el historiador. En este sentido, Croce puso de manifiesto de un modo explícito el peso del presente (el presentismo) en toda obra histórica. Para evitar confusiones, hay que aclarar en este punto que, al igual que los de positivismo e historicismo, el concepto «presentismo» es ambiguo. Frente al positivismo de Croce, existe también el presentismo de los historiadores whig expuestos en el capítulo 6, que seleccionan del pasado sólo los elementos que conducen al presente. Los dos presentismos son opuestos: aceptar uno de ellos implica rechazar el otro.

Robin Collingwood

En ese mismo contexto es preciso situar la labor del otro gran filósofo de la historia de este periodo, Robin G. Collingwood (1889-1943), quien combinó la filosofía con el análisis de la historia de Gran Bretaña en tiempos del Imperio romano. En su obra más importante, *The Idea of History* (1946), reflexionó sobre algunas ternas esenciales en la historiografía como la imaginación histórica o la historia como reactualización (re-enactment) de la experiencia pasada. La *Idea de la historia* fue publicada poco después de la muerte de su autor, convirtiéndose desde entonces en uno de los

volúmenes más influyentes en la historiografía del siglo pasado. Uno de los conceptos claves de Collingwood es la imaginación histórica, que recrea el pasado. Sólo hay conocimiento histórico de lo que puede ser revivido en la mente del historiador. El concepto clave de Collingwood es que el conocimiento histórico tiene como objeto propio el pensamiento: no las cosas pensadas, sino el acto mismo de pensar. Esto es lo que le lleva a concluir, de modo aparentemente algo ingenuo, que, cuando el historiador descubre lo que realmente ocurrió, de hecho conoce por qué sucedió. O, dicho de otro modo todavía más radical, el mero hecho de la fijación de un hecho histórico lleva consigo su misma interpretación (Donagan, 1962, p. 18).

[...]

Ortega y Gasset

En España también descolló durante las décadas de los veinte y los treinta el filósofo José Ortega y Gasset (1883-1956), cuya filosofía de la historia se halla dispersa entre sus diferentes obras pero tiene una entidad en sí misma (Graham, 1997). Formado en ambientes culturales alemanes, derivó del vitalismo al existencialismo. Su filosofía se basa en «la metafísica de la razón vital», a la búsqueda de una estructura de vida que sea trascendente en su relación con la realidad de cada instante. Es así como el hombre deviene esencialmente razón histórica: «El hombre es lo que le ha pasado lo que ha hecho. El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia». Ortega vuelve al tema del presentismo al afirmar que nada existe más que el presente; si el pasado existe, lo hace en cuanto presente. El conocimiento histórico consiste en

* Jaume Aurell y Peter Burke, “De entres siglos a la década de los setenta: la reacción frente al positivismo” (Fragmento) en Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza, *Comprender el pasado. Una*

historia de la escritura y el pensamiento histórico, Madrid: Ediciones Akal, 2013 (AKALTEXTOS, 37), pp. 239-241.



buscar lo que de pasado hay en el presente. Por tanto, cada generación ha de replantearse el problema de la historia rescribiéndola de nuevo.

Croce, Collingwood y Ortega protagonizan este peculiar e influyente capítulo de la historia de la historiografía, en el que los filósofos de la historia

asumen un gran protagonismo, haciendo renacer una figura que había sido creada durante la Ilustración a través del pensamiento volteriano y que parecía ya periclitada.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



INTRODUCCIÓN A LAS CIENCIAS DEL ESPÍRITU (FRAGMENTO)*

WILHELM DILTHEY

EL LIBRO CUYA primera mitad publico ahora traba un método histórico con otro sistemático para tratar de resolver la cuestión de los fundamentos filosóficos de las ciencias del espíritu con el mayor grado posible de certeza. El método histórico sigue la marcha del desarrollo en el cual la filosofía ha pugnado hasta ahora por lograr semejantes fundamentos; busca el lugar histórico de cada una de las teorías dentro de este desarrollo y trata de orientar acerca del . valor, condicionado por la trama⁹ histórica, de esas teorías; adentrándose en esta conexión del desarrollo quiere lograr también un juicio sobre el impulso más íntimo del actual movimiento científico. De esta suerte la exposición histórica prepara el fundamento gnoseológico que será objeto de la segunda mitad de este ensayo.

Como la exposición histórica y la sistemática se han de completar de esta suerte, una referencia a las ideas sistemáticas fundamentales habrá de facilitar la lectura de la parte histórica.

Con el otoño de la Edad Media comienza la emancipación de las ciencias particulares. Pero entre ellas la ciencia de la sociedad y la Historia siguen hasta muy entrado el siglo en la vieja servidumbre con respecto a la metafísica. Y el prestigio creciente del conocimiento natural ha traído como consecuencia una nueva relación de servidumbre no menos opresiva que la antigua. La escuela histórica —entiéndase la expresión en su sentido más amplio— llevó a cabo la emancipación de la conciencia histórica y de la ciencia histórica. Por la misma época en que el sistema de las ideas sociales —derecho natural, religión natural, teoría abstracta del estado y economía abstracta— desarrollaba en Francia sus consecuencias prácticas con la Revolución, en que los ejércitos revolucionarios ocupaban y destruían el viejo edificio del Imperio alemán, tan maravillosamente construido y recubierto de la pátina de una historia milenaria, se desarrollaba en Alemania la visión del crecimiento orgánico como un proceso en que

surgen todos los hechos espirituales, demostrando así la falta de verdad de todo aquel sistema de ideas sociales. Este movimiento marcha desde Winckelmann y Herder, a través de la escuela romántica, hasta Niebuhr, Jacobo Grimm, Savigny y Böckh. Fué reforzado por el contragolpe que siguió a la Revolución. Se extendió en Inglaterra por medio de Burke, en Francia gracias a Guizot y a Tocqueville. Penetró en la palestra de la sociedad europea, donde se disputaban cuestiones de derecho, de política o de religión, en abierta enemistad con las ideas del siglo XVIII. Animaba a esta escuela una intención puramente empírica, un ahondamiento amoroso en las particularidades del proceso histórico, un espíritu universal que, al considerar la historia, pretendía determinar el valor de cada hecho singular partiendo inicialmente de la trama del desarrollo y un espíritu histórico que, dentro de la ciencia de la sociedad, buscaba en el estudio del pasado la explicación y la regla del presente y para el que la vida espiritual era en todos sus puntos histórica. De este movimiento ha partido una corriente de nuevas ideas que ha circulado por innumerables canales en todas las ciencias particulares.

Pero la escuela histórica no ha roto todavía aquellas limitaciones internas que tenían que obstaculizar su desenvolvimiento teórico lo mismo que su influencia sobre la vida. A su estudio y valoración de los fenómenos históricos les faltaba la conexión con el análisis de los hechos de la conciencia, por lo tanto, les faltaba el fundamento en la única ciencia segura en última instancia, en una palabra, el fundamento filosófico. No existía una relación sana con la teoría del conocimiento y con la psicología. Por eso no logró un método explicativo ni fué capaz, a pesar de su intuición histórica y de su método comparado, de establecer una trabazón autónoma de las ciencias del espíritu ni de marcar un influjo sobre la vida. Así estaban las cosas cuando Comte, Stuart Mili y Buckle trataron de

* Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu. En la que se trata de fundamentar el estudio de la sociedad y de la historia*, Versión revisada, prólogo, epílogo y notas de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1949 (Obras de Wilhelm Dilthey, I), pp. 3-5.

⁹ Tropezamos por primera vez con la palabra *Zusammenhang* —a la letra, codependencia o interdependencia— que es lógica y estadísticamente la más importante en el vocabulario de Dilthey- Cabe traducirla por plexo, trama, entramada... Técnicamente preferimos "conexión" o "nexo" pero siempre que podamos haremos uso de las equivalentes vulgares, para aliviar al lector del nexo de la obsesión y de la obsesión del nexo. (N. del E.)



descifrar de nuevo el enigma del mundo histórico trasladando a él los principios y los métodos de la ciencia natural, ante la protesta estéril de una visión más viva y más honda, que, no obstante, ni podía desarrollarse ni encontraba su fundamento frente a otra concepción más prosaica y superficial pero dueña del análisis. La oposición de un Carlyle y de otros espíritus llenos de vida contra la ciencia exacta fué síntoma de esta situación, lo mismo por la energía de su odio como por la premiosidad de su lenguaje. Y ante semejante inseguridad acerca de los fundamentos de las ciencias del espíritu, pronto los especialistas se refugiaron en la mera descripción, o encontraron satisfacción en concepciones subjetivas muy ingeniosas, o se entregaron en brazos de una metafísica que promete al que se le confía principios que han de tener la fuerza de transformar la vida práctica.

Sintiendo esta situación de las ciencias del espíritu, ha surgido en mí el intento de fundamentar filosóficamente el principio de la escuela histórica

y el trabajo de las ciencias particulares de la sociedad inspirado todavía por esa escuela, para de esta manera arbitrar entre ella y las teorías abstractas. En mis trabajos me inquietaban cuestiones que, seguramente, han inquietado también a todo historiador, jurista o político reflexivo. Así surgieron, en mí, espontáneamente, la necesidad y el plan de una fundación de las ciencias del espíritu. ¿Cuál es el plexo de las proposiciones que se hallaría en la base de los juicios del historiador, de las conclusiones del economista, de los conceptos del jurista y que sería capaz de prestarles seguridad? ¿Alcanza ese plexo hasta los dominios de la metafísica? ¿Existen, acaso, una filosofía de la historia o un derecho natural sostenidos por conceptos metafísicos? Si esto no es admisible ¿dónde encontrar el respaldo firme para una red de proposiciones que trabe a las ciencias particulares y les preste seguridad?



HISTORIA COMO SISTEMA (FRAGMENTO)*

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

II

Si comparamos el estado de creencias en que el hombre europeo se halla hoy con el reinante hace no más de treinta años, nos encontramos con que ha variado profundamente, por haberse alterado la convicción fundamental. La generación que florecía hacia 1900 ha sido la última de un amplísimo ciclo, iniciado a fines del siglo xvi y que se caracterizó porque sus hombres vivieron de la fe en la razón. ¿En qué consiste esta fe? Si abrimos el *Discurso del Método*, que ha sido el programa clásico del tiempo nuevo, vemos que culmina en las siguientes frases: «Las largas cadenas de razones, todas sencillas y fáciles, de que acostumbran los geómetras a servirse para llegar a sus más difíciles demostraciones, me habían dado ocasión para imaginarme que todas las cosas que puedan caer bajo el conocimiento de los hombres se siguen las unas a las otras en esta misma manera, y que solo con cuidar de no recibir como verdadera ninguna que no lo sea y de guardar siempre el orden en que es preciso deducirlas unas de las otras, no puede haber ninguna tan remota que no quepa, a la postre, llegar a ella, ni oculta que no se la pueda descubrir.»¹⁰

Estas palabras son el canto del gallo del racionalismo, la emoción de alborada que inicia toda una edad, eso que llamamos la Edad Moderna. Esa Edad Moderna de la cual muchos piensan que hoy asistimos nada menos a su agonía, a su canto de cisne.

Y es innegable, por lo menos, que entre el estado de espíritu cartesiano y el nuestro no existe floja diferencia. ¡Qué alegría, qué tono de enérgico desafío al Universo, qué petulancia mañanera hay en esas magníficas palabras de Descartes! Ya lo han oído ustedes: aparte los misterios divinos, que por cortesía deja a un lado, para este hombre no hay ningún problema que no sea soluble. Este hombre nos asegura que en el Universo no hay arcanos, no hay secretos irremediables ante los cuales la humanidad tenga que detenerse aterrorizada e inerte. El mundo que rodea por todas partes al hombre, y en existir dentro del cual consiste su

vida, va a hacerse transparente a la mente humana hasta sus últimos entresijos. El hombre va, por fin, a saber la verdad sobre todo. Basta con que no se azore ante la complejidad de los problemas, con que no se deje obnubilar la mente por las pasiones: si usa con serenidad y dueño de sí el aparato de su intelecto, sobre todo si lo usa con buen orden, hallará que su facultad de pensar es *ratio*, razón, y que en la razón posee el hombre el poder como mágico de poner claridad en todo, de convertir en cristal lo más opaco, penetrándolo con el análisis y haciéndolo así patente. El mundo de la realidad y el mundo del pensamiento son —según esto— dos cosmos que se corresponden; cada uno de ellos compacto y continuo, en que nada queda abrupto, aislado e inasequible, sino que de cualquiera de sus puntos podemos, sin intermisión y sin brinco, pasar a todos los demás y contemplar su conjunto. Puede, pues, el hombre con su razón hundirse tranquilamente en los fondos abisales del Universo, seguro de extraer al problema más remoto y al más hermético enigma la esencia de su verdad, como el buzo de Coromandel se sumerge en las profundidades del océano para reaparecer a poco trayendo entre los dientes la perla inestimable.

En los últimos años del siglo xvi y en estos primeros del xvii en que Descartes medita, cree, pues, el hombre de Occidente que el mundo posee una estructura racional, es decir, que la realidad tiene una organización coincidente con la del intelecto humano, se entiende, con aquella forma del humano intelecto que es la más pura: con la razón matemática. Es esta, por tanto, una clave maravillosa que proporciona al hombre un poder, ilimitado en principio, sobre las cosas en torno. Fue esta averiguación una bonísima fortuna. Porque imaginen ustedes que los europeos no hubiesen en aquella sazón conquistado esa creencia. En el siglo xvi, las gentes de Europa habían perdido la fe en Dios, en la revelación, bien porque la hubiesen en absoluto perdido, bien porque hubiese dejado en ellos de ser fe viva. Los teólogos hacen una distinción muy perspicaz y que pudiera aclararnos no pocas cosas del presente, una distinción entre la fe viva y la fe inerte. Generalizando el asunto, yo

* José Ortega y Gasset, "Historia como sistema y del Imperio Romano", en *Obras Completas de José Ortega y Gasset, Tomo VI (1941-1946) y Brindis y Prólogos*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pp. 15-.

¹⁰ *Oeuvres*, ed. Adam et Tannery, t. VI, pág. 19.



formularía así esta distinción: creemos en algo con fe viva cuando esa creencia nos basta para vivir, y creemos en algo con fe muerta, con fe inerte, cuando, sin haberla abandonado, estando en ella todavía, no actúa eficazmente en nuestra vida. La arrastramos inválida a nuestra espalda, forma aún parte de nosotros, pero yaciendo inactiva en el desván de nuestra alma. No apoyamos nuestra existencia en aquel algo creído, no brotan ya espontáneamente de esta fe las incitaciones y orientaciones para vivir. La prueba de ello, que se nos olvida a toda hora que aún creemos en eso, mientras que la fe viva es presencia permanente y activísima de la entidad en que creemos. (De aquí el fenómeno perfectamente natural que el místico llama «la presencia de Dios». También el amor vivo se distingue del amor inerte y arrastrado en que lo amado nos es, sin síncope ni eclipse, presente. No tenemos que ir a buscarlo con la atención, sino, al revés, nos cuesta trabajo quitárnoslo de delante de los ojos íntimos. Lo cual no quiere decir que estemos siempre, ni siquiera con frecuencia, pensando en ello, sino que constantemente «contamos con ello».) Muy pronto vamos a encontrar un ejemplo de esta diferencia en la situación actual del europeo.¹¹

Durante la Edad Media había este vivido de la revelación. Sin ella y atendido a sus nudas fuerzas, se hubiera sentido incapaz de habérselas con el

contorno misterioso que le era el mundo, con los tártagos y pesadumbres de la existencia. Pero creía con fe viva que un ente todopoderoso, omniscio, le descubría de modo gratuito todo lo esencial para su vida. Podemos perseguir las vicisitudes de esta fe y asistir, casi generación tras generación, a su progresiva decadencia. Es una historia melancólica. La fe viva se va desnutriendo, palideciendo, paralizándose, hasta que, por los motivos que fuere —no puedo ahora entrar en el asunto— hacia mediados del siglo xv, esa fe viva se convierte claramente en fe cansada, ineficaz, cuando no queda por completo desarraigada del alma individual. El hombre de entonces comienza a sentir que no le basta la revelación para aclararle sus relaciones con el mundo; una vez más, el hombre se siente perdido en la selva bronca del Universo, frente a la cual carece de orientación y mediador. El xv y el xvi son, por eso, dos siglos de enorme desazón, de atroz inquietud; como hoy diríamos, de crisis. De ellas salva al hombre occidental una nueva fe, una nueva creencia: la fe en la razón, en las *nuove science*. El hombre recaído renace. El Renacimiento es la inquietud parturienta de una nueva confianza fundada en la razón físico-matemática, nueva mediadora entre el hombre y el mundo.

¹¹ En la segunda mitad del capítulo II de su libro *On liberty*, hace uso muy oportuno Stuart Mili de esta misma

distinción y empleando los mismo términos «creencias vivas» y «creencias muertas, inertes».



LA RELIGIÓN DE LA LIBERTAD*

BENEDETTO CROCE

Concluida la aventura napoleónica y desaparecido aquel genial déspota de la escena que la ocupaba por entero, mientras sus vencedores se ponían de acuerdo o intentaban ponerse de acuerdo para dar a Europa, merced a la restauración de viejos regímenes y oportunas reorganizaciones territoriales, un ordenamiento estable que sustituyese al del Imperio de la nación francesa, vigorosamente asido pero siempre precario, en todos los pueblos se encendían esperanzas y se elevaban reclamaciones de independencia y de libertad. Y estas reclamaciones se volvían más enérgicas y enardecidas cuanto más se les oponían repulsas y represiones; y pronto las esperanzas volvían a avivarse, y se reforzaban los propósitos, a través de las decepciones y las derrotas.

Había en Alemania, en Italia, en Polonia. en Bélgica, en Grecia y en las lejanas colonias de América latina esfuerzos y movimientos de naciones oprimidas contra dominadores y tutores extranjeros; o de naciones y miembros mutilados de naciones obligados a una unión política con estados que debían sus orígenes y configuración a conquistas, a tratados, a derechos patrimoniales de familias principescas; o de naciones a las que se mantenía escindidas en pequeños Estados y que, a causa de semejante desmenuzamiento, se sentían impedidas, debilitadas y reducidas a la impotencia ante el papel que les correspondía ejercer en la vida mundial común, mortificada su dignidad frente a las otras, unidas y grandes. Había, en aquellos y en otros pueblos, necesidades de garantías jurídicas, de participación en la administración del gobierno mediante instituciones representativas nuevas o renovadas; de variedad de asociación entre los ciudadanos para particulares finalidades económicas, sociales y políticas; de abierta discusión de las ideas e intereses por medio de la prensa; de «constituciones», como se decía en aquel entonces; y entre los que habían obtenido dichas constituciones en forma de «cartas» concedidas, como en Francia, había la necesidad de asegurarlas y ampliarlas; y en otros, por último, donde los regímenes representativos ya actuaban por larga y gradual formación, como en Inglaterra,

había la exigencia de eliminar vínculos y desigualdades que aún perduraban, y de una modernización y racionalización general para lograr un modo de vida y de progreso más libre de ataduras y más amplio.

Siendo distintos los antecedentes históricos y las condiciones presentes en los diversos pueblos, como su ánimo y sus costumbres, aquellas exigencias variaban, según los diferentes países, en su orden, medida, detalles y entonación. En un sitio se daba primacía a la liberación del dominio extranjero o a la unidad nacional, en otro a la sustitución del gobierno absolutista por el constitucionalista; aquí se trataba de simples reformas del electorado y de extensiones de la capacidad política, y más allá, en cambio, de fundar por primera vez o sobre nuevas bases el sistema representativo; en algún país, al poseerse ya por obra de las generaciones anteriores, y, señaladamente, por la de la Revolución y del Imperio, la igualdad cívica y la tolerancia religiosa, se empezaba a luchar por la participación de nuevos estratos sociales en el gobierno, mientras que en otros sitios convenía dedicarse a combatir privilegios políticos y cívicos de clases feudales y persistentes formas de servidumbre, y a quitarse de encima la opresión eclesiástica. Pero, variadas por importancia y por el orden de sucesión con que se presentaban, todas estas exigencias se relacionaban entre sí, y tarde o temprano las unas arrastraban a las otras consigo y provocaban la aparición de otras más, que se perfilaban a lo lejos; y sobre ellas campeaba una palabra que las compendia a todas y expresaba el espíritu que las animaba: la palabra «libertad».

Ciertamente, no era una palabra nueva en la historia, como no lo era en la literatura y en la poesía, e incluso en la retórica de la literatura y de la poesía. Grecia y Roma habían transmitido a la posteridad la memoria de innumerables héroes de la libertad, de gestas sublimes en las que, por la libertad «*che é si cara*»,¹² magnánimamente se había rechazado la vida. Libertad habían invocado los cristianos, y, a lo largo de los siglos, sus iglesias; libertad, las comunas contra emperadores

* Benedetto Croce, *Historia de Europa en el siglo XIX*, Barcelona, Editorial Ariel, 1996 (Ariel Historia), pp.5-10.

¹² «Que es tan cara» (y, a la vez, tan apreciada, tan querida). Lo dice Virgilio, refiriéndose a Dante, al dirigirse a Catón, que se había inmolado por las libertades republicanas: *Liberta va cercando, che si cara, / come sa chi per lei vita rifiuta*. (Libertad va buscando, que es tan cara, / como sabe quien por ella vivir rehúsa.) Purgatorio, 1, 71-72. (N. del t.)



y reyes; y, por su parte, los feudatarios y barones contra los mismos reyes y emperadores, y éstos, a su vez, contra los barones y grandes vasallos y contra las comunas que usurpaban los derechos soberanos; libertad los reinos, las provincias, las ciudades, celosos de sus propios parlamentos, capítulos y privilegios, contra las monarquías absolutas que se desembarazaban o intentaban desembarazarse de aquellos obstáculos y límites a su obrar. La pérdida de la libertad siempre había sido considerada como causa o indicio de decadencia en las artes, en las ciencias, en la economía, en la vida moral, ya se mirase hacia la Roma de los Césares o a la Italia dominada por los españoles y los Papas. Y la «libertad», recientemente, en compañía de la «igualdad» y la «fraternidad», había sacudido y derribado en escombros, con la fuerza de un terremoto, todo el edificio de la vieja Francia y casi todo el de la vieja Europa; y la impresión temerosa todavía perduraba, y parecería que hubiese debido quitar a aquel nombre su aureola de cosa bella y su atractivo de cosa nueva. Y, efectivamente, el trinomio del que había formado parte —el «inmóvil triángulo inmortal de la Razón», como lo había llamado el poeta Vincenzo Monti— cayó en descrédito y casi llegó a ser aborrecido; pero la Libertad volvió a ascender por su cuenta sobre el horizonte, admirada como estrella de inigualable fulgor. Y las jóvenes generaciones pronunciaban esa palabra con el tono emocionado de quien acaba de descubrir un concepto de vital importancia, capaz de aclarar el pasado y el presente, una guía para el porvenir.

La novedad del concepto con que se llenaba esa antiquísima palabra no eludió, aparte del sentimiento, la reflexión de los contemporáneos, como se observa en el problema, al que pronto dio origen, acerca del carácter diferencial entre la libertad propia de los modernos y la que caracterizaba a los antiguos griegos y romanos, y a los muy recientes jacobinos: un problema que fue propuesto y tratado, entre los primeros, por Sismondi y por Benjamin Constant (quien pronunció sobre dicho argumento un discurso en el Ateneo de París, en 1819), y que ha vuelto a plantearse muchas veces hasta nuestros días. Pero, si el problema tenía un meollo de realidad, no estaba rectamente planteado con aquel contraste entre lo antiguo y lo moderno, en el que de un lado estaban Grecia, Roma y la Revolución francesa (que habría seguido los ideales greco-romanos), y, del otro, el tiempo presente: como si el presente no fuese la confluencia de toda la historia y su último acto, y se pudiera, con un estática contraposición,

romper aquello que forma una serie única de desarrollo. En consecuencia, la indagación, que se establecía sobre la afirmación de aquel contraste, corría el riesgo de dispersarse en abstracciones, dividiendo individuo y estado, libertad cívica y libertad política, libertad de un individuo determinado y libertad de todos los demás individuos determinados donde la primera encuentra su límite, y así por el estilo, y asignando a los antiguos libertad cívica y no política, o esta última sólo en grado subordinado, o también invirtiendo estos juicios y atribuyendo a los antiguos más libertad del individuo respecto al Estado que la poseída por los pueblos modernos. Error de abstracción que se renueva toda vez que se intenta definir la idea de la libertad por medio de distinciones jurídicas, que tienen carácter práctico y se refieren a instituciones particulares y transitorias, y no a esa idea superior y suprema que las incluye y las supera a todas.

Buscando el contenido de aquel concepto en la historia a la que pertenece, que es la historia del pensamiento o filosofía (como se quiera llamar), la consciencia que se tuvo entonces de su novedad resulta no ser otra cosa que la consciencia de lo nuevo que había surgido en el pensamiento, y, a través de éste, en la vida, el nuevo concepto de la humanidad y la visión de la vía que ante ésta se abría, amplia y clara como no se había mostrado anteriormente. A este concepto no se había llegado por casualidad y de pronto, y a la entrada en esa vía por medio de un salto o un vuelo, sino que se había llegado en virtud de todas las experiencias y soluciones de la filosofía en su constante y secular labor, que cada vez más había acortado la distancia y recompuesto la discordia entre cielo y tierra, Dios y mundo, lo ideal y lo real, y, al conferir idealidad a la realidad y realidad a la idealidad, habían reconocido y comprendido su inescindible unidad, que es identidad. Y, al referirnos a la historia del pensamiento y de la filosofía, queremos referirnos conjuntamente a toda la historia, también a la que recibe el nombre de civil, política, económica y moral, que da y recibe alimento de la otra; y, por lo tanto, no solamente de Platón, Aristóteles, Galileo, Descartes y Kant, sino del carácter griego que se enfrentó a la barbarie, y de Roma que civilizó a esos mismos bárbaros volviéndolos romanos, y de la redención cristiana, y de la Iglesia que luchó contra el Imperio, y de las comunas italianas y flamencas de la Edad Media, y, más particularmente, del Renacimiento y la Reforma, que reivindicaron la individualidad en su doble valor activo y moral, de las guerras de religión, del



«largo parlamento» inglés, de la libertad de conciencia que sostenían las sectas religiosas en Inglaterra, en Holanda y en la colonias americanas, de las declaraciones de los derechos del hombre que se llevaron a cabo en estas últimas, como de la que brindó singular eficacia a la Revolución francesa, y asimismo de los descubrimientos técnicos y de las transformaciones industriales consiguientes, y de todos los demás acontecimientos y creaciones de la historia, que confluyeron para formar aquel concepto de la realidad y de la humanidad y volver a situar en las cosas la ley y la regla de las cosas, y a Dios en el mundo. Pero el último paso adelante que se había llevado a cabo entonces, entre finales del siglo xviii y comienzos del xix, había sido más vigorosamente resolutivo y casi conclusivo, porque había criticado la pugna, que se agudizó con el racionalismo del siglo xviii y la Revolución francesa, entre razón e historia, pugna en la que se humillaba y condenaba a esta última bajo la luz de aquélla: la había criticado y le había devuelto la salud gracias a la dialéctica, que no separa lo infinito de lo finito, ni lo positivo de lo negativo, y con ello había hecho coincidir la racionalidad y la realidad en la nueva idea de la historia, volviendo a encontrar el sentido pleno de la expresión de Giambattista Vico: que la república que buscaba Platón no es sino el trayecto de las cosas humanas. Ahora el hombre ya no se veía aplastado por la historia o reivindicador de sí mismo contra ésta, llevado a alejar de sí el pasado como el recuerdo de una afrenta; sino que, infatigable y verdadero autor, se contemplaba en la historia del mundo como en la de su propia vida. La historia ahora ya no se mostraba desierta de espiritualidad y abandonada a fuerzas ciegas, o

sostenida y sucesivamente enderezada por fuerzas extrañas, sino que se mostraba como obra y actualidad del espíritu, y, dado que el espíritu es libertad, obra de la libertad. Toda ella obra de la libertad, su único y eterno momento positivo, que sólo se actúa en la secuela de sus formas y les confiere significado, y que por sí solo explica y justifica la función que ha cumplido el momento negativo de la ausencia de libertad, con sus compresiones, opresiones, reacciones y tiranías, que (como igualmente habría dicho Vico) parecen «peripecias» y son «oportunidades».

Eran éstos el pensamiento y la filosofía de la edad que empezaba, una filosofía que germinaba por doquier, que se difundía por todas partes, que se captaba en la boca de todos, confirmada por las estrofas de la poesía y los lemas de los hombres de acción no menos que por las fórmulas de los filósofos profesionales. Arrastraba tras de sí escorias del pasado, a veces vestía ropajes que no eran los adecuados, se envolvía y debatía en contradicciones, y, sin embargo, siempre se abría camino y adelantaba a todas las demás. Se pueden encontrar sus huellas incluso entre los adversarios, los retrógrados, los reaccionarios, los cunas y los jesuitas; y no carece de ironía que la nueva actitud espiritual recibiese su bautismo justamente donde menos se habría esperado: se lo brindó el país que, más que cualquier otro de Europa, se había cerrado a la filosofía y a la cultura modernas; el país por antonomasia medieval y escolástico, clerical y absolutista: España, que acuñó entonces el adjetivo «*liberal*» con su contrapuesto «*servil*».



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Dilthey	Ortega	Croce
Época abordada por el autor			
Espacio en el que ubica su obra			
Tema abordado			
Fuentes utilizadas			
Visión del proceso histórico			
Sujetos históricos			
Motor de la historia			
Aspecto abordado (político, etc.)			
Significado que le da al proceso histórico			
Tipo de proceso histórico			
Tipo de lenguaje utilizado			



Aprendizaje:

El alumno

Analiza fuentes historiográficas para identificar la diversidad de respuestas al positivismo y el empirismo en el siglo XX

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan a la Escuela de Frankfurt.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos:

Teoría crítica: la Escuela de Frankfurt (Walter Benjamin, Max Horkheimer, Herbert Marcuse)

Teoría crítica: La Escuela de Frankfurt

LA ESCUELA DE FRANKFURT*

LILIANA REGALADO DE HURTADO

Hay consenso al considerar que tres situaciones históricas: la Ilustración, el genocidio perpetrado por los nazis con Auschwitz como su referente y el movimiento de estudiantes en Francia, conocido como «mayo 68», obran como contexto y motivación para la reflexión desarrollada en diferentes momentos por la llamada Escuela de Frankfurt.

Si partimos considerando que la filosofía marxista y, por consiguiente, la historiografía inspirada en ella han estado sujetas a revisión permanente, dentro y fuera de sus propios predios, podremos entender mejor el papel e influencia de la Escuela

de Frankfurt, pues en la década de 1930 sus miembros criticaban las simplificaciones del marxismo, a las que denominaban «marxismo vulgar» y además cuestionaban el desmedido énfasis puesto en los asuntos económicos. Por lo contrario, expresaban la necesidad de tomar en cuenta la diversidad de influencias que operan en la conducta humana.

La Escuela, entendida como corriente de pensamiento, estuvo relacionada directamente al Instituto de Investigación Social fundado en 1923 y a la Universidad de Frankfurt, por iniciativa de un inquieto grupo de intelectuales, quienes

*Regalado de Hurtado, Liliana. *Historiografía occidental. Un tránsito por los predios de Clío*. Lima, Perú : Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú , 2010, págs. 252-253



recibieron apoyo económico particular, lo que otorgó al naciente Instituto autonomía económica respecto a la universidad que los acogió. En el grupo promotor se contaba a [Friedrich] Pollok, [Kurt Albert] Gerlach y [Max] Horkheimer. Carl Grünberg, quien procedía de los ambientes académicos de Viena, fue en la etapa inicial un personaje importante, enfocándose en el estudio de dos asuntos centrales: la historia del socialismo y del movimiento obrero y planteándose un análisis del marxismo que revisara y actualizara las ideas de Marx bajo inspiración del pensamiento de [Georg] Luckás y [Karl] Korsch.

La identificación del centro de estudio e investigación con una tendencia reconocida como Escuela de Frankfurt debe asociarse al año 1932, fecha en la que Max Horkheimer se hace cargo de la dirección del Instituto, alrededor del cual se vincularon varios discípulos que trabajaron entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial e imprimieron un carácter interdisciplinario a sus estudios, otorgando cabida a los planteamientos de Sigmund Freud y pensando al marxismo como una teoría social. La Escuela de Frankfurt vio dispersarse a la mayoría de sus integrantes durante el periodo hitleriano, ya que tenían origen judío. En el exilio instalaron al Instituto como asociado a la Universidad de Columbia en Nueva York y se nutrieron del empirismo anglosajón, a la vez que ellos divulgaron el análisis marxista convencional

(Gilderhus 2000: 115). Eminentes intelectuales como Theodor Adorno, el mencionado Horkheimer y Herbert Marcuse comienzan a desarrollar la llamada Teoría Crítica a partir de 1950, sin dejar de lado procedimientos empíricos. A este grupo le sigue otro, que a partir de la década de 1960 se encargará de dar fin a la Teoría Crítica Clásica. En la década siguiente, a través de los trabajos de [Jürgen] Habermas, [Ludwig von] Friedburg y [Karl-Otto] Apel, se introducen elementos nuevos a la Teoría Crítica, se cuestionará a la razón ilustrada y a su idea de progreso, pero también se prestará especial atención a cuestiones como el dominio sobre los otros y sobre la naturaleza y el contacto de las ciencias naturales con la hermenéutica histórica. La manera como la nueva sociedad de masas requería conciliar la teoría con la práctica y la conjunción de los planteamientos de Marx y Freud dieron lugar a la Teoría Crítica, lo que puede entenderse también como el empleo del psicoanálisis para estudiar la política en general y la psicología colectiva en particular.

Por lo que acabamos de enumerar se ha señalado la importancia de la Escuela de Frankfurt en el desarrollo del pensamiento postmoderno, lo que incluye tanto algunos de los planteamientos que le dieron forma, como la crítica a las posturas más extremas que dicho pensamiento llegó a alcanzar.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



TESIS SOBRE LA HISTORIA Y OTROS FRAGMENTOS*

WALTER BENJAMIN

La historia tiene que ver con interrelaciones y también con encadenamientos causales tejidos fortuitamente. Al dar ella una idea de lo constitutivamente citable de su objeto, éste, en su versión más elevada, debe ofrecerse como un instante de la humanidad. El tiempo debe estar en él en estado de detenimiento.

La imagen dialéctica es un relámpago que va por sobre todo el horizonte del pasado. Articular históricamente algo pasado significa: reconocer en el pasado aquello que se conjunta en la constelación de uno y un mismo instante. El conocimiento histórico sólo es posible únicamente en el instante histórico. Pero el conocimiento en

el instante histórico es siempre el conocimiento de un instante. Al replegarse como un instante -como una imagen dialéctica-, el pasado entra en el recuerdo obligado de la humanidad.

Hay que definir la imagen dialéctica como el recuerdo obligado de la humanidad redimida. La noción de una historia universal está atada a la del progreso y a la de la cultura. Para que todos los instantes en la historia de la humanidad puedan ser alineados en la cadena del progreso tienen que ser puestos sobre el común denominador de la cultura, de la Ilustración, del Espíritu objetivo o como se le quiera llamar.

SOCIEDAD EN TRANSICIÓN: ESTUDIOS DE FILOSOFÍA SOCIAL**

MAX HORKHEIMER

... La ciencia y la filosofía, cuya opinión yo no comparto completamente, pero que, al menos, quiero citar aquí, tienen ahora el punto de vista, que no expresan en forma tan clara a como yo lo hago ahora, de que, en sentido estricto, ya no hay propiamente historia. Lo que sucede con los hombres, sólo son asuntos de una especie animal; aunque la especie se desarrolle un poco, ni en la ciencia ni en la filosofía se cree ya en una historia, en el sentido, como

pensábamos nosotros, de que mediante ella habría de realizarse el cumplimiento del todo en el mundo. Por consiguiente, al menor, cuando se enseña historia, habría que hacer la diferencia de que se enseñase como se enseña ahora a aquel que quiere hacer de la historia una profesión o un hobby, pero que a los estudiantes que se interesan por ella de un modo general se les presentase la historia bajo el aspecto de los problemas actuales. (...)

* Benjamín, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Traducido por Bolívar Echeverría. México, D. F.: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, págs. 73-74

** Horkheimer, Max. *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*. Planeta-Agostini, 1972, págs. 206-207

W.

B
e
n
j
a
m
i
n
/
M.

H
o
r
k
h
e
i
m
e
r



EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL*

HERBERT MARCUSE

De hecho, estos <valores culturales> sirven como instrumentos de unión social. La grandeza de un arte y una literatura libres, los ideales del humanismo, las penas y alegrías del individuo, la realización de la personalidad, son aspectos importantes en la lucha competitiva entre el Este y el Oeste. Estos aspectos hablan gravemente contra las formas actuales del comunismo y son diariamente administrados y vendidos. El hecho de que contradigan a la sociedad que los vende no cuenta. Del mismo modo que la gente sabe o siente que los anuncios y los programas políticos no tienen que ser necesariamente verdaderos o justos

y sin embargo, los escuchan y leen e incluso se dejan guiar por ellos, aceptan los valores tradicionales y los hacen parte de su formación mental. Si las comunicaciones de masas reúnen armoniosamente y a menudo inadvertidamente el arte, la política, la religión y la filosofía con los anuncios comerciales, al hacerlo conducen estos aspectos de la cultura a su común denominador: la forma de mercancía. La música del espíritu es también la música del vendedor. Cuenta el valor de cambio, no el valor de verdad. En él se centra la racionalidad del statu quo y toda racionalidad ajena se inclina ante él.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los textos fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Benjamin	Horkheimer	Marcuse
Época abordada por el autor			
Espacio en el que ubica su obra			
Tema abordado			
Fuentes utilizadas			
Visión del proceso histórico			
Sujetos históricos			
Motor de la historia			
Aspecto abordado (político, etc.)			
Significado que le da al proceso histórico			
Tipo de proceso histórico			
Tipo de lenguaje utilizado			

* Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. España: Ariel, 2005, pág. 87

**H
e
r
b
e
r
t

M
a
r
c
u
s
e**



Aprendizaje:

El alumno

Analiza fuentes historiográficas para identificar la diversidad de respuestas al positivismo y el empirismo en el siglo XX

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan a la corriente de los *Annales*.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos:

Historia e interdisciplina: *Annales* (Marc Bloch, Fernand Braudel, Jacques Le Goff).

Historia e interdisciplina: *Annales*

LA REVOLUCIÓN HISTORIOGRÁFICA FRANCESA. LA ESCUELA DE LOS ANNALES 1929-1989.*

PETER BURKE

Una parte extraordinaria de los escritos históricos más innovadores, más memorables y más significativos del siglo XX fue producida en Francia. [...] Buena parte de esta nueva historia es la obra de un determinado grupo de estudiosos vinculados con la revista fundada en 1929 y conocida como *Annales*.

[...]

En el centro del grupo están Lucien Febvre, Marc Bloch, Fernand Braudel, George Duby, Jacques LeGoff y Emmanuel Le Roy. Cerca del borde se encuentran Ernest Labrousse, Pierre Vilar, Maurice

Agulhon y Michel Vovelle, cuatro distinguidos historiadores cuyo compromiso con un enfoque marxista de la historia los coloca fuera del círculo anterior [...]

La publicación, que tiene ahora más de sesenta años, se fundó para promover un nuevo género de historia y la revista continúa alentando las innovaciones. Las ideas rectoras de *Annales* podrían resumirse brevemente del modo siguiente. En primer lugar, la sustitución de la tradicional narración de los acontecimientos por una historia analítica orientada por un problema. En segundo

* Burke, Peter. *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. México, Gedisa, 2006, pp. 11-12.



lugar, se propicia la historia de toda la gama de las actividades humanas en lugar de una historia primordialmente política. En tercer lugar, -a fin de alcanzar los primeros dos objetivos- la colaboración con otras disciplinas, con la geografía, la sociología, la psicología, la economía, la lingüística, la antropología social, etc. Como lo expresó Febvre con su característico empleo del modo imperativo, “Historiadores, sed geógrafos. Sed juristas también, y sociólogos, y psicólogos.” Febvre siempre ponía atención en “derribar los tabiques” y se empeñaba en combatir la estrecha especialización. De manera análoga, Braudel compuso su Mediterráneo de la manera en que lo hizo para “demostrar que la historia puede hacer algo más que estudiar jardines cercados”.

[...] Desde afuera con frecuencia se percibe esta escuela como un grupo monolítico, con una práctica histórica uniforme, cuantitativa en cuanto a método, determinista en sus supuestos y hostil, o por lo menos indiferente, a la política y a los acontecimientos políticos. Esta visión estereotipada de la escuela de *Annales* ignora divergencias existentes entre miembros individuales del grupo e ignora también ciertas realizaciones que se concretaron con el tiempo. Podría ser mejor hablar, no de una “escuela”, sino del movimiento de *Annales*.

Este movimiento puede dividirse en tres fases. En la primera fase, que va de la década de 1920 al año 1945, se trataba de un grupo pequeño, radical y

subversivo que libraba una acción de guerrilla contra la historia tradicional, la historia política y la historia de los acontecimientos. Después de la Segunda Guerra Mundial aquellos rebeldes se hicieron cargo de la posición histórica oficial. Esta segunda fase del movimiento, en la que cabía hablar ciertamente de una “escuela” con sus conceptos distintivos (en particular estructura y coyuntura) y sus métodos distintivos (especialmente “la serie histórica” de los cambios producidos a largo plazo), estuvo dominada por Fernand Braudel.

La tercera fase de la historia de este movimiento comenzó alrededor del año 1968. Esta fase está marcada por el desmenuzamiento. En esta época la influencia del movimiento -especialmente en Francia- era tan grande que el grupo había perdido no poco de su anterior carácter distintivo. Se trataba de una “escuela” unificada sólo a los ojos de sus admiradores extranjeros y de sus críticos del propio país, quienes continuaban reprochándole que subestimara la importancia de la política y de la historia de los acontecimientos. En los últimos veinte años, algunos miembros del grupo pasaron de la historia socioeconómica a la historia sociocultural, en tanto que otros están volviendo a descubrir la historia política y hasta la historia narrativa.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



LOS REYES TAUMATURGOS*

El 27 de abril de 1340, el hermano Francisco, de la Orden de los Predicadores, obispo de Bisaccia en la provincia de Nápoles, capellán del Rey Roberto de Anjou y en ese momento embajador del rey de Inglaterra Eduardo III, se presentó ante el dux de Venecia. Acababa de iniciarse la lucha dinástica entre Francia e Inglaterra, que daría lugar a la Guerra de los Cien Años. Las hostilidades habían comenzado ya, pero la campaña diplomática aún proseguía. Los dos reyes rivales buscaban alianzas por todas partes en Europa.

[...]

Sin embargo, estas vanas propuestas merecen ser meditadas por los historiadores. A pesar de su aparente insignificancia, arrojan muy viva luz sobre algunas cosas profundas. Comparémoslas mentalmente con lo que sostendría hoy un plenipotenciario, en parecidas circunstancias. La diferencia nos revela el abismo que separa dos mentalidades; pues tales propuestas, formuladas sin duda para la galería, responden necesariamente a las tendencias de la conciencia colectiva.

[...]

De esta manera, el discurso de un diplomático un tanto parlanchín viene a recordarnos oportunamente que nuestros antepasados, en la Edad Media y aún en plenos tiempos modernos, se formaban de la realeza una imagen muy diferente

de la nuestra. En todos los países los reyes eran considerados por entonces personajes sagrados; y en algunos cuando menos, se los tenía por taumaturgos. Durante largos siglos, los reyes de Francia y los de Inglaterra “tocaron las escrófulas”, para utilizar una expresión clásica en su tiempo, debiendo entenderse por tal que ellos pretendían curar a los enfermos afectados por este mal, mediante el solo contacto de sus manos. Y la virtud curativa del soberano era creencia común.

[...]

No era cosa de estudiar los ritos de curación aisladamente, separados de todo ese conjunto de supersticiones y leyendas que constituye lo “maravilloso” monárquico. Habría sido condenarse de antemano a no ver en ellos más que una ridícula anomalía, sin vinculación alguna con las tendencias generales de la conciencia colectiva.

[...]

La mayor dificultad que encontré en el curso de mis investigaciones provino del estado de las fuentes. No es que escaseen los testimonios relativos al poder taumatúrgico de los reyes, que por el contrario son en su conjunto bastante abundantes. Pero se encuentran dispersos en extremo, y sobre todo son de naturaleza prodigiosamente diferentes.

EL MEDITERRÁNEO Y EL MUNDO MEDITERRÁNEO EN LA ÉPOCA DE FELIPE II.**

Amo apasionadamente al Mediterráneo, tal vez porque, como tantos otros, y después de tantos otros, he llegado a él desde las tierras del norte. LE he dedicado largos y gozosos años de estudios, que han sido para mí bastante más que toda mi juventud. Confío en que, a cambio de ello, un poco de esta alegría y mucho de su luz se habrán comunicado a las páginas de este libro. El ideal sería, no cabe duda, poder manejar a gusto de uno al personaje de nuestro libro, no perderle de vista un solo instante, recordar constantemente, a lo largo de todas las páginas, su gran presencia. Pero, por desgracia o por fortuna, nuestro oficio no tiene

ese margen de admirable agilidad de la novela. El lector que desee abordar este libro como a mí me gustaría que lo abordase hará bien en aportar a él sus propios recuerdos, sus visiones precisas de mar Interior, coloreando mi texto con sus propias tintas y ayudándome activamente a recrear esta vasta presencia, que es lo que me he esforzado en hacer en la medida en que he podido... Creo que este mar, como cada cual pueda verlo y amarlo, sigue siendo el más valioso de los documentos para ilustrar su vida pasada. Aunque no haya retenido más idea que ésta de las enseñanzas recibidas de los geógrafos que tuve por maestros en la Sorbona, la he hecho

* Marc Bloch. *Los reyes taumaturgos*. México, FCE, 2006, pp. 79, 82-83, 87.

** Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, Tomo I, 1987, pp. 12-14.

M.

B
I
O
C
h

/

F.

B
r
a
u
d
e
l



mía con una tenacidad que da su tónica y su sentido a mi obra.

Tal vez alguien piense, y con razón, que otro ejemplo más sencillo que el del Mediterráneo me habría permitido destacar con mayor fuerza los nexos permanentes que unen la historia al espacio, sobre todo si se tiene en cuenta que, visto a la escala del hombre, el mar Interior del siglo XVI era aún mucho más vasto que en nuestros días. Es un personaje complejo, embarazoso, difícil, de encuadrar. Escapa a nuestras medidas habituales. Inútil querer escribir su historia lisa y llana, a la manera usual: “nació el día tantos de tantos...”; inútil tratar de exponer la vida de este personaje buenamente, tal y como las cosas sucedieron... El Mediterráneo no es siquiera *un* mar; es, como se ha dicho, un “complejo de mares”, y de mares, además, salpicados de islas, cortados por penínsulas, rodeado de costas ramificadas. [...] El

Mediterráneo es el mar de los olivos, y los viñedos, tanto como el de los estrechos barcos de remos o los navíos redondos de los mercaderes, y su historia no puede separarse del mundo terrestre que lo envuelve [...] Por ello cuenta trabajo saber, exactamente, qué clase de personaje histórico es este Mediterráneo [...] Nada más nítido que el Mediterráneo del oceanógrafo, o el del geólogo, o el del geógrafo [...] No así el Mediterráneo de la historia. Cien advertencias autorizadas nos previenen y ponen en guardia: el Mediterráneo no es esto, ni es aquello, ni lo de más allá; no es un mundo que se baste a sí mismo, no un prado con lindes bien definidas.

MERCADERES Y BANQUEROS DE LA EDAD MEDIA.*

JACQUES LE GOFF

Este es un ensayo de ambiciones limitadas. De él hemos excluido todo lo que no ofrecía completa seguridad, cuanto se apoyaba en documentos o trabajos demasiado escasos, lo que es, antes que conquista, de la ciencia, objeto de controversia entre eruditos e historiadores y lo que permanece en las márgenes exploradas solamente por unos pocos precursores de la investigación histórica.

[...]

En primer lugar, nos hemos encerrado en un marco geográfico: el de la Europa cristiana. Con ello

esperamos ganar cohesión, pero, inevitablemente, hemos de perder amplitud. Renunciando al mercader bizantino o al mercader musulmán, evitamos hablar de gentes mal conocidas, de tipos que pertenecen a civilizaciones diferentes, si o hostiles.

Pero el comercio, aunque suscita conflictos, es también uno de los principales vínculos entre las zonas geográficas, entre las civilizaciones y entre los pueblos.

J
a
c
q
u
e
s

L
e

G
o
f
f

* Jacques Le Goff. *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*. Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1984, pp. 7-8.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Marc Bloch	Fernand Braudel	Jacques Le Goff
Época abordada por el autor			
Espacio en el que ubica su obra			
Tema abordado			
Fuentes utilizadas			
Visión del proceso histórico			
Sujetos históricos			
Motor de la historia			
Aspecto abordado (político, etc.)			
Significado que le da al proceso histórico			
Tipo de proceso histórico			
Tipo de lenguaje utilizado			



Aprendizaje:

El alumno

Analiza fuentes historiográficas para identificar la diversidad de respuestas al positivismo y el empirismo en el siglo XX

Distingue los problemas y categorías y visión de la historia que caracterizan a la Escuela británica marxista.

Comprende la relación existente entre la circunstancia histórica y las formas de hacer historia e interpretar el pasado.

Contenidos temáticos:

Una nueva visión sobre el concepto de clase: los historiadores marxistas británicos. E. P. Thompson, Maurice Dobb y Eric Hobsbawn

Una nueva visión sobre el concepto de clase: Los historiadores marxistas británicos

INTRODUCCIÓN

HARVEY KAYE

“Cuanta más sociológica se haga la historia y más histórica se haga la sociología tanto mejor para las dos” E. H. Carr, *What is History?*¹³

[...] Entonces, ¿qué pasa con la propia aproximación a la historia de los historiadores marxistas británicos? Como hemos visto, no estudian la experiencia de los campesinos y de la clase trabajadora por separado sino, más bien, desarrollan sus estudios históricos consistentemente en el contexto de las relaciones y las confrontaciones de clases históricamente

específicas, esto es, una historia desde la perspectiva de abajo arriba. De esta manera, al mismo tiempo que amplían la concepción de la experiencia de clase en los estudios históricos, los historiadores marxistas británicos nunca pierden de vista la dimensión política esencial de esa experiencia. Esto es, las relaciones de clase son “políticas” en cuanto que siempre suponen dominación y subordinación, lucha y acomodación. De esta manera, de nuevo la adscripción de “culturalismo” al trabajo de los historiadores marxistas británicos parece inapropiada e inadecuada. Además, su

¹³ La referencia exacta de los libros y artículos de revista incluidos en esta obra, que están editados en castellano, puede encontrarse en la bibliografía que aparece al final

de estas páginas. (Nota del editor). E. H. Carr, *What is History?*, Harmondsworth, Penguin, 1964, p. 84. originalmente 1961.



aproximación no impide prestar cuidadosa atención a las elites y a las clases dirigentes, como se pone en manifiesto, por ejemplo, en *A Medieval Society* de Hilton¹⁴, *Economic Problems of The Church* de Hill, *The Age of Capital* de Hobsbawm¹⁶, y *Whigs and Hunters* de Thompson¹⁷. De hecho, señala Hobsbawm: “Lo que me gustaría hacer no es simplemente... salvar al calcetero y al campesino, sino también al noble y al rey del pasado, de la condescendencia de los historiadores modernos que piensan que saben más”¹⁸ (¡Pero debe recordarse que esta afirmación llega después de años de esfuerzo por “rescatar” al campesino y al obrero de los estudios históricos!). Por lo tanto los historiadores marxistas británicos no estarían en desacuerdo con la demanda de la “historia desde arriba” de Perry Anderson- como estudio de la “intrincada maquinaria de la dominación de clases”- pero tal historia tendría que otorgar el peso debido a las luchas de clases y a los levantamientos forjados por las propias clases bajas, y la manera en la que las luchas de clases, a su vez, dan forma o afectan a la maquinaria de la dominación.

Los historiadores marxistas británicos no solo insisten en la importancia para los estudios históricos del estudio de las experiencias de las clases bajas, también insisten en que las clases bajas han sido participantes activos en la formación de la historia, más que meras víctimas pasivas. Es más, demuestran que tales luchas y movimientos han sido significativos para la totalidad del desarrollo histórico, es decir, para los valores y las ideas y para la economía política, y que, por lo tanto, han contribuido también a las experiencias y las luchas de las generaciones posteriores. Hobsbawm describe muy bien su intención y la de sus compañeros historiadores cuando dice: “Me gustaría devolver a los hombres del pasado y especialmente a los pobres del pasado, el don de la teoría. Como el héroe de Moliere, ellos han estado hablando prosa todo el tiempo. Sólo que, mientras el hombre de Moliere no lo sabía, pienso que ellos siempre lo supieron, aunque nosotros no. Y pienso

que deberíamos saberlo”¹⁹. Es con la intención de “devolver el don de la teoría a las gentes del pasado” y también por entender la lucha de clases como un todo, por lo que los historiadores marxistas británicos han adoptado selectivamente algunos de los métodos y “sensibilidades” de los sociólogos y, especialmente, de los antropólogos.

Un último tema para considerar en relación con la perspectiva de los historiadores marxistas británicos está relacionado con su gran énfasis sobre la oposición y la rebelión. Es verdad que, no tratan de forma adecuada las prácticas más conservadoras y reaccionarias y las acciones políticas y sociales de las clases bajas.²⁰ Sin embargo, debe recordarse que comenzaron a escribir para oponerse al paradigma imperante en los estudios históricos y sociales, que asumía no sólo que el orden social significaba la ausencia de conflicto social, en la forma de rebelión y oposición, sino que también indicaba aceptación de la normativa²¹, lograda por un proceso de consenso o de dominación total. Al mismo tiempo, aunque subrayan en sus escritos las luchas de las clases bajas, son conscientes y realistas acerca de las limitaciones (a veces frecuentes) de estas luchas, y acerca de las limitaciones de los modos de acomodación e incorporación de las clases bajas. Pero no reducen la oposición de los campesinos y de los trabajadores del pasado (y el presente) a mera historia apolítica, desviación o actividad criminal.

Como ya he señalado antes, los historiadores marxistas británicos no fueron los primeros en escribir lo que Raphael Samuel ha llamado “historia popular” ni, como acabamos de ver, los únicos historiadores que han tratado de desarrollar la historia desde abajo. Sin embargo como he intentado demostrar, son los que mejor representan lo que Walter Benjamín pensaba cuando escribía: “Sólo tendrá el don de encender la chispa de la esperanza en el pasado el historiador que esté firmemente convencido de que ni siquiera

¹⁴R: Hilton, *A medieval Society*, Cambridge, Cambridge University press, 1983. Originariamente 1966.

¹⁵ C. Hill, *Economic Problems of The Church: From Archbishop Whight to the Tory Parliament*, Oxford, Oxford University Press, 1956.

¹⁶ E. Hobsbawm, *The Age of Capital*, Londres, Sphere Books, 1977.

¹⁷ E. P. Thompson, *Whigs and Hunters*, Harmondsworth, Penguin, 1977.

¹⁸ E. Hobsbawm, “Comments”, p. 162.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Los comentarios del mismo Thompson en la agenda a *The Making of the English Working Class* de 1968, Harmondsworth, Penguin, ed. de 1968, pp. 916-17; y en *The World Turned Upside Down* de Hill, Harmondsworth, Penguin, 1975, por ejemplo p. 364.

²¹ Con “aceptación de la normativa” me refiero a la situación en la que uno acepta no sólo por falta de alternativa sino porque de verdad cree que las cosas están como deberían estar. Sobre ello, cf. Michael Mann, “The Social Cohesion of Liberal Democracy”, *American Sociological Review*, 35 (Junio 1970), pp. 423-39.



los muertos estarán a salvo del enemigo [la clase dirigente] si él gana. Y el enemigo no ha cesado de ser victorioso”.²² La perspectiva de los historiadores marxistas británicos ha dado forma a los escritos de toda una generación de historiadores más jóvenes. Aunque no hay espacio para revisar todos los testimonios sobre ello, debo mencionar, en primer lugar, la revista- y el movimiento de que forma parte- History Workshop (su subtítulo señala que es una “revista de historiadores socialistas y feministas”). Originado en los sesenta en Ruskin College²³, este movimiento trata de integrar la tradición y la perspectiva de los historiadores marxistas británicos con la tradición de los historiadores-obreros en el movimiento obrero.²⁴ Raphael Samuel, la figura principal en History Workshop, escribe sobre la influencia de los historiadores marxistas británicos: “Crecimos a la sombra de superiores respetables- Hill, Hobsbawn y Thompson en particular”.²⁵

[...] La contribución colectiva de los historiadores marxistas británicos no sólo ha influido la manera de escribir historia, como correctivo a la historia escrita desde la perspectiva de las élites o clases dirigentes, sino que también ha supuesto un reto a la concepción del proceso histórico que acompaña a la historia desde arriba. Como comenta Stuart Hall, tiene consecuencias políticas cruciales: “Puede restaurar un sentido de acción, un sentido de actividad, un sentido de capacidades de la clase trabajadora y de los oprimidos”.²⁶ Por supuesto, discutir la concepción del proceso histórico es discutir la teoría histórica, y aunque E. P. Thompson insiste en que sus estudios históricos no le han llevado a encontrar una “teoría mejor (el materialismo histórico como un nuevo y cerrado ismo)”,²⁷ sin embargo, sus estudios históricos tienen consecuencias teóricas. Quizá sería exagerado afirmar que su contribución teórica es “proporcionar una teoría” pero, al menos

su trabajo desarrolla el marxismo, o materialismo histórico, como una teoría de la determinación de clases.

La teoría de la determinación de clases

Además de la contribución colectiva, los historiadores marxistas británicos, como ya hemos visto, han hecho una contribución importante al concepto de clase. E. P. Thompson ha dicho de lo que cree ser su logro: “Hemos ampliado el concepto de clase, que los historiadores en la tradición marxista comúnmente emplean -deliberadamente y no exentos de cierta “inocencia” teórica- con una flexibilidad e indeterminación no permitida por el marxismo ni por la sociología ortodoxa”.²⁸

Consideremos su “ampliación”. Han desplazado el estudio de la experiencia de clases desde el análisis de clases hasta el análisis de la lucha de clases, mayormente como resultado de su reconocimiento de la experiencia de las clases bajas como proceso activo, aunque estructurado. Esto ha contrastado con la práctica sociológica existente. Los estudios de estratificación social durante bastante tiempo fueron caracterizados por análisis de clases estáticos y ahistóricos. Los sociólogos, hasta hace poco, no realizaron estudios históricos (esto es, estudios del pasado). Es más, su tratamiento de las clases como “estratos estadísticos simples (o complejos) y jerárquicamente organizados”,²⁹ ignoraban las relaciones temporales y sociales. En los últimos años éste se ha convertido en un tema destacado de la teoría social, aunque fue en 1956 cuando, en “Peculiarities of the English”, Thompson escribió (como había hecho previamente en el prefacio a *The Making of the English Working Class*):

La clase es una formación social y cultural (con frecuencia encuentra

²² W. Benjamin, “Theses in the Philosophy of History”, en sus *Illuminations*, Nueva York, Harcourt Brace, 1969, p. 255.

²³ Por entonces se estableció en Oxford un Centre for Social History

²⁴ Cf. el ensayo colectivo de los estudiantes del Ruskin History workshop, “Worker Historians in the 1920s”, en R. Samuel (ed.), *People’s History and Socialist Theory*, pp. 15-20.

²⁵ R. Samuel, “History Workshop, 1966-80”, en R. Samuel (ed.), *People’s History and Socialist Theory*, p. 414.

²⁶ S. hall, “Marxism and Culture”, p. 9. Debe tenerse en cuenta que Hall añade que “los que se benefician de estas

lecciones sobre la capacidad de resistencia se encuentran más frecuentemente entre la clase media que entre la propia clase obrera”.

²⁷ E. P. Thompson, “The Poverty of Theory”, en su *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin Press, 1978, p. 170

²⁸ Ibid. También sobre este tema, cf. R. S. Neale, *Class in English History 1680-1850*, Oxford, Basil Blackwell, 1981.

²⁹ Rodolfo Stavenhagen, *Social Classes in Agrarian Societies*, Garden City, NY, Anchor Books, 1975, p. 22. Stavenhagen hace una crítica breve pero excelente de los estudios de la estratificación (pp. 19-39), aunque su debate sobre la alternativa marxista es desigual.



expresión institucional) que no puede ser definida en abstracto o aisladamente, sino únicamente en términos de las relaciones con las otras clases; y finalmente la definición sólo se puede hacer tomando el tiempo como medio- esto es, acción y reacción, cambio y conflicto... la clase en sí no es una cosa, es un suceso.³⁰

Como Thompson también reconoce claramente, tampoco la construcción de versiones estáticas y ahistóricas de clase han sido raras en los estudios marxistas. Con frecuencia, los marxistas han estado “más interesados en las posiciones de las clases abstractamente definidas que en las fracturas sociales cualitativas expresadas en la dinámica de las relaciones y los conflictos de clase”.³¹ Ello es particularmente cierto, como afirma David Stark, entre los marxistas estructuralistas que hacen análisis de clases a nivel de modo de producción y consideran que su tarea es la formulación rigurosa de esquemas de clasificación más sofisticados. Así, pues, lo que sucede con frecuencia es que “el debate sobre las clases se convierte en una batalla de la clasificación- en muchos casos una revisión de la topografía de las fronteras de las clases más que un estudio de los procesos de la formación de clases y las batallas históricas reales que producen las siempre cambiantes líneas de demarcación”.³²

Los historiadores marxistas británicos examinan las clases como relaciones y procesos históricos. Implícito en su trabajo, y en ocasiones explícitamente manifestado, de manera más contundente quizás en el ensayo de Thompson, “Eighteenth-century English Society: class struggle without class?”,³³ aparece la prioridad analítica e histórica dada a la lucha de clases, a partir de la cual, en circunstancias históricas específicas, la clase- en sentido pleno- ha surgido a

se ha “hecho”. Sin embargo, no niegan la existencia de clase en ausencia de conciencia de clase. De hecho, como hemos visto, sus escritos son importantes por testimoniar el efecto de las relaciones y las luchas de clase, incluso en ausencia de la conciencia de clase (esto es, clase en sentido pleno). Sin embargo, existe una realidad histórica diferente cuando la formación de clase se desarrolla a partir de la lucha de clases, implicando una conciencia de clase elaborada. (Seguramente esto es una propuesta que ningún marxista rechazaría). Thompson ha descrito esto como una situación histórica en la que la clase está “presente en la misma evidencia”, en oposición a esas situaciones en las que la clase se usa como “categoría analítica para organizar la evidencia histórica lo cual tiene una correspondencia mucho menos directa”.³⁴ Al mismo tiempo, como comenta Raymond Williams, cada vez es más necesario distinguir entre esos momentos o modos de lucha de clase que se caracterizan por la conciencia de clase, y los que suponen un menor grado de conciencia de clase (la distinción entre el conflicto de clase, la lucha de clases, y la guerra de clases).³⁵

Por supuesto que los historiadores marxistas británicos han puesto constantemente su intención de distanciar su enfoque de lucha de clases del determinismo económico, lo que nos lleva a otro aspecto de su “ampliación” del concepto de clase, y a sus esfuerzos por superar el modelo base-superestructura. En el proceso de cambio del análisis de clases al análisis de la lucha de clases, y la ampliación del concepto de clase, han desarrollado el marxismo, o materialismo histórico, como teoría de la determinación de clases, la proposición central de la cual es que la lucha de clases es fundamental para el proceso histórico. Como Thompson señala, “la lucha de clases es el proceso”. Esta proposición, como sabemos, se deriva de Marx, pero, como también sabemos, no en la única dirección en la que el pensamiento de Marx se ha desarrollado- o se ha

³⁰ E. P. Thompson, *Peculiarities of the English*”, en *The Poverty of Theory and Other essays*, p. 295. También citado en Philip Abrams, *Historical Sociology*, Somerset, Open Books, 1982, p. xii. Abrams hace del tiempo el tema central de su trabajo, como Anthony Giddens en escritos tales como *Central problems in Social Theory*.

³¹ Ellen Merksins Wood, “The Politics of Theory and the Concept of Class: E. P. Thompson and His Critics”, *Studies in Political Economy*, 9 (Otoño 1982), p. 60.

³² D. Stark, “Class Struggle and the Transformation”, “The Labour process: A Relational Approach”, *Theory and Society*, 9 (1980); una versión resumida está incluida

en Anthony Giddens y David Held (eds.), *Classes, Power and Conflict*, Londres, Macmillan press, 1982, p. 320. En particular, Stark se refiere a trabajos como G. Carchedi y Erik Olin Wright.

³³ E. P. Thompson, “Eighteenth-century English Society: class struggle without class?”, *Social History*, 3 (Mayo 1978), pp. 133-65. (traducción: La sociedad inglesa del siglo dieciocho: ¿lucha de clases sin clase?)

³⁴ *Ibid.*, pp. 147-8

³⁵ R. Williams, *Politics and Letters*, Londres, New Left Books, 1979, p. 135.



aceptado. He tratado de mostrar en este libro que aunque no es la proposición única de trabajo de los historiadores marxistas británicos (y su tradición), su efecto ha sido único en esta forma de desarrollar el materialismo histórico.

Puede preguntarse ¿hasta qué punto su énfasis en la clase, y en la “previa”, y más universal, lucha de clases, representa una ruptura con la propuesta marxista igualmente importante de que el ser social determina la conciencia social y la categoría central relacionada de modo de producción? Esta no es una cuestión intrascendente, ni para Hobsbawm ni para Thompson una vez que se ha reconocido que rechazar esta proposición supone abandonar la línea de análisis de Marx.³⁶ También es la base sobre la que estructuralistas como Richard Johnson critican que los historiadores marxistas británicos, excepto Dobb y hasta cierto punto Hilton, son culturalistas.³⁷ El problema, en mi opinión, es que los críticos no logran comprender lo que los historiadores marxistas británicos han tratado de conseguir. En sus esfuerzos por superar el modelo base-superestructura y su tendencia inherente al determinismo económico, los historiadores marxistas británicos no rechazan la determinación en favor del voluntarismo. [38] Tampoco rechazan la proposición de que el ser social determina la conciencia social o la formulación del ser social como modo de producción. No rechazan la determinación estructural a favor del voluntarismo, aunque rechazan el determinismo y subrayan la importancia de la acción. Más bien, toman la determinación, según Raymond Williams ha dicho recientemente, como una dualidad- como “determinación de los límites y ejercicio de presiones”. Ya hemos dicho que vieron el proceso histórico como un “proceso activo aunque estructurado”. Debemos tener en cuenta que el trabajo de los historiadores marxistas británicos fue reconocido por el fallecido Philip Abrams como particularmente relevante para el desarrollo de la

problemática de la estructuración. En términos más formales, Anthony Giddens llama a esto la “teoría de la estructuración”: “una teoría construida sobre la idea del “carácter fundamentalmente recursivo de la vida social” y diseñado con precisión para expresar “la dependencia mutua de la estructura y la acción” en términos del proceso en el tiempo”.³⁹

En oposición a la formulación estructuralista de que el ser social determina la conciencia social, donde el nivel económico, o base, es sólo determinante en última instancia, y también la contra- formulación (bien intencional) en la que el nivel económico, o base, es considerado el punto de partida, es decir, asunto de primera instancia,⁴⁰ los historiadores marxistas británicos tratan de dilucidar la “omnipresencia” presión del ser social sobre la conciencia social. No hacen esto por medio de una simple identidad o reflexión sino a través de la experiencia en la que, como Thompson dice, “la estructura se transmuta en proceso y el tema vuelve a entrar en la historia”. Es sabido que este concepto no está exento de problemas, pero la “experiencia” sitúa la determinación material en el tiempo, como parte del proceso histórico. Además, hombres y mujeres reaparecen como tema en este marco- no como sujetos autónomos, “individuos libres”, sino como personas que experimentan sus situaciones y relaciones productivas determinadas, con necesidades, intereses y antagonismos... “manejando” esta experiencia dentro de su conciencia y de su cultura... en las formas más complejas, y después (con frecuencia, pero no siempre, por medio de las estructuras de clase resultantes) actuando a su vez en una situación determinada”.⁴¹

Finalmente, en su preocupación por la clase, los historiadores marxistas británicos no evitan la categoría central de modo de producción, aunque sí intentan rehacerla e historizarla. Desde Dobb hasta Thompson han intentado, con distintos

³⁶ E. Hobsbawm, “The Contribution of History to Social Science”, *International Social Science Journal*, 33 (1981), p. 631; Thompson, “Folklore, Anthropology and Social History”, *Indian Historical Review*, 3 (Enero 1977), pp. 262 y ss.

³⁷ R. Johnson, “Thompson, Genovese, and Socialist-Humanist History”, *History Workshop*, 6 (Otoño 1978), pp. 79-100.

³⁸ Doctrina psicológica, opuesta al intelectualismo, que considera la voluntad como la actividad esencial de la especie humana, de la cual dependen todas las demás y especialmente las intelectivas.

³⁹ R. Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University press, 1977, p. 87; Abrams. *Historical Sociology*, en especial pp. ix-xviii, 67-70, 323-6; y A. Giddens, *Central Problems in Social Theory*. Para un estudio que reconoce la afinidad entre Thompson y Giddens, cf. Derek Gregory, *Regional Transition and Industrial Revolution*, Londres, Macmillan, 1982, pp. 9-22.

⁴⁰ Ralph Miliband, *Marxism and Politics*, Oxford, Oxford University press, 1977, p. 8.

⁴¹ E. P. Thompson, *The Poverty of Theory*, pp. 170-164



grados de éxito, reformular la ecuación asumida de ser social como modo de producción=economía y/o tecnología como base. Por ejemplo, vimos que Dobb -incluso aunque él mismo no lo siguiera fielmente- insistía en una concepción político-económica del modo de producción. Y Thompson insiste en una concepción todavía más crítica, ya que el modo de producción “nos da también las relaciones de producción (que a su vez son relaciones de dominación, y “subordinación”), y proporciona la “iluminación general en la que todos los otros colores se sumergen y que modifica sus tonalidades específicas”.⁴² Esto es, las relaciones sociales de producción son simultáneamente económicas, políticas, culturales y morales. Esta recomposición del concepto de modo de producción se pone muy bien de manifiesto en estudios históricos tales como “Time, Work Discipline, and Industrial Capitalism” de Thompson, en “Potaje for Freeborn Englishmen” de Hill, en “Customs, Wages, and Workload” de Hobsbawm, así como en los distintos escritos de Hilton sobre las relaciones campesino- señor feudal en la Inglaterra medieval.⁴³ Un ejemplo de la historización del concepto es el debate que Thompson ofrece en The Making of the English Working Class sobre la separación históricamente específica de lo económico y lo político en el desarrollo del modo capitalista de producción en términos de los principios duales aunque separados de “la explotación económica” y la “opresión política”.⁴⁴

[...] Así, Wood repite que las relaciones de producción asumen la “forma de relaciones jurídicas y políticas- modos de dominación y coerción, formas de propiedad y organización social- que no son meros reflejos secundarios sino constituyentes de las mismas relaciones productivas”. Se refiere directamente al argumento de Brenner según el cual la esfera político jurídica puede verse implicada en la base productiva al menos de dos formas. Primero, “un sistema de producción siempre existe en la forma de determinaciones sociales específicas, los modos particulares de organización y dominación y las formas de propiedad en las que las relaciones de

producción están englobadas- los que podrían ser llamados atributos “básicos” del sistema productivo frente a los “superestructurales” jurídico-políticos. Segundo, vistas desde una perspectiva histórica, instituciones políticas como el pueblo y el estado están entre los determinantes de las relaciones de producción y pueden considerarse como anteriores a ellas. Esto es así no solo donde las instituciones son los instrumentos directos de la apropiación de la plusvalía sino de forma más general en tanto en cuanto las relaciones de producción “están históricamente constituidas por la configuración del poder político que determina el resultado del conflicto de clases”.⁴⁵

El marxismo puede, pues, ser visto como una extensión de la teoría de la determinación de clases de los historiadores marxistas británicos. De hecho, la explicación de Wood puede ser interpretada como una elaboración de lo que Thompson señala en su cita de Grundrisse⁴⁶ - que presenta como una concepción alternativa de la totalidad social- sin rechazar la proposición de que el ser social determina la conciencia social.

¿Qué hacemos, pues, con la idea estructuralista de Perry Anderson en relación con el problema del orden social? Propone este argumento como crítica a la teoría de Thompson y es por tanto, en efecto, una crítica de la concepción del proceso histórico de los historiadores marxistas británicos. Escribe:

Es, y debe ser, el modo dominante de producción lo que confiera la unidad fundamental a una formación social asignando posiciones objetivas a las clases que pueda haber en ella, y distribuyendo los agentes dentro de cada clase. El resultado es, típicamente, un proceso objetivo de lucha de clases. Pero la lucha de clases misma no es un *prius causal* en el mantenimiento del orden, porque las clases se constituyen por modos de producción, y no viceversa. El modo de producción para el que esto no es cierto es el

⁴² Como se hizo notar en el capítulo 6, en “Folklore, Anthropology and Social History”, pp. 261-4 de Thompson. 121 Cf. capítulo 6, nota 7, para referencias

⁴³ 1 Cf. capítulo 6, nota 7, para referencias.

⁴⁴ E. P. Thompson, The Making of the English Working Class, Harmondsworth, Penguin, edición de 1968. En especial el capítulo “Explotation”, pp. 207-32.

⁴⁵ E. Wood, “The Separation of the Economic and the Political in Capitalism”, New Left Review, 127 (Mayo/Junio 1981), pp. 77-80.

⁴⁶ “Interview with E. P. Thompson”, Radical History Review, 3, (Otoño 1976), p. 25.



comunismo,- el cual, precisamente, abolirá las clases.⁴⁷

A primera vista, los historiadores marxistas británicos probablemente no rechazarían las propuestas de Anderson. Sin embargo, en una segunda revisión probablemente las considerarían inadecuadas, tanto a nivel de teoría política como de teoría histórica. Admitiría que hay una cierta lógica al considerar que el modo de producción es anterior a las clases que están especificadas por él; que las relaciones de producción- en forma de relaciones de explotación- son la base del antagonismo y la lucha entre las clases. Sin embargo, defenderían que en términos históricos son, al mismo tiempo, las relaciones de clase lo que estructura los modos de producción. Como señala Thompson, “la lucha de clases es el proceso histórico”, y finalmente la reproducción- o no- de un modo de producción viene determinada por los resultados de las luchas de clases. Pero eso no es todo, ya que no es la cuestión de la pervivencia o desaparición de un modo de producción lo que se determina en el curso de la lucha de clases, sino el transcurrir histórico específico del desarrollo del propio modo de producción.

El mismo Anderson parece darse cuenta de la naturaleza problemática de sus afirmaciones (que pueden deberse a su énfasis en el orden “memorable”), pero continúa dando prioridad al modo de producción cuando añade que “tanto en la reproducción como en la transformación-mantenimiento y subversión- del orden social, el modo de producción y la lucha de clases siempre están funcionando. Aunque la segunda debe estar activada por el primero “Así que sigue el problema. Quizá esto pueda ser más fácilmente visto al considerar lo que parece presentar como “la excepción que confirma la regla”, esto es, que el “modo de producción para el que esto no es válido es el comunismo- que precisamente abolirá las clases”. De hecho, más que demostrar que las clases están determinadas por los modos de producción y no viceversa, el ejemplo del modo comunista de producción históricamente hipotético parece apoyar la teoría de la determinación de clases de los historiadores marxistas británicos y la prioridad dada a la lucha de clases, ya que es precisamente el desarrollo del modo comunista de producción, de acuerdo con Marx, lo que más

dependerá del resultado de una lucha de clases concreta- específicamente la mantenida por una clase trabajadora revolucionaria y con conciencia de clase-. Incluso aunque parezca muy difícil de concebir tal modo de producción, sin embargo, debería ser más que aparente para los que deseamos establecer un orden social igual, libre y democrático que tal alternativa solo puede ser realizada a través de una acción activa de los propios trabajadores.

Es más, si, como se ha defendido, las relaciones de producción son la base de, pero no idénticas a, las relaciones de clase, entonces las proposiciones de Anderson son inadecuadas no sólo porque no logran plantear el tema de la estructuración en clases de los modos de producción, sino también porque no logran plantear el tema relacionado de la formación de clases. No se nos pide necesariamente que consideremos el proceso por el que las clases como actores históricos en todo su sentido surgen a partir de las luchas de clases. Por supuesto esto ha sido capital para la labor de los historiadores marxistas británicos. No quiero decir que Anderson quiera que esto suceda. Sin embargo, la propuesta de que las clases se constituyen por modos de producción puede con facilidad conducir a la práctica de identificar una clase como una estructura objetiva en sí misma. La conciencia que debería tener, pero apenas tiene, se deduce así y se encuentra para ser caracterizada por la “falsa conciencia”. Entonces resta un breve camino para la afirmación de que un partido, secta o teórico particulares son necesarios para desvelar “la conciencia verdadera de la clase” y “sus intereses reales”. Esta práctica es más probable que persista donde las clases están identificadas por, e igualadas a, sus determinadores objetivos- como ocurre en el marxismo estructuralista-. Por ejemplo, podemos reconocer el potencial o base, para tal práctica en la siguiente definición de los intereses de clase presentados por Eric Olin Wright en su análisis estructural de clases: “Los intereses de las clases en una sociedad capitalista son esos objetivos potenciales que se convierten en objetivos reales de lucha en ausencia de mistificación y distorsiones de las relaciones del capital. Los intereses de clases... son hipótesis sobre los objetivos de luchas que ocurrirían si los actores de la lucha tuvieran un entendimiento científicamente correcto de sus situaciones”.⁴⁸

⁴⁷ P. Anderson, *Arguments Within English Marxism*, Londres, New Left Books, 1980, p. 55.

⁴⁸ E. O. Wright, *Class, Crisis and the State*, Londres, New Left Books, 1978, p. 89. Cf. (aunque no claramente dirigido a Wright) R. W. Connell, “A Critique of the



Notemos que esto es a pesar de los esfuerzos de Wright por superar el teoricismo de Althusser y Poulantzas y para teorizar relación y proceso.

Historia, conciencia histórica y política

La obra de los historiadores marxistas británicos nos ha llevado a una reconsideración de nuestra idea de clase. Ya no podemos seguir viéndola simplemente en términos de la dicotomía (objetiva/subjetiva) clase en sí/clase para sí, y la dicotomía derivada conciencia falsa/cierta. Ahora debemos ver la clase en términos de las experiencias y actividades de la gente, estructuradas espacialmente pero no exclusivamente por sus relaciones productivas, con esas experiencias y actividades expresadas en la clase, algunas veces en formas de conciencia de clase plenamente. Pero para seguir tal análisis de la lucha de clases debemos entender la experiencia de la lucha de clases en su totalidad y en sus muchas formas de articulación. Como escribe William Sewell Jr. al presentar su método para estudiar a los trabajadores franceses del siglo diecinueve:” la “lengua del trabajo” en su sentido más amplio no consiste sólo... en las locuciones de los trabajadores o... en el discurso teórico sobre el trabajo, sino... en toda la gama de organizaciones institucionales, gestos rituales, prácticas de trabajo, métodos de lucha, costumbres y acciones”.⁴⁹ (Sewell claramente reconoce la influencia de los historiadores marxistas británicos en su obra). O como E. P. Thompson afirma, cuando insiste sobre la necesidad de considerar los valores tanto como los intereses o las ideas en el análisis materialista: “Un examen materialista de los valores debe situarse, no por proposiciones idealistas, sino a la vista del lugar material de la cultura; la forma de vida de la gente, y sobre todo, sus relaciones productivas y familiares”.

[...]Además, potencialmente puede tener consecuencias políticas. Podríamos considerar, por ejemplo el individualismo. Este se ha presentado en informes de científicos sociales e históricos como originario del renacimiento y/o la reforma con la burguesía y como responsable de su valor y/o ideología dominante. Por supuesto, hay abundante evidencia histórica (y contemporánea) para apoyar

este argumento. Como resultado de esta supuesta identidad entre capitalismo e individualismo, la alternativa socialista se ha presentado demasiado frecuentemente como un modelo de orden social colectivista: un modelo que, aparentemente, ha sido rechazado con regularidad por los trabajadores en el oeste capitalista, democrático-liberal (en especial en Gran Bretaña y Norteamérica). Esto no ha de sorprender, dado los ejemplos históricos reales de la Unión Soviética y los llamados estados socialistas. Ahora bien, mientras la explicación parsoniana de la cultura común sería, posiblemente, que tal alternativa es antitética con el individualismo como valor dominante de la cultura, la respuesta (simple) marxista sería que las clases obreras occidentales han sufrido la ideología del individualismo burgués.⁵⁰ Pero en ambos casos se asume que el individualismo es necesariamente antitético al socialismo, basado en el modelo dicotómico de individualismo frente a colectivismo.

Por supuesto, la historia del individualismo ha estado íntimamente unida al nacimiento y preponderancia de la burguesía, y como tal, se ha desarrollado y con frecuencia se ha expresado como un elemento significativo de la ideología capitalista. Al mismo tiempo, el individualismo no ha sido mera ideología burguesa o el valor dominante de la cultura capitalista. Esto es, como práctica, valor, y/o idea, la historia del individualismo no ha sido tan unidimensional como las teorías de la ideología dominante o como las de los valores dominantes asumen. Además, dentro de esa historia ha existido la base para una concepción alternativa del individualismo, que no es en absoluto antitética con el socialismo.

En *Individualism*, Steve Lukes repasa la historia intelectual del término y desarrolla un análisis conceptual del mismo. Mantiene que las “cuatro ideas unitarias del individuo” son el respeto por la dignidad humana, que representa el fundamento de la “igualdad”; y autonomía, intimidad y autodesarrollo, que representan las tres caras de la “libertad o ser libre”. Después, basado en su análisis conceptual, declara que la “única

Althusserian Approach to Class”, *Theory and Society*, 8 (Mayo 1979), pp. 321-45

⁴⁹ W. Sewell h... *Work and Revolution in France*, p. 12.

⁵⁰ Para discusiones generales de las tesis “cultura común” y “ideología dominante”, cf. Nicholas Abercrombie, Stephen Hill y Bryan S. Turner, *The Dominant Ideology Thesis*, Londres, George Allen & Unwin, 1980, pp. 7-58.



manera de captar los valores del individualismo es a través de una forma humanista del socialismo”.⁵¹

Junto a la obra de Lukes debemos situar la del teórico político canadiense C. B. Macpherson. Sus escritos representan un esfuerzo prolongado y profundo por examinar histórica y teóricamente los fundamentos de la democracia liberal privado de su conexión con el capitalismo.⁵² Una parte de la obra de Macpherson ha sido el Studio del individualismo, en el curso del cual ha llegado a defender que ha habido dos concepciones rivales, aunque no necesariamente contradictorias, en el pensamiento democrático liberal: una en la que “el hombre es considerado como un consumidor o

apropiador infinito” y otra en la que “el hombre se considera como un agente infinito del desarrollo de sus atributos humanos”. La primera pone énfasis en la formación del orden social que recalca utilidades y la segunda, la que presta más importancia a los poderes humanos individuales.⁵³ Lo que Macpherson ofrece para la realización de la segunda es la democracia participativa, que puede ser vista como una forma de socialismo democrático...*

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	

⁵¹ phen Hill y Bryan S. Turner, *The Dominant Ideology Thesis*, Londres, Georfe Allen & Unwin, 1980, pp. 7-58. 133 S. Lukes, *Individualism*, Oxford, Basil Blackwell, 1973. Lukes añadió que, primero, él no dijo haber probado su afirmación en el estudio y, segundo, que tal afirmación requiere considerar no sólo la “igualdad y la libertad”, sino también la “comunidad”.

⁵²Los escritos más importantes son C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism*,

Oxford, Oxford University press, 1962; *Democratic Theory Essays in Retrieval*, Oxford, Oxford University press, 1873; y *The Lifes and Times of Liberal democracy*, Oxford, Oxford University Press, 1977.

⁵³ Macpherson, *Democratic Theory*, pp. 32 y ss.

* Kaye, Harvey, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Prensas Universitarias, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1989. (Fragmento)



1. Compara las definiciones de **clase social** dadas por la Escuela Británica Marxista y la de Carlos Marx.

2. En relación al determinismo entre Estructura y Superestructura que afirma el materialismo histórico, qué propone la Escuela Británica Marxista o Grupo de historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña.

3. Ve videos sobre esta escuela en YouTube. Te sugerimos las siguientes ligas:

<https://www.youtube.com/watch?v=dSOhHhBoVtI>
https://www.youtube.com/watch?v=xt_UDOsHo_w



TRADICIÓN, REVUELTA Y CONSCIENCIA DE CLASE*

E. P. THOMPSON

Marx, es verdad, tendía a considerar las actitudes patriarcales como características del sistema gremial de la Edad Media en que:

Los oficiales y aprendices de cada oficio se hallaban organizados como mejor cuadraba al interés de los maestros; la relación patriarcal que les unía a los maestros de los gremios dotaba a éstos de un doble poder, por una parte mediante su influencia directa sobre la vida toda de los oficiales y, por otra parte, porque para los oficiales que trabajaban con el mismo maestro éste constituía un nexo real de unión que los mantenía en cohesión frente a los oficiales de los demás maestros y los separaba de éstos ...

Marx afirmaba que en la «manufactura» estas relaciones eran sustituidas por «la relación monetaria entre el trabajador y el capitalista», pero, «en el campo y en las pequeñas ciudades, esta relación seguía teniendo un calor patriarcal».⁵⁴ Es este un amplio margen, sobre todo cuando recordamos que en cualquier época previa a 1840 la mayor parte de la población vivía en estas condiciones. De modo que podemos sustituir el «matiz patriarcal» por el término «paternalismo». Podría parecer que este quantum social mágico, refrescado cada día en las innumerables fuentes del pequeño taller, la unidad doméstica económica, la propiedad territorial, fue lo bastante fuerte para inhibir (excepto en casos aislados, durante breves episodios) la confrontación de clase. Hasta que la industrialización la trajo a remolque consigo. Antes de que esto ocurriera, no existía una clase obrera con conciencia de clase: ni conflicto de clase alguno de este tipo, sino simplemente fragmentos del protoconflicto; como agente histórico la clase obrera no existía y, puesto que así es, la tarea tremendamente difícil de intentar descubrir cuál era la verdadera conciencia social de los pobres, de los trabajadores, y sus formas de expresión, sería tediosa e innecesaria. Nos invitan a pensar sobre la conciencia del oficio más que de la clase, sobre divisiones verticales más que horizontales. Podemos incluso hablar de una sociedad de «una clase». Examinemos las siguientes descripciones

de los caballeros terratenientes del siglo XVIII. El primero:

La vida de una aldea, una parroquia, una ciudad mercado y su *hinterland*, todo un condado, podía desarrollarse en torno a una casa grande y su solar. Sus salones de recepción, jardines, establos y perreras eran el centro de la vida social local; su despacho de la propiedad, el centro donde se negociaban las tenencias agrarias, los arrendamientos de minas y edificios, y un banco de pequeños ahorros e inversiones; su propia explotación agrada. Una exposición permanente de los mejores métodos agrícolas disponibles... ; su sala de justicia ..., el primer baluarte de la ley y el orden; su galería de retratos, salón de música y biblioteca, el cuartel general de la cultura local; su comedor, el fulero de la política local.

Y he aquí el segundo:

En el curso de administrar su propiedad para sus propios intereses, seguridad y conveniencia ejerció muchas de las funciones del Estado. Él era juez: resolvía disputas entre sus allegados, Era la policía: mantenía el orden entre un gran número de gente... Era la Iglesia: nombraba al capellán, generalmente algún pariente cercano con o sin formación religiosa, para mirar por su gente. Era una agencia de bienestar público: cuidaba de los enfermos, los ancianos, los huérfanos. Era el ejército en caso de revuelta: ... armaba a sus parientes y partidarios como si fuera una milicia particular. Es más, mediante lo que se convirtió en un intrincado sistema de matrimonios, parentesco y patrocinio... podía solicitar la ayuda, en caso de necesidad, de un gran número de parientes en el campo o en las ciudades que poseían propiedades y poder similares a los suyos.

* Edward P. Thompson, *Tradicón, revuelta y consciencia de clase Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* Prólogo de JOSEP FONTANA, EDITORIAL CRITICA Grupo editorial Grijalbo BARCELONA, 2.ª edición: septiembre de 1984 Traducción castellana de EVA RODRÍGUEZ

⁵⁴ Este procede de un pasaje muy general de *La ideología alemana* (1845). Yo no recuerdo ninguna parte de la misma generalidad en *El capital*, (Marx y Engels, *La ideología alemana*, Grijalbo. Barcelona, 1974, pp. 58 y 64.)

E.
P.
T
h
o
m
p
s
o
n



Ambas son descripciones aceptables del caballero terrateniente del siglo XVIII. No obstante, ocurre que una describe a la aristocracia o la gran *gentry* inglesa, la otra a los dueños de esclavos del Brasil colonial.⁵⁵ Ambas servirían, igualmente, y con mínimas correcciones, para describir a un patricio de la campaña en la antigua Roma, uno de los terratenientes de Almas muertas de Gogol, un dueño de esclavas de Virginia,⁵⁶ o los terratenientes de cualquier sociedad en la que la autoridad económica y social, poderes judiciales, sumarias, etc., estuvieran unidos en un solo punto.

Quedan, sin embargo, algunas dificultades. Podemos denominar una concentración de autoridad económica y cultural «paternalismo» si así lo deseamos. Pero, si admitimos el término, debemos también admitir que es demasiado amplio para un análisis discriminatorio. Nos dice muy poco sobre la naturaleza del poder y el Estado, sobre formas de propiedad, sobre la ideología y la cultura, y es incluso demasiado romo para distinguir entre modos de explotación, entre la mano de obra servil y libre.

Además, es una descripción de relaciones sociales vista desde arriba. Esto no la invalida, pero debemos ser conscientes de que esta descripción puede ser demasiado persuasiva. Si sólo nos ofrecen la primera descripción, es entonces muy fácil pasar de ésta a la idea de «una sociedad de una sola clase»; la casa grande se encuentra en la cumbre, y todas las líneas de comunicación llevan a su comedor, despacho de la propiedad o perreras. Es esta, en verdad, una impresión que fácilmente obtiene el estudioso que trabaja entre los documentos de propiedades particulares, los archivos de los *quarter sessions*, o la correspondencia de Newcastle.

Pero pueden encontrarse otras formas de describir la sociedad además de la que nos ofrece Harold Perkin en el primero de los extractos. La vida de una parroquia puede igualmente girar en torno al mercado semanal, los festivales y ferias de verano e invierno, la fiesta anual de la aldea, tanto como alrededor de lo que ocurría en la casa grande. Las habladurías sobre la caza furtiva, el robo, el escándalo sexual y el comportamiento de los superintendentes de pobres podían ocupar las cabezas de las gentes bastante más que las distantes

idas y venidas de la posesión. La mayor parte de la comunidad campesina no tendría demasiadas oportunidades para ahorrar o invertir o para mejorar sus campos; posiblemente se sentían más preocupados por el acceso a la cocción, a las turberas y a los pastos del común que por la rotación de los nabos. La justicia podía percibirse no como un «baluarte» sino como un tirano. Sobre todo, podía existir una radical disociación —en ocasiones antagonismo— entre la cultura e incluso la «política» de los pobres y aquellas de los grandes.

Pocos estarían dispuestos a negar esta. Pero las descripciones del orden social en el primer sentido, vistas desde arriba, son mucho más corrientes que los intentos de reconstruir una visión desde abajo. Y siempre que se introduzca la noción de «paternalismo» es el primer modelo el que nos sugiere. Y el término no puede deshacerse de implicaciones normativas: sugiere calor humano, en una relación mutuamente admitida; el padre es consciente de sus deberes y responsabilidades hacia el hijo, el hijo está conforme o activamente consciente a su estado filial. Incluso el modelo de la pequeña unidad doméstica económica conlleva (a pesar de los que lo niegan) un cierto sentido de confort emocional: «hubo un tiempo —escribe Laslett— en que toda la vida se desarrollaba en la familia, en un círculo de rastros amados y familiares, de objetos conocidos y mimados, todos de proporciones humanas»,⁵⁷ Sería injusto contrastar esta con el recuerdo de que *Cumbres borrascosas* está enmarcado exactamente en una situación familiar como esta. Laslett nos recuerda un aspecto relevante de las relaciones económicas a pequeña escala, incluso si el calor pudiera ser producido por la impotente rebelión contra una dependencia abyecta, con tanta frecuencia como por el respeto mutuo. En los primeros años de la revolución industrial, los trabajadores rememoraban a menudo los valores paternalistas perdidos; Cobbett y Oastler elaboraron el sentimiento de pérdida, Engels afirmó el agravio. Pero esto plantea otro problema. El paternalismo como mito o ideología mira casi siempre hacia atrás. Se presenta en la historia inglesa menos como realidad que como un modelo de antigüedad, recientemente acabada, edad de oro de la cual los

⁵⁵ Harold Perkin, *The Origins of Modern English Society, 1780-1800*, 1969, p. 42; Alexander Marchant, «Colonial Brasil», en X. Livermore, ed., *Portugal and Brazil: An Introduction*, Oxford, 1953, p. 297

⁵⁶ Eugene D. Genovese, *The World the Slaveholders Made*, Nueva York, 1969, esp. p. 96.

⁵⁷ Peter Laslett, *The World We Have Lost*, 1965, p. 21.



actuales modos y maneras constituyen una degeneración.

[...] Pero podemos elegir las fuentes literarias como nos plazca. Podríamos retroceder unos sesenta o setenta años hasta sir Roger de Coverley, un tardío superviviente, un hombre singular y anticuado, y por ello al mismo tiempo ridículo y entrañable. Podríamos retroceder otros cien años hasta el *Rey Lear*, o hasta el «buen anciano» de Shakespeare, Adam; nuevamente los valores paternalistas se consideran «una antigualla», se deshacen ante el individualismo competitivo del hombre natural del joven capitalismo, en el que «el vínculo entre el padre y el hijo está resquebrajado» y donde los dioses protegen a los bastardos. O podemos seguir retrocediendo otros cien años hasta sir Thomas More. La realidad del paternalismo aparece siempre retrocediendo hacia un pasado aún más primitivo e idealizado. Y el término nos fuerza a confundir atributos reales e ideológicos. Para resumir: paternalismo es un término descriptivo impreciso. Tiene considerablemente menos

especificidad histórica que términos como feudalismo o capitalismo; tiende a ofrecer un modelo de orden social visto desde arriba; contiene implicaciones de calor y de relaciones personales que suponen nociones valorativas; confunde lo real con lo ideal. No significa esto que debemos desechar el término por completa inutilidad para todo servicio. Tiene tanto, o tan poco, valor como otros términos descriptivos generalizados - autoritario, democrático, igualitario- que por sí mismos, y sin sustanciales añadiduras, no pueden caracterizar un sistema de relaciones sociales. Ningún historiador serio debe caracterizar toda una sociedad como paternalista o patriarcal. Pero el paternalismo puede, como en la Rusia zarista, en el Japón meiji o en ciertas sociedades esclavistas, ser un componente profundamente importante no sólo de la ideología, sino de la mediación institucional en las relaciones sociales.' Cuál es el estado de la cuestión con respecto a la Inglaterra del siglo XVIII?



ESTUDIOS SOBRE EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO*

MAURICE DOBB

M
a
u
r
i
c
e

D
O
D
b

Capitalismo

I. Definiciones

-Que el capitalismo esté mal definido se debe a que sus conceptos centrales están configurados en un plano de abstracción que ignora los factores históricamente relativos, únicos que permiten definirlo.

-Lo que no podemos hacer es ligar el capitalismo a un solo hecho: el político; pues no tiene una génesis concreta. Hemos de decir que se da en distintas épocas y a lo largo de un tiempo indefinido, ligado, asimismo, a la religión. Pero en cualquier caso, es imposible entender la historia si rehuimos del término y del hecho.

-Capitalismo podemos definir al “sistema de iniciativa individual absolutamente libre, un sistema en que las relaciones económicas y sociales se reglan por contrato; en que los hombres se comportan como agentes libres en la búsqueda de sus sustento y en que no hay compulsiones ni restricciones legales”; es decir, un régimen de *laissez-faire*.

-No obstante, sólo G.Bretaña y los EE.UU. se ciñeron al sentido más puro del término, pero al principio. Poco a poco este régimen se fue abandonando para dar paso a una serie de corporaciones y de monopolios; de ahí la complicación de concretar una definición correcta.

-El primero en definir el capitalismo fue KARL MARX. Nunca dijo que fuera un espíritu de empresa, ni el uso del dinero para financiar transacciones, sino un modo particular de producción que ligaba, de manera diferente a como fue en el pasado, al trabajador con el método de producción: sistema, pues, bajo el cual la fuerza de trabajo se había convertido, a su vez, en mercancía y era comprada y vendida como cualquier otro objeto. Principalmente, dice Marx, esto comenzó a darse cuando una clase subsistente empleó su trabajo como fuente de supervivencia, y que luego significó acumulación de capital.

-A título informativo, el autor del libro, Dobb, opina que, excepto Marx, las definiciones del capitalismo tienden a fijarse únicamente en dos aspectos: la existencia de un mercado hecho para el beneficio y una sociedad cuyas actividades comerciales tienen fines lucrativos. De ser tan simplista la definición, podríamos concluir que la compra de esclavos en Roma o el comercio de

telares y especias entre Constantinopla y el occidente de Europa son actividades puramente capitalistas, y esto nos condenaría a la imposible tarea de dar una cronología, más o menos, concreta de los inicios del capitalismo.

-En conclusión, el capitalismo, con el resurgimiento de Marx en la historiografía, ha pasado de ser definido con la ganancia como motivo de actividad económica, a hacerlo con un nuevo tipo de diferenciación entre las clases capitalistas y proletarias. El rasgo fundamental del capitalismo es el sistema del trabajo asalariado en el que el obrero no tiene derecho de propiedad sobre las mercancías que fabrica ni vende los frutos de su trabajo sino su trabajo mismo. A raíz de esto, como ya veremos, la posesión de capital y el hábito de comerciar se han vuelto dominantes en todas las instituciones de la sociedad.

II.

-Hasta ahora la historia ha sido la “historia de las sociedades de clase” cuya clase dominante mantiene un antagonismo parcial o total hacia otra clase. Dicha minoría empleará naturalmente su poder para preservar y extender ese modo particular de producción de la cual depende su obtención de ingresos. Cuando el antiguo sistema está en punto crítico puede que se recupere o que definitivamente caiga. En el segundo caso, una nueva clase (por esto hablamos de la “historia de sociedades de clases”) se alzaría impulsada y protegida por un nuevo modo de obtener beneficios, y así sucesivamente. En base a Hegel, la historia se caracterizó por una sucesión de sistemas de clase, entendiendo sistema por el “modo peculiar de extraer ingresos”. Para que cierta sociedad prospere debe seguir su propio modelo económico, pero, eso sí, con intereses antagónicos, de tal modo que se puedan abarcar e impulsar distintos sectores.

III. Las fases del capitalismo

-Los comienzos del capitalismo son absolutamente controvertidos por lo que a cuestión de fondo se refiere. La simple aparición de comerciantes no reviste por sí misma un cambio revolucionario del tipo anteriormente nombrado, pues éstos, que brotaron cuando el feudalismo era aún el modo de producción preeminente, más que modular el modo de producción del cual obtienen sus rentas lo que hicieron fue potenciarlo, imbricándose en una

* DOBB, Maurice, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, SIGLO XXI; 1971



forma existente de apropiación del plus trabajo (digamos, las labores que realizaban los campesinos al señor más allá de la cobertura de gastos, los beneficios).

-La FASE INICIAL del capitalismo no se da en Países Bajos en los siglos XII, como dice Pirenne, o en el siglo XIV, con sus gremios artesanales, sino en la segunda mitad del siglo XVI y los comienzos del XVII, cuando se forja el "Putting-out system": sistema primitivo de obrero asalariado que consiste en el trabajo medianamente subordinado de un mercader a un capitalista vendedor. Sin poder concretar fechas, se puede afirmar que el capitalismo embrionario tiene sus orígenes bajo los últimos decenios de la dinastía Tudor de Inglaterra.

-La SEGUNDA FASE del capitalismo entronca, primero con las revoluciones del período cromwelliano y las luchas del parlamento inglés contra los monopolios, segundo con la revolución industrial del siglo XVIII y XIX (más ligada al ámbito económico que político). Desde un punto de vista actual, la Revolución Industrial representó, simplemente, el momento de madurez de una fase primitiva y todavía inmadura del capitalismo, hacia otra etapa en la que se establece el divorcio definitivo entre el propietario y el productor, la relación simple y directa entre el capitalista y el obrero y la instalación de centros colectivos de producción a gran escala (la fábrica).

-Es cierto que podemos señalar la desintegración del feudalismo como época de transición hacia el capitalismo, pero en ningún momento podemos decir que el hundimiento del primero fue motivado por la implantación del segundo. Hemos de señalar un período de transición caracterizado por los oficios urbanos y la aparición de arrendatarios libres. Aquí ya estamos viendo un modo de producción que se había hecho independiente del feudalismo.

-Cuando, en el pasado, sobrevino la intervención del Estado como política deliberada y permanente, adaptada a las circunstancias normales de tiempos de paz, al parecer los dos principales objetivos que la provocaron, fueron: imponer un monopolio a favor de un grupo de capitalistas o reforzar las ataduras de disciplina del trabajo, y cabe esperar que, en una sociedad capitalista, los esfuerzos del Estado por controlar salarios y restringir la libertad de movimientos del obrero serán mayores si está agotada la reserva de trabajo que cuando ella es abundante. El capitalismo, sólo en ausencia de regulaciones y controles, podría encontrar condiciones de expansión favorables. Así, a veces encontramos que el monopolio parece el

antagonista directo del capitalismo cuando, ya veremos, a veces sirvió como apoyo a ciertos grupos burgueses para progresar en la acumulación de capital (aunque también, otras veces, como freno).

-Como Marx y Engels dicen en el Manifiesto Comunista: la burguesía ha desempeñado en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario... hasta que ella no lo reveló no supimos cuánto podía dar de sí el trabajo del hombre... (la revolución) no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social". A ello hemos de añadir que el período de madurez llegó gracias a una elasticidad de mercados poco común y a un crecimiento de las tasas de oferta de trabajo.

5. ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y MERCANTILISMO (capítulo muy importante)

I.

-Señalar un proceso de acumulación de capital como etapa esencial en la génesis del capitalismo pudiera parecer una afirmación elemental que nadie discutiría. Pero cuando empezamos a indagar la naturaleza exacta del proceso que pudo conducir a esta reunión de capital, aquella afirmación se muestra menos elemental. Fue una etapa separada en el tiempo y anterior al desarrollo de la propia industria capitalista.

-¿Debe concebirse como una acumulación de los propios medios de producción, o bien de derechos o títulos de patrimonios susceptibles de convertirse en instrumentos de producción aunque aquellos mismos no sean agentes productivos? Y ¿por qué el surgimiento de la industria capitalista habría de requerir un período entero de acumulación previa? ¿Por qué la acumulación de capital no se identificaría con el desarrollo de la industria misma?

-Ya que no contamos con ningún caso de mercader-portuario que acumulase material y fortuna hasta un punto concreto en el que empezara a emplearlo en la explotación y producción al por mayor, hemos de considerar que cuando hablamos de acumulación originaria nos estamos refiriendo a la concentración de propiedad de patrimonios y a una transferencia de propiedad, no a instrumentos tangibles de producción.

-(Primer modo de acumular capital) Ahora bien, paralelamente, la nueva clase burguesa, receptora de la herencia de la antigua clase dominante,



empleará sus fortunas en “la doble transacción”, es decir, compran hoy para vender mañana, con la esperanza de ganar mucho dinero en el proceso gracias al posible aumento del costo que dicte los procesos al alza de la economía. Para ello se han de dar una circunstancia socio-política muy especial, en este caso revoluciones sociales, pues en condiciones de libre competencia no es posible una venta a la baja de las propiedades campesinas.

-(Segundo modo de acumular capital) El capital no se debía guardar, sino emplearlo con brevedad, y rebajar el consumo por bajo del nivel de ingresos, con tal de obtener un “ahorro”.

-Si la desintegración del feudalismo debía ser la palanca histórica que desencadenara el proceso de acumulación de capital, entonces el desarrollo de la producción capitalista no podía constituir, por sí mismo el vehículo principal de aquella desintegración. En fin, la nueva sociedad debía “nutrirse” (acrecentar sus arcas) de la crisis y la decadencia del orden antiguo, situación que trajo la tendencia a vender terrenos a bajo precio. Las fortunas de grandes terratenientes y señores quedaron tan mermadas que se vieron obligados a vender todo a cualquier precio.

-Ejemplos de “doble transacción” y “adquisición de tierras y derechos a bajo precio” son la desamortización eclesiástica de los Tudor, la venta de propiedades bajo la Commonwealth, el comercio de ultramar y, sobre todo, el comercio colonial. A todo ello hay que sumar un hecho trascendental señalado por Marx, “la afluencia cada vez mayor de metales preciosos a partir del siglo XVI, que fue algo esencial para la circulación y el atesoramiento”.

-En los siglos anteriores la inversión en la industria estuvo evidentemente frenada, no sólo por la escasez de mano de obra, sino por el mal desarrollo de la técnica productiva de los mercados, por la supervivencia del régimen de regulaciones de los gremios urbanos y la hegemonía de las grandes corporaciones de mercaderes, como la Hansa o las Compañías inglesas. La paulatina disolución de estos factores motivó la aparición de una industria capitalista.

-En resumen, la primera fase de la acumulación –la creciente concentración de la propiedad – constituyó un mecanismo esencial para crear condiciones favorables a la segunda –la dinamización del capital- y puesto que debía transcurrir un intervalo para que la primera cumpliera su función histórica, ambas fases deben ser consideradas distintas en el tiempo.

III. La acumulación de moneda y el sistema de comercio colonial: El mercantilismo

-Adam Smith y sus sucesores consideraron que la expansión de mercados era la precondition para el crecimiento de producción e inversión. Pero sin regulaciones que limitaran el número de competidores y protegieran los márgenes de precios de compra y venta, el capital comercial podría gozar de ganancias espasmódicas, pero no contar con una fuente de ingresos perdurable.

-La cuestión de la abundante posesión de moneda como elemento necesario en la dinámica capitalista fue cuestión debatida por múltiples teóricos a lo largo del siglo XVIII. Locke dejó bien en claro que éste era, para él, el eje de la cuestión: poseer menos moneda que otras naciones conllevaba para un país que “las mercancías nativas se volverán muy baratas” y “todas las mercancías extranjeras, muy caras”. Es decir, como afirmaba Hales, lo que más interesaba no era la cantidad de exportaciones, sino la relación de precios entre los movimientos del mercado exterior.

-El sistema de comercio colonial sirvió a ciertos países como un modo de canalizar el excedente a cambio de, esencialmente, materias primas, que era el producto del que más podían nutrir los territorios de ultramar. Que Inglaterra tuviese menos moneda les llevó a adoptar este modelo, en el cual dejaba de importarse el producto manufacturado, para sólo comprar la materia prima (posteriormente trabajada en las industrias inglesas). Además de esto, entre 1699 y 1742, Inglaterra prohibió a sus colonias todo trato y venta de manufacturas con el comercio exterior de no ser a través de Londres (con tal de evitar que la competencia estuviese en casa).

-Podemos concluir, basándonos en el profesor Hecksher que el pensamiento mercantilista (basado en el sistema de colonias) busca “beneficiarse a gracias a la pérdida de otros”. Alfred Marshall dice que “plata y azúcar raras veces llegaron a Europa sin manchas de sangre”, pues la política colonial de los siglos XVII y XVIII difirió poco, en cuanto a métodos de saqueo y de rapiña, de los empleados en siglos anteriores por los cruzados y los mercaderes armados de las ciudades italianas. El mercantilismo inglés y holandés, al fin y al cabo, se puede caracterizar como una empresa de conquista semiguerrera, a que se había concedido derechos de soberanía, respaldados por las fuerzas del Estado”. Fue, al fin y al cabo, la política económica de un período de acumulación primitiva.



LA REVOLUCIÓN MUNDIAL*

ERIC HOBSBAWN

La revolución fue hija de la guerra del siglo XX: de manera particular, la revolución rusa de 1917 que dio origen a la Unión Soviética, convertida en una superpotencia cuando se inició la segunda fase de la guerra de los Treinta y Un Años, pero más en general, la revolución como constante mundial en la historia del siglo. La guerra por sí sola no desencadena inevitablemente la crisis, la ruptura y la revolución en los países beligerantes. De hecho, hasta 1914 se creía lo contrario, al menos respecto de los regímenes establecidos que gozaban de legitimidad tradicional. Napoleón I se lamentaba amargamente de que, mientras el emperador de Austria había sobrevivido a tantas guerras perdidas y el rey de Prusia había salido indemne del desastre militar que le había hecho perder la mitad de sus territorios, él, hijo de la revolución francesa, se veía en peligro a la primera derrota. Sin embargo, el peso de la guerra total del siglo XX sobre los estados y las poblaciones involucradas en ella fue tan abrumador que los llevó al borde del abismo. Sólo Estados Unidos salió de las guerras mundiales intacto y hasta más fuerte. En todos los demás países el fin de los conflictos desencadenó agitación. Parecía evidente que el viejo mundo estaba condenado a desaparecer. La vieja sociedad, la vieja economía, los viejos sistemas políticos, habían «perdido el mandato del cielo», según reza el proverbio chino. La humanidad necesitaba una alternativa que ya existía en 1914. Los partidos socialistas, que se apoyaban en las clases trabajadoras y se inspiraban en la convicción de la inevitabilidad histórica de su victoria, encarnaban esa alternativa en la mayor parte de los países europeos (véase *La era del imperio*, capítulo 5). Parecía que sólo hacía falta una señal para que los pueblos se levantaran a sustituir el capitalismo por el socialismo, transformando los sufrimientos sin sentido de la guerra mundial en un acontecimiento de carácter más positivo: los dolores y convulsiones intensos del nacimiento de un nuevo mundo. Fue la revolución rusa —o, más exactamente, la revolución bolchevique— de octubre de 1917 la que lanzó esa señal al mundo, convirtiéndose así en un acontecimiento tan crucial para la historia de este siglo como lo fuera la revolución francesa de 1789 para el devenir del siglo XIX. No es una mera coincidencia que la

historia del siglo XX, según ha sido delimitado en este libro, coincida prácticamente con el ciclo vital del estado surgido de la revolución de octubre. Las repercusiones de la revolución de octubre fueron mucho más profundas y generales que las de la revolución francesa, pues si bien es cierto que las ideas de ésta siguen vivas cuando ya ha desaparecido el bolchevismo, las consecuencias prácticas de los sucesos de 1917 fueron mucho mayores y perdurables que las de 1789. La revolución de octubre originó el movimiento revolucionario de mayor alcance que ha conocido la historia moderna. Su expansión mundial no tiene parangón desde las conquistas del islam en su primer siglo de existencia. Sólo treinta o cuarenta años después de que Lenin llegara a la estación de Finlandia en Petrogrado, un tercio de la humanidad vivía bajo regímenes que derivaban directamente de «los diez días que estremecieron el mundo» (Reed, 1919) y del modelo organizativo de Lenin, el Partido Comunista. La mayor parte de esos regímenes se ajustaron al modelo de la URSS en la segunda oleada revolucionaria que siguió a la conclusión de la segunda fase de la larga guerra mundial de 1914- 1945. Este capítulo se ocupa de esa doble marea revolucionaria, aunque naturalmente centra su atención en la revolución original y formativa de 1917 y en las pautas que estableció para las revoluciones posteriores, cuya evolución dominó en gran medida.

I. Durante una gran parte del siglo XX, el comunismo soviético pretendió ser un sistema alternativo y superior al capitalismo, destinado por la historia a superarlo. Y durante una gran parte del período, incluso muchos de quienes negaban esa superioridad albergaron serios temores de que resultara vencedor. Al mismo tiempo, desde la revolución de octubre, la política internacional ha de entenderse, con la excepción del período 1933-1945 (véase el capítulo V), como la lucha secular de las fuerzas del viejo orden contra la revolución social, a la que se asociaba con la Unión Soviética y el comunismo internacional, que se suponía que la encarnaban y dirigían. A medida que avanzaba el siglo XX, esa imagen de la política mundial como un enfrentamiento entre las fuerzas de dos sistemas sociales antagónicos (cada uno de ellos movilizado, desde 1945, al amparo de una

* ERIC HOBSBAWN, *Historia del siglo xx*, Buenos Aires, Crítica Grijalbo Mondadori, 1998. (Fragmento)



superpotencia que poseía las armas de la destrucción del mundo) fue haciéndose cada vez más irreal. En los años ochenta tenía tan poca influencia sobre la política internacional como pudieran tenerla las cruzadas. Sin embargo, no es difícil comprender cómo llegó a tomar cuerpo. En efecto, la revolución de octubre se veía a sí misma, más incluso que la revolución francesa en su fase jacobina, como un acontecimiento de índole ecuménica más que nacional. Su finalidad no era instaurar la libertad y el socialismo en Rusia, sino llevar a cabo la revolución proletaria mundial. A los ojos de Lenin y de sus camaradas, la victoria del bolchevismo en Rusia era ante todo una batalla en la campaña que garantizaría su triunfo a escala universal, y esa era su auténtica justificación. Cualquier observador atento del escenario mundial comprendía desde 1870 (véase La era del imperio, capítulo 12) que la Rusia zarista estaba madura para la revolución, que la merecía y que una revolución podía derrocar al zarismo. Y desde que en 1905-1906 la revolución pusiera de rodillas al zarismo, nadie dudaba ya de ello. Algunos historiadores han sostenido posteriormente que, de no haber sido por los «accidentes» de la primera guerra mundial y la revolución bolchevique, la Rusia zarista habría evolucionado hasta convertirse en una floreciente sociedad industrial liberal-capitalista, y que de hecho ya había iniciado ese proceso, pero sería muy difícil encontrar antes de 1914 profecías que vaticinaran ese curso de los acontecimientos. De hecho, apenas se había recuperado el régimen zarista de la revolución de 1905 cuando, indeciso e incompetente como siempre, se encontró una vez más acosado por una oleada creciente de descontento social. Durante los meses anteriores al comienzo de la guerra, el país parecía una vez más al borde de un estallido, sólo conjurado por la sólida lealtad del ejército, la policía y la burocracia. Como en muchos de los países beligerantes, el entusiasmo y el patriotismo que embargaron a la población tras el inicio de la guerra enmascararon la situación política, aunque en el caso de Rusia no por mucho tiempo. En 1915, los problemas del gobierno del zar parecían de nuevo insuperables. La revolución de marzo de 1917, la que derrocó a la monarquía rusa, fue un acontecimiento esperado, recibido con alborozo por toda la opinión política occidental, si se exceptúan los más furibundos reaccionarios tradicionalistas. Pero también daba todo el mundo por sentado, salvo los espíritus románticos convencidos de que las prácticas colectivistas de las aldeas rusas conducían directamente a un futuro

socialista, que la revolución rusa no podía ser, y no sería, socialista. No se daban las condiciones para una transformación de esas características en un país agrario marcado por la pobreza, la ignorancia y el atraso y donde el proletariado industrial, que Marx veía como el enterrador predestinado del capitalismo, sólo era una minoría minúscula, aunque gozara de una posición estratégica. Los propios revolucionarios marxistas rusos compartían ese punto de vista. El derrocamiento del zarismo y del sistema feudal sólo podía desembocar en una «revolución burguesa». La lucha de clases entre la burguesía y el proletariado (que, según Marx, sólo podía tener un resultado) continuaría, pues, bajo nuevas condiciones políticas. Naturalmente, como Rusia no vivía aislada del resto del mundo, el estallido de una revolución en ese país enorme, que se extendía desde las fronteras del Japón a las de Alemania y que era una de las «grandes potencias» que dominaban la escena mundial, tendría importantes repercusiones internacionales. El propio Karl Marx creía, al final de su vida, que una revolución rusa podía ser el detonador que hiciera estallar la revolución proletaria en los países occidentales más industrializados, donde se daban las condiciones para el triunfo de la revolución socialista proletaria. Como veremos, al final de la primera guerra mundial parecía que eso era precisamente lo que iba a ocurrir. Sólo existía una complicación. Si Rusia no estaba preparada para la revolución socialista proletaria que preconizaba el marxismo, tampoco lo estaba para la «revolución burguesa» liberal. Incluso los que se contentaban con esta última debían encontrar un procedimiento mejor que el de apoyarse en las débiles y reducidas fuerzas de la clase media liberal de Rusia, una pequeña capa de la población que carecía de prestigio moral, de apoyo público y de una tradición institucional de gobierno representativo en la que pudiera encajar. Los cadetes, el partido del liberalismo burgués, sólo poseían el 2, 5 por 100 de los diputados en la Asamblea Constitucional de 1917-1918, elegida libremente, y disuelta muy pronto. Parecían existir dos posibilidades: o se implantaba en Rusia un régimen burgués-liberal con el levantamiento de los campesinos y los obreros (que desconocían en qué consistía ese tipo de régimen y a los que tampoco les importaba) bajo la dirección de unos partidos revolucionarios que aspiraban a conseguir algo más, o —y esta segunda hipótesis parecía más probable— las fuerzas revolucionarias iban más allá de la fase burguesa-liberal hacia una «revolución permanente» más



radical (según la fórmula enunciada por Marx que el joven Trotsky había recuperado durante la revolución de 1905). En 1917, Lenin, que en 1905 sólo pensaba en una Rusia democrático-burguesa, llegó desde el principio a una conclusión realista: no era el momento para una revolución liberal. Sin embargo, veía también, como todos los demás marxistas, rusos y no rusos, que en Rusia no se daban las condiciones para la revolución socialista. Los marxistas revolucionarios rusos consideraban que su revolución tenía que difundirse hacia otros lugares. Eso parecía perfectamente factible, porque la gran guerra concluyó en medio de una crisis política y revolucionaria generalizada, particularmente en los países derrotados. En 1918, los cuatro gobernantes de los países derrotados (Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria) perdieron el trono, además del zar de Rusia, que ya había sido derrocado en 1917, después de ser derrotado por Alemania. Por otra parte, los disturbios sociales, que en Italia alcanzaron una dimensión casi revolucionaria, también sacudieron a los países beligerantes europeos del bando vencedor. Ya hemos visto que las sociedades de la Europa beligerante comenzaron a tambalearse bajo la presión extraordinaria de la guerra en masa. La exaltación inicial del patriotismo se había apagado y en 1916 el cansancio de la guerra comenzaba a dejar paso a una intensa y callada hostilidad ante una matanza aparentemente interminable e inútil a la que nadie parecía estar dispuesto a poner fin. Mientras en 1914 los enemigos de la guerra se sentían impotentes y aislados, en 1916 creían hablar en nombre de la mayoría. Que la situación había cambiado espectacularmente quedó demostrado cuando el 28 de octubre de 1916, Friedrich Adler, hijo del líder y fundador del partido socialista austriaco, asesinó a sangre fría al primer ministro austriaco, conde Stürgkh, en un café de Viena —no existían todavía los guardaespaldas— en un gesto público de rechazo de la guerra. El sentimiento antibelicista reforzó la influencia política de los socialistas, que volvieron a encarnar progresivamente la oposición a la guerra que había caracterizado sus movimientos antes de 1914. De hecho, algunos partidos (por ejemplo, los de Rusia, Serbia y Gran Bretaña —el Partido Laborista Independiente—) nunca dejaron de oponerse a ella, y aun en los países en los que los partidos socialistas la apoyaron, sus enemigos más acérrimos se hallaban en sus propias filas. Al mismo tiempo, el movimiento obrero organizado de las grandes industrias de armamento pasó a ser

el centro de la militancia industrial y antibelicista en los principales países beligerantes.

En 1917, los socialistas alemanes se enfrentaron a propósito del tema de la guerra. La mayoría del partido (SPD) continuó apoyándola, pero una fracción importante, contraria a la guerra, se escindió y constituyó el Partido Socialdemócrata Alemán Independiente (USPD). Los activistas sindicales de base en esas fábricas, hombres preparados que disfrutaban de una fuerte posición (shop stewards en Gran Bretaña; Betriebsobsteute en Alemania), se hicieron célebres por su radicalismo. Los artificieros y mecánicos de los nuevos navíos dotados de alta tecnología, verdaderas fábricas flotantes, adoptaron la misma actitud. Tanto en Rusia como en Alemania, las principales bases navales (Kronstadt, Kiel) iban a convertirse en núcleos revolucionarios importantes y, años más tarde, un motín de la marinería francesa en el mar Negro impediría la intervención militar de Francia contra los bolcheviques en la guerra civil rusa de 1918-1920. Así, la oposición contra la guerra adquirió una expresión concreta y encontró protagonistas dispuestos a manifestarla. No puede extrañar que los censores de Austria-Hungría, que supervisaban la correspondencia de sus tropas, comenzaran a advertir un cambio en el tono de las cartas. Expresiones como «si Dios quisiera que retornara la paz» dejaron paso a frases del tipo «Ya estamos cansados» o incluso «Dicen que los socialistas van a traer la paz». No es extraño, pues (también según los censores del imperio de los Habsburgo), que la revolución rusa fuera el primer acontecimiento político desde el estallido de la guerra del que se hacían eco incluso las cartas de las esposas de los campesinos y trabajadores. No ha de sorprender tampoco que, especialmente después de que la revolución de octubre instalara a los bolcheviques de Lenin en el poder, se mezclaran los deseos de paz y revolución social: de las cartas censuradas entre noviembre de 1917 y marzo de 1918, un tercio expresaba la esperanza de que Rusia trajera la paz, un tercio esperaba que lo hiciera la revolución y el 20 por 100 confiaba en una combinación de ambas cosas. Nadie parecía dudar de que la revolución rusa tendría importantes repercusiones internacionales. Ya la primera revolución de 1905-1906 había hecho que se tambalearan los cimientos de los viejos imperios sobrevivientes, desde Austria-Hungría a China, pasando por Turquía y Persia (véase La era del imperio, capítulo 12). En 1917, Europa era un gran polvorín de explosivos sociales cuya detonación podía producirse en cualquier momento.



II. Rusia, madura para la revolución social, cansada de la guerra y al borde de la derrota, fue el primero de los regímenes de Europa central y oriental que se hundió bajo el peso de la primera guerra mundial. La explosión se esperaba, aunque nadie pudiera predecir en qué momento se produciría. Pocas semanas antes de la revolución de febrero, Lenin se preguntaba todavía desde su exilio en Suiza si viviría para verla. De hecho, el régimen zarista sucumbió cuando a una manifestación de mujeres trabajadoras (el 8 de marzo, «día de la mujer», que celebraba habitualmente el movimiento socialista) se sumó el cierre industrial en la fábrica metalúrgica Putilov, cuyos trabajadores destacaban por su militancia, para desencadenar una huelga general y la invasión del centro de la capital, cruzando el río helado, con el objetivo fundamental de pedir pan. La fragilidad del régimen quedó de manifiesto cuando las tropas del zar, incluso los siempre leales cosacos, dudaron primero y luego se negaron a atacar a la multitud y comenzaron a fraternizar con ella. Cuando se amotinaron, después de cuatro días caóticos, el zar abdicó, siendo sustituido por un «gobierno provisional» que gozó de la simpatía e incluso de la ayuda de los aliados occidentales de Rusia, temerosos de que su situación desesperada pudiera inducir al régimen zarista a retirarse de la guerra y a firmar una paz por separado con Alemania. Cuatro días de anarquía y de manifestaciones espontáneas en las calles bastaron para acabar con un imperio. 3 Pero eso no fue todo: Rusia estaba hasta tal punto preparada para la revolución social que las masas de Petrogrado consideraron inmediatamente la caída del zar como la proclamación de la libertad universal, la igualdad y la democracia directa. El éxito extraordinario de Lenin consistió en pasar de ese incontrolable y anárquico levantamiento popular al poder

bolchevique. Por consiguiente, lo que sobrevino no fue una Rusia liberal y constitucional occidentalizada y decidida a combatir a los alemanes, sino un vacío revolucionario: un impotente «gobierno provisional» por un lado y, por el otro, una multitud de «consejos» populares (soviets) que surgían espontáneamente en todas partes como las setas después de la lluvia. 4 Los soviets tenían el poder (o al menos el poder de veto) en la vida local, pero no sabían qué hacer con él ni qué era lo que se podía o se debía hacer. Los diferentes partidos y organizaciones revolucionarios — bolcheviques y mencheviques socialdemócratas, socialrevolucionario y muchos otros grupos menores de la izquierda, que emergieron de la clandestinidad— intentaron integrarse en esas asambleas para coordinarlas y conseguir que se adhirieran a su política, aunque en un principio sólo Lenin las consideraba como una alternativa al gobierno («todo el poder para los soviets»). Sin embargo, lo cierto es que cuando se produjo la caída del zar no eran muchos los rusos que supieran qué representaban las etiquetas de los partidos revolucionarios o que, si lo sabían, pudieran distinguir sus diversos programas. Lo que sabían era que ya no aceptaban la autoridad, ni siquiera la autoridad de los revolucionarios que afirmaban saber más que ellos. La exigencia básica de la población más pobre de los núcleos urbanos era conseguir pan, y la de los obreros, obtener mayores salarios y un horario de trabajo más reducido. Y en cuanto al 80 por 100 de la población rusa que 3. El costo humano fue mayor que el de la revolución de octubre pero relativamente modesto: 53 oficiales, 602 soldados, 73 policías y 587 ciudadanos heridos o muertos (W. H. Chamberlin, 1965, vol. I, p. 85).



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	E.P. Thompson	Maurice Dobb	Hobsbawm
Época abordada por el autor			
Espacio en el que ubica su obra			
Tema abordado			
Fuentes utilizadas			
Visión del proceso histórico			
Sujetos históricos			
Motor de la historia			
Aspecto abordado (político, etc.)			
Significado que le da al proceso histórico			
Tipo de proceso histórico			
Tipo de lenguaje utilizado			



ACTIVIDADES DE AUTOEVALUACIÓN UNIDAD II

RESPONDE BREVEMENTE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS:

Historicismo

1. ¿Cuál es, desde la perspectiva del historicismo, la función del historiador en la reconstrucción del pasado?

2. Para los historicistas ¿Cuál es la importancia de la relación entre el pasado y el presente?

3. ¿Por qué se dice que los historicistas son “relativistas”?

4. ¿Cuáles son los aspectos de la historia que los historiadores historicistas buscan rescatar?

5. ¿Qué significa el “presentismo” atribuido a Benedetto Croce?



6. ¿Qué significa y qué importancia tiene para Collingwood la “Imaginación histórica”?

7. ¿Qué quiere decir Ortega cuando afirma que los hombres “no tienen naturaleza sino historia”?

Escuela de Frankfurt

8. Los historiadores pertenecientes a la Escuela de Frankfurt hicieron una fuerte crítica al marxismo, indica por qué.

9. La mayoría de los historiadores de la Escuela de Frankfurt tuvieron que emigrar a E.U.A., ahí fundaron...

10. Constituye una de las orientaciones en el estudio planteado por la Escuela de Frankfurt, reafirmando la necesidad de contacto interdisciplinario.



11. Para los historiadores de Frankfurt era necesario un trabajo interdisciplinario, por esa razón retoman el trabajo de otras disciplinas, indica dos ejemplos. (¿o dos de ellas?)

Annales

12. ¿Qué son los *Annales*, lugar y año en el que surge y quiénes son sus principales representantes?

13. Desarrolla lo propósitos y las características que tienen los *Annales*.

14. Según el autor, Peter Burke, explica cuáles son los elementos de la historiografía tradicional a los que se oponen e intentan romper los *Annales*.

15. Explica los aportes innovadores que tiene esta corriente historiográfica para la disciplina histórica.



16. Menciona los periodos en los que se divide *Annales* y cuáles son sus particularidades de cada una.

Escuela Británica Marxista

17. ¿Qué significa ver la historia desde la perspectiva de abajo a arriba?

18. ¿Por qué se dice que las clases bajas han sido participantes activos en la formación de la historia más que meras víctimas pasivas?

19. ¿Cómo examinan las clases los historiadores marxistas británicos?

20. ¿Cómo superan el modelo base-superestructura, propuesto por Marx?



21. ¿Por qué rechazan el determinismo estructural?

22. ¿Cómo definen las relaciones sociales de producción los historiadores marxistas británicos?

23. ¿Qué opinión tiene sobre la determinación economicista de la historia del marxismo?

24. ¿Qué postura tienen frente a la idea de que el ser social determina la conciencia social?

25. ¿Cómo amplían el concepto de relaciones sociales de producción?



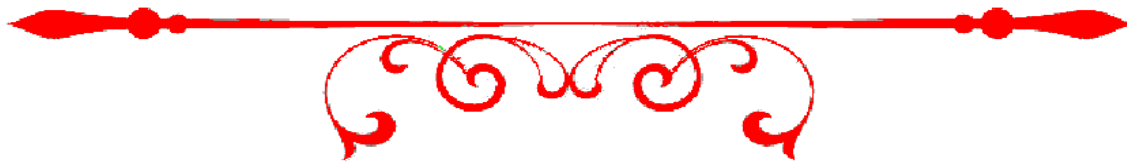
26. ¿Qué determina al modo de producción?

27. ¿Qué significa la frase “la lucha de clases es el proceso histórico?”

28. ¿Por qué afirman que no se debe ver la clase social exclusivamente por sus relaciones productivas?

29. ¿Qué posición tienen sobre el individualismo?

30. ¿Cuáles han sido las dos concepciones del individualismo?



Unidad III

Características de las propuestas recientes en torno a la investigación histórica, desde la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI. (De 1970 a la actualidad)

PRESENTACIÓN

En esta Unidad, se tratan los temas más recientes de la historiografía universal. Encontrarás las distintas corrientes y preocupaciones acerca de las nuevas formas de producir conocimiento histórico y acercarse a nuevos sujetos, nuevas metodologías y nuevas interpretaciones de historiadores de diversas partes del mundo.

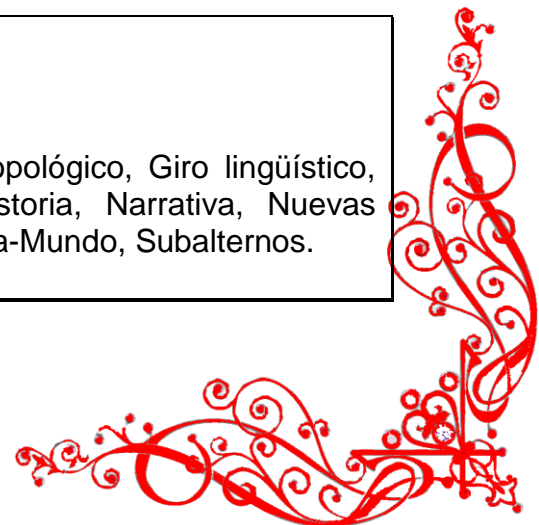
Esta renovación del campo de estudio de los historiadores, ha permitido actualizar la disciplina, por lo que la historia ha entrado a una etapa de debate y reflexión en torno a los paradigmas históricos tradicionales.

Por cada aprendizaje de esta Unidad vas a encontrar:

- Un texto de apoyo que te brindará las características generales de la corriente historiográfica estudiada.
- Uno o más textos-fuente escritos por los autores estudiados.
- Actividades de Aprendizaje para ambos tipos de textos.
- Actividades de Autoevaluación que reforzarán los conocimientos adquiridos.
- Bibliografía.

CONCEPTOS CLAVE

Antropología, Crisis de la historia, Género, Giro antropológico, Giro lingüístico, Historia Cultural, Innovaciones epistémicas, Microhistoria, Narrativa, Nuevas metodologías, Nuevos sujetos, Posmodernidad, Sistema-Mundo, Subalternos.





Aprendizajes

El alumno:

Identifica las preocupaciones que conducen a construir nuevas propuestas para entender: sujetos, enfoques y fuentes recientes.

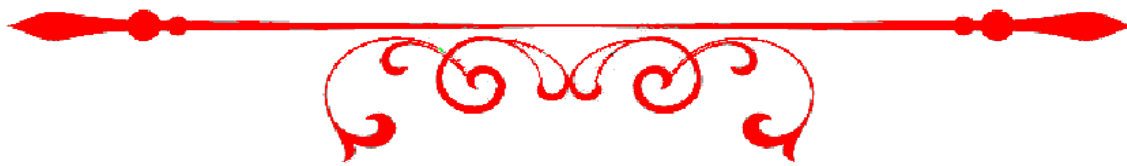
Analiza fuentes historiográficas para identificar en ellas los conceptos fundamentales y los supuestos sobre los que los autores sustentan su visión de la historia.

Comprende cuáles son las principales inquietudes que subyacen en las formas de hacer historia y los principales problemas que se plantean en la producción de conocimiento histórico.

Contenidos temáticos

- Microhistoria italiana: Carlo Ginzburg y Giovanni Levi.
- Nuevos sujetos: Perspectiva de Género (Joan Scott), y Estudios Subalternos (Ranahit Guha)
- Nuevos enfoques: Sistema–Mundo (Immanuel Wallerstein) e Historia Cultural (Peter Burke, Robert Darnton y Roger Chartier)
- Crisis de la ciencia histórica en la posmodernidad: Michel Foucault y Hayden White





Aprendizaje:

El alumno

Identifica las preocupaciones que conducen a construir nuevas propuestas de sujetos, enfoques y fuentes en la microhistoria italiana.

Analiza fuentes historiográficas para identificar en ellas los conceptos fundamentales y los supuestos sobre los que los autores de la microhistoria italiana sustentan su visión de la historia.

Comprende cuáles son las principales inquietudes que subyacen en las formas de hacer historia y los principales problemas que se plantean en la producción de conocimiento histórico.

Contenidos temáticos:

Microhistoria italiana: Carlo Ginzburg y Giovanni Levi.

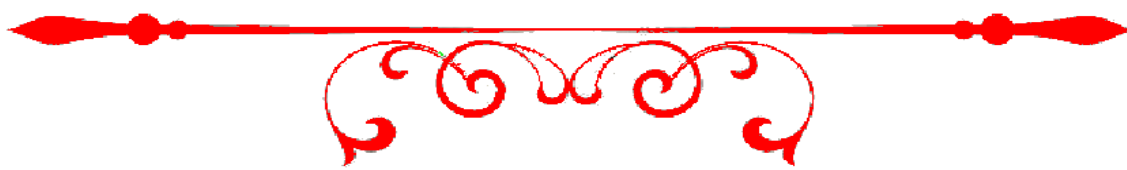
Microhistoria italiana: Carlo Ginzburg y Giovanni Levi

MICROHISTORIA ITALIANA: CARLO GINZBURG Y GIOVANNI LEVI*

1. Según reconocidos autores como Burke y Revel, en la historiografía internacional el quiebre introducido por la corriente de la microhistoria italiana, y su repercusiones tanto en Francia como en España, constituyó uno de los debates epistemológicos más importantes de fines del siglo XX. La microhistoria se planteó como una respuesta a la crisis de los paradigmas hegemónicos en las ciencias sociales de mediados de la década de 1970, particularmente el estructuralismo y el materialismo marxista. Se presentó así como una reacción frente a un cierto estado de la historia social dominante. Específicamente contra el modelo de paradigma hegemónico francés representados por la Escuela de los Annales, en

particular contra su segunda etapa, la que fue dominante entre la segunda postguerra y los años '70, dirigida por el modelo "braudeliano" inspirado en una historia con tendencia sociológica y estructuralista, ejemplificado en la metáfora de la "larga duración". Una historia supuestamente "social", pero que quedaba fuertemente anclada en parámetros estructurales, privilegiando la caracterización de "sistemas" y dejando un minúsculo margen al accionar concreto de los sujetos en tanto actores sociales. Allí, la primacía de las estructuras y de los sistemas normativas proyectaba un cono de sombras sobre los sujetos, que quedaban en un segundo o tercer lugar en el

* Ronen Man, *La microhistoria como referente teórico- metodológico. Un recorrido por sus vertientes y debates conceptuales*, Universidad Nacional de Rosario, Argentina, HAO, Núm. 30 (Invierno, 2013), 167-173.



análisis, perdiendo toda representatividad e importancia en estos acercamientos teóricos.

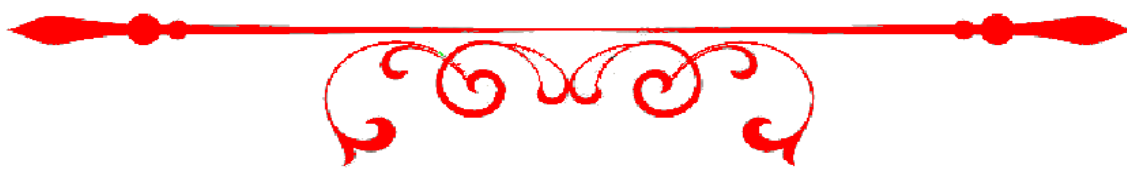
En su lucha contra una historia política tradicional caracterizada como “acontecimental” que ponía demasiado énfasis en los hechos puntuales retomando una tradicional vertiente positivista, los teóricos de la Escuela de los Annales priorizaron una visión de la historia que debía abandonar lo único y lo accidental (el individuo, el caso excepcional, el acontecimiento) para dedicarse al estudio de los eventos regulares en el tiempo, repetidos y observables; en sí los eventos que pudieran concatenarse en forma de series cuantificables, que sean pasibles de observación y experimentación científica y de formularse leyes constantes. Se privilegiaban de esa manera los estudios masivos, en los cuales el número y el anonimato eran las constantes, priorizando así la cuantificación en el análisis, la elección de periodizaciones lo suficientemente largas que pudieran reflejar transformaciones globales y de gran escala, contribuyendo todo ello a la conformación de una utópica “HISTORIA TOTAL”, con mayúsculas y que pudiera abarcar la globalidad del pasado de la humanidad. Así, frente al extremo demasiado acontecimental representado por un positivismo clásico que privilegiaba los hechos en sí mismos, se impuso el modelo “annalista” como un opuesto igualmente extremo, que privilegiaba los grandes procesos inmodificables y las grandes estructuras. Hacia fines de los años '70 y comienzos de los años '80, el microanálisis en general y la microhistoria en particular propusieron como una de las salidas a esta dualidad entre generalización y particularismo una especie de “vía intermedia” que pudiera superar este dualismo binario estancado, por ello es que sostenemos que esta renovación constituyó una vía o una reacción a la crisis de los paradigmas epistemológicos tradicionales. Cuando comenzó a formularse la innovación microhistórica a mediados de los años setenta, la noción de paradigma en historia y en las ciencias sociales en general ya estaba en crisis, así como las nociones de ortodoxias y de escuelas. Además, comenzaban a ponerse en discusión las certezas dominantes y empezaba a manifestarse una crisis de confianza en las posibilidades y en la viabilidad de una Historia Total.

2. Los ejes de la microhistoria

Uno de los fundadores de la microhistoria, Carlo Ginzburg introduce su libro liminal *El queso y los gusanos...* con un manifiesto explícito de lo que esta tendencia propone y cuáles serían sus

“enemigos” teóricos. Allí plantea que la microhistoria realiza un proceso constructivo de la investigación para acceder al conocimiento científico. Sus trabajos están basados en un constructivismo consciente, en el cual no caben premisas dadas de antemano, ni se aceptan ciertas evidencias epistemológicas tradicionales. Así, no hay una realidad que derive de la construcción interna realizada por el sujeto cognoscente, sino que el observador simplemente se dota de unos instrumentos para intentar representar lo más fielmente posible, algo que le es externo. A su vez la microhistoria se basa en una premisa anti escéptica. De hecho, el antiescepticismo es una de las apuestas cognoscitivas más específicas de esta tendencia teórica debido al importante papel que le asignan al racionalismo y al antirrelativismo. En los aspectos metodológicos algunos microhistoriadores recurren a lo que denominan el “paradigma indiciario”, este sería un modelo cognoscitivo que replantea las tradicionales reglas de control y las formas de inferencia en las explicaciones científicas, en él las inferencias inductivas, la abducción como base científica y el empirismo metodológico tienen la primacía en la elaboraciones investigativas. En ellos prima la creencia de que el análisis histórico de procesos microscópicos le permitiría a la historiografía adquirir una dimensión teórica propia, específica, no subalterna ni subsidiaria de las demás ciencias sociales hegemónicas; aunque no por ello descarten un ideal interdisciplinario en las ciencias sociales, sino que proponen una interdisciplina plural y transversal, en la cual no haya unas disciplinas principales y otras meramente “auxiliares”. Según Jacques Revel los tres rasgos más significativos de la corriente que podrían considerarse serían los siguientes: su constructivismo epistemológico, su tratamiento experimental de los hechos históricos y el destacado lugar que se le asigna al discurso producido por los microhistoriadores. Esquematizando estos tres ejes serían: - La conciencia explícita en torno a la construcción del objeto. Así, los microhistoriadores no tomarían la realidad como si de un objeto dado se tratara (de manera *apripori*), sino que por el contrario, ven a la realidad como el resultado de la elaboración realizada por el observador/investigador, a partir de sus instrumentos cognoscitivos.

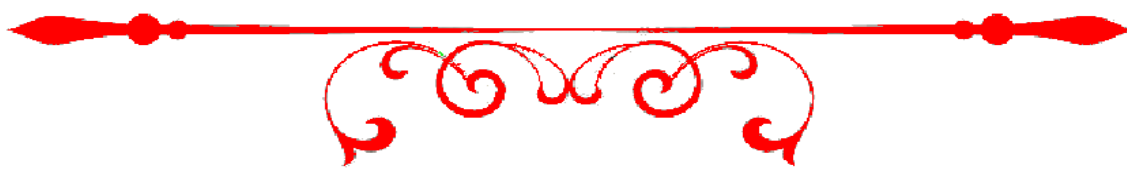
-Importancia de la dimensión experimental de la tarea microhistórica, lo cual obliga al investigador a tomar conciencia de las condiciones de la observación.



-Importancia dada a las formas argumentativas, de la enunciación, del discurso, las citas y las metáforas. Otras características destacadas de esta tendencia serían, la reducción de la escala de observación y por ende de la investigación. La microhistoria se funda en el principio de que la elección de cierta escala de observación reducida puede ser instrumento válido de una particular estrategia de conocimiento científico. Por otro lado, la microhistoria no es, y no puede ser, una mera verificación de reglas macrohistóricas generales, de modo que no puede proporcionar ejemplos de los datos ya constatados a nivel global. De esta manera se oponen al modelo tradicional “monográfico” francés que solamente recurría al estudio de casos específicos particulares para confirmar las tesis generales presentadas para los ámbitos de estudio generales, léase nacionales o globales. En este punto es importante realizar una fundamental aclaración, ya que el recurso de la microhistoria como efecto de conocimiento asociado al pasaje a una escala micro, no supone necesariamente una contradicción con una visión social general, sino simplemente como un modo de aproximación diferente de lo social, profundizando en la madeja de relaciones concretas que los sujetos sociales individuales tejen a nivel grupal. Así, el supuesto “individualismo metodológico” de la microhistoria supone siempre un conjunto social de “experiencias colectivas” que los engloba y los trasciende. De esta manera la microhistoria invierte el modo habitual de proceder del análisis histórico tradicional, que consistiría en partir de un contexto global para recién allí interpretar un texto particular. El análisis micro se atreve a partir a modo inductivo desde los aspectos particulares menores para luego dar cuenta de los aspectos generales. Pero el planteo microhistórico no ofrece una versión atenuada, parcial o mutilada de la realidad macrosocial, sino que ofrece una versión sustancialmente diferente. La premisa de la microhistoria es que limitando el campo de la observación (como una mirada más “al ras del suelo”) es que emergen datos más numerosos y refinados; que constituyen configuraciones inéditas haciendo aparecer una cartografía de lo social mucho más novedosa. En realidad se esfuerza por mirar con mayor atención y detenimiento cosas que podían pasar desapercibidas en las perspectivas tradicionales. Pero aparece ante estas cuestiones un problema en torno al grado de representatividad cognoscitiva que la microhistoria puede aportar a la ciencia.

3. El debate sobre la representatividad de los casos singulares

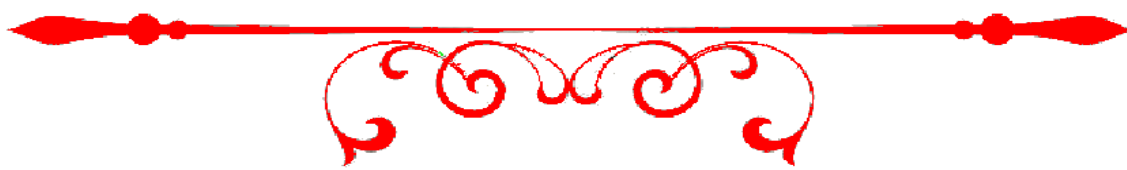
Surge la pregunta de ¿cómo una muestra tan circunscripta puede llegar a generalizarse y decirnos algo sobre una realidad mayor? Ante esta disyuntiva Eduardo Grendi elaboró la definición de “excepcional-normal”, como un oxímoron epistemológico en el cual los márgenes de la sociedad, lo “anormal” y lo periférico pueden informarnos mucho incluso sobre el propio centro. Según este autor, exponente de la corriente, lo excepcional deviene normal y no trasciende sino sólo excepcionalmente debido a su propia normalidad. En este sentido es fundamental comprender a la excepción en términos cualitativos más que cuantitativamente. A su vez, existen cierto tipo de fuentes documentales que a pesar de ser excepcionales o justamente por ello, reflejan una normalidad en negativo, esto es una normalidad que es tan evidente para los contemporáneos que suele pasar desapercibida en la cotidianeidad. Estas fuentes excepcionales actúan a la manera de los relatos de viajeros o de los etnólogos en sociedades ajenas, que toman nota y dan cuenta de todos los detalles, por más comunes y cotidianos que parezcan y que la gente del lugar no se molestaría en agendar e interpretar. Entonces, la pregunta y el planteo que se les cuestiona acerca del valor de representatividad del caso o de la muestra que contienen los estudios micro o locales, debe matizarse o plantearse de una manera no tan determinante; ya que estos análisis no pretenden constituirse en muestras o ejemplos representativos de casos generales, sino que intentan abordar singularidades para demostrar como esas especificidades pueden en todo caso contradecir y de-construir los casos globales, más que representarlos fielmente a la manera positivista clásica. De hecho la microhistoria rompe con la manera tradicional y positivista en que se entienden los documentos en tanto fuentes privilegiada de la historia. Según Giovanni Levi los documentos son, por características, falsos y parciales. Sólo pueden darnos ciertos indicios que sirven a la manera de sugerencias. Los mejores documentos serían los que no entendemos, los que no son evidentes ni inmediatos y que nos pondrían en problemas y contradicciones. Esto evidentemente introduce un quiebre con la manera tradicional de pensar a los documentos como “espejos transparentes” y objetivos de una realidad en tanto hechos sociales aprehensibles racionalmente de manera inmediata. Para la microhistoria los documentos son sólo fragmentos huidizos de lo real, por lo tanto deben “leerse” oblicuamente y de forma indirecta, a la manera del análisis del discurso freudiano. Esto conlleva una discusión metodológica acerca de la



factibilidad de realizar una historia sólo a base de indicios y fragmentos. Para ello recurren a la metáfora del sistema indiciario aclarando que desde un fragmento no se puede reconstruir una historia total, sino que se debe recurrir a una amplia variedad de indicios particulares en tanto evidencias parciales. Pero a pesar de ello, esas parcialidades sólo nos permitirán arribar a resultados provisorios y plausibles y nunca definitivos. Por ello proponen que sus historias son parciales y provisorias, nunca concluyentes y taxativas. No se plantean transmitir una Verdad, sino que explicitan y narran al lector la manera en que construyen sus proposiciones parciales, provisorias e hipotéticas. De esta manera, la historia micro o local ha contribuido a subvertir las jerarquías de la historia tradicional, ya que ha introducido el estudio de lo periférico, lo marginal y lo exótico, demostrando que no existe una Verdad única, sino verdades relativas. Pero esto trae aparejado una nueva limitación que hay que tener en cuenta y es el del problema del relativismo. 4. Del relativismo cultural al contexto, los límites y los riesgos del análisis micro aparejado con el problema sobre la representatividad de los casos, aparece el problema del relativismo como uno de los riesgos en los que se puede caer si no se hace una mención recurrente y explícita a los contextos históricos en los que están enmarcados los “casos tipo”. Peter Burke plantea que el fundamento filosófico de la “nueva historia” es la idea de que la realidad esta social y culturalmente construida, produciéndose de esta manera un posible “relativismo cultural” al romper la tradicional distinción entre lo central y lo periférico, lo fundamental y lo anecdótico. De hecho la mayoría de los exponentes de esta tendencia se dedicaron a debatir contra el relativismo, en particular contra el anti relativismo de los antropólogos como el caso de Clifford Geertz o los antropólogos posmodernos. Según Giovanni Levi la microhistoria debe ser necesariamente antirrelativista y debe aspirar a realizar formalizaciones teóricas lo más generales posibles, así subraya que los estudios micro y los casos individuales pueden revelar aspectos fundamentales sobre los fenómenos generales. Si bien la microhistoria toma lo particular como punto de partida, es importante destacar que ese particular es además y muy a menudo, altamente específico e individual. Este sería imposible de clasificar como un caso típico y se procede a identificar su significado en base a su contexto de procedencia. Los microhistoriadores admiten un valor explicativo y significativo muy especial en el

contexto. Si es que se dedican a cosas pequeñas, lo hacen ubicándolas en el tiempo y en el espacio correspondiente. Pero por contexto pueden entenderse al menos dos cosas distintas: Primero y de manera convencional el contexto es el espacio próximo en el que sucede un hecho, espacio concebido como un sistema de significados al que pertenece. Según esta acepción espacio-temporal, el contexto puede leerse de dos formas; a la manera funcionalista- determinista, en la cual lo particular queda explicado por lo general que lo contiene; o de la forma microhistórica, en la cual la reducción de escala de lo particular revela las incoherencias del contexto general. Pero por otro lado, algunos microhistoriadores prefieren y utilizan una definición heterodoxa de contexto, en la cual el contexto es un ejercicio de comparación y de vinculación de elementos individuales separados tanto en el tiempo como en el espacio, los cuales son relacionados por similitudes indirectas y por analogías siguiendo básicamente un modelo wittgensteiniano. Para esto proponen establecer las filiaciones extra temporales y extra espaciales para demostrar las corrientes culturales que “subterráneamente” vinculan a morfologías y fenómenos en principio diversos y sin relaciones aparentes. El exponente máximo de este método sería la obra *Historia nocturna: Un desciframiento del aquelarre* de Carlo Ginzburg. Si bien este tipo de narración fue cuestionada como ahistórica o por el hecho de que la forma de comunicar sus relatos tenga una gran carga retórica, llevó a los microhistoriadores a defender su modelo expositivo frente al embate de quienes lo acusaban de hacer “pura ficción”. En este sentido los microhistoriadores comparten lo que Prósperi y Ginzburg esbozaron en la obra *Juego de paciencia* en la cual desarrollan de una manera explícita toda la trastienda y los andamiajes de la investigación histórica realizando una comunicación directa y empática con los lectores potenciales, demostrando que proponen una retórica provisional en vez de una argumentación autoritaria y taxativa.

5. Debate sobre la racionalidad y la autonomía de los individuos En sus luchas contra las epistemologías estructuralistas los microhistoriadores intentan evaluar los niveles de libertad con que disponen los sujetos al interior del conjunto de reglas normativas que limitan sus acciones, por lo cual se preguntan en qué medida las elecciones de los sujetos son o no autónomas y racionales. Según Levi “la microhistoria trata de hacer una descripción más realista del comportamiento humano, recurriendo a un modelo de la conducta humana basada en la acción y el

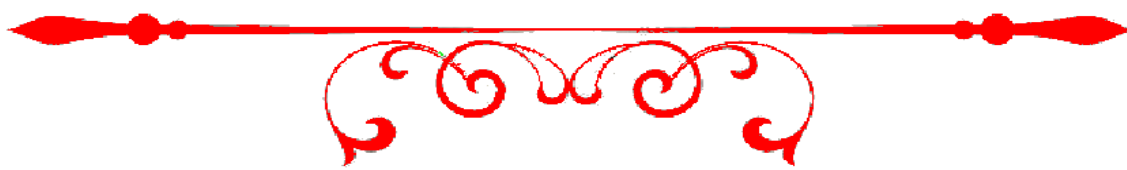


conflicto y que reconoce una relativa libertad individual a pesar y más allá de las trabas de los sistemas prescriptivos y opresivamente normativos”. Así, toda acción social se considera como resultado de una transacción constante del individuo frente a una realidad normativa que, aunque sea omnipresente, permite no obstante posibilidades, si bien estrechas, de libertad personal en términos de autonomía relativa, al permitir movilizarse entre los intersticios de las contradicciones y las incongruencias inherentes de las estructuras normativas que los regulan. Debido a que el objetivo de la microhistoria es una descripción más realista del comportamiento humano en la historia, la acción racional descrita no puede medirse según un tipo ideal de “racionalidad económica” capitalista, ni tampoco en “última instancia” según determinaciones economicistas. Metodológicamente esto tiene unas implicancias relevantes debido a que se introduce la dimensión de las incertidumbres y se rompe con las actitudes automatizadas o que devienen de una lectura lineal, progresiva o etapista de cualquier tipo de filosofías de la historia; ya sean estas modernistas/funcionalistas o materialistas. Es justamente el quiebre de las certidumbres tradicionales asociada a la caída de los paradigmas teóricos hegemónicos la que ingresa la condición de posibilidad de los planteos deconstruccionistas asociados a los estudios locales, parciales y micro. Aparejado a la aparición de las incertidumbres y las informaciones parciales, la microhistoria propone que el investigador que analiza a un individuo, debe tener presente que este no actúa ni toma sus decisiones con base a un conocimiento completo de todas las informaciones circundantes, sino que al contrario, actúa en un marco plagado de vacilaciones, sin poder necesariamente jerarquizar ordenadamente sus preferencias. En el mundo campesino europeo de los siglos XVI y XVII que estudian como casos singulares los microhistoriadores, las elecciones son más bien tentativas, aproximadas y basadas en la repetición y aprendizaje en base a experiencias previas. Postulan de esta manera un modelo de racionalidad limitada: limitaciones devenidas por situaciones de incertidumbre, distintos niveles de preferencias, o por las reducidas capacidades de información disponible. A su vez proponen que las identidades son enigmáticas y cambiantes, las conciencias son de difícil apreciación, los comportamientos no son uniformes y no se puede tener una visión simplista o lineal, ya que los hombres son más complicados y ambiguos de los que a primera vista aparentan. En este sentido la economía y la sociología como

estandarizadoras de los comportamientos medios fracasan ya que los hombres están atravesados por deseos, voluntades y tendencias diferentes. No hay certezas ni conocimientos plenos y absolutos; por lo tanto la “razón universal” iluminista de los modernos no es generalizable. En oposición a las visiones continuistas de los funcionalistas, los microhistoriadores resaltan las contradicciones y conflictos suscitados por los sistemas de dominación, destacando más bien las fragmentaciones, contradicciones y las pluralidades de los puntos de vista que hacen a todos los sistemas fluidos y abiertos. Los cambios se producen mediante estrategias y elecciones mínimas e infinitesimales que se alojan en los intersticios de los sistemas normativos resaltando sus contradicciones constitutivas.

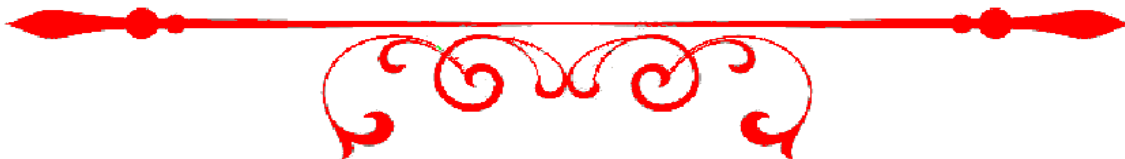
6. Relación entre microhistoria e historia local

La microhistoria recurre al modelo del “trabajo de campo” de los etnólogos rescatando un empirismo metodológico y privilegiando un detallismo caracterizado por una “descripción densa” e interpretativa que es la clave recurrente en la perspectiva micro, pero que se refuerza con un lugar privilegiado asignado a la teoría y la conceptualización. Así, la investigación empírica y el razonamiento teórico no son pensados como características opuestas, sino que son complementos esenciales de dicha propuesta. El ámbito de lo local y en especial la “historia local”, se vuelve particularmente fructífero para realizar en la práctica la implementación de estudios microhistóricos. Lo local es percibido como una categoría flexible y el objeto es construido artificialmente por el investigador en el proceso de análisis, destacando una matriz epistemológica constructivista. Así, su objeto no está dado de antemano y no se le impone exteriormente al observador, sino que este lo elabora en su tarea de investigación. De este modo en la microhistoria local tampoco cabrían los apriorismos teóricos de las ciencias duras o deductivas. Pero volviendo a los resguardos que planteábamos más arriba, los microhistoriadores nos alertan que las ideas de artificialidad y el constructivismo no nos deben llevar necesariamente a caer en el relativismo y en el escepticismo, sino que existe lo que denominan un “realismo histórico”. Contra los postulados del “giro lingüístico” y de los discursivistas (Hayden White, Lawrence Stone, Roland Barthes) el discurso narrativo histórico está fundado en pesquisas realizadas sobre hechos históricos concretos constatables por el contexto, por las fuentes y por la documentación y no son



necesariamente puro “texto” o “imaginación lingüística”. Además los autores nos plantean otros dos riesgos en los que puede caer normalmente el estudio histórico; estos son el exceso de localismo y su opuesto la abstracción del generalismo. Como vía intermedia entre estos dos excesos opuestos el objetivo que proponen los microhistoriadores al utilizar recortes micro queda ejemplificado en su acercamiento a lo local. La intención no es en sí misma analizar una localidad en particular, sino sobre todo estudiar determinados problemas generales en una localidad específica, pero que puede ser cualquier espacio. Da lo mismo una gran urbe, metrópolis o capital, que el último pueblo perdido en el mundo rural campesino. Pero estudiar no es simplemente confirmar procesos generales en marco singulares, por lo tanto se parte de la base de que lo local no es un reflejo de procesos más amplios, sino que la singularidad de lo local puede poner en cuestión evidencias postuladas desde la generalidad de una historia global/total. En los últimos años las nociones de hecho histórico y de fuente documental se han ensanchado, sin embargo, sin caer en un relativismo los análisis micro no sostienen que exista una equivalencia por igual de todos los hechos históricos considerados desde los efectos que provocan sus repercusiones, sino desde el valor cognoscitivo que les atribuimos. De esta idea deviene un axioma epistemológico: los hechos históricos son únicos, irrepetibles e irrecuperables en sí mismos, si bien deben ser factibles de realizárseles un análisis comparativo,

nunca se repetirán hechos iguales en contextos históricos diferentes, ya que estarán determinados por condiciones sociales, políticas y culturales disímiles. Después de varias controversias historiográficas, los microhistoriadores han llegado a la convicción, simple pero firme, de que el objeto de estudio de los historiadores es lo concreto a partir de lo empíricamente contrastable. Aunque según Levi, si estudiamos una vida individual o si tratamos un objeto local, esas dos posibilidades obligan al investigador a ponerlas en correlación con las coordenadas espaciotemporales generales en las que se insertan. En resumen la microhistoria al no conformarse como corriente intelectual, ni como una escuela teórica, no intentó postularse en los términos de un paradigma epistemológico. Además tampoco entre sus integrantes existe un acuerdo general en todos los aspectos que hacen a sus dimensiones cognoscitivas, por lo que el debate y las revisiones teóricas son constantes. Si buscamos una idea que pueda servir de síntesis a la tendencia de la microhistoria diríamos que intenta “formular preguntas generales a objetos reducidos y formularlas de tal modo que esos objetos menudos, lejanos y extraños cobren una dimensión universal, sin dejar de ser a la vez irrepetibles y locales”; vemos una vez más como este oxímoron dialéctico es el que sirve de guía a una tendencia que para algunos ya estaría en decadencia, mientras que para otros abrió caminos y senderos valiosos y vigentes para la disciplina histórica por venir.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	

Ve videos sobre microhistoria en los siguientes sitios de YouTube:

<https://www.youtube.com/watch?v=m8slZORfHWA>

<https://www.youtube.com/watch?v=gVqYR7SRO0s>



EL QUESO Y LOS GUSANOS (FRAGMENTO)*

CARLO GINZBURG

I

Su nombre era Domenico Scandella, y le llamaban Menocchio. Nació en 1532 (en su primer proceso declaró tener cincuenta y dos años) en Montereale, un pueblecito entre las colinas del Friuli, a veinticinco kilómetros al norte de Pordenone, desde el que se divisan los Alpes del Véneto. Siempre vivió allí, salvo durante dos años de destierro (1564- 1565), por motivo de una riña, durante los que residió en otro pueblo cercano — Arba— y en una localidad de la comarca de carniola que no conocemos. Estaba casado y era padre de siete hijos; otros cuatro murieron. Al canónigo Giambattista Maro, vicario general del inquisidor de Aquileia y concordia, le declaró que sus actividades eran de «molendero, carpintero, serrar, hacer muros y otras cosas». Pero fundamentalmente trabajaba como molinero y vestía las prendas tradicionales del oficio: bata, capa y gorro de lana blanca. Así compareció en el proceso, vestido de blanco.

Dos años más tarde diría a sus inquisidores que era «pobrísimos»: «sólo tengo dos molinos en alquiler y dos campos como aparcerero, con ello he sustentado y sustento a mi pobre familia». Pero desde luego exageraba. Aunque buena parte de las cosechas sirviera para pagar y tuviera que satisfacer el impuesto del canon sobre los terrenos y el alquiler de los dos molinos (probablemente en especies), debía quedarle suficiente para vivir y hasta salir de apuros en las malas temporadas. Sabemos que, cuando estuvo desterrado en Arba, alquiló enseguida otro molino. Su hija giovanna, al casarse (casi un mes después de la muerte de Menocchio), aportó una dote equivalente a 256 liras y nueve sueldos. No era gran cosa, pero tampoco una miseria en comparación con lo habitual en la región por aquellos tiempos.

A grandes rasgos, no parece que la situación de Menocchio, en el microcosmos social de Montereale, fuese de las peores. En 1581 había sido alcalde de su municipio y de las «villas» circundantes (Gaio, Grizzo, San Leonardo, san Martino), así como, en fecha no precisada, «camarero», es decir administrador, de la parroquia de Montereale. No sabemos si allí, como en otras localidades de Friuli, el antiguo sistema de cargos

rotativos había sido reemplazado por el sistema electivo. Si así era, el hecho de saber «leer, escribir y cuentas» debió de jugar en favor de Menocchio. Desde luego los camareros solían elegirse entre personas que habían ido a una escuela pública elemental, en donde aprendían incluso algo de latín. Existían escuelas de este tipo en Aviano y Pordenone; sin duda Menocchio asistió a una de ellas.

El 28 de septiembre de 1583 Menocchio fue denunciado al santo oficio. La acusación era haber pronunciado palabras «heréticas e impías» sobre Cristo. No se trataba de una blasfemia ocasional: Menocchio había intentado expresamente difundir sus opiniones, argumentándolas («praedicare et dogmatizare non erubescit»). Con ello su situación era grave.

Estos intentos de proselitismo quedaron claramente confirmados en la encuesta informativa que un mes más tarde se iniciaría en Portogruaro, y proseguiría en concordia y en el propio Montereale. «Siempre está llevando la contra en cosas de la fe, por discutir, y también con el párroco», declaró Francesco Fassetta al vicario general. Otro testigo, domenico Melchiori, manifestó: «suele discutir con unos y con otros, y como quería discutir conmigo yo le dije: “Yo soy zapatero y tú molinero, y tú no eres docto, ¿a qué disputar sobre esto?”». Las cosas de la fe son graves y difíciles, lejos del alcance de molineros y zapateros: para discutir es necesaria la doctrina, y los depositarios de ella son antes que nada los clérigos. Pero Menocchio afirmaba no creer que el Espíritu santo gobernase la iglesia, y añadía: «los preladados nos tienen dominados y que no nos resistamos, pero ellos se lo pasan bien»; en cuanto a él: «conocía mejor a dios que ellos». Y cuando el párroco del pueblo le condujo a concordia, ante el vicario general, para que aclarara sus ideas, le reconvinó diciéndole «Estos caprichos tuyos son herejías», Menocchio le prometió no enzarzarse más en discusiones, pero volvió enseguida a las andadas. En la plaza, en la hostería, en el camino de Grizzo o de Daviano, de regreso de la montaña: «suele con todo el que habla —dice Giuliano Stefanut— salir con razonamientos sobre las cosas de dios, y siempre meter algo de herejía: así porfía y grita para mantener su opinión».

* Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1999.



LA HERENCIA INMATERIAL. LA HISTORIA DE UN EXORCISTA PIAMONTÉS DEL SIGLO XVII. (FRAGMENTO)*

GIOVANNI LEVI

Los exorcismos de masas: el proceso de 1697

1. No podemos establecer con exactitud cuánto tiempo hacía que Giovan Battista Chiesa, párroco vicario de Santena, había comenzado su actividad de exorcista y curandero; desde luego, hacía menos de un mes que su predicación se había intensificado y se había hecho sistemática cuando le llegó una orden escrita del canónigo Giovan Battista Basso, protonotario apostólico y vicario general del arzobispo de Turín. Se le ordenaba trasladarse a la ciudad y abstenerse de hacer exorcismos hasta que no tuviera el permiso del propio arzobispo. Era el 13 de julio de 1697. «y estando yo-continúa el proceso cuatro meses después- con el señor don Vittorio Negro, capellán del citado lugar de Santena, hacia nosotros se aproximó una gran multitud de gente y por el camino se multiplicaban y muchos de ellos estaban lisiados, eran cojos o jorobados, y otras personas con defectos, con un carro cargado de muletas». Giovan Battista los precedía a caballo y, al llegar al arzobispado, fue interrogado inmediatamente por el canónigo Basso, mientras la muchedumbre de sus seguidores rodeaba el palacio. «Sus señorías --continúa el relato-- para dar lugar a que tanta gente como rodeaba el palacio se marchara, me dijeron que tenía que retirarme en privado a casa del Excelentísimo señor Marqués Tana, señor del citado lugar de Santena, y el propio Monseñor me mandó a casa del tal señor marqués en su litera, para sustraerme al asedio y multitud de toda aquella gente y sus señorías me dijeron que permaneciese retirado hasta que me mandasen llamar después de vísperas». Durante estos tres días, el párroco de Santena, Giovan Battista había estado escondido en Turín, en el palacio que el marqués Federico Tana, caballero de la Annunziata, se había construido en 1662 en el lado de medianoche de la plaza de San Carlos.

Pero esta vez el interrogatorio es mucho más profundo y están presentes, además del canónigo Basso, también «el reverendísimo Padre Inquisidor, el señor teólogo Carroccio y el canónigo Vola de la Metropolitana, el muy Reverendo Padre Valfré de la Congregación de San Felipe, el muy Reverendo Padre Provana de la

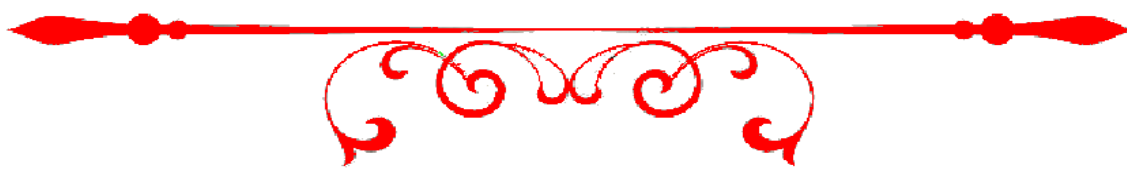
Compañía de Jesús y los muy Reverendos padres Cipriano e Hilario de San Miguel de la Redención de Esclavos, el padre Damián de la Virgen de los Ángeles y el señor Don Cervone, párroco de la Santa Cruz y no me acuerdo de los otros». Como se ve, el caso había dado mucho que hablar: las máximas autoridades de la diócesis turinesa se habían reunido para examinar «la forma en que yo realizaba los exorcismos y sobre las liberaciones que yo decía haber realizado mediante mis exorcismos». Giovan Battista entrega un libro titulado *Manuale exorcistarum* y un cuaderno «en el que había anotado las liberaciones de los obsesos y posesos hasta aquel momento realizadas por mi intervención.

Giovan Battista no tiene razones teóricas que defender y cuenta en el proceso que había dicho, antes de ser interrogado, «que había corrido un poco demasiado, que acusaba a mi ignorancia, que pedía perdón». El arzobispo y los demás prelados «oídas mis disculpas y que yo había más bien faltado por ignorancia que por malicia» lo dejan libre, sin ni siquiera confiscar el cuadernillo en el que anotaba las curaciones que realizaba.

Aunque parezca, por sus declaraciones posteriores, que ha sido suspendido de su puesto en Santena, en los días siguientes los registros parroquiales muestran su firma en las actas de defunciones y matrimonios. Realmente le había sido prohibido exorcizar, pero lo que se comunica, incluso por carta, a la Sagrada Congregación del Santo Oficio de Roma es que se trataba de un pobre párroco de pueblo «completamente ignorante».

Pero Giovan Battista no regresa a casa: al día siguiente, el 17 de julio, está en Carmagnola, donde exorciza a doce personas; después se desplaza, tras tres días de silencio, a Vinovo y reanuda frenéticamente su actividad, quizá presionado por la multitud de sus seguidores, quizá con la esperanza de legitimar, multiplicando las curaciones, su vocación de taumaturgo frente a las autoridades eclesiásticas, que se habían mostrado tan indulgentes e inseguras. Entre el 29 de junio y el 13 de julio había realizado una media de poco más de seis curaciones por día; ahora, entre el 17

* Giovanni Levi, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1985.



de julio y el 14 de agosto, la media es de 18 por día, con escasos momentos de descanso y una zona de acción mayor. En el cuaderno de las curaciones se registran con precisión no sólo los nombres de los pacientes, sino también sus enfermedades y la duración, la procedencia de las personas curadas; y los casos a los que se enfrenta se van haciendo progresivamente más difíciles.

No existen documentos que permitan explicar por qué no se produjo otra intervención inmediata frente a este modo de actuar de Chiesa; quizá la encuesta continuaba siendo secreta, o quizá la protección de la familia Tana había puesto en movimiento presiones de algún tipo; o quizá, por último, las curaciones eran efectivas y esto ponía en dificultades a la curia y a la Inquisición para intervenir de nuevo. Pero todas las plazas de los pueblos entre Chieri y Carmagnola bullían de agitación y el caso amenazaba con difundirse a una zona más amplia: el 16 de agosto Giovan Battista Chiesa es detenido nuevamente, quizá de forma más clandestina porque esta vez la multitud no le sigue. Es la última vez que aparece libre. Por muchas investigaciones que he hecho, no he vuelto a encontrarle en ningún documento posterior a las actas del proceso.

2. El proceso comienza el 16 de noviembre ante el canónigo Basso y el muy reverendo señor don Francesco Leonetti, procurador fiscal general de la curia arzobispal de Turín; antes, la acusación y la defensa han recogido los testimonios en contra y a favor: no se ha investigado sólo sobre la actuación de Giovan Battista sino también sobre la realidad de las curaciones, las técnicas utilizadas y el beneficio económico posiblemente conseguido. Y es así, pues, como se desarrolló la investigación.

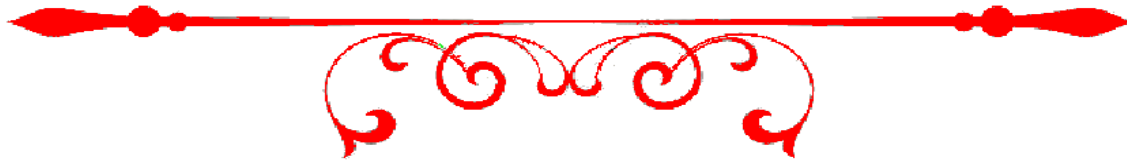
El 26 de agosto don Giovanni Grampino, de la ciudad de Turín, prepósito de la iglesia parroquial de Bricherasio, interroga, por encargo del padre inquisidor general de Turín, a Anna Maria Bruera, de Scalenghe, que aparecía anotada en el cuaderno de Chiesa en el día 10 de agosto como «enferma de un pie desde hacía 25 años». «Hace un mes aproximadamente -dice Anna Maria, una mujer soltera de 28 años-- habiéndose corrido la voz en este lugar de cómo el señor párroco del pueblo de Santena... milagrosamente curaba ciegos, enfermos y poseídos y encontrándome yo enferma de una rodilla y una pierna, me trasladé allí con dificultad ... donde, habiendo llegado, después de haber hablado algo con el citado religioso y habiéndole informado de mi enfermedad y habiéndole hecho ver este mi pobre estado, el mismo señor párroco citado me hizo diversas

señales en la espalda con un bastón que tenía en las manos y me puso un pie sobre el cuello después de haberme mandado tender sobre el suelo, y después me hizo tirar la muleta con la que me sostenía de pie y me dijo que estaba curada... que mandara bendecir vino y que lo aplicara sobre las partes ofendidas ... Aunque hice todo ello, no me encuentro al presente aliviada de ninguna manera, antes bien me encuentro igualmente enferma».

Esta es la única paciente de Giovan Battista a quien don Grampino interroga. Pero el 10 de agosto había acudido mucha gente de los pueblos vecinos a None; no eran sólo campesinos y mendigos, también había numerosos sacerdotes. Y son ellos a quienes don Grampino va a buscar y a interrogar.

Se dirige ante todo al rico sacerdote celebrante de Airasca (sus bienes -declara- valen diez mil liras), don Antonio Ferreri, de cuarenta y cinco años. «Dispuesto también yo -dice éste- a saber la verdad de semejante hecho, me trasladé expresamente al citado lugar de None y en compañía de muchos de mis paisanos». En la casa del prior de None, Giovan Battista Chiesa exorcizaba «y allí, por el grandísimo número de concurrentes, con dificultad habíamos conseguido entrar y allí doy fe de haber visto y oído al dicho señor párroco de Santena exorcizando a todo el que se le presentaba delante y a casi todos decía que estaban poseídos por los Demonios, diciendo públicamente que los Demonios eran los que con la opresión de las criaturas abrevian la vida de los hombres, los cuales mientras en otros tiempos llegaban hasta la edad de cuatrocientos años, en el presente sólo vivían setenta como mucho». Y todavía más, cuenta que Giovan Battista decía «que la mayoría de las criaturas estaban oprimidas por los Demonios y que de diez mil criaturas más de nueve mil lo estaban». Además -relata el sacerdote de Airasca- «después de haber trabajado un poco en su citado exorcismo se entretenía tocando en compañía de otro músico que había llevado expresamente con él». Por último «ordenaba y hablaba públicamente con todos en lengua latina y se hacía comprender cuando estaba con personas ignorantes y cuando estaba con niños».

De las liberaciones sólo recordaba dos, que no se encuentran incluidas en la relación que llevaba Chiesa: una mujer aparentemente sana, liberada de unos demonios que no había notado que estaban en su cuerpo poseyéndola, y la hermana del propio párroco de None que, enferma de una pierna, tras el exorcismo caminaba sin bastón.



También don Giovanni Lorenzo Cauda, vicedeán de None pero que vivía en Airasca, se había detenido en su parroquia, cuando se dirigía a Turín, por curiosidad y para ver si podía curarse de su sordera: tenía por entonces cuarenta y dos años, y no era rico (sus bienes valían unas 2.000 liras). Así pues, había pedido a Chiesa que lo exorcizara, para ver si podía curarse de su defecto de oído y Giovan Battista lo había exorcizado. El testimonio, sin embargo, es incierto: Cauda se contradice en el curso de la declaración y, como a veces sucede a quien es duro de oído, en un segundo momento declara que no es sordo en absoluto, a pesar de la opinión de sus parroquianos: «siempre me he arreglado y me arreglo bien».

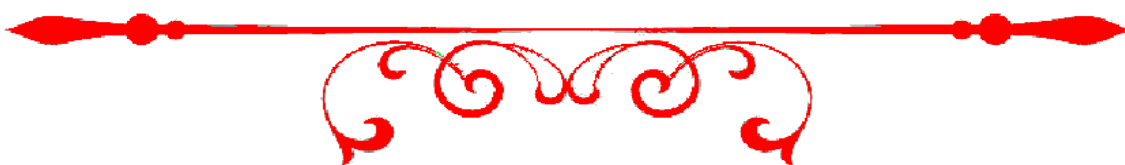
En Volvera se escuchó al párroco, don Gaspare Garis. No había ido en persona inmediatamente a None, pero habían ido todos sus parroquianos, que padecían diferentes enfermedades: «como todos mis parroquianos, sé que al presente siguen estando afectados por las mismas enfermedades... a pesar de que algunos de ellos a su regreso dijeron que les parecía sentirse muy mejorados». Pero después de algunos días Chiesa está de nuevo en None y Garis esta vez va a verlo («la curiosidad me empujó»). En los exorcismos públicos había «un grandísimo número de concurrentes» y a ellos Chiesa les «decía públicamente que Dios hacía perfectas a las criaturas pero que eran los Diablos y Espíritus los que les hacían daño y que la mayoría de las criaturas que estaban oprimidas por enfermedades, sobre todo largas, estaban endemoniadas y que de cien criaturas que morían, noventa las mataba el Demonio y que vendrían a él para ser liberadas criaturas oprimidas por el Demonio hasta de los últimos confines de la tierra». En el relato de Garis hay mucha desconfianza aunque no una incredulidad total; seguía tratándose de una investigación del tribunal inquisitorial y, aún más que en otras declaraciones, su posición es precavida y ambigua: «les preguntaba en lengua latina por el Demonio del que habían estado poseídos, como buen orador que era, aunque fueran personas ignorantes y sin estudios; por otro lado, en cuanto a mí, al ver su forma de actuar y de discurrir, me reía y no lo alababa y me extrañaba de ello y entendí que muchos de los asistentes se extrañaban, muchos otros decían que estaba loco, otros lo alababan mucho, otros decían que o era un gran Santo o un Diablo». También Garis cuenta que, tras haber hecho los exorcismos, Chiesa «se ponía a tocar el violín en compañía de otro músico que con él estaba y ordenaba a dichas criaturas que decía oprimidas y liberadas que debían bailar y saltar en

honor de San Antonio y otros santos al son de su música, como así hacían». Además mandaba distribuir papeles y oraciones contra los maleficios: pero quien los distribuía materialmente era otro religioso, que se hacía dar dinero.

Garis conocía desde hacía tiempo a Giovan Battista, «con ocasión de haber estudiado juntos en Turín diez o doce años antes ... En aquella época tenía ya estas locuras, como yo las considero, en la cabeza, habiéndome dicho que ya otras veces habían sido los antepasados de su casa los que se habían ocupado de conjuros y que habían tenido una criada o una persona de su familia endemoniada, que había encontrado en escritos que esta persona endemoniada de su familia había matado tantos niños y bueyes que no habrían podido caber los pañales de esos niños y los collares de los bueyes en un carro». No se volverá a hablar más de esto en el curso del proceso; por otro lado, Gaspare Paolo Garis es ocho años más joven que Chiesa (tiene treinta y dos años), es rico, puesto que tiene bienes por valor de 10.000 liras, y parece improbable que haya tenido mucha familiaridad con el párroco de Santena, cuyos estudios en Turín no han dejado restos documentales y, por tanto, no debieron ser largos, si es que existieron.

Como se ve, muchas opiniones negativas sobre Chiesa, pero también una sustancial incertidumbre: las curaciones, ¿eran reales? Don Giovanni Grampino envía las informaciones recogidas a Turín y sobre este material se comienza a tejer el acta de acusación contra Giovan Battista. Pero una vez leídas estas declaraciones, se decide ampliar la investigación, especialmente en relación con los exorcismos de animales, a los que, sin embargo, el cuaderno de Chiesa no hace ninguna referencia. Se amplía así a un nuevo campo que es examinado por el prior Pietro Francesco Appendino, párroco de Poirino y provicario, también él encargado por el canónigo Basso para que instruya el sumario.

El 12 de septiembre interroga a Emanuel Marrueco, de su parroquia, que por consejo de algunos conocidos había llevado a Santena su caballo enfermo, «no pensando que fuera para brujerías». Había estado en julio «hacia la fecha de San Joaquín y Santa Ana»; pero la multitud que rodeaba la casa de Giovan Battista Chiesa era tan grande que durante todo el día y toda la noche había esperado, sin conseguir que exorcizaran a su caballo. Por fin, al día siguiente, había conseguido que lo recibieran y Chiesa había ido a ver al caballo y lo había encontrado poseído. Por tanto, «lo

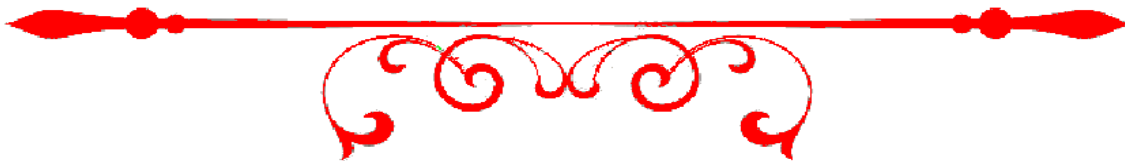


bendijo con agua bendita, después bendijo un cubo de agua que le dio a beber» y además había dado a Emanuel un papel en latín para que lo colgara en el cuello del animal durante ocho días; «pero al ver que mi caballo no se curaba se lo quité después». Chiesa había rechazado el dinero que Marrucco le había ofrecido.

Dos días después Appendino interroga a otro campesino de la zona, Bartolomeo Fea de Isolabella, que también tenía un animal enfermo - esta vez se trataba de un burro- «y temiendo que no se tratara de un mal natural» el 20 de julio, siguiendo el consejo de amigos, había llevado el burro a Santena. El procedimiento había sido el mismo, agua bendita, bendición, papel; pero, también en este caso, «a pesar del dicho papel, mi animal hasta el momento no se ha curado». Chiesa no había querido dinero y Fea había dado entonces «un donzone a uno que hacía de su secretario».

Con estas investigaciones suplementarias el expediente se termina y el 16 de noviembre, basándose en los testimonios reproducidos, se

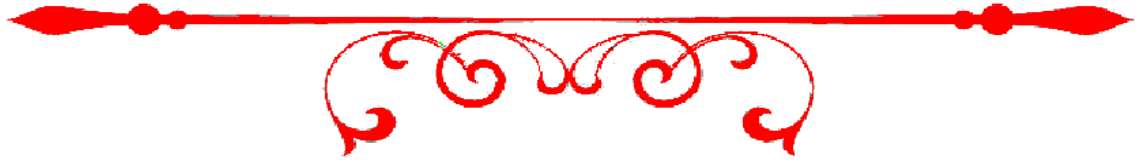
redacta el acta de acusación sobre la que se desarrollará el interrogatorio de Giovan Battista. No es el tribunal de la Inquisición directamente el que se ocupa del caso, aunque lo vigila y tiene informada a Roma. Es el tribunal eclesiástico de la diócesis de Turín el que intenta resolver el problema por vía administrativa, sin ruido y sin dureza: se trata de un caso dudoso, en el que lo que ha de considerarse ilegítimo es más bien el abuso de la práctica del exorcismo, sin que parezca haber en ello aspectos evidentes de herejía. Y por vía administrativa se procede: se secuestra el *Libro delle liberazioni fatte dell'anno 1697 in malifui ecc.*, que es el cuaderno llevado por Chiesa con una minuciosa enumeración de lugares y de casos tratados y resueltos, y se limitan, por el momento, a prohibirle el ejercicio del exorcismo y a suspenderlo del cuidado de las almas de Santena, sin una sustancial reducción de su libertad personal.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Carlo Ginzburg	Giovanni Levi
Época abordada por el autor		
Espacio en el que ubica su obra		
Tema abordado		
Fuentes utilizadas		
Visión del proceso histórico		
Sujetos históricos		
Motor de la historia		
Aspecto abordado (político, etc.)		
Significado que le da al proceso histórico		
Tipo de proceso histórico		
Tipo de lenguaje utilizado		



Aprendizaje:

El alumno

Identifica las preocupaciones que conducen a construir nuevas propuestas de sujetos, enfoques y fuentes en la perspectiva de género y los estudios subalternos.

Analiza fuentes historiográficas para identificar en ellas los conceptos fundamentales y los supuestos sobre los que los autores sustentan su visión de la historia.

Comprende cuáles son las principales inquietudes que subyacen en las formas de hacer historia y los principales problemas que se plantean en la producción de conocimiento histórico.

Contenidos temáticos:

Nuevos sujetos: Perspectiva de Género (Joan Scott), y Estudios Subalternos (Ranahit Guha)

**Nuevos sujetos:
Perspectiva de género y Estudios Subalternos**

DE LA HISTORIA DE LAS MUJERES A LA HISTORIA DEL GÉNERO*

ANA LIDIA GARCÍA-PEÑA

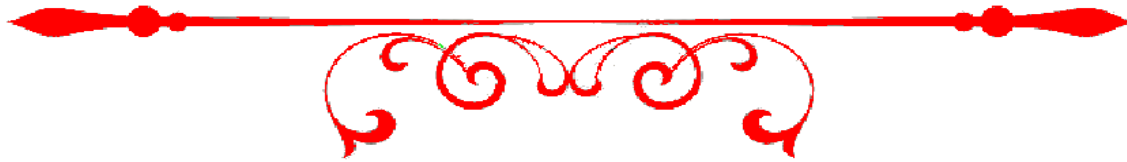
La historia de las mujeres tiene aspectos específicos y generales de la ciencia histórica. En el siglo XXI ya no es posible escribir historias que no incluyan referencias de la existencia de las mujeres como agentes del cambio histórico y como objeto de consideraciones políticas; en la búsqueda, nos encontramos con interpretaciones que apuntan a su invisibilidad (Scott, 1992). Es importante entender cómo la diferencia sexual afecta la política y la escritura de la ciencia en cuestión; conceptualizar y escribir historias de las mujeres no termina con el problema de la invisibilidad, sino

que marca el inicio para una mayor reflexión teórica y metodológica.

Hablamos de historia de las mujeres y no de historia de la mujer, pues no tiene una existencia histórica concreta. A través del tiempo, las mujeres han vivido de maneras plurales en las más diversas circunstancias. Son sujetos de una historia propia, compleja, diversa y contradictoria, que solo podrá comprenderse mediante un análisis que, sin pasar por alto la experiencia específica de las mujeres, las vincule con los procesos históricos globales.

[...]

* Ana Lidia García-Peña, “De la historia de las mujeres a la historia del género”, <https://www.redalyc.org/jatsRepo/281/28150017004/html/index.html> (consultado el 01 de abril de 2019).



¿Cómo explicar tal exclusión de las mujeres de la historiografía? No se trata de una “conspiración malvada de ciertos historiadores masculinos” (Nash, 1984: p. 17), ni de una intención voluntaria y consciente de aislar a las mujeres del conocimiento histórico; más bien se debe a que la ciencia histórica se ha ocupado principalmente de la vida pública, en la que las mujeres no son la mayoría, y a la creencia de que el modelo ideal de ser humano es el hombre. Los criterios de construcción de los hechos históricos centrados en la vida pública se refieren a una humanidad genéricamente neutra, pero en realidad aluden a la parte masculina de la misma.

Para conceptualizar y escribir una historia de las mujeres se utilizaron los métodos y enfoques de las ciencias sociales como la biografía, la microhistoria, la historia cultural, la antropología, la economía, la política, la historia de las mentalidades (de la familia, de las ideas), la tradición oral, los métodos de la historia social como la demografía histórica, entre otros. La historia de las mujeres acepta las distintas lecciones que le ofrecen sus múltiples relaciones con otros campos del conocimiento; su originalidad no estriba en sus métodos únicos, sino en las preguntas que plantea y en las relaciones de conjunto que establece.

[...]

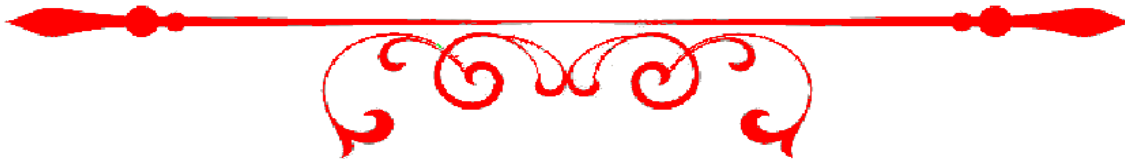
El género como herramienta analítica y categoría sociocultural nos ayuda a descubrir áreas olvidadas: las relaciones entre seres y grupos humanos que antes fueron omitidos; se ha convertido en el aporte metodológico más importante de la historiografía de las mujeres a la ciencia histórica.

Esta herramienta analítica establece que las relaciones entre los sexos no están determinadas por lo biológico, sino por lo social y, por tanto, son históricas. La relación construida en la historia entre los hombres y las mujeres no podía limitarse ni a la sexualidad ni al reduccionismo biológico

que la palabra sexo sugiere. Por lo que, superando esta limitante biológica, el género hace visibles las formas concretas, múltiples y variables de la experiencia, valores, costumbres y tradiciones, de las actividades y representaciones sociales de los hombres y de las mujeres. El entramado fundamental para entender al género tiene que ver con la simbolización que se hace a partir de lo anatómico y lo reproductivo. Se trata de desencializar la sexualidad, mostrando que el sexo está sujeto a la construcción social.

Bajo esta definición, el género se convierte en un instrumento muy útil, ya que habla de las relaciones-procesos entre los sexos y las construcciones que se establecen alrededor de los roles masculino y femenino (roles de género) –después se desarrollan las múltiples identidades de género– como un conjunto de patrones de comportamiento, normas y prescripciones, pero también de signos y símbolos contradictorios, emociones y costumbres que se construyen, imponen y transforman o reproducen con el paso del tiempo; lo que permite explorar la variabilidad histórica. Como señala Gisela Bock (1991: p. 62): “Las relaciones de género son tan importantes como el resto de las relaciones humanas, están en el origen de todas ellas y las influyen, y a la inversa, todas las demás relaciones humanas contribuyen y actúan en las relaciones de género”.

Los elementos fundamentales de la perspectiva del género son: el lenguaje, la representación simbólica, la oposición hombre-mujer como algo problemático, la marginalidad de la posición femenina en las estructuras sociales y simbólicas y la crítica a la supuesta objetividad y neutralidad de la ciencia positivista. Se trata de problematizar las relaciones de género en un determinado contexto histórico, social, económico y político, en condiciones materiales y reales de existencia, inmersas en la historia general, pero también en la subjetiva y personal.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	

Parece que el género, en su empleo más reciente, apareció primero entre las feministas estadounidenses que querían insistir en la cualidad fundamentalmente social de las distinciones basadas en el sexo. La palabra denotaba el rechazo al determinismo biológico implícito en el empleo de términos como sexo o diferencia sexual. El género también subrayaba el aspecto relacional de las definiciones normativas sobre la femineidad. Quienes se preocupaban porque los estudios sobre las mujeres se basaban de forma demasiado restringida e independiente en las mujeres, emplearon el término género para introducir una idea relacional en nuestro vocabulario analítico. Según este punto de vista, mujeres y hombres se definían los unos respecto a los otros, y no se podía llegar a una comprensión mediante un estudio por separado.

[...]

La forma en que esta nueva historia incluiría la experiencia de las mujeres y la constituiría, depende del alcance del desarrollo del género como una categoría de análisis. Aquí las analogías de clase y raza eran explícitas; en efecto, la investigación universitaria más incluyente - políticamente hablando- sobre las mujeres consideraba que, por lo general, las tres categorías eran cruciales para la escritura de una nueva historia. En primer lugar, el interés que mostraban los universitarios por la clase, la raza y el género apuntaba al compromiso del estudioso con una historia que incluía las circunstancias de los oprimidos y un análisis del significado y de la naturaleza de su opresión; y en segundo lugar, la comprensión académica de que las desigualdades del poder se organizaban, en al menos tres ejes.

[...]

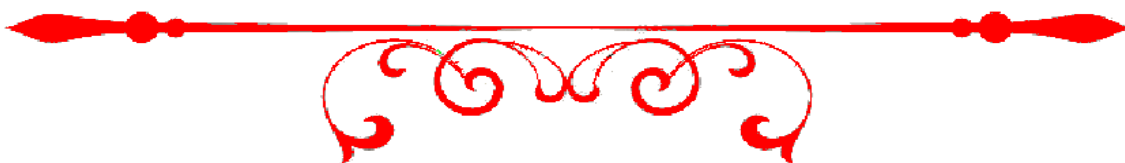
Esto no ha impedido a las historiadoras del feminismo, a pesar de tener la misma formación que la mayoría de historiadores, y de que se sientan supuestamente más a gusto con la descripción que con la teoría, seguir buscando otras formulaciones teóricas más adecuadas. Y lo han hecho al menos por dos razones. Primera, la proliferación de los estudios de casos en la historia de las mujeres parece apelar a una perspectiva sintetizadora que podría explicar las continuidades y discontinuidades, la constitución de desigualdades

persistentes y las experiencias sociales radicalmente diferentes. Segundo, la diferencia existente entre la alta calidad de los recientes trabajos en historia de las mujeres y su continuo estatus marginal en el conjunto de este campo [...] señalan las limitaciones de los enfoques descriptivos, los cuales no manejan los conceptos dominantes de la disciplina o, al menos, no los manejan de forma que puedan debilitar el poder de estos y así, quizá, puedan transformarlos. Para las historiadoras de las mujeres no ha sido suficiente probar, o bien que las mujeres tenían una historia, o que estas habían participado en los principales disturbios políticos de la civilización occidental. [...] El desafío que plantean tales respuestas es, a fin de cuentas, un reto teórico. Este nos exige que analicemos no sólo la relación entre la experiencia del hombre y la de la mujer en el pasado, sino también la conexión entre la historia del pasado y la práctica histórica común. ¿Como funciona el género en las relaciones humanas? ¿De que forma el género otorga un significado a la organización y a la percepción del conocimiento histórico? Las respuestas residen en la concepción del género como una categoría analítica.

[...]

...Además, el género también se utiliza para designar las relaciones sociales entre los sexos. Este uso rechaza implícitamente las explicaciones biológicas, como aquellas que encuentran un denominador común para las diversas formas de subordinación femenina en aquellos hechos en que las mujeres tienen la capacidad de dar a luz y los hombres tienen más fuerza muscular. En vez de eso, el término género denota unas determinadas "construcciones culturales", toda la creación social de las ideas acerca de los roles apropiados para las mujeres y para los hombres. Es una forma de referirse exclusivamente a los orígenes sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Según esta definición, el género es una categoría social impuesta a un cuerpo sexuado. Diríase que el género se ha convertido en una palabra particularmente útil; así lo demuestra la gran proliferación de estudios sobre el sexo y la sexualidad, porque este término permite diferenciar la práctica sexual de los roles sociales asignados a las mujeres y a los hombres.

* Joan Scott. *Género e Historia*. México, FCE-UACM, 2008, pp. 49-51, 53.



[...]

Muy a menudo los historiadores han utilizado estos empleos descriptivos de la palabra género para exponer un nuevo campo de estudio. Cuando los historiadores sociales se interesaron en nuevos objetos de estudio, el género fue relevante en los temas referidos a las mujeres, niños, familias e ideologías de género. Este uso del término se refiere únicamente a aquellas áreas, estructurales e

ideológicas, que implican relaciones entre los sexos. Puesto que la guerra, la diplomacia y la alta política no han abordado explícitamente estas relaciones, parece que el género no sea válido, y así continua siendo irrelevante en el pensamiento de los historiadores que se interesan en las cuestiones de la política y el poder.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis del Texto fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Joan Scott
Época abordada por el autor	
Espacio en el que ubica su obra	
Tema abordado	
Fuentes utilizadas	
Visión del proceso histórico	
Sujetos históricos	
Motor de la historia	
Aspecto abordado (político, etc.)	
Significado que le da al proceso histórico	
Tipo de proceso histórico	
Tipo de lenguaje utilizado	



HISTORIA, HISTORIOGRAFÍA Y ESTUDIOS SUBALTERNOS*

ISHITA BANERJEE

[...] intento bosquejar una breve introducción al nacimiento de los Estudios Subalternos en el Sur de Asia¹: una corriente crítica dentro de la disciplina histórica en general y de la historiografía del Sur de Asia en particular. En el transcurso de la última década los trabajos del colectivo *Estudios Subalternos* han adquirido una creciente relevancia en América Latina gracias a sus innovaciones epistémicas; su afán de romper con el paradigma ilustrado colonial, permite nuevas y mayores concepciones de lo político y cuestiona de manera crítica tanto el nacionalismo como la modernidad, proveyendo de una nueva agenda a las historias post coloniales y haciéndolas de un especial atractivo para los académicos latinoamericanos.

[...]

El proyecto o “escuela” de Estudios Subalternos, como se ha llegado a conocer, tuvo su inicio a principios de la década de los ochenta como una búsqueda de nuevos criterios metodológicos para la escritura de la historia: una historia teóricamente consciente, combativa pero auto-reflexiva. Se proponía, pues, una nueva forma de pensar la disciplina histórica misma.

En varias ocasiones se ha señalado la influencia de la corriente marxista de la historia inglesa -la historia desde abajo-, así como del estructuralismo y post estructuralismo, en los Estudios Subalternos. En ocasiones, la influencia de la “historia desde abajo” se ha exagerado para hacer de los Estudios Subalternos una mera extensión de esta escuela, complementada con “sensibilidades tercermundistas”. En palabras de Arif Dirlik, las aportaciones de los trabajos de los historiadores de Estudios Subalternos, tales como las tipificaciones de clases en la historia india, la imagen de la nación como una categoría confrontada, las advertencias de que la historia del capitalismo debe ser entendida en relación con las consecuencias fragmentarias de la resistencia local y nacional a éste [...] “...estos acercamientos representan la aplicación, en la historiografía de India, de tendencias de la escritura de la historia que ya eran muy conocidas en los setenta, con el impacto de historiadores sociales como E.P. Thompson, Eric

Hobsbawm, y una gran variedad de otros” (Dirlik, 1996: 302).

[...] Ranajit Guha definía el objetivo de Estudios Subalternos como un esfuerzo “para promover un examen sistemático e informado de temas subalternos en el campo de estudios surasiáticos para rectificar el sesgo elitista de gran parte de la investigación y del trabajo académico”. Con esta motivación, el proyecto emprendió la elaboración de la categoría de lo subalterno -que tiene el significado “de rango inferior”-, derivado de los escritos de Antonio Gramsci como una metáfora para los atributos generales de la subordinación en la sociedad india. La subordinación, en este sentido, es una condición cuyo espectro de definición es muy amplio, por lo que se expresará en términos de casta, clase, edad, género, ocupación o en cualquier otra forma.

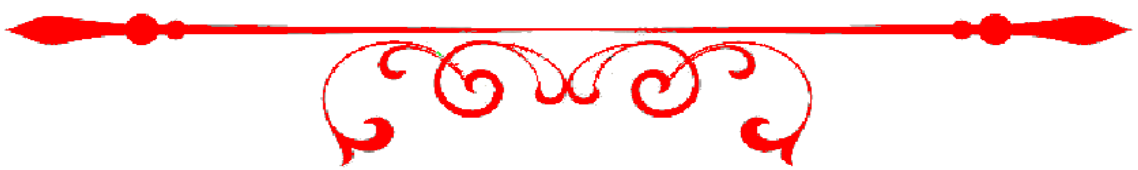
Pero, ¿cómo llevaron a cabo la tarea de recuperar a los grupos subalternos como sujetos de la historia? Los primeros estudios reconstruyeron las trayectorias y las diversas formas de consciencia de subordinación, reflejadas en los movimientos de grupos campesinos y tribales, para enfatizar o subrayar la condición de agente y la autonomía de esas comunidades. Así, los primeros volúmenes de Estudios Subalternos se dedicaron a recuperar la historia de los subordinados en distintas dimensiones. Una línea fue investigar movimientos que nunca fueron reconocidos como de naturaleza política y tomar en cuenta la resistencia de distintos grupos dominados a la incursión del estado colonial en su vida cotidiana. Otra era ver el movimiento nacionalista con la perspectiva de los subalternos.

Hay que aclarar que al hablar de “élites” se pretendía hacer referencia a las historias dominantes, ya fueran extranjeras o indígenas. Así, todos los esfuerzos académicos del colectivo estuvieron marcados por la insistencia respecto a explorar las distintivas manifestaciones de la cultura, la conciencia subalterna en la práctica cotidiana.

Por otra parte, el trabajo de la “recuperación” de los subalternos como sujetos de la historia exigió a los

* Ishita Banerjee, “Historia, Historiografía y Estudios Subalternos”, en: *ISTOR: revista de historia internacional*, Año 11, No. 41, pp. 100-103.

¹ Nota: El Sur de Asia lo componen los países de la India, Bangladesh, Pakistán, Sri Lanka, Irán, Tailandia, etc.



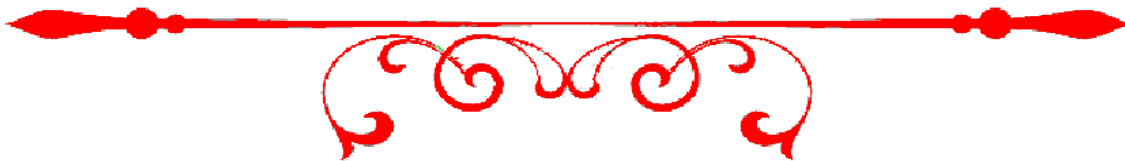
Estudios Subalternos enfrentar un fenómeno especial en el caso de la India: el del campesino, no el propietario, como el subalterno clásico-. Esta especificidad y la voluntad del grupo de

comprender al campesino como un sujeto consciente y político distinguieron, desde el principio, a este proyecto de la tradición marxista de la historia desde abajo.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



LAS VOCES DE LA HISTORIA Y OTROS ESTUDIOS SUBALTERNOS.

RANAHIT GUHA

Durante mucho tiempo la historiografía del nacionalismo indio ha estado dominada por el elitismo -elitismo colonialista y elitismo nacionalista burgués-. Ambas tendencias surgieron como producto ideológico del dominio británico en la India, pero han sobrevivido a la trascendencia del poder y han sido asimiladas a formas de discurso neocolonialista y neonacionalista en Gran Bretaña y en la India respectivamente.

Estas dos variedades de elitismo comparten la presunción de que la formación de la nación india y el desarrollo de la conciencia -nacionalismo- que informó este proceso fueron obra, exclusiva o predominantemente, de la élite. En las historiografías colonialista y neocolonialista se atribuyen a los dirigentes, los administradores, la política, las instituciones y la cultura colonial británica; mientras que la literatura nacionalista y neonacionalista los atribuye a las personalidades, las instituciones, las actividades y las ideas de la élite india.

La primera de estas dos historiografías define ante todo el nacionalismo indio como una

función de estímulo y respuesta. Basado en una limitada perspectiva conductista, representa el nacionalismo como la suma de las actividades e ideas con las que la élite india respondió a las instituciones, las oportunidades, los recursos, etc., generados por el colonialismo.

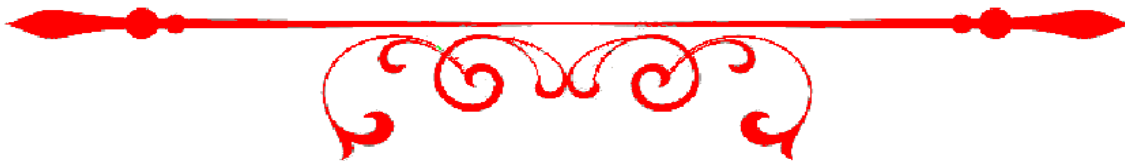
[...]

La orientación general de la otra tendencia historiográfica elitista es la de representar el nacionalismo indio como una empresa esencialmente idealista en la que la élite indígena condujo al pueblo de la sujeción a la libertad [...] Sin embargo, es común a todas la defensa del nacionalismo indio como una expresión fenoménica de la bondad de la élite nativa, con la contrapartida de mostrar, contra toda evidencia, su antagonismo en relación con el régimen colonial como mucho más importante que su colaboración con él, su papel como promotores de la causa del pueblo más que el de explotadores...²

R
a
n
a
h
i
t

G
u
h
a

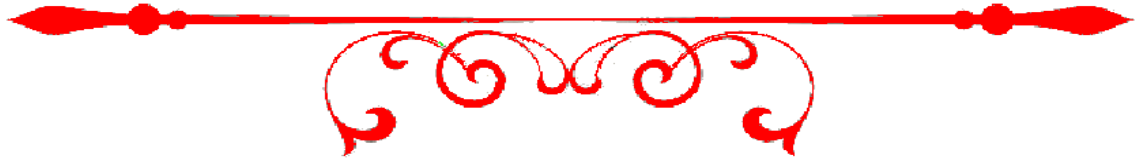
² Ranahit Guha. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 32-33.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis del Texto fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Ranahit Guha
Época abordada por el autor	
Espacio en el que ubica su obra	
Tema abordado	
Fuentes utilizadas	
Visión del proceso histórico	
Sujetos históricos	
Motor de la historia	
Aspecto abordado (político, etc.)	
Significado que le da al proceso histórico	
Tipo de proceso histórico	
Tipo de lenguaje utilizado	



Aprendizaje:

El alumno

Identifica las preocupaciones que conducen a construir nuevas propuestas de sujetos, enfoques y fuentes en el Sistema mundo y la Historia cultural.

Analiza fuentes historiográficas para identificar en ellas los conceptos fundamentales y los supuestos sobre los que los autores sustentan su visión de la historia.

Comprende cuáles son las principales inquietudes que subyacen en las formas de hacer historia y los principales problemas que se plantean en la producción de conocimiento histórico.

Contenidos temáticos:

Nuevos enfoques: Sistema–Mundo (Immanuel Wallerstein) e Historia Cultural (Peter Burke, Robert Darnton y Roger Chartier)

Nuevos enfoques: Sistema Mundo e Historia Cultural

IMMANUEL WALLERSTEIN Y LA PERSPECTIVA CRÍTICA DEL “ANÁLISIS DE LOS SISTEMAS-MUNDO”*

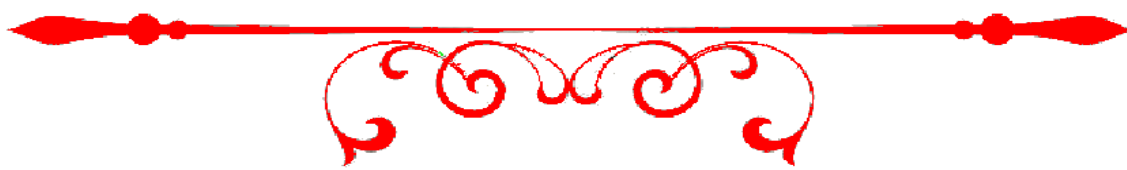
CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS

Si observamos en su conjunto toda la obra hasta ahora escrita por Immanuel Wallerstein , y también del conjunto global de las líneas en las que él ha desarrollado esta perspectiva del “World-Systems-Analysis”, del “Análisis de los Sistemas-Mundo”, podemos darnos cuenta que dicha obra y dicha perspectiva se despliegan fundamentalmente en torno de cuatro ejes temáticos principales, ejes que articulándose entre sí de distintas maneras, nos entregan la arquitectura completa del edificio

conceptual y teórico de esta misma perspectiva del análisis de sistema-mundo.

Cuatro ejes que, superponiéndose a veces, y otras intersectándose de manera transversal, contienen también las claves principales de la originalidad de este análisis de los sistemas-mundo, lo mismo de su excepcional irradiación dentro de los más diversos ámbitos académicos e intelectuales de todo el mundo.

* Aguirre Rojas, Carlos Antonio. “Prefacio. Immanuel Wallerstein y la perspectiva crítica del “Análisis de los sistemas-mundo”, en Wallerstein, Immanuel. *La crisis estructural del capitalismo*. Los libros de Contrahistorias. La otra mirada de Clío. 2005. pp. 9-16.



Porque al recorrer con cuidado esa obra de Immanuel Wallerstein, resulta evidente que un *primer eje* de la misma, es el eje histórico crítico, que intenta explicar, de manera novedosa, la entera historia del capitalismo y de la modernidad dentro de los cuales todavía vivimos, y que habiéndose comenzado su existencia histórica en el crucial y decisivo “largo siglo XVI” postulado alguna vez por Fernand Braudel, se ha desplegado luego de manera ininterrumpida hasta estos comienzos mismos del siglo XXI cronológico que ahora atravesamos.

Eje histórico-crítico de una historia global del capitalismo moderno, desde el siglo XVI hasta hoy, que no sólo fue la *matriz originaria* de toda la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo, sino que también se ha concretado ya, parcialmente en el libro de Immanuel Wallerstein, que es sin duda, su obra más traducida y más conocida en todo el mundo: *El moderno sistema-mundo*. Una obra de la que ya se han publicado tres volúmenes, cubren la historia crítica del largo siglo XVI, del largo siglo XVII, y del largo siglo XVIII, y cuyo cuarto volumen se encuentra ahora mismo en el proceso de redacción definitiva, abarcando en su argumento, el análisis y la caracterización global del largo siglo XIX.

Un segundo eje reconocido de esta perspectiva, que al mismo tiempo prolonga y concretiza el primer argumento del primer eje, es el del *análisis crítico* de los principales acontecimientos y procesos del “*largo siglo XIX*”, es decir de aquellas realidades y tendencias que no son más familiares y cercanas, en la medida que corresponden a los contextos específicos de los personajes, sucesos y los procesos evolutivos que hemos vivido, observado y protagonizado; sea nosotros mismos, sea las generaciones con las que hemos convivido directamente de nuestros padres o nuestros abuelos.

Diagnóstico crítico del largo siglo XX histórico que, a la vez que refrenda la ruptura con el arraigado aunque absurdo mito de que la historia es la “ciencia del pasado”, nos entrega las claves para entender los procesos esenciales de *nuestro propio siglo histórico*; es decir, de ese siglo que comenzó hacia 1870 aproximadamente, no habrá de concluir su ciclo histórico más que dentro de algunos varios lustros o hasta décadas.

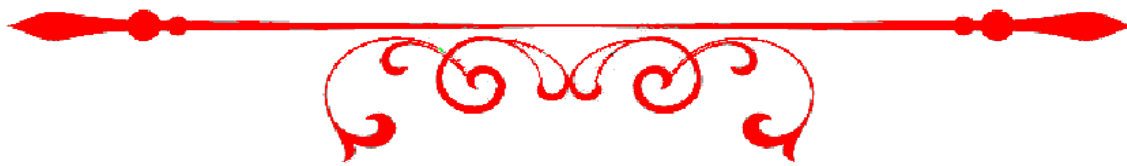
En esta misma línea, y en lo que parecería una especie de sucesos movimientos, de “close-up” analítico, el tercer eje aborda una doble

problemática, cubriendo tanto el *estudio de la historia más inmediata*, como también el audaz ejercicio de la definición de los *posibles escenarios prospectivos* de la futura evolución del sistema mundo-capitalista. Ya que a partir de 1968 y de la fundación misma de esta perspectiva del análisis de los sistemas-mundo en 1974, Immanuel Wallerstein ha ido acompañando los sucesos que iba viviendo, con explicaciones críticas de los mismos; explicaciones que a la vez que introducían una fuerte “densidad histórica” en la interpretación de esos hechos inmediatos -densidad derivada, naturalmente, del trabajo de Wallerstein en torno a los dos ejes críticos antes mencionados-, los situaban todo el tiempo desde una clara perspectiva global y comparativa; es decir desde una perspectiva geográficamente planetaria que está atenta todo el tiempo a las similitudes, diferencias, y causalidades y recurrencias comunes de esos mismos hechos analizados.

Al mismo tiempo, y de manera permanente, Wallerstein ha realizado el ejercicio de proyectar hacia el futuro las tendencias históricas de la evolución global del sistema-mundo capitalista que ha estudiado, en el ánimo de prefigurar -y por lo demás, vale la pena enfatizarlo, con un grado notable de acierto-, los posibles escenarios prospectivos de esta misma evolución del capitalismo mundial.

Finalmente, un cuarto eje articulador de la obra de Immanuel Wallerstein y también de la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo, es el eje de la reflexión epistemológica crítica respecto de nuestros modos habituales de aprender las realidades sociales que investigamos, y más en general, el de la configuración misma de la actual estructura de los saberes constituidos por la propia modernidad capitalista todavía vigente.

Crítica de las ciencias sociales actuales y de la estructura de los saberes hoy dominantes que, a diferencia de los tres ejes anteriores, no se ubica en este claro movimiento de aproximaciones sucesivas desde la historia más lejana del capitalismo hacia su más vivo presente, sino que atraviesa de modo transversal a estos tres ejes, para hacer explícitos y para criticar radicalmente los supuestos no asumidos de su propia construcción, en el ánimo de mostrar sus límites epistemológicos y de impulsar la edificación de unas nuevas “ciencias sociales-históricas”, radicalmente nuevas y profundamente, *unidisciplinarias*.



Cuatro ejes articuladores del conjunto de la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo que para su construcción y edificación sucesivas, se han apoyado, principalmente, en dos de las matrices del pensamiento crítico contemporáneo que constituyen, a su vez, en primer lugar el legado intelectual más importante dentro de las ciencias sociales contemporáneas -es decir, de los últimos cincuenta años aproximadamente-, y en segundo lugar en la obra más relevante a nivel mundial dentro de los estudios históricos de todo el siglo XX cronológico. Es decir, de un lado en la matriz del pensamiento crítico de Carlos Marx, y por esta vía, de algunos de sus discípulos y epígonos posteriores, y del otro lado en la matriz de la herencia constituida por los trabajos de Fernand Braudel, y en consecuencia, de algunas de las principales contribuciones de la perspectiva de la corriente francesa de Annales.

Porque más allá del complejo “árbol genealógico” de filiaciones intelectuales que han alimentado el periplo intelectual de Immanuel Wallerstein, y con ello a la perspectiva del World-Systems Analysis, y que incluyen a autores tan relevantes como Frantz Fanon, Ilya Prigogine, Marc Bloch, Raúl Prebisch, o Paul Sweezy, entre muchos otros, parece ser claro que las dos matrices de pensamiento en las que se apoya esencialmente esta perspectiva wallerstitiana son, como hemos dicho, esta matriz marxista y esa matriz braudeliana recién mencionadas. Pues el aparato categorial de Marx se encuentra presente y activo a todo lo largo del análisis y de la obra de Immanuel Wallerstein, quien habla de un capitalismo histórico, basado en la lógica de acumulación de capital, marcado permanentemente por la dinámica de la lucha de clases, a la vez que acompañados de claros procesos de enajenación ideológica, y del funcionamiento de Estados capitalistas que obedecen a los intereses de las clases en cada momento dominantes.

Si Wallerstein interpreta de manera original y muy poco ortodoxa muchos de los tradicionales añejos debates y tesis marxistas, lo hace siempre desde el horizonte de asumir como marco general de su análisis ese aparato general de los conceptos y de las teorías fundamentales elaboradas por el propio Marx hace un siglo y medio. Y al mismo tiempo, tal y como él mismo lo ha declarado en varias ocasiones, su obra se ha nutrido de un modo muy importante a partir de varios de los más importantes trabajos y debates marxistas de la historia economía y de la sociología crítica de los años

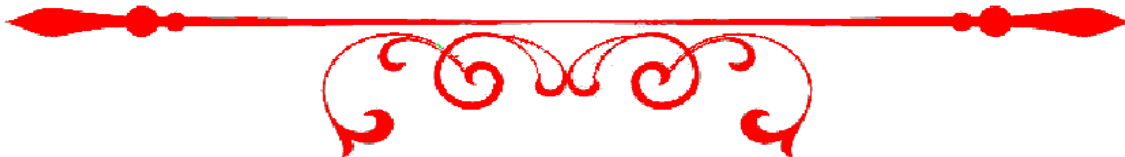
sesenta y en adelante, debates y trabajos respecto de los cuales Wallerstein va tomando posición, y en consecuencia recuperando ciertos autores y elementos, y rechazando ciertas obras y tesis, justamente desde el criterio discriminador de su perspectiva del análisis de los sistemas-mundo.

De otra parte, es también clara la enorme deuda de Wallerstein con la obra de Fernand Braudel, de la que toma en primer lugar la teoría de los diferentes tiempos históricos y en especial el enfoque de la larga duración histórica, pero también algunos conceptos centrales como el de economía-mundo, o algunas tesis específicas como la de la relación particular entre monopolios y libre competencia dentro de las dinámicas globales del capitalismo.

Al mismo tiempo, y recuperando también profundamente la idea braudeliana de la historia *global* -lo que se empata, por lo demás, con la exigencia marciana de analizar todos los problemas “desde el punto de vista de la totalidad”-, y su reclamo de una historia siempre *crítica* -otro espacio obvio de coincidencia con Marx-, Wallerstein va a nutrirse igualmente de las investigaciones que en el campo de la historia economía han sido desarrolladas por algunos de los autores de la corriente de Annales, en un abanico que incluye desde los brillantes trabajos de Marc Bloch, hasta las contribuciones del mismo Braudel y de algunos pocos de sus discípulos directos.

Doble matriz subyacente a los trabajos de Immanuel Wallerstein, sin la cual no es posible entender la riqueza y la originalidad misma de la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo. Hasta el punto de que podemos afirmar que, para una adecuada y cabal comprensión de esta misma perspectiva, es obligatorio también, un conocimiento mínimo del complejo aporte de Marx, y de algunas posiciones marxistas posteriores, lo mismo que una relectura sólida de la obra de Fernand Braudel, junto a algunas contribuciones importantes de ciertos autores analistas antes referidos.

A partir de este mapa general que presenta este enfoque del análisis de los sistemas-mundo, y de estas dos matrices fundamentales en que se apoya su elaboración principal, vale la pena revisar ahora, en qué consisten las específicas contribuciones *originales* del mismo, las que no sólo le han dado su peculiar fortaleza heurística, sino también su vasta capacidad de difusión e irradiación planetaria en general.



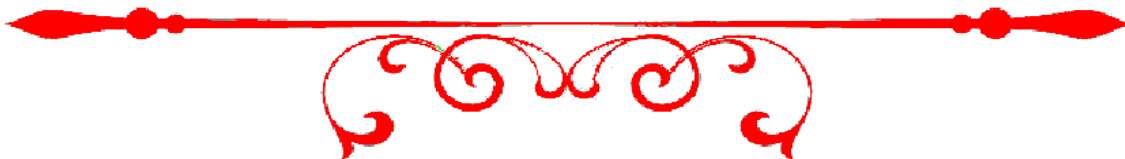
ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

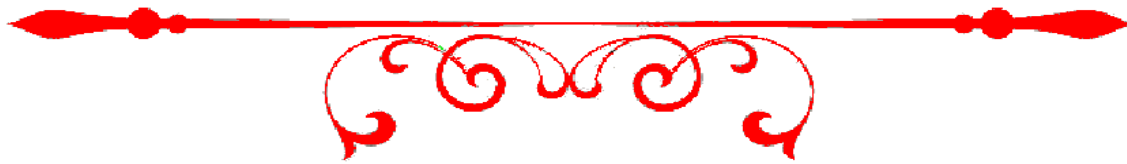
Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	

Completa el siguiente cuadro:

EJES ARTICULADOS ENTRE SÍ DE LA ARQUITECTURA CONCEPTUAL Y TEÓRICA DE LA PERSPECTIVA DEL SISTEMA-MUNDO DE IMMANUEL WALLERSTEIN	
	ARGUMENTACIONES
PRIMER EJE HISTÓRICO-CRÍTICO	



SEGUNDO EJE ANÁLISIS CRÍTICO	
TERCER EJE ESTUDIO DE LA HISTORIA MÁS INMEDIATA Y EJERCICIO DE LA DEFINICIÓN DE LOS POSIBLES ESCENARIOS PROSPECTIVOS DE LA FUTURA EVOLUCIÓN DEL SISTEMA MUNDO-CAPITALISTA	
CUARTO EJE REFLEXIÓN EPISTEMOLÓGICA CRÍTICA RESPECTO DE NUESTROS MODOS HABITUALES DE APRENDER LAS REALIDADES SOCIALES QUE INVESTIGAMOS	
INFLUENCIAS TEÓRICAS DE LA PERSPECTIVA DEL SISTEMA MUNDO DE IMMANUEL WALLERSTEIN	



LA HEGEMONÍA HOLANDESA EN LA ECONOMÍA-MUNDO*

IMMANUEL WALLERSTEIN

Afirmar que el nacionalismo económico es la política estatal de los más débiles contra los más fuertes y de los competidores entre sí no es sino aceptar la ortodoxia. Lo que tal vez sea una novedad en este libro es la afirmación de que el éxito en la competencia mercantilista estuvo sobre todo supeditado a la eficiencia productiva y de que el objetivo a medio plazo de todas las políticas estatales mercantilistas fue el incremento de la eficiencia global en la esfera de la producción. La historia debe empezar por la Provincias Unidas, ya que, al menos durante una parte del siglo XVII, este “páramo arenosos y cenagosos abandonado desde la edad del hielo>>, con un aparato de Estado más construido y aparentemente ineficaz, fue la

potencia hegemónica de la economía-mundo capitalista. Las Provincias Unidas (¿o deberíamos decir Holanda?) se convirtieron en la primera potencia hegemónica tras el fracaso del intento, por parte de Carlos V, de transformar la economía-mundo en un imperio-mundo. La hegemonía es una rara condición; hasta la fecha sólo Holanda, Gran Bretaña y los Estados Unidos han sido potencias hegemónicas en la economía-mundo capitalista. Cada uno de estos países ha ocupado esta posición durante un periodo relativamente breve, y Holanda el que menos plausiblemente, porque no fue en modo alguno el gigante militar de su época.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis del Textofuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Wallerstein
Época abordada por el autor	
Espacio en el que ubica su obra	
Tema abordado	
Fuentes utilizadas	
Visión del proceso histórico	
Sujetos históricos	
Motor de la historia	
Aspecto abordado (político, etc.)	
Significado que le da al proceso histórico	
Tipo de proceso histórico	
Tipo de lenguaje utilizado	

* Wallerstein, Immanuel. *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*. Siglo XXI editores, México, 1999. pp. 49-53



LA NUEVA HISTORIA CULTURAL “COMPONER, PINTAR, CANTAR”*

MIGUEL DE CERVANTES

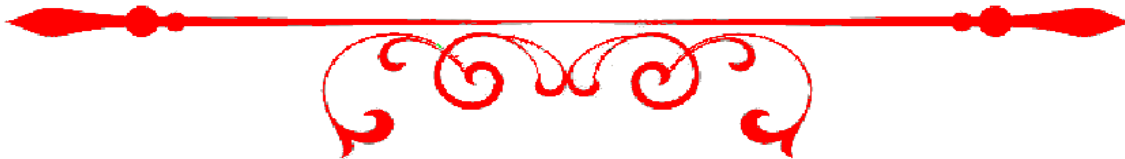
La categoría de *new cultural history* entró en el léxico común de los historiadores en 1989 cuando Lynn Hunt publicó, con ese título, una obra que reunía ocho ensayos y presentaba diferentes modelos y ejemplos de esta nueva manera del hacer de la historia. En la introducción, ella subrayó las tres características esenciales que daban coherencia aquellos trabajos cuyos objetos (textos, imágenes, rituales, etcétera) eran muy diversos.

En primer lugar, al centrar la atención en los lenguajes, las representaciones y las prácticas, la *new cultural history* propone una manera inédita de comprender las relaciones entre las formas simbólicas y el mundo social. Al enfoque clásico, dedicado a identificar las divisiones y las diferencias sociales objetivas, ella opone la construcción móvil, inestable y conflictiva de las mismas, a partir de las prácticas sin discurso, de las luchas de representación y de los efectos performativos de los discursos. En segundo lugar, la *new cultural history* encuentra modelos de inteligibilidad en disciplinas vecinas que los historiadores habían frecuentado poco hasta ese entonces: por un lado, la antropología; por otro, la crítica literaria. Las antiguas alianzas que unían la historia con las disciplinas amigas o rivales, como la geografía, la psicología o la sociología, se ven así sustituidas por nuevas proximidades que obligan a los historiadores a leer, de manera menos inmediatamente documental, los textos o las imágenes, y a comprender, en sus significaciones simbólicas, las conductas individuales o los ritos

colectivos. Finalmente, esta historia, que procede más mediante estudios de caso que mediante teorización global, condujo a los historiadores a reflexionar sobre sus propias prácticas y, en particular, sobre las elecciones conscientes o las determinaciones desconocidas que rigen su manera de construir las narraciones y los análisis históricos.

Ésas son las tres características fundamentales que definían, según Lynn Hunt, una nueva práctica historiográfica. Afirmaba, así, la convergencia entre las investigaciones generadas por los contextos notablemente diferentes: así, del lado americano, la utilización, por parte de varios historiadores, de conceptos y de modelos tomados de los antropólogos (Victor Turner, Mary Douglas, Clifford Geertz) o, del lado francés, las críticas dirigidas desde el interior de la tradición de los *Annales*, tanto a las definiciones clásicas de la noción de mentalidades como a certidumbres estadísticas de la historia serial en el tercer nivel - el de la cultura. Es necesario agregar (aunque la referencia curiosamente esté ausente en el libro editado por Lynn Hunt) las propuestas formuladas en ese momento respecto a los efectos cognitivos producidos por la reducción de la escala de observación, tal como la pregonaba y practicaba la “*microhistoria*” italiana. Al designar, con una misma noción, enfoques con orígenes muy diversos, el libro de Lynn Hunt dio visibilidad y unidad a un conjunto de mutaciones desapercibidas -o mal percibidas- hasta ese entonces. (...)

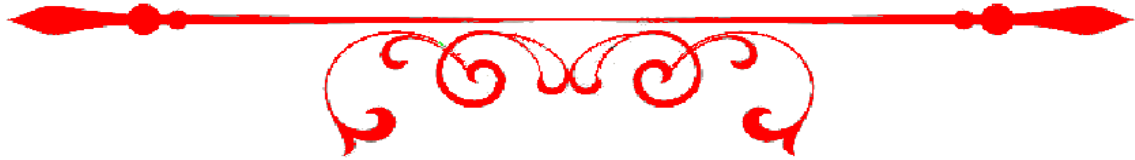
* Cervantes, M. d. (2005). *La nueva historia cultural "Componer, pintar, cantar"*, en Roger Chartier, *El presente del pasado Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México, D.F. : Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier Clavigero , págs. 13-15



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



VARIEDADES DE SILENCIO*

PETER BURKE

Para decirlo de una manera más vívida, guardar silencio es en sí mismo un acto de comunicación. Como hubo de expresarlo un poeta menor de principios del siglo XIX, Martin Tupper, “el silencio oportuno tiene más elocuencia que el discurso”. Este autor se estaba haciendo eco de un lugar común que ya estaba impreso en Italia por lo menos en el siglo XVI: Si dice, *ch'un tacere a tempo avanza ogni bel parlare*.

Y lo que hemos de estudiar aquí es precisamente la historia de esa elocuencia. El tema será la decisión

deliberada de no hablar en lugar del tema más amplio y más vago de lo implícito y de lo no expresado. “Todo acto de hablar”, se nos dice, “es una intersección momentánea de lo dicho y lo no dicho. “Lo no dicho podría dividirse en lo que se da por descontado, el “conocimiento silencioso” de aptitudes físicas que no pueden ponerse fácilmente en palabras, por un lado y, por otro, temas tabúes (...)

LA GRAN MATANZA DE GATOS Y OTROS EPISODIOS EN LA HISTORIA DE LA CULTURA FRANCESA **

ROBERT DARNTON

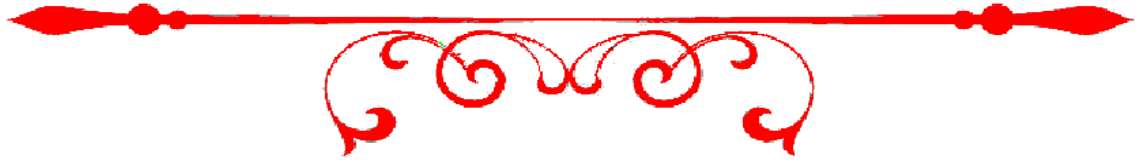
Un pobre pastorcillo comparte su comida con un hada disfrazada de mendiga en “Les Trois Dons”, y ésta le concede tres deseos: puede matar a cualquier pájaro con su arco y su flecha, puede hacer bailar con su flauta a cualquiera, y puede hacer que su malvada madrastra se eche un pedo cada vez que él diga “atchú”. Pronto hace que la vieja se eche pedos por toda la casa, en la *veillée*, y en la misa los domingos. El sacerdote la expulsa del templo para poder terminar su sermón. Más tarde, cuando ella le explica su problema, él trata de engañar al muchacho para que le revele su secreto. Pero el pequeño pastor, que es más listo que él, mata un pájaro y le pide que lo recoja. Cuando el sacerdote trata de recogerlo en un arbusto espinoso, el muchacho toca la flauta, obligándolo a bailar

hasta que su traje se hace trizas y está dispuestos a rendirse. Después de que se recupera, el sacerdote intenta vengarse acusándolo de brujería, pero el muchacho hace con el sonido de su flauta que sus jueces bailen en forma tan incontrolable que lo dejan libre. (...)

Sería demasiado considerar este cuento como prueba de que el anticlericalismo en Francia funcionaba como un equivalente del antisemitismo en Alemania. (...) Huelen a tierra. Se desarrollan en un mundo intensamente humano, donde echarse pedos, espulgar, rodar en la paja y jugar en el estercolero expresan las pasiones, los valores, los intereses y las actitudes de una sociedad campesina que hoy día no existe. (...)

* Burke, Peter. *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona : Gedisa Editorial. Serie CLA.DE.MA Historia , 2001, págs. 155-156

** Darnton, Robert. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica. Sección de Obras de Historia , 2002, págs. 60-61.



**INTRODUCCIÓN A UNA HISTORIA DE LAS PRÁCTICAS DE LECTURA EN LA ERA MODERNA
(SIGLOS XVI-XVIII)***

ROGER CHARTIER

Este texto introductorio quisiera hacer el inventario de los entresijos, problemas y condiciones que harían posible una historia de la lectura. Tres polos, por lo general separados por la tradición académica, definirían su espacio: por un lado, el análisis de textos, ya sean literarios u ordinarios, descifrados, en sus estructuras, sus motivos, sus objetivos; por otro, la historia de los libros, y más allá, de todos los objetos y de todas las formas que realizan la circulación de lo escrito; por último, el

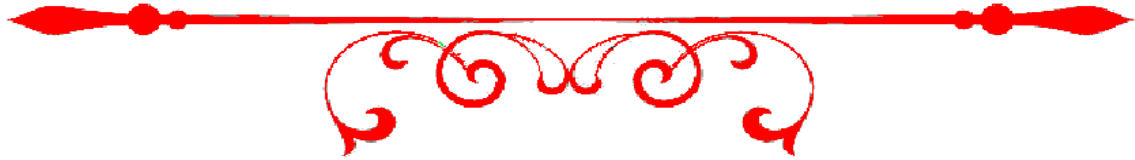
estudio de prácticas que, de manera diversa, se apoderan de esos objetos o formas produciendo usos y significaciones diferenciados. Este enfoque plantea una cuestión central: la de comprender cómo, en las sociedades del Antiguo Régimen, entre los siglos XVI y XVIII, la circulación multiplicada del escrito impreso ha transformado las formas de sociabilidad, permitido nuevas ideas y modificado las relaciones con el poder.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Burke	Darnton	Chartier
Época abordada por el autor			
Espacio en el que ubica su obra			
Tema abordado			
Fuentes utilizadas			
Visión del proceso histórico			
Sujetos históricos			
Motor de la historia			
Aspecto abordado (político, etc.)			
Significado que le da al proceso histórico			
Tipo de proceso histórico			
Tipo de lenguaje utilizado			

* Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona, España : Gedisa, S.A. , 1992, pág. 107



Aprendizaje:

El alumno

Identifica las preocupaciones que conducen a construir nuevas propuestas de sujetos, enfoques y fuentes en la posmodernidad.

Analiza fuentes historiográficas para identificar en ellas los conceptos fundamentales y los supuestos sobre los que los autores sustentan su visión de la historia.

Comprende cuáles son las principales inquietudes que subyacen en las formas de hacer historia y los principales problemas que se plantean en la producción de conocimiento histórico.

Contenidos temáticos:

Crisis de la ciencia histórica en la posmodernidad: Michel Foucault y Hayden White

Crisis de la conciencia histórica en la posmodernidad

**LAS TENDENCIAS RECIENTES:
DEL GIRO LINGÜÍSTICO A LAS HISTORIAS ALTERNATIVAS***

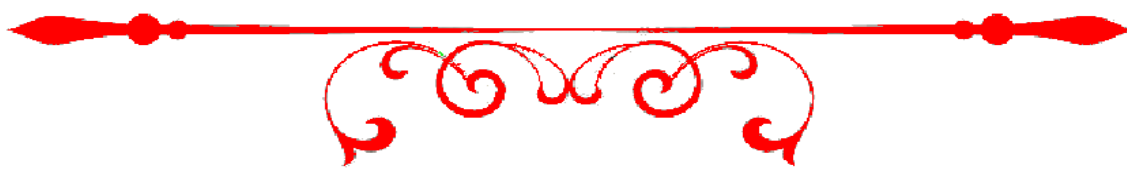
JAUME AURELL Y PETER BURKE

EL POSMODERNISMO Y LA CRISIS DE LA HISTORIA

La década de los setenta fue un periodo esencial para el desarrollo de la historiografía, porque allí cuajaron todos los movimientos que se habían incoado con el nuevo contexto de la «revolución cultural» y se produjo la ruptura posmoderna (Marwick, 1998; Jameson, 1998). Como consecuencia, los paradigmas dominantes desde la Segunda Guerra Mundial (cuantitativismo, marxismo y estructuralismo) fueron barridos en

muy pocos años de la esfera historiográfica, siendo sustituidos por otras tendencias y metodologías más acordes con los nuevos tiempos y los nuevos valores dominantes en la sociedad. Las nuevas tendencias enfatizaron el lenguaje sobre la propia realidad histórica; los fenómenos culturales sobre las estructuras sociales y económicas, y la negociación con la antropología sobre la economía, la sociología y la demografía. Pero la historia tuvo que pagar un alto precio por este viraje tan radical: la llamada «crisis de la historia», que afectó a la

* Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Madrid, Ediciones Akal, S.A., 2013 (Akal Textos)



disciplina en torno a la década de los ochenta, y que también está analizada al final de este apartado.

La ruptura posmoderna

El posmodernismo abandona el pensamiento único de la modernidad y el progreso y considera la historia desde un punto de vista poliédrico, con la intención de liberarla de los tradicionales moldes académicos o metodológicos, que habían confiado en la viabilidad de una historia asimilada a los métodos científicos y experimentales. Lo más complejo de este movimiento es, probablemente, su propia definición, porque el posmodernismo es un conjunto de epistemologías y metodologías, más que una sola corriente intelectual.

Existe una genealogía del posmodernismo anterior a la década de los ochenta, pero sus orígenes se sitúan en la revolución cultural de finales de la década de los sesenta, en su voluntad de utilizar los textos como productos de unas ideologías en servicio del nuevo orden que se pretendía establecer. Entre las tendencias posmodernas que influyeron directamente en la historiografía, cabría destacar el postestructuralismo de Foucault, el deconstruccionismo de Derrida, la nueva hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel de Certeau, y las derivaciones del giro lingüístico. Todas ellas han influido, indudablemente, en el modo de concebir y de escribir la historia (Taylor y Winqvist, 2001; Breisach, 2003).

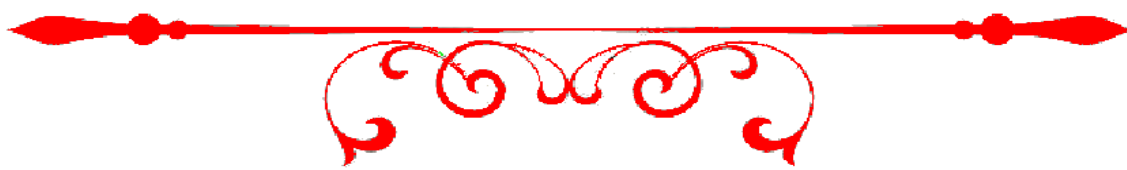
El concepto de posmodernidad empezó a difundirse en 1979, con la publicación del libro de Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, donde su autor anunciaba el fin de los metarrelatos o las grandes interpretaciones generales como el marxismo, el cristianismo o la idea del progreso. Significativamente, en el mismo 1979, Lawrence Stone publicaba su diagnóstico sobre el estado de la historiografía de aquel momento, donde empezaba describiendo lo que él denominaba la caída de los grandes paradigmas, en referencia especialmente al marxismo, la escuela de los *Annales* y la cliometría (Stone, 1979).

Como ha sucedido en tantas otras ocasiones, la implantación del posmodernismo en la historiografía también se concretó a través de un intento de superación y reacción respecto a corrientes anteriores, empezando por la desacreditación de la historia socioeconómica, hegemónica hasta la década de los setenta. La crítica posmoderna a la historia social y económica

no se quedaba en el recambio formal y temático que representaba la historia de las mentalidades. Los posmodernos proponían un cambio mucho más radical, cuyas aplicaciones trascendían el ámbito intelectual para llegar también al vivencial, en un explícito rechazo de las teorías de la ilustración (Iggers, 1998). El problema se planteaba en toda su crudeza cuando estas posturas radicales degeneraban en un escepticismo paralizante o en un relativismo con un fin incierto. Otra de las manifestaciones más específicas del posmodernismo historiográfico es que sus referentes teóricos no procedían de la disciplina histórica y eran fundamentalmente filósofos, antropólogos y críticos literarios de tradición francesa: Jean-François Lyotard (1924-1998), Jean Baudrillard (1929-2007), Roland Barthes (1915-1980), Michel Foucault (1926-1984), Jacques Derrida (1930-2004), Julia Kristeva (1941-), Gilles Deleuze (1925-1995), Michel de Certeau (1925-1986) y Paul Ricoeur (1913-2005). Las excepciones más representativas, tanto por su procedencia anglosajona como por considerarse historiadores de profesión, son las de Hayden White (1928-), Dominick LaCapra y Robert Rosenstone, cuyos postulados epistemológicos también influyeron en estas tendencias.

El tendón de Aquiles del posmodernismo historiográfico es, sin duda, la falta de referentes en la práctica. En este sentido, el posmodernismo está presente como una actitud teórica ante la obra y el conocimiento históricos, pero no como una verdadera y propia corriente historiográfica. La crítica más contundente que se le puede hacer al posmodernismo historiográfico es que, durante los varios decenios desde que fue formulada su existencia, no ha sido capaz de dar una obra histórica diseñada siguiendo sus métodos y postulados, quizá con la única excepción de la *Metahistoria* de Hayden White (White, 1973). Por el contrario, el mayor activo que el posmodernismo aporta al historiador es que sus principios le sirven para corregir errores de visión, aumentar el rigor en el análisis, mejorar la contextualización de los textos y acrecentar la conciencia de que los condicionamientos personales pueden afectar a la objetividad de su interpretación.

Con todo, es indudable que, para bien y para mal, el posmodernismo ha afectado profundamente a la historiografía durante la época de entresiglos, y sólo muy recientemente está perdiendo su vigor. Georg G. Iggers, uno de los mejores conocedores de la evolución de la historiografía occidental de los siglos XIX y XX, eligió como subtítulo de una



de sus obras de referencia el significativo «de la objetividad científica al reto posmoderno». Como suele suceder, el grueso de los trabajos históricos se sigue fundamentado, en la actualidad, en unos parámetros tradicionales, pero esa arista cortante de la innovación historiográfica ha puesto en tela de juicio los presupuestos en los que se basaba la ciencia histórica desde su fundación como disciplina científica en el siglo xix.

En este nuevo contexto intelectual, una de las aplicaciones fundamentales en las ciencias sociales fue el descubrimiento de la primacía del lenguaje, de los códigos y de los símbolos. La década de los setenta fue, al igual que lo había sido la de los veinte, una época de intenso diálogo interdisciplinar en el seno de las ciencias sociales. Se tendieron puentes, sobre todo, entre la historia, la antropología y la lingüística. Se puso el énfasis en el discurso, más que en la estructura. Es entonces cuando se comienza a hablar del postestructuralismo, con nombres asociados a él como Barthes, Foucault, Deleuze y Derrida. En el campo más estrictamente historiográfico, la generación de historiadores de este decenio reaccionó frente a la historia económica y social, reivindicando el papel de la cultura en unos planteamientos claramente influidos por la antropología.

Si la historiografía norteamericana fue quien más rápidamente se adaptó a las nuevas tendencias, en Gran Bretaña el cambio se verificaría por una transformación en los intereses de investigación, como se pone de manifiesto en el «giro culturalista» de Edward P. Thompson, cuyos estudios se centraron a partir de entonces en los aspectos culturales e intelectuales. En Francia este viraje se materializaría en el acceso al poder académico de la tercera generación de los *Annales* (véase p. 264). En la siempre inquieta historiografía italiana, el cambio daría como consecuencia la emergencia de la «microhistoria», que es analizada más adelante. Todos estos frentes de renovación pueden ser sintetizados en la consolidación de dos «giros disciplinares», el antropológico y el lingüístico.

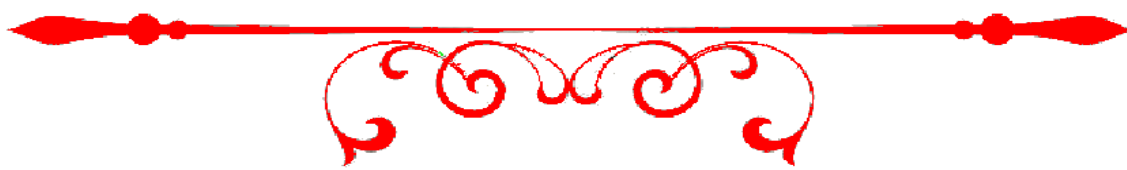
El giro antropológico y estructuralista

En efecto, la historiografía dirigió su mirada, a partir de la década de los sesenta, hacia la antropología, de la que pronto asumió muchos de sus postulados y aportaciones metodológicas y preferencias temáticas. En primer lugar, hay que

distinguir claramente dos sentidos del término «antropología», que responden a la doble vertiente de esta disciplina: la teórica y la inductiva. La primera, más relacionada con la filosofía, tiene una vertiente más especulativa y sus practicantes no son propiamente «profesionales de la antropología», sino más bien intelectuales que usan sus postulados teóricos para desarrollar sus escritos. Este sería el caso de Jacques Lacan, Michel Foucault y Georges Dumézil. La segunda vertiente de la antropología es la más específica y propia de la disciplina, y está relacionada con su profesionalización, conseguida a lo largo del siglo xx. Uno de sus fundadores sería Claude Lévi-Strauss y cabría destacar también a E. E. Evans-Pritchard, Victor Turner y Clifford Geertz.

En todo caso, practicantes de una y otra dimensión antropológica empezaron a influir notablemente en la disciplina histórica. Este cambio de orientación, que algunos han denominado «giro antropológico de la historia», tuvo unos referentes intelectuales bien localizados: en un primer momento, la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss (1908-2009); después, la de algunos filósofos relacionados con el psicoanálisis, como Jacques Lacan (1901-1981), y la antropología postestructural de Georges Dumézil (1898-1986) y, sobre todo, de Michel Foucault (1926-1984). Por fin, cabe destacar la tendencia más reciente de la antropología simbólica, abanderada por el norteamericano Clifford Geertz (Geertz, 1973), que ha influido en todo el renovado campo de la nueva historia cultural y política. También han proliferado los trabajos de la crítica literaria más emparentada con la antropología, sobre todo la que se dedica al estudio de los mitos literarios, entre los que cabe destacar a Northrop Frye (1912-1991). De este contexto se han beneficiado también algunos autores más teóricos, como Hayden White y Paul Ricoeur, así como la recuperación de las obras del formalista ruso Mikhail Bakhtin (1895-1975), a través de su concepto *dialogic irriagination*, que tanta influencia posterior ha tenido.

De entre todos ellos, cabe destacar a la figura poliédrica de Foucault, uno de esos intelectuales que son tan difíciles de clasificar pero que al mismo tiempo basan buena parte de su eficacia en esa misma borrosidad disciplinar. Michel Foucault consiguió aglutinar en torno a su obra buena parte de los valores que la revolución de 1968 había puesto sobre el tapete: la crítica al poder y al saber establecido, la denuncia de los mecanismos ocultos de dominación y un hábil manejo del nuevo lenguaje filosófico-semiótico (Dreyfus y Rabinow,



1982). Sus obras más influyentes fueron *Historia de la locura* (1961), *Las palabras y las cosas*, *Una arqueología de las ciencias humanas* (1966) y *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión* (1975). La recepción de Foucault en la historia vino de la mano de algunos teorizadores como Paul Veyne. En su influyente ensayo *Cómo se escribe la historia* (1978), dedicó un apartado a la función revolucionaria del antropólogo francés en la disciplina histórica. Al mismo tiempo, Foucault ha recibido duras críticas por su lenguaje abstracto y generalizador, que le hacía impenetrable a la crítica. Pero nadie puede negar su papel intermediario entre la antropología, la lingüística y la historia (Dosse, 1991-1992).

Todo este influjo de la antropología se materializó en la transformación de muchos estudios históricos durante las décadas de los setenta y los ochenta, cuando un grupo de historiadores, sobre todo provenientes del altomodernismo, entre los que cabe destacar a Natalie Z. Davis, Carlo Ginzburg, Peter Burke, Robert Darnton y Simon Schama, realizaron un serio esfuerzo por renovar las temáticas y las metodologías, en clara sintonía con las aportaciones de la nueva antropología, acometiendo una serie de estudios sobre la vida ritual en las sociedades de la Edad Moderna, la cultura popular, las fiestas, las ceremonias, los cultos populares. En los departamentos de historia de las universidades —particular, mente en las norteamericanas, y singularmente, por el enorme influjo que tuvieron las ideas que se generaron en sus seminarios, especialmente el de la Universidad de Princeton— debatieron conjuntamente historiadores y antropólogos, dando lugar a una fructífera negociación disciplinar.

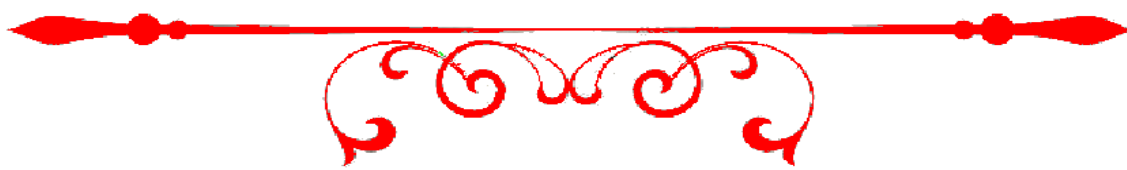
De este modo, los estudios de etnografía quedaban definitivamente incorporados al mundo historiográfico. A los estudios de la primera Edad Moderna se les unió poco después un buen grupo de monografías dedicadas a la época medieval. En América destacaron los estudios hagiográficos de Peter Brown sobre la época paleocristiana y de Patrick Geary sobre la devoción de las reliquias en la Alta Edad Media. En el viejo continente fueron iniciativas importantes las obras impulsadas por Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt desde la prestigiosa plataforma institucional que representa la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*. Le Goff dirigía la obra colectiva *La nueva historia* (1978) junto a Roger Chartier y Jacques Revel: los postulados de la llamada tercera generación de los *Annales* quedaban más claramente expuestos y se emparentaban más estrechamente con las otras

ciencias sociales como la antropología y la lingüística.

A partir de la década de los ochenta, este maridaje entre la historia y la antropología se enriqueció por las metodologías y enfoques provenientes de la antropología simbólica, cuyos máximos representantes han sido Clifford Geertz (1926-2006) y Victor Turner (1920-1983). Uno de los volúmenes más representativos de esta renovada concepción de la teología política es una obra colectiva sobre los ritos del poder en la Edad Media y la modernidad (Wilentz, 1983). En esta obra se acometen temáticas como las formas simbólicas del poder, los rituales y las ceremonias de los monarcas, la transmisión de la memoria a través de los discursos históricos, los límites del poder, la dimensión sacra de las monarquías, las imágenes y símbolos, la función de las cortes como agentes de una cultura específica de las diferentes monarquías, las manifestaciones carismáticas de los reyes y, por fin, la cuestión de la centralidad de las monarquías respecto a los otros centros de poder en las sociedades tradicionales. La antropología simbólica, tal como era representada en las décadas de los setenta y los ochenta por Clifford Geertz, Mary Douglas (1921-2007) y Marshall Sahlins (1930-), se convierte cada vez más en modelo para la investigación histórica (Sahlins, 1985).

El giro lingüístico

Paralelamente a ese enriquecimiento mutuo entre historia y antropología, la disciplina histórica asimiló también algunas de las nuevas propuestas teóricas que provenían del campo de la lingüística. A finales de la década de los sesenta y durante la de los setenta, se produce una triple relación entre historia, lingüística y antropología cultural, desde el momento en que Claude Lévi-Strauss consiguió un prematuro uso de los modelos lingüísticos en la interpretación de los procesos sociales. A partir de Lévi-Strauss, las derivaciones de la sociolingüística aplicada a la historia se multiplican. El influjo del giro lingüístico en la historiografía se concreta en un severo cuestionamiento de la creencia tradicional de que una investigación histórica racional nos permite llegar a un conocimiento auténtico del pasado. Algunos historiadores franceses y norteamericanos fueron quienes lideraron este cuestionamiento, particularmente Roland Barthes y Hayden White (Barthes, 1967, pp. 65-75; White, 1973). Este punto de inflexión tenía unos claros precedentes. Uno de los textos fundadores de esta corriente es el



Curso de lingüística general, del lingüista suizo Ferdinand de Saussure, publicado póstumamente en 1916. Allí se afirmaba que el lenguaje forma un sistema autónomo cerrado en sí mismo, el cual posee una estructura. Así, llegó a afirmarse que el lenguaje no es un medio para comunicar sentido o unidades de sentido, sino a la inversa: el sentido es una función del lenguaje. El hombre no se sirve del lenguaje para transmitir sus pensamientos, sino que lo que el hombre piensa está condicionado por el lenguaje.

El debate en Francia se ha actualizado con Jacques Derrida, cuyos referentes intelectuales se remontan hasta Roland Barthes. La contextualización deja entonces de tener relevancia, y ganan en importancia los planteamientos formalistas, porque se quiebran los nexos de referencialidad entre el texto y el contexto. Incluso se llega a separar, en los planteamientos abstractos de Michel Foucault, el texto de su creador, porque se niega la intencionalidad humana como elemento creador de sentido. Si en Saussure todavía existía la relación entre el signo, la palabra (el significante) y la cosa a la que ese signo hacía referencia (el significado), esa unidad se pierde con Derrida, por lo que el lenguaje deja de ser incluso un sistema referencial.

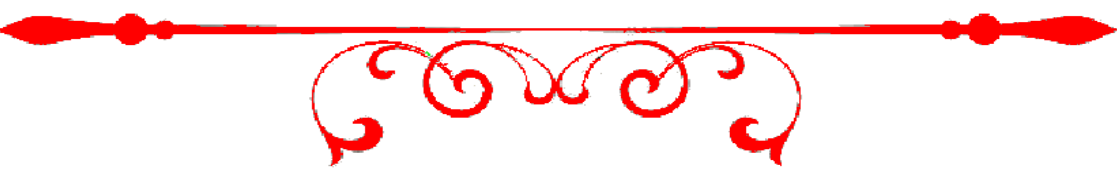
El «giro lingüístico» —*linguistic turn*— es una expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964 y hecha célebre por la colección de ensayos editados por Richard Rorty en 1967. Aunque se trataba de un movimiento de raíz filosófica, pronto influyó en la disciplina histórica. En su aplicación más estricta, la historia pasaba a ser una red lingüística proyectada hacia el pasado. Las palabras de Hans-Georg Gadamer (1900-2002) en su clásico *Verdad y método* (1960) habían sido proféticas, al proponer la naturaleza de la historia como la recopilación de la obra del espíritu humano, escrita en lenguajes del pasado, cuyo texto hemos de entender. En la ecuación *historicidad del texto y textualidad de la historia*, los postulados del giro lingüístico hacían pivotar inequívocamente el resultado hacia el segundo término; o, dicho de otro modo, el significante se imponía al significado. La siguiente cuestión planteada, en cierto modo demoledora, parece obvia: ¿hasta qué punto existe referencialidad en ese texto?

El giro lingüístico ha dado como consecuencia una acusada tendencia al relativismo, que planea actualmente sobre el entero campo de la historiografía actual, como han puesto de manifiesto los planteamientos teóricos de White, LaCapra, Rosenstone, así como del filósofo

holandés Frank Ankersmit (LaCapra, 1985). Este debate, aparentemente reducido al ámbito académico de la disciplina histórica, se extendió también al entero ámbito de las ciencias sociales. La creencia en la objetividad histórica («*that noble dream*», como hemos visto) constituía a su vez el fundamento de las estructuras de poder, idea que aparece explícitamente expresada en los escritos de Foucault y Derrida, y, con anterioridad, en los de Nietzsche y Heidegger. Buena parte de la historiografía feminista y de las mujeres, liderada por Joan Scott, se ha basado, por ejemplo, en esta idea, para iniciar la deconstrucción de un mundo que se ha caracterizado por el dominio masculino desde sus orígenes.

Si son las palabras las que realmente cuentan en la narración histórica, el modo de organizar esos signos pasa a ocupar un lugar privilegiado en la construcción de la obra histórica. Por este motivo, en los debates teóricos actuales se habla cada vez con mayor frecuencia del discurso como forma de comunicación y como forma de organización del trabajo histórico. Sin embargo, no es menos cierto que el mismo concepto de *discurso* tiene muchas acepciones diferentes, como se pone de manifiesto en las diferentes reflexiones narratológicas de los franceses Paul Ricoeur, Michel de Certeau y Michel Foucault, o en el «análisis del discurso» entre los lingüistas anglófonos. En todo caso, el discurso narrativo, recelado hasta la década de los setenta en la historiografía por su aparente incompatibilidad con el rigor del lenguaje científico, ha pasado a ser considerado el entramado fundamental de la obra histórica.

Sin embargo, a pesar de esta evidente deriva relativista, el giro lingüístico ha tenido también consecuencias muy beneficiosas para la historiografía. Quizá la más importante sea el perfeccionamiento de las técnicas del relato y la narración histórica, que ha supuesto un aumento considerable de la divulgación de algunas de esas obras. En efecto, parecen evidentes los beneficios que comporta esta tendencia, porque probablemente, sin esta nueva preocupación por la forma de la narración, no hubieran sido creados relatos tan sugerentes como el *Domingo de Bouvines* de Georges Duby (1973), el *Martin Guerre* de Natalie Z. Davis (1982) o el *Menocchio* de Carlo Ginzburg (1976). Al mismo tiempo, el retorno al relato ha facilitado también la recuperación de algunos viejos temas de investigación, dotándolos de una metodología y de una forma renovada, como es el caso de la nueva historia política, la historia de la religión o la



historia social del lenguaje, que son analizados detalladamente más adelante.

Ha habido también una corriente de «tercera vía», que ha intentado aplicar el giro lingüístico a la historia pero sin caer en sus efectos más relativizantes. Estos historiadores parten de la convicción de la función esencial del lenguaje en la recuperación del pasado y la beneficiosa función del giro lingüístico, que ha alertado a los historiadores a no deslumbrarse por una aproximación excesivamente «científica» del pasado. Pero, al mismo tiempo, se muestran muy recelosos de los efectos demoledores que una postura excesivamente radical y relativista produce en la disciplina histórica. Los análisis de historiografía medieval de Gabrielle Spiegel y Nancy Partner son típicos de esta postura intermedia, así como las narraciones de Natalie Z. Davis.

La crisis de la historia

Los dos giros historiográficos analizados representaron un cambio de orientación historiográfico tan profundo que provocaron, a principios de la década de los ochenta, fuertes turbulencias en el seno de la disciplina histórica. Lo que vulgarmente se denominó en aquellos años como la crisis de la historia tiene su fundamento en las repercusiones que había tenido la pérdida de la seguridad que, dentro de sus limitaciones, proporcionaban los perdidos modelos asociados a los postulados cientifistas del historicismo clásico decimonónico y a los paradigmas de posguerra. A pesar de una cierta revitalización con algunas renovaciones desde dentro como los *Workshops* de Raphael Samuel y los *Cultural Studies* de Raymond Williams, la crisis del materialismo histórico era evidente, como lo era la de los anacrónicos regímenes todavía sustentados por la ideología marxista.

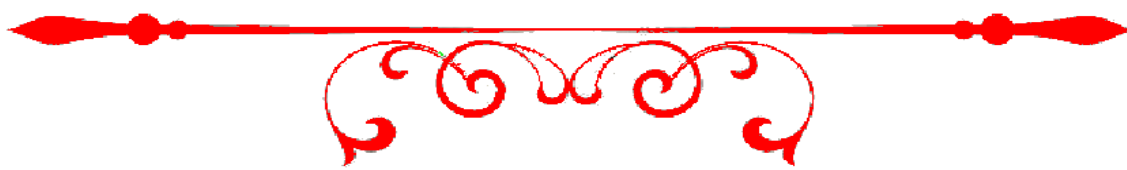
Al mismo tiempo, las transformaciones de la década de los setenta habían desencadenado también la desaparición definitiva de las llamadas escuelas o tradiciones nacionales. Si la tradición alemana había llevado la voz cantante en el siglo XIX con el historicismo y la tradición francesa podía enorgullecerse de haber generado en su seno la escuela más influyente desde el punto de vista estrictamente historiográfico del siglo XX, había ahora un hueco hegemónico por llenar que, sencillamente, no fue ocupado por nadie. Los procesos de globalización, que fueron afectando

paulatinamente a todas las esferas de la realidad, se experimentaron también en la disciplina histórica. Quizá por este motivo, es la integradora y ecléctica tradición historiográfica norteamericana la que lleva hoy la voz cantante.

Caídos definitivamente en desuso los modelos del paradigma de posguerra, iniciada la experimentación con la historia narrativa, desaparecidas prácticamente las tradiciones nacionales hegemónicas, ¿qué pasó con la historiografía durante las décadas de los ochenta y los noventa? La historia ha buscado, desde entonces, una especie de tercera vía, que pretendía una síntesis entre el viraje cultural de la historia de las mentalidades y el viraje lingüístico de la nueva historia narrativa. Esta tercera vía se concretó, no sin dificultades, en algunos ámbitos de estudio — más que en unas tendencias determinadas— que están presentes en la actualidad, de uno u otro modo, en el panorama historiográfico, como la microhistoria, la nueva historia política, la nueva historia cultural, la historia social del lenguaje o la historia religiosa.

Pero antes de que esas nuevas tendencias se asentaran definitivamente, la historia tuvo que pasar un doloroso periodo de turbulencias durante este periodo. Puestos en duda los mismos fundamentos de la disciplina, la temida crisis se asentó en su seno por un tiempo. La crisis de la disciplina histórica tiene dos raíces: por un lado, la «amenaza» del relativismo, que puso en duda la posibilidad del conocimiento histórico objetivo; por otro, la desorientación de la disciplina histórica, que buscaba su lugar en el ámbito de las ciencias sociales tras apostar decididamente por un lenguaje verdaderamente humano, propio de esas ciencias, en lugar del científico, propio de las ciencias experimentales.

La paradoja del método histórico estalló con toda su fuerza a principios de la década de los ochenta. Carlo Ginzburg había declarado poco antes: «Desde Galileo, el enfoque cuantitativo y antiantropocéntrico sobre las ciencias de la naturaleza ha colocado a las ciencias humanas en un desagradable dilema, ya que deben adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos o bien adoptar un criterio científico firme que alcance resultados que no tengan gran importancia» (Ginzburg, 1979, p. 276). La historia de la disciplina histórica es, en parte, una oscilación entre un extremo y otro. Durante la década de los setenta, el desencanto respecto al segundo enfoque



—la adopción de un criterio científico firme aun a costa de la pérdida de relevancia de los resultados— trajo consigo un regreso al primero — la adopción de un criterio científico poco sólido con vistas a obtener resultados significativos desde el punto de vista de las ciencias humanas.

Probablemente sea esta una de las claves de la crisis por la que pasó la disciplina histórica. Los ejercicios retóricos y teóricos de los historiadores de las décadas de los setenta y los ochenta pusieron de manifiesto que, dada la imposibilidad de plantearse radicalmente el problema del *contenido* del pasado, había que centrar el debate en la *forma* con que el historiador intenta acceder a ese pasado y lo re-crea a través de una nueva narración. Entre esos trabajos teóricos destacaba *The Content of the Form (El contenido de la forma)* de Hayden White (1989). Desde luego, uno de los logros más significativos de este volumen es su mismo enunciado, cuyo significado más profundo remite a todo el debate acerca de la verdadera naturaleza del conocimiento histórico. White se posicionaba así a favor de los formalistas. No habría que preguntarse, por tanto, si es posible un conocimiento histórico objetivo, sino más bien si es legítimo un determinado método que nos lleve a una más o menos aproximada re-lectura de la historia. La realidad histórica es inabarcable, como lo es la misma realidad. Sin embargo, algunos planteamientos menos radicales y más posibilistas —como el de la hermenéutica de Paul Ricoeur— han matizado las posturas más relativistas y han reconocido el valor fundamental del relato como mediador de la realidad histórica, al tiempo que han abogado por la posibilidad de recuperar la realidad histórica a través de sus improntas.

En el fondo de estos planteamientos subyace la realidad de que cada vez le resulta más difícil a la historiografía distinguir lo central de lo excéntrico, lo sustancial de lo accidental. En este sentido, la narración de lo singular debe venir acompañada de los matices que nos permitan descubrir su relación con los aspectos esenciales de la cultura a la que pertenece su contexto. Eso es, al menos, lo que han intentado realizar los experimentos microhistóricos, tan familiarizados con la documentación judicial.

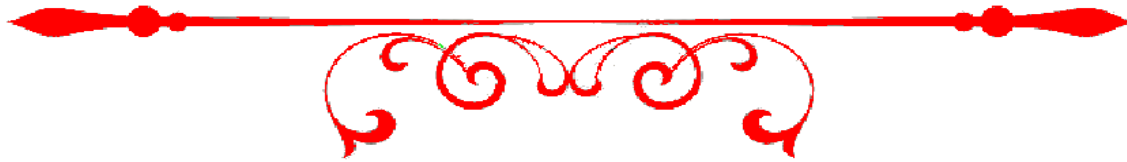
El otro gran frente de la crisis de la disciplina histórica durante la década de los ochenta fue el del debate entre la historia y las ciencias sociales. Durante la década anterior, la historia había centrado la atención en el resurgimiento de la narrativa, como alternativa a los lenguajes

totalizantes y esquemáticos de los modelos asociados al paradigma de posguerra. Esta tendencia requería el dominio de un lenguaje cercano a las ciencias sociales como la sociología, la antropología, la psicología y la lingüística junto al de la propia historia. En este sentido, en la desorientación de este periodo hay algo de crisis de identidad de la historia respecto a las demás ciencias sociales. El flujo comunicativo con las ciencias sociales fue enormemente enriquecedor para la historia, planteó en su seno un serio debate respecto a la verdadera naturaleza de sus objetivos. Si la historia es cada vez más narrativa, pierde el estatuto científico. Al mismo tiempo, las propias ciencias sociales, particularmente la sociología y la antropología, experimentaron su propio «giro narrativo» durante estas dos décadas, por lo que la problemática se extendió al campo de las ciencias sociales. Al mismo tiempo, la historia aporta a las ciencias sociales unas notas de absolutización y totalidad, a través de una visión integrada del pasado, que ninguna de ellas es capaz de alcanzar por sí sola. No en vano emergió también durante la década de los ochenta un giro histórico en el ámbito de las ciencias sociales, todavía hoy muy presente entre todas esas disciplinas (MacDonald, 1996).

Todos estos son problemas que siguen actualmente planteados, aunque evidentemente la intensidad del debate se ha atemperado ante la resolución de alguno de los problemas epistemológicos que se pusieron de manifiesto con tanta crudeza en aquellos años. Hoy nadie duda de la eficacia del resurgimiento de los métodos narrativos, que se ven como un procedimiento adecuado a través del cual la historia ha conseguido no sólo recuperar la conexión con el lenguaje del pasado, sino también con el lenguaje del presente, haciéndolo más referencial y comprensible. Junto a los evidentes efectos terapéuticos de la narrativización, también cabe destacar la benéfica función que desplegaron las nuevas historias a partir de la década de los ochenta.

Hayden White

El historiador norteamericano Hayden White (1928-) es uno de los principales exponentes del giro lingüístico que la disciplina histórica experimentó a partir de la década de los setenta. Su obra *Metahistorja. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973) ha sido una de las más influyentes de los últimos decenios y da una muestra de la fuerza que ha adquirido la misma subdisciplina de la historiografía dentro del



panorama general de la disciplina histórica. El libro combina con eficacia la teoría de la historia con la teoría literaria, en su detallada interpretación de las ideas de las figuras más representativas de la historia y la filosofía de la historia en el siglo XIX: Hegel, Marx, Nietzsche y Croce como referentes teóricos y Michelet, Ranke, Toqueville y Burckhardt como referentes propiamente historiográficos. White desarrolló estas ideas con más hondura en sus siguientes libros, habitualmente recopilaciones de artículos (*The Content of the Form*, 1987, y *Figural Realism*, 1999), donde sostiene que la escritura de la historia no se diferencia, a nivel formal, de la poesía, del relato ficcional. Si bien el trabajo filológico sobre las fuentes puede establecer los hechos, toda concatenación de ellos para obtener una visión global y coherente es determinada por apreciaciones estéticas, morales y subjetivas no científicas.

La narración histórica depende de un nivel más profundo, casi inconsciente e irracional, por el que el historiador realiza un acto específicamente poético. En ese acto mental es donde el historiador prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el que aplica las teorías

específicas que utilizará, posteriormente, para explicar «lo que realmente sucedió», según la célebre máxima rankeana. La *poética histórica*, adquirida apriorísticamente y de un modo más o menos reflexivo, es la que condiciona el resultado de la investigación histórica. White basa su concepción de la historia en la prioridad del discurso, la narración y la articulación lingüística por encima de su carácter supuestamente científico.

La obra de White no se puede considerar plenamente «histórica», porque transita entre los parámetros de la filosofía, la lingüística, la semiótica y la propia historia. Sin embargo, su influjo historiográfico ha sido tan grande que se le considera el representante más característico del posmodernismo historiográfico. Al considerar el texto histórico un artefacto literario, que debe ser interpretado por tanto como una obra literaria, ha contribuido a un mayor diálogo entre historiadores y críticos literarios, al utilizar como referentes a autores provenientes de esta última disciplina como Erich Auerbach (1902-1957), Northrop Frye (1912-1991) y Mikhail M. Bakhtin (189-1975).

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

A partir de la lectura del Texto de apoyo, completa con la información que encuentres, el siguiente cuadro, con el propósito de caracterizar y comprender el periodo historiográfico abordado. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

Temporalidad en la que se ubica esta corriente historiográfica y contexto en el que se enmarca	
Espacio en el que se desarrolla	
Características generales de la historiografía del periodo	
Autores representativos y sus obras	



PRIMERA PARTE
I. "STULTIFERA NAVIS"*

MICHEL FOUCAULT

M
i
c
h
e
l

F
o
u
c
a
u
l
t

Al final de la Edad Media, la lepra desaparece del mundo occidental. En las márgenes de la comunidad, en las puertas de las ciudades, se abren terrenos, como grandes playas, en los cuales ya no acecha la enfermedad, la cual, sin embargo, los ha dejado estériles e inhabitables por mucho tiempo. Durante siglos, estas extensiones pertenecerán a lo inhumano. Del siglo XIV al XVII, van a esperar y a solicitar por medio de extraños encantamientos una nueva encarnación del mal, una mueca distinta del miedo, una magia renovada de purificación y de exclusión.

Desde la Alta Edad Media, hasta el mismo fin de las Cruzadas, los leprosarios habían multiplicado sobre toda la superficie de Europa sus ciudades malditas. Según Mateo de París, había hasta 19 mil en toda la Cristiandad.³ En todo caso, hacia 1266, en la época en que Luis VIII estableció en Francia el reglamento de leprosarios, se hace un censo y son más de 2 mil. Hubo 43 leprosarios solamente en la diócesis de París: se contaban entre ellos Burg-le-Reine, Corbeil, Saint-Valère, y el siniestro Champ-Pourri; estaba también Charenton. Los dos más grandes se encontraban en la inmediata proximidad de París y eran Saint-Germain y Saint-Lazare:⁴ volveremos a encontrar su nombre en la historia de otra enfermedad. Después del siglo XV se hace el vacío en todas partes; Saint-Germain, desde el siguiente siglo, se vuelve una correccional para muchachas; y antes de que llegue San Vicente, ya no queda en Saint-Lazare más que un solo leproso, "el señor de Langlois, abogado en la corte civil". El leprosario de Nancy, que figura entre los más grandes de Europa, cuenta solamente con cuatro enfermos durante la regencia de María de Médicis. Según las Mémoires de Catel, existían 29 hospitales en Tolosa hacia el fin de la Edad Media, de los cuales siete eran leprosarios; pero a principios del siglo XVII se mencionan tres solamente: Saint-Cyprien, Arnaud- Bernard y

Saint-Michel.⁵ Se celebra con gusto la desaparición de la lepra: en 1635 los habitantes de Reims hacen una procesión solemne para dar gracias a Dios por haber librado a la ciudad de aquel azote.⁶

Desde hacía ya un siglo, el poder real había emprendido el control y la reorganización de la inmensa fortuna que representaban los bienes inmuebles de las leproserías; por medio de una ordenanza del 19 de diciembre de 1543, Francisco I había ordenado que se hiciera un censo y un inventario "para remediar el gran desorden que existía entonces en los leprosarios"; a su vez, Enrique IV prescribió en un edicto de 1606 una revisión de cuentas, y afectó "los dineros que se conseguirían en esta búsqueda al mantenimiento de gentiles-hombres pobres y soldados baldados". El 24 de octubre de 1612 se vuelve a ordenar el mismo control, pero esta vez se decide que se utilicen los ingresos excesivos para dar de comer a los pobres.⁷

En realidad, la cuestión de los leprosarios no se arregló en Francia antes del fin del siglo XVII, y la importancia económica del problema suscitó más de un conflicto. ¿No existían aún, en el año de 1677, 44 leprosarios solamente en la provincia del Delfinado?⁸ El 20 de febrero de 1672, Luis XIV otorga a las órdenes de San Lázaro y del Monte Carmelo los bienes de todas las órdenes hospitalarias y militares; se les encarga administrar los leprosarios del reino.⁹ Unos veinte años más tarde se revoca el edicto de 1672 y por una serie de medidas escalonadas, de marzo de 1693 a julio de 1695, los bienes de los leprosarios deberán afectarse en adelante a los otros hospitales y establecimientos de asistencia. Los pocos leprosos dispersos aún en las 1200 casas que todavía existen, serán reunidos en Saint-Mesmin, cerca de Orleáns.¹⁰ Estas prescripciones se aplican primeramente en París, donde el Parlamento transfiere los ingresos en cuestión al Hôpital

* Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, 3 vols., México, FCE, 1967, tomo I (Breviarios).

³ Citado en Collet, *Vie de Saint Vincent de Paul*, 1. París, 1818, p. 293.

⁴ Cf. J. Lebeuf, *Histoire de la ville et de tout le diocèse de Paris*, Paris, 1754-1758.

⁵ Citado en H. M. Fay, *Lépreux et cagots du Sud-Ouest*, París, 1910, p. 285.

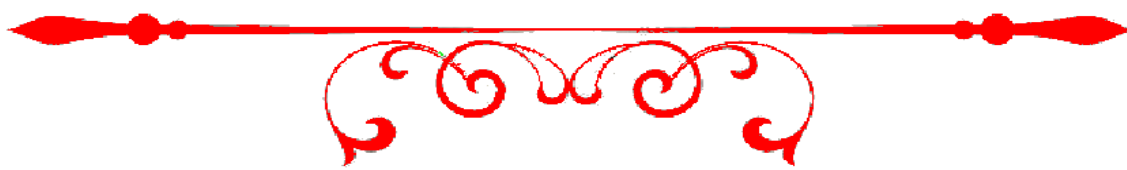
⁶ P.-A. Hildenfänger, *La Léproserie de Reims du XIIe au XVIIIe siècle*, Reims, 1906, p. 233.

⁷ Delamare, *Traité de Police*, París, 1738, t. I, pp. 637-639.

⁸ Valvonnais, *Histoire du Dauphiné*, t. II, p. 171.

⁹ L. Cibrario, *Précis historique des ordres religieux de Saint-Lazare et de Saint-Maurice*, Lyon, 1860.

¹⁰ Rocher, *Notice historique sur la maladrerie de Saint-Hilaire-Saint-Mesmin*, Orléans, 1866.



Général: el ejemplo es imitado por las jurisdicciones provinciales; Tolosa afecta los bienes de sus leprosarios al hospital de los incurables (1696); los de Beaulieu, en Normandía, pasan al Hôtel-Dieu de Caen; los de Voley son otorgados al hospital de Sainte-Foy.¹¹ Sólo, con Saint-Mesmin, el recinto de Ganets, cerca de Burdeos, quedará como testimonio.

Para un millón y medio de habitantes, existían en el siglo XII, en Inglaterra y Escocia, 220 leprosarios. Pero en el siglo XIV el vacío comienza a cundir; cuando Ricardo III ordena una investigación acerca del hospital de Ripon, en 1342, ya no hay ningún leproso, y el rey concede a los pobres los bienes de la fundación. El arzobispo Puisel había fundado a finales del siglo XII un hospital, en el cual, en 1434, solamente se reservaban dos plazas para leprosos, y eso si se pudiera encontrar alguno.¹² En 1348 el gran leprosario de Saint-Alban tiene solamente tres enfermos; el hospital de Rommenall, en Kent, es abandonado veinticuatro años más tarde, pues no hay leprosos. En Chatam, el lazareto de San Bartolomé, establecido en 1078, había sido uno de los más importantes de Inglaterra; durante el reinado de Isabel no tiene ya sino dos pacientes, y es suprimido finalmente en 1627.¹³

El mismo fenómeno de desaparición de la lepra ocurre en Alemania, aunque quizás allí la enfermedad retroceda con mayor lentitud; igualmente observamos la conversión de los bienes de los leprosarios (conversión apresurada por la Reforma, igual que en Inglaterra) en fondos administrados por las ciudades, destinados a obras de beneficencia y establecimientos hospitalarios; así sucede en Leipzig; en Munich, en Hamburgo. En 1542, los bienes de los leprosarios de Schleswig-Holstein son transferidos a los hospitales. En Stuttgart, el informe de un magistrado, de 1589, indica que desde cincuenta años atrás no existen leprosos en la casa que les fuera destinada. En Lipplingen, el leprosario es ocupado rápidamente por incurables y por locos.¹⁴

Extraña desaparición es ésta, que no fue lograda, indudablemente, por las oscuras prácticas de los médicos: más bien debe de ser resultado

espontáneo de la segregación, así como consecuencia del fin de las Cruzadas, de la ruptura de los lazos de Europa con Oriente, que era donde se hallaban los focos de infección. La lepra se retira, abandonando lugares y ritos que no estaban destinados a suprimirla, sino a mantenerla a una distancia sagrada, a fijarla en una exaltación inversa. Lo que durará más tiempo que la lepra, y que se mantendrá en una época en la cual, desde muchos años atrás, los leprosarios están vacíos, son los valores y las imágenes que se habían unido al personaje del leproso; permanecerá el sentido de su exclusión, la importancia en el grupo social de esta figura insistente y temible, a la cual no se puede apartar sin haber trazado antes alrededor de ella un círculo sagrado.

Aunque se retire al leproso del mundo y de la comunidad de la Iglesia visible, su existencia, sin embargo, siempre manifiesta a Dios, puesto que es marca, a la vez, de la cólera y de la bondad divinas. "Amigo mío —dice el ritual de la iglesia de Vienne—, le place a Nuestro Señor que hayas sido infectado con esta enfermedad, y te hace Nuestro Señor una gran gracia, al quererte castigar por los males que has hecho en este mundo. " En el mismo momento en que el sacerdote y sus asistentes lo arrastran fuera de la Iglesia gressu retrogrado, se le asegura al leproso que aún debe atestiguar ante Dios. "Y aunque seas separado de la Iglesia y de la compañía de los Santos, sin embargo, no estás separado de la gracia de Dios. " Los leprosos de Brueghel asisten de lejos, pero para siempre, a la ascensión del Calvario, donde todo un pueblo acompaña a Cristo. Y testigos hieráticos del mal, logran su salvación en esta misma exclusión y gracias a ella: con una extraña reversibilidad que se opone a la de los méritos y plegarias, son salvados por la mano que no les es tendida. El pecador que abandona al leproso en su puerta, le abre las puertas de la salvación. "Por que tengas paciencia en tu enfermedad; pues Nuestro Señor no te desprecia por tu enfermedad, ni te aparta de su compañía; pues si tienes paciencia te salvarás, como el ladrón que murió delante de la casa del nuevo rico y que fue llevado derecho al paraíso. "¹⁵ El abandono le

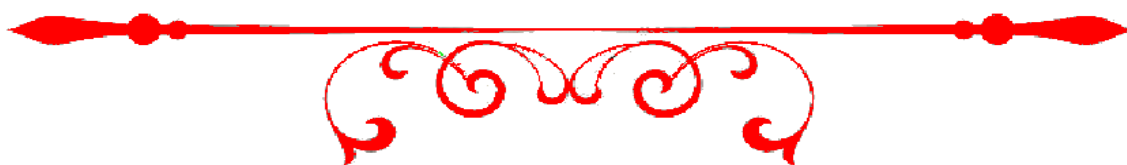
¹¹ J.-A. Ulysse Chevalier, *Notice historique sur la maladrerie de Voley près Romans*, Romans, 1870, p. 61.

¹² John Morrisson Hobson, *Some early and later Houses of Pity*, pp. 12-13.

¹³ Ch. A. Mercier, *Leper Houses and Medieval Hospitals*, p. 19.

¹⁴ Virchow, *Archiv zur Geschichte des Aussatzes*, t. XIX, pp. 71 y 80; t. XX. p. 511.

¹⁵ Ritual de la diócesis de Viena, impreso por orden del arzobispo Gui de Poissieu, hacia 1478. Citado por Charret, *Histoire de l'Église de Vienne*, p. 752.



significa salvación; la exclusión es una forma distinta de comunión.

Desaparecida la lepra, olvidado el leproso, o casi, estas estructuras permanecerán. A menudo en los mismos lugares, los juegos de exclusión se repetirán, en forma extrañamente parecida, dos o tres siglos más tarde. Los pobres, los vagabundos, los muchachos de correccional, y las "cabezas alienadas", tomarán nuevamente el papel abandonado por el ladrón, y veremos qué salvación se espera de esta exclusión, tanto para aquellos que la sufren como para quienes los excluyen. Con un sentido completamente nuevo, y en una cultura muy distinta, las formas subsistirán, esencialmente esta forma considerable de separación rigurosa, que es exclusión social, pero reintegración espiritual.

Pero no nos anticipemos.

El lugar de la lepra fue tomado por las enfermedades venéreas. De golpe, al terminar el siglo XV, suceden a la lepra como por derecho de herencia. Se las atiende en varios hospitales de leprosos: en el reinado de Francisco I, se intenta inicialmente aislarlas en el hospital de la parroquia San Eustaquio, luego en el de San Nicolás, que poco antes habían servido de leproserías. En dos ocasiones, bajo Carlos VIII, después en 1559, se les habían destinado, en Saint-Germain-des-Prés, diversas barracas y casuchas antes utilizadas por los leprosos.¹⁶ Pronto son tantas que debe pensarse en construir otros edificios "en ciertos lugares espaciosos de nuestra mencionada ciudad y en otros barrios, apartados de sus vecinos".¹⁷ Ha nacido una nueva lepra, que ocupa el lugar de la primera. Mas no sin dificultades ni conflictos, pues los leprosos mismos sienten miedo: les repugna recibir a esos recién llegados al mundo del horror. "Est mirabilis contagiosa et nimis formidanda infirmitas, quam etiam detestantur leprosi et ea infectos secum habitare non permittant."¹⁸ Pero si bien tienen derechos de antigüedad para habitar

esos lugares "segregados", en cambio son demasiado pocos para hacerles valer; los venéreos, por todas partes, pronto ocupan su lugar.

Y sin embargo no son las enfermedades venéreas las que desempeñarán en el mundo clásico el papel que tenía la lepra en la cultura medieval. A pesar de esas primeras medidas de exclusión, pronto ocupan un lugar entre las otras enfermedades. De buen o de mal grado se recibe a los venéreos en los hospitales. El Hôtel-Dieu de París los aloja;¹⁹ en varias ocasiones se intenta expulsarlos, pero es inútil: allí permanecen y se mezclan con los otros enfermos.²⁰ En Alemania se les construyen casas especiales, no para establecer la exclusión, sino para asegurar su tratamiento; en Augsburgo los Fúcar fundan dos hospitales de ese género. La ciudad de Nuremberg nombra un médico, quien afirmaba poder "die malafrantzos vertreiben"²¹. Y es que ese mal, a diferencia de la lepra, muy pronto se ha vuelto cosa médica, y corresponde exclusivamente al médico. En todas partes se inventan tratamientos; la compañía de Saint-Côme toma de los árabes el uso del mercurio;²² en el Hôtel-Dieu de París se aplica sobre todo la triaca. Llega después la gran boga del guayaco, más precioso que el oro de América, si hemos de creer a Fracastor en su *Syphilidis* y a Ulrich von Hutten. Por doquier se practican curas sudoríficas. En suma, en el curso del siglo XVI el mal venéreo se instala en el orden de las enfermedades que requieren tratamiento. Sin duda, está sujeto a toda clase de juicios morales: pero este horizonte modifica muy poco la captación médica de la enfermedad.²³

Hecho curioso: bajo la influencia del mundo del internamiento tal como se ha constituido en el siglo XVII, la enfermedad venérea se ha separado, en cierta medida, de su contexto médico, y se ha integrado, al lado de la locura, en un espacio moral de exclusión. En realidad no es allí donde debe buscarse la verdadera herencia de la lepra, sino en

¹⁶ Pignot, *Les Origines de l'Hôpital du Midi*, París, 1885, pp. 10 y 48.

¹⁷ Según un manuscrito de los Archives de l'Assistance publique (expediente Petites-Maisons; legajo 4).

¹⁸ Trithemius, *Chronicon Hisangiense*; citado por Potton en su traducción de Ulric von Hutten: *Sur la maladie française et sur les propriétés du bois de gaïac*, Lyon, 1865, p. 9.

¹⁹ La primera mención de enfermedad venérea en Francia se encuentra en un relato del Hôtel-Dieu, citado por Brièle, *Collection de Documents pour*

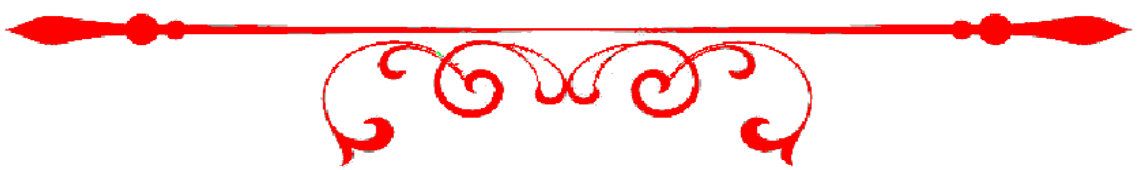
servir à l'histoire des hôpitaux de Paris, París, 1881-1887, III, fasc. 2.

²⁰ Cf. proceso verbal de una visita del Hôtel-Dieu en 1507, citado por Pignot, *loc. cit.*, p. 125.

²¹ Según R. Goldhahn, *Spital und Arzt von Einst bis Jetzt*, p. 110.

²² Béthencourt le da ventaja sobre cualquier otra medicación, en su *Nouveau carême de pénitence et purgatoire d'expiation*, 1527.

²³ El libro de Béthencourt, pese a su título, es una rigurosa obra de medicina.



un fenómeno bastante complejo, y que el médico tardará bastante en apropiarse.

Ese fenómeno es la locura. Pero será necesario un largo momento de latencia, casi dos siglos, para que este nuevo azote que sucede a la lepra en los miedos seculares suscite, como ella, afanes de separación, de exclusión, de purificación que, sin embargo, tan evidentemente le son consustanciales. Antes de que la locura sea dominada, a mediados del siglo XVII, antes de que en su favor se hagan resucitar viejos ritos, había estado aunada, obstinadamente, a todas las grandes experiencias del Renacimiento.

Es esta presencia, con algunas de sus figuras esenciales, lo que ahora debemos recordar de manera muy compendiosa.

Empecemos por la más sencilla de esas figuras, también la más simbólica. Un objeto nuevo acaba de aparecer en el paisaje imaginario del Renacimiento; en breve, ocupará un lugar privilegiado: es la *Nef des Fous*, la nave de los locos, extraño barco ebrio que navega por los ríos tranquilos de Renania y los canales flamencos.

El *Narrenschiff* es evidentemente una composición literaria inspirada sin duda en el viejo ciclo de los Argonautas, que ha vuelto a cobrar juventud y vida entre los grandes temas de la mitología, y al cual se acaba de dar forma institucional en los Estados de Borgoña. La moda consiste en componer estas "naves" cuya tripulación de héroes imaginarios, de modelos éticos o de tipos sociales se embarca para un gran viaje simbólico, que les proporciona, si no la fortuna, al menos la forma de su destino o de su verdad. Es así como Symphorien Champier compone sucesivamente una *Nef des princes et des batailles de Noblesse* en 1502, y después una *Nef des Dames vertueuses* en 1503; hay también una *Nef de Santé*, junto a la *Blauwe Schute* de Jacob van Oestvoren de 1413, del *Narrenschiff* de Brandt (1497) y de la obra de Josse Bade, *Stultiferae naviculae scaphae fatuarum mulierum* (1498). El cuadro de Bosco, con seguridad, pertenece a esta flota imaginaria.



LAS CONCEPCIONES CONVENCIONALES DE LA HISTORIOGRAFÍA*

HAYDEN WHITE

A comienzos del siglo xviii los pensadores distinguían convencionalmente entre tres tipos de historiografía: fabulosa, verdadera y satírica. Se suponía que la historiografía fabulosa era producto de la invención pura; los hechos eran inventados y presentados *sub specie historiae*, pero con el fin de entretener o de deleitar dando a lo que la imaginación deseaba creer el aspecto de actualidad. No es preciso decir que para pensadores como Bayle y Voltaire este tipo de *histoire romanesque* estaba por debajo del desprecio, no era apropiada para ser escrita por un académico ni para ser leída por un hombre serio. El historiador trabaja con la verdad, y nada más que la verdad; eso decía la teoría. Como decía Bayle en su *Diccionario histórico*:

La historia, hablando en general, es la composición más difícil que puede emprender un autor, o una de las más difíciles. Requiere de gran juicio, estilo noble, claro y conciso, buena conciencia, probidad perfecta, muchos materiales excelentes y el arte de colocarlos en buen orden, y por encima de todo la fuerza de resistir al instinto del celo religioso, que nos impulsa a clamar que lo que citemos es verdad. [I, 170]

Observo que, siendo la verdad el alma de la historia, es esencial para una composición histórica estar libre de mentiras; porque aunque tuviera todas las demás perfecciones, no será historia, sino mera fábula o romance, si le falta la verdad. [173]

El historiador, pues, debía adherirse a la verdad cuanto fuera humanamente posible, evitando a toda costa lo "fabuloso", no inventando nada que no estuviese justificado por los hechos y suprimiendo sus propios prejuicios e intereses partidarios para no exponerse al cargo de calumnia. Como decía Bayle:

La corrupción de las costumbres ha sido tan grande, tanto entre los que han vivido en el mundo como entre los que han vivido fuera de él, que cuanto más quiere una persona dar una relación fiel y verdadera, más corre el riesgo de no componer sino libelos difamatorios. ["Historia y Sátira"]

No se debe pasar por alto el cinismo de Bayle: está sugiriendo que cualquier descripción meramente verídica de la humanidad puede adoptar la apariencia una calumnia, simplemente porque el tipo habitual de humanidad tiende a ser innoble

antes que noble y la *verdad misma*, por lo tanto, probablemente tendrá visos de calumnia.

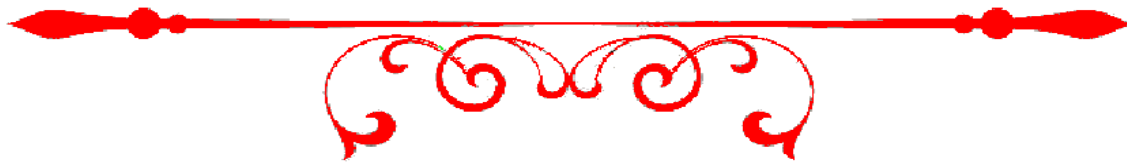
Voltaire, una generación después, tocó el mismo punto: "La historia", dijo, "es el relato de hechos representados como verdaderos. La fábula, por el contrario, es el relato de hechos representados como ficción" (*Works*, X, 61). Todo es muy simétrico. Sin embargo, Voltaire trazaba la línea entre la representación verdadera de los errores y las locuras humanas y las historias escritas para calumniar con falsedad. Refiriéndose a ciertas "memorias fraudulentas" (publicadas con el nombre de Madame de Maintenon) que habían aparecido poco antes, Voltaire comentaba:

Casi cada página está contaminada por afirmaciones falsas y ataques contra la familia real y otras prominentes familias de este reino, sin que el autor haga el menor esfuerzo por dar algún color a sus calumnias. Esto no es escribir historia: es escribir calumnias que merecen la picota. [*Phil. dict.*, *Works*, X, 86-87]

En obras como su propia *Filosofía de la historia*, desde luego, Voltaire no era incapaz de torcer los hechos o sus comentarios sobre ellos en interés de la causa por la cual trabajaba, que era la de la verdad contra la falsedad, la razón contra la locura y las luces contra la superstición y la ignorancia. Pero ahí el interés polémico era manifiesto, y sus reflexiones sobre la historia del mundo adoptaban la forma de un ensayo crítico, antes que la de investigación académica sobre cuál tira la verdad de los hechos. Los hechos funcionaban simplemente como ocasiones para señalar las verdades más generales que Voltaire quería poner ante sus lectores en una forma apropiadamente coloreada.

Muy distinto es el caso de una obra como la *Historia de Carlos XII*, de Voltaire. También ahí los hechos se utilizan para fundamentar la proposición de que es "locura" para un gobernante, por poderoso y talentoso que sea, buscar la "gloria" a través de la conquista y la batalla. Como lo ha señalado Leonel Gossman, esa historia fue escrita como una "parodia de épica", lo que significa que en ella los eventos que constituyeron la vida de Carlos fueron concebidos para figurar una cuasitragedia, una tragedia que falló debido a la "locura" esencial de los objetivos que motivaban al

* Hayden White, *Metahistoria : la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, D.F. : Fondo de Cultura Económica, 2014 (Sección de Obras de Historia), pp. 56-60.



protagonista. Y Voltaire no desperdició una sola oportunidad para comentar sobre la locura esencial de lo que podría llamarse el proyecto o la búsqueda de Carlos, o de figurarla en imágenes que lo sugieren al lector sin decirlo explícitamente. Sin embargo, los hechos están tratados como una estructura de relaciones objetivas que el historiador no puede violar. Es posible extraer una serie de conclusiones diferentes de la consideración de determinado cuerpo de hechos, admitía Voltaire, pero el establecimiento de los hechos, la verdad de los hechos, insistía, tiene que mantenerse por separado de las verdades —moral, estética e intelectual— que se desee derivar de la reflexión sobre los hechos, para no ser acusado de escribir historia "fabulosa" o "satírica" sino alabado por escribir historia "verdadera".

Desde luego, hay una ambigüedad contenida en la yuxtaposición de historia "verdadera" e historia "fabulosa" por un lado e historiografía "satírica" por el otro. Parece sugerir que hay tres especies del género "escritura histórica", dos impropias y una propia, y que las diferencias entre ellas son evidentes por sí mismas. En realidad, sin embargo, es obvio que hay que presuponer un cuarto tipo de conciencia histórica si han de ser admitidas como propias las distinciones hechas —es decir, una conciencia metahistórica que está por encima y juzga entre las afirmaciones que pueden hacer ante el lector los tres tipos de historiografía (fabulosa, satírica y verdadera). En suma, la propia distinción entre los tres tipos de escritura histórica, concebida no en términos de oposición entre la totalmente verdadera y la inventada por completo, sino como diferentes mezclas de verdad y fantasía, representa la ganancia positiva en conciencia histórica —un avance sobre la conciencia histórica de la época anterior— que la Ilustración puede legítimamente atribuirse.

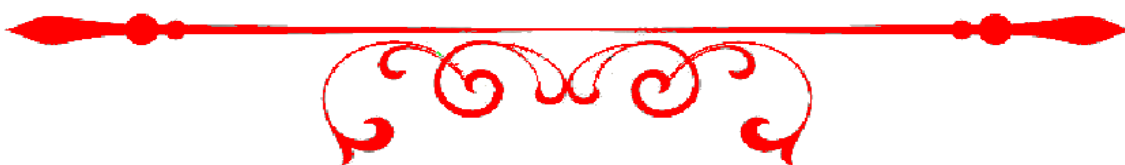
La propia postura de la Ilustración frente a la escritura histórica era en general irónica. No sólo utilizaba el conocimiento histórico para propósitos partidarios o polémicos —como se había hecho en todas las épocas anteriores— sino que lo hacía con plena conciencia de la posibilidad de elegir entre utilizarlo así o practicarlo por sí mismo solamente, como se decía. La escritura de historia por sí misma o al servicio de la verdad misma fue practicada por los grandes historiadores anticuarios del siglo xviii, Ludovico Antonio Muratori y La Curne de Sainte-Palaye, exponentes destacados de la historiografía filológica, que estaban interesados sobre todo en la edición y la valoración crítica de documentos según principios científicos. Pero los grandes anticuarios no habían establecido teóricamente los principios

críticos con base en los cuales podían derivarse verdades intelectuales y morales del estudio de crónicas y anales, ellos sí establecidos como relatos confiables de lo que había sucedido" en el pasado según principios "científicos".

Los racionalistas de la Ilustración —Bayle, Voltaire, Montesquieu, Hume, Gibbon y Kant— y el excéntrico irracionalista Giambattista Vico, reconocían la necesidad de los principios críticos, es decir, metahistóricos, por los cuales pudieran fundamentarse sobre bases racionales las verdades derivadas de la contemplación de hechos pasados en su individualidad y concreción. Si no lograron proveer tales principios, ello no fue resultado de su método de pensamiento sino de la materia misma. El siglo xviii carecía de una teoría psicológica adecuada. Los *philosophes* necesitaban una teoría de la conciencia humana en que la razón no se opusiera a la imaginación como base de la verdad opuesta a la base del error, sino en que se reconociera la continuidad entre razón y fantasía, que se pudiera buscar el modo de su relación como partes de un proceso más general de indagación humana en un mundo imperfectamente conocido, y se pudiera percibir el proceso en que la fantasía o la imaginación contribuían al descubrimiento de la verdad tanto como la razón misma.

Los historiadores creían que la base de toda verdad era la razón y su capacidad de juzgar los productos de la experiencia sensorial y de extraer de esa experiencia contenido de verdad pura *contra* lo que la imaginación quería que esa experiencia fuese. Así, como sostenía Voltaire en su *Filosofía de la historia*, parecía cosa sencilla distinguir entre lo verdadero y lo falso en la historia. No había más que utilizar la razón y el sentido común para distinguir entre lo verdadero y lo fabuloso, entre los productos de la experiencia sensorial presidida por la razón y los productos que aparecían bajo el dominio de la imaginación, en el registro histórico. Así, era posible separar los elementos verdaderos de los fabulosos, y luego escribir una historia en que sólo los elementos verdaderos serían tratados como "hechos" de los cuales podrían derivarse verdades más generales —intelectuales, morales y estéticas.

Esto significaba que cuerpos enteros de datos del pasado —todo lo contenido en leyendas, mitos, fábulas— eran excluidos como evidencia potencial para determinar la verdad acerca del pasado —es decir, el aspecto del pasado que esos cuerpos de datos representaban directamente para el historiador que intentara reconstruir una vida en su integridad y no meramente en términos de sus

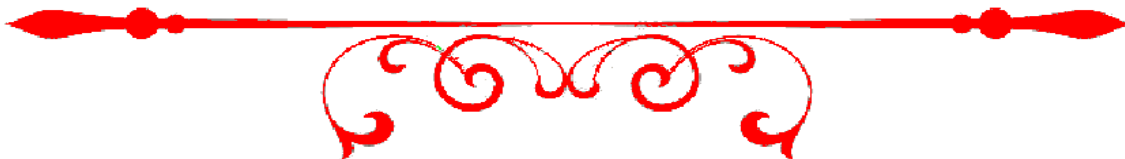


manifestaciones más *racionalistas*. Como los propios Ilustradores estaban consagrados a la razón e interesados en establecer su autoridad en contra de la superstición, la ignorancia y la tiranía de su propia época, no podían estimar más que como testimonio de la irracionalidad esencial de épocas pasadas los documentos en que esas épocas representaban sus verdades para sí mismas, en mitos, leyendas, fábulas y cosas por el estilo. Sólo Vico en su época percibió que el problema histórico era precisamente el de determinar la medida en que una aprehensión puramente "fabulosa" o "mítica" del mundo podía ser apropiada, por cualquier criterio de racionalidad, como base para comprender un tipo específico de vida y acción históricas.

El problema, según lo vio Vico, consistía en descubrir la racionalidad implícita hasta en la más irracional de las imaginaciones humanas, en cuanto tales imaginaciones han servido efectivamente para la construcción de instituciones culturales y sociales por las cuales los hombres han podido vivir sus vidas tanto con como contra la naturaleza misma. La cuestión era: ¿cómo se originó la racionalidad (tal como la conoció su época) dentro de la irracionalidad mayor por la cual debemos presumir que estaba gobernado el hombre antiguo y con base en la cual construyó las formas originales de existencia civilizada, y cómo creció

separándose de ella? Los Ilustradores, debido a que veían la relación entre razón y fantasía en términos de una oposición antes que como una relación parte-todo, no pudieron formular esta pregunta de modo historiográficamente provechoso.

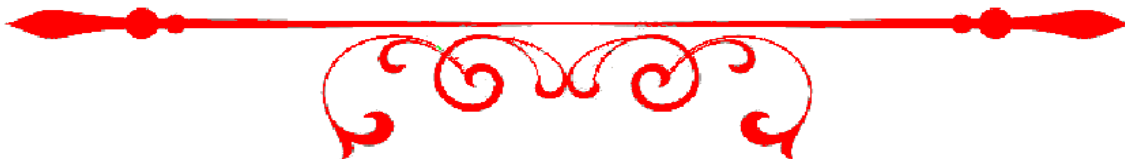
Los ilustradores no negaban los derechos de la fantasía sobre la conciencia humana, pero entendían que el problema era la determinación de las áreas de la expresión humana en que legítimamente podía permitirse libre juego a la fantasía, y de aquellas en que no se le permitía entrar. Y tendían a pensar que la única área en que la fantasía podía afirmar plena autoridad era la esfera del "arte", esfera que contraponían a la "vida" misma en una relación de oposición muy similar a la que suponían que tenía la "irracionalidad" con la "racionalidad". La "vida", a diferencia del "arte", debía ser gobernada por la razón, e incluso el "arte" debía ser practicado con plena conciencia de la distinción entre "verdad" y "fantasía". Y como la historia era primeramente "sobre la vida", y sólo secundariamente "sobre el arte", debía ser escrita no sólo bajo la dirección de la razón sino también, en su perspectiva más amplia, "sobre la razón", utilizando todo conocimiento que la historia pudiera proporcionar sobre la "sinrazón" para la promoción de la causa de la razón en la vida y en el arte.



ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

Tras la lectura y análisis de los Textos fuente, completa el siguiente cuadro. No todos los textos cubren todos los puntos del cuadro.

	Foucault	White
Época abordada por el autor		
Espacio en el que ubica su obra		
Tema abordado		
Fuentes utilizadas		
Visión del proceso histórico		
Sujetos históricos		
Motor de la historia		
Aspecto abordado (político, etc.)		
Significado que le da al proceso histórico		
Tipo de proceso histórico		
Tipo de lenguaje utilizado		



ACTIVIDADES DE AUTOEVALUACIÓN UNIDAD I

RESPONDE BREVEMENTE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS:

Microhistoria

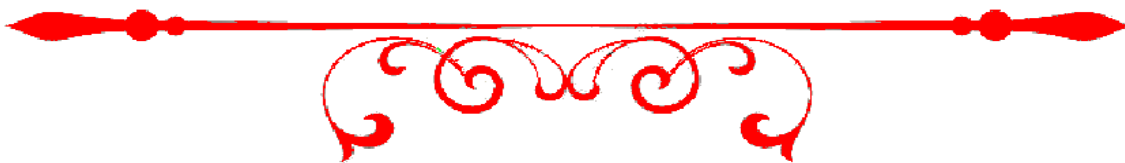
1. ¿Contra qué paradigmas respondió la microhistoria italiana?

2. ¿Qué críticas hace la microhistoria al modelo braudeliano de la Escuela de *Annales*?

3. ¿En qué consiste el constructivismo consciente de Ginzburg?

4. ¿Cuáles son los rasgos más significativos de esta corriente, según Revel?

5. ¿Qué significa la reducción de escala de observación?



6. ¿En qué consiste el modo inductivo?

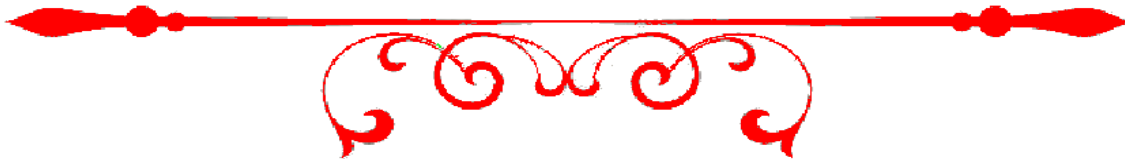
7. ¿Qué significa ver la realidad a ras de suelo?

8. ¿Qué posición tiene la microhistoria frente al documento?

9. ¿Qué significa el contexto?

10. ¿Qué significa el contexto en esta corriente?

11. ¿Qué son las estructuras normativas?



12. ¿Qué posición tiene frente a la filosofía de la historia?

13. ¿Por qué afirman que en la historia no hay certezas ni conocimientos plenos y absolutos?

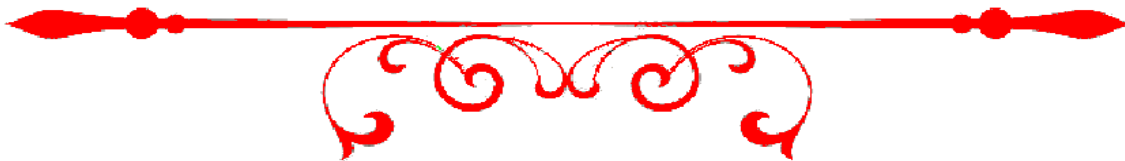
14. ¿Por qué niegan los apriorismos teóricos?

15. ¿Qué significa lo local?

16. ¿Qué intenta con el pasado la microhistoria?

Género

17. Explica a qué se debe la invisibilidad de las mujeres dentro del campo historiográfico.



18. Describe la metodología que se emplea para conceptualizar y escribir una historia de las mujeres.

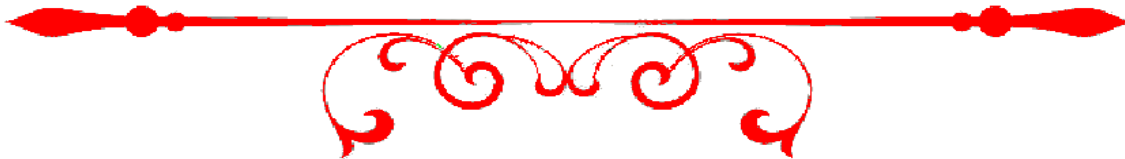
19. ¿Qué diferencia hay entre historia de las mujeres y el concepto de género?

20. ¿Cuáles son los elementos fundamentales de la perspectiva de género en el análisis histórico?

21. Explica las aportaciones de los estudios de género al campo historiográfico.

Subalternos

22. ¿En qué década y lugar surgen los Estudios Subalternos?



23. Explica a qué se refiere el concepto de “Subalterno”.

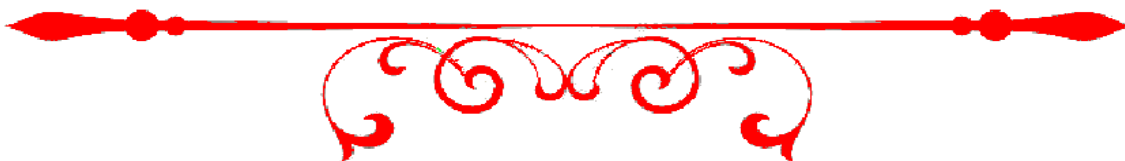
24. Describe cuáles son las contribuciones epistemológicas y metodológicas que tienen los Estudios Subalternos en la historiografía.

25. ¿Quiénes son considerados como sujetos históricos en los Estudios Subalternos?

26. Explica las influencias historiográficas de los Estudios Subalternos.

Sistema–Mundo

27. Para los historiadores pertenecientes al Sistema-Mundo, la historia como disciplina tiene como objetivo...



28. ¿Por qué para los historiadores de este enfoque historiográfico, la historia deja de ser la *ciencia del pasado*?

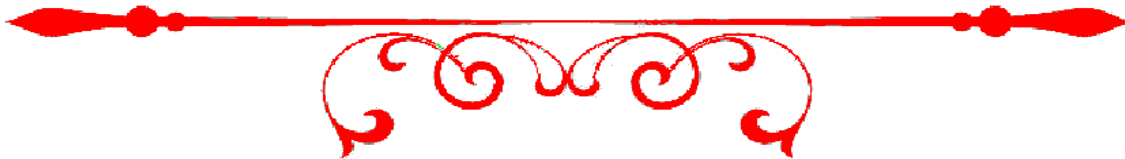
29. Son dos de las categorías marxistas en las que sustentan su enfoque historiográfico

30. De acuerdo al pensamiento de Immanuel Wallerstein, en la edificación de unas nuevas “ciencias sociales-históricas”, debe prevalecer el enfoque...

Historia cultural

31. El método que utiliza la Historia Cultural para estudiar al pasado es por medio *de estudios de casos*”, explica en qué consisten

32. ¿Cuáles son las principales fuentes utilizadas por la Historia Cultural?



33. ¿Por qué la Antropología es la ciencia que más contribuye a la Historia Cultural?

34. Escribe la aportación que hace la Historia Cultural a la Historia como disciplina

Posmodernidad

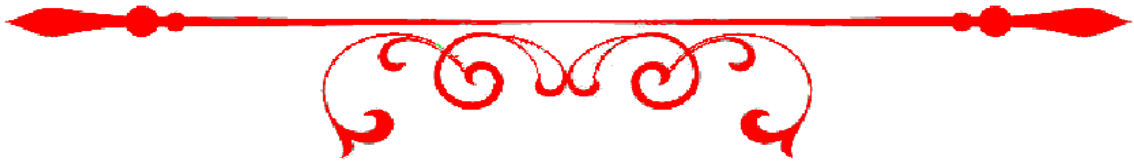
35. ¿Qué paradigmas son los que critican y con los que buscan romper las corrientes historiográficas ubicadas en la “posmodernidad”?

36. ¿Qué es el “giro lingüístico” y cuál es su vínculo con la historiografía?

37. ¿Qué es el “giro antropológico” y cuál su vínculo con la historiografía?

38. ¿Por qué se dice que la historia se encuentra en una “crisis”?

39. ¿Cuál es el vínculo que tiene la literatura y la historia según Hayden White?



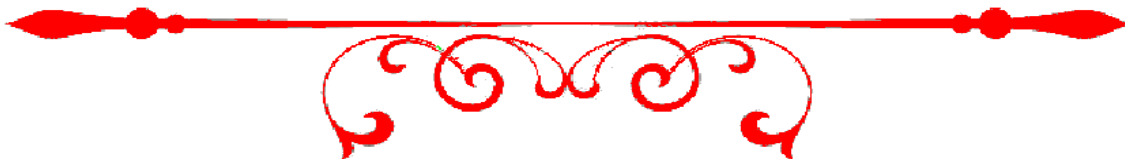
40. ¿Cuáles son los temas históricos que preocupan principalmente a Michel Foucault?

41. ¿Cómo han afectado los debates teóricos de la posmodernidad a la práctica historiográfica?

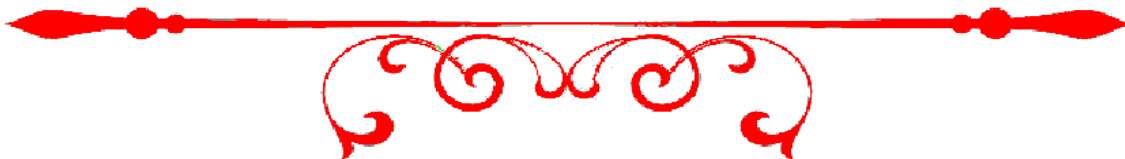


BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio. "Prefacio. Immanuel Wallerstein y la perspectiva crítica del "Análisis de los sistemas-mundo", en Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, Los libros de Contrahistorias. La otra mirada de Clío. 2005.
- Arteaga Castillo, Belinda, "Los caminos de Clío. Perspectivas y debates de la historiografía contemporánea" (Fragmento), en Mario Aguirre Beltrán y Valentina Cantón Arjona (coord.), *Inventio Varia. Textos de, desde y para la historia de la educación en México*, Tomo I, México, Universidad Pedagógica Nacional, 1999 (Textos, 9)
- Aurell, Jaume, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Madrid, Ediciones Akal, S.A., 2013 (Akal Textos, 37).
- Banerjee, Ishita, "Historia, Historiografía y Estudios Subalternos", en: *ISTOR: revista de historia internacional*, Año 11, No. 41.
- Benjamín, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Traducido por Bolívar Echeverría. México, D. F.: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.
- Bloch, Marc, *Los reyes taumaturgos*, México, FCE, 2006.
- Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, Tomo I, 1987.
- Burke, Peter, *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona : Gedisa Editorial.Serie CLA.DE.MA Historia , 2001.
- Burke, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, México, Gedisa, 2006.
- Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1999.
- Cervantes, M. d., La nueva historia cultural "Componer, pintar, cantar", en Roger Chartier, *El presente del pasado Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, 2005, Biblioteca Francisco Xavier Clavigero.
- Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, España : Gedisa, S.A. , 1992.
- Croce, Benedetto, *Historia de Europa en el siglo XIX*, Barcelona, Editorial Ariel, 1996 (Ariel Historia).
- Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica. Sección de Obras de Historia , 2002.
- Dilthey, Wilhelm, *Introducción a las ciencias del espíritu. En la que se trata de fundamentar el estudio de la sociedad y de la historia*, Versión revisada, prólogo,



- epílogo y notas de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1949 (Obras de Wilhelm Dilthey, I)
- Dobb, Maurice, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, SIGLO XXI; 1971.
- Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, 3 vols., México, FCE, 1967, tomo I (Breviarios).
- García-Peña, Ana Lidia, "De la historia de las mujeres a la historia del género", <https://www.redalyc.org/jatsRepo/281/28150017004/html/index.html> (consultado el 01 de abril de 2019).
- Guha, Ranahit, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Hobsbawn, Eric, *Historia del siglo xx*, Buenos Aires, Crítica Grijalbo Mondadori, 1998.
- Horkheimer, Max, *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*, Planeta-Agostini, 1972.
- Kaye, Harvey, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Prensas Universitarias, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1989.
- Le Goff, Jacques, *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1984.
- Levi, Giovanni, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo xvii*, Madrid, Editorial Nerea, 1985.
- Man, Ronen, *La microhistoria como referente teórico- metodológico. Un recorrido por sus vertientes y debates conceptuales*, Universidad Nacional de Rosario, Argentina, HAO, Núm. 30 (Invierno, 2013).
- Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, España, Ariel, 2005.
- Marx, Carlos y Federico Engels, *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*, 5ª ed., Traducido del alemán por Wenceslao Roces, Barcelona, Grijalbo, 1974.
- Michelet, Jules, *La Bruja. Una biografía de mil años fundamentada en las actas judiciales de la Inquisición*, 5ª ed., Trad. Rosina Lajo y M.a Victoria Frígola, Madrid, Ediciones Akal, 2012 (Akal Básica de Bolsillo, 102).
- Ortega y Gasset, José, "Historia como sistema y del Imperio Romano", en *Obras Completas de José Ortega y Gasset*, Tomo VI (1941-1946) y Brindis y Prólogos, Madrid, Revista de Occidente, 1964.
- Pastor, Marialba y Clara Ramírez, "Estudio introductorio", en Marialba Pastor (Coord.), *Romanticismo francés (Antología de textos)*, México, Colegio De Historia-Facultad De Filosofía y Letras / Dirección General De Asuntos Del



- Personal Académico / Universidad Nacional Autónoma De México, 2010 (Historiografías).
- Ranke, Leopold von, *Historia de los papas en la época moderna*, México, FCE, 2004.
- Regalado de Hurtado, Liliana, *Historiografía occidental. Un tránsito por los predios de Clío*, Lima, Perú : Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010.
- Scott, Joan, *Género e Historia*, México, FCE-UACM, 2008.
- Taine, Hipólito Adolfo. *Filosofía del Arte. Tomo I*, s.f. <https://es.scribd.com/document/271953038/Taine-Hipolito-Adolfo-Filosofia-Del-Arte-Tomo-I> (último acceso: 03 de 04 de 2019).
- Thompson, Edward P., *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Prólogo de Josep Fontana, Barcelona, Editorial Crítica Grupo editorial Grllalbo, 1984.
- Tocqueville, Alexis de, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006 (Colección Conmemorativa 70 Aniversario, 50).
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Historia de la historiografía*. México, Ediciones Ateneo, 1980.
- Villalobos, Rebeca, "Comentarios y bibliografía sobre la historiografía de Leopold von Ranke", *Historias*, No. 66/67, (enero-agosto 2007)
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, México, Siglo XXI editores 1999.
- White, Hayden, *Metahistoria : la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014 (Sección de Obras de Historia).

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Bourdé, Guy. y Hervé M, *Las escuelas históricas*, Madrid, Ediciones Akal, 2012.
- Burrow, J., *Historia de las historias. De Heródoto al siglo xx*. Barcelona, Crítica, 2007.
- Corcuera, Sonia, *Voces y silencios en la historia. Siglos xix y xx*, México: fCE, 2005.
- Iggers Georg, *La ciencia histórica en el siglo xx. Las tendencias actuales*, Barcelona: Idea Universitaria, 1998.
- Iggers, Georg, *La ciencia histórica en el siglo xx. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional*, Barcelona, Labor, 1995.
- Moradiellos, Enrique, *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*, Madrid: Siglo xxi, 2009.